

CONTRA CELSO

Orígenes

(Escrito alrededor del año 248)

INTRODUCCIÓN

LA PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA

Ofrezco a los lectores de lengua española, la primera versión de los ocho libros Contra Celso, de Orígenes, la obra maestra de la apologética de la antigüedad cristiana, antes de La ciudad de Dios, de San Agustín. La primera, digo, mientras no se descubra otra anterior, cosa que yo no he logrado y que hubiera aprovechado de buena gana, en los no pocos pasajes difíciles con que he topado (y, como yo, mis antecesores en otras lenguas). Ni el padre Madoz en su ensayo, ya lejano, sobre Traducciones españolas de Padres de la Iglesia (Rev. de teol. esp. 11, 1951), ni Quasten en la edición española de la Patrología (BAC, 1961, p.353ss), nos dan noticia de versión alguna del Contra Celso (ni de alguna otra obra de Orígenes).

De la inmensa obra del maestro alejandrino,¹ los ocho libros Contra Celso fueron de los que salieron mejor librados de la tormenta de pasiones —nobles algunas, otras no tanto—, desencadenada poco después de su muerte contra su nombre y doctrina y que, con las alternativas que se saben, se prolongó durante siglos. Son de las pocas obras de Orígenes que nos han llegado en su texto griego íntegro.

Por ello hubiéramos querido —editores y traductor— que la versión del Contra Celso hubiera ido acompañada del texto griego, continuando una buena tradición de la Biblioteca de Autores Cristianos. Los helenistas y cuantos gustan de beber en el hontanar primero (ad fontes) y no en los riachuelos, por fuerza turbios, de una versión, nos lo hubieran agradecido.

¹ La más reciente síntesis de la vida y obra de Orígenes la ofrece Quasten, *Patrología* (BAC, 1961) p. 338-398, con bibliografía, hasta la fecha, exhaustiva. Puede verse también G. Bardy, *Origène*, DTC t.11 col. 1487-1565; el artículo Orígenes, en RGG, que firma Harnack. J. Daniélou, *Origène*, estudia la vida y doctrina. San Jerónimo, antes de las tristes luchas anti origenistas, dedica al que fue su mayor maestro y modelo, el artículo 54 del *De Viris illustribus*, donde habla de *immortali eius ingenio* (cf. también 62 y carta 33 a Paula. De esta tomo el pasaje que justifica el epíteto de inmensa que doy a la obra de Orígenes: “Ya veis cómo por el trabajo de un solo hombre fueron juntamente vencidos griegos y romanos. Porque ¿quién pudo jamás leer tanto cuanto escribió él solo?” (*Cartas de San Jerónimo*, ed. BAC [1962] I p. 249). Lo mismo repite en *Epist.* 84,8 (BAC II p. 21). Alguna vez lo llama “segundo maestro de las Iglesias después del Apóstol”.

EL TEXTO GRIEGO

Sobre el texto griego del Contra Celso, de Orígenes, se viene trabajando desde hace siglos. La editio princeps se debe a David Hoeschel (Augsburgo 1605). Guillermo Spencer reprodujo el texto de Hoeschel (Cambridge 1658, 2. ed. 1677) y editó también la Philocalia, a la que siguen las Annotationes Spenceri al Contra Celso y a la Philocalia (más las “notae Hoeschelii et Tarini” reproducidas de sus respectivas ediciones).

Un hito por mucho tiempo definitivo, marcó la edición del maurino C. Delarue (Origenis opera omnia t.1 [Parisiis 1703] p. 315-799), que pasó a Migne (PG 11,642-1631).

La superioridad del texto de Delarue se debe, como nota Koetschau, en haber aprovechado las notae et coniecturae ad textum Origenis de Bohéreau, que este puso a su versión francesa de que más adelante haremos mérito. El mismo Delarue, al mencionar las notas y conjeturas del erudito jesuita Francisco Guiet, añade: tum aliae numero longe plures quas erudito orbi proposuit Elias Boherellus ad calcem eximiae suae gallicae interpretationis librorum Contra Celsum, anno 1700 Amstelodami in lucem editae (PG t. 11 p. 27). El que, por gusto o necesidad, trabaje aún con el tomo undécimo de la Patrologia graeca de Migne, tropezará casi en cada página con los nombres generalmente latinizados de Hoeschel, Spencer, Guiet y Bohéreau, cuyas variantes y notas eruditas se reproducen. Nosotros los citamos aquí con alto honor y confesamos nuestra deuda respecto, señaladamente, de las breves anotaciones que acompañan la presente versión.

Pero el acontecimiento en la historia del texto origeniano del Contra Celso, fue la edición en el Corpus Berolinense, o sea: “Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderten, herausgegeben von der kirchenväterCommision der königl preusischen Academie der Wissenschaften: Orígenes erster Band (Leipzig 1899)”. En ese “erster Band” están los libros 1-4 del Contra Celso. En el tomo segundo, que lleva la misma fecha, los libros 5-8 (p. 1-293). El sabio que llevó a cabo la magna hazaña fue el doctor Paul Koetschau, “Professor am grossherzog. Gymnasium in Jena”. ¡Gloria a su nombre! “Mi edición —dice con su tanto de legítimo orgullo el mismo Koetschau— se distingue de las anteriores, en que ofrece por vez primera, en cuanto es posible, dada la tradición manuscrita de que disponemos, un texto críticamente establecido” (t. 1 p. LXXIII).

Sin embargo, “el texto críticamente establecido”, fue duramente atacado el mismo año de 1899 por P. Wendland en los Göttingische gelehrte Anzeigen (p. 276-304). A Wendland intentó

replicar a Koetschau en sus Kritische Bemerkungen zumeiner Ausgabe von Orígenes. El tono de la polémica hace su lectura poco edificante (Chadwick). Lo que a nosotros nos interesa es que, “de las conjeturas de Wendland son tan brillantes unas como absurdas otras” (Chadwick). Otro crítico que entró en la palestra fue Franz Antón Winter, el cual llega a la conclusión de que el texto de la Philocalia —la antología de pasajes de las obras de Orígenes compuesta por San Basilio Magno y San Gregorio de Nacianzo, con extractos de los ocho libros Contra Celso— es superior al de la tradición directa.

A Koetschau no le pareció aun definitivamente resuelta por Winter la cuestión; sin embargo, he aquí el hecho notable: Por los años de 1926-27 apareció en la famosa —y preciosa— colección “Bibliothek der Kirchenväter”, la traducción alemana de los ocho libros Contra Celso, por obra del mismo doctor Paul Koetschau y este recoge ahora muchas conjeturas propuestas por Wendland que antes rechazara, “scornfully” (Chadwick) en sus Kritische Bemerkungen. El hecho no cede, ni mucho menos, en mengua de Koetschau, que, como sabio, hubo de saber que sapientis est mutare consilium. “La necesidad — dice Chadwick (p. XXXI)— de dar una traducción inteligible de su propio texto, le obligó a hacer más de cuatrocientos cambios, dos aproximadamente cada tres páginas del texto griego”. Muchas de esas variantes las ha aceptado el mismo Chadwick.

Finalmente, el último que, competentemente, ha puesto mano en el texto del Contra Celso, ha sido el profesor Alberto Wifstrand, de Lund.² La mayor parte de las sugerencias de Wifstrand han sido también recogidas por Chadwick y, a través de este, las conocemos nosotros.

Y venimos a donde intentábamos llegar, a decirle al lector helenista o simplemente helenizante, que aquí le ofrecemos el fruto maduro de la crítica textual desde Bohéreau (Boherellus) y Delarue hasta Wifstrand y el mismo Chadwick. Como este ha recogido la mayor y mejor parte de las Variae lectiones de sus antecesores, así nosotros hemos tomado de él las que no nos han sido accesibles por otra vía y se las ofrecemos al lector en las notas. Ello era forzoso por dos razones. Primero, porque, sea cual fuere el texto griego que se maneje — Delarue-Migne o Koetschau—, se llega a obstáculos invencibles, de los que no es posible salir sin ayuda de la emendatio. Segundo, porque la variante o enmienda citada, tiene que justificar nuestra traducción, que en ella se funda.

² Eikota IV: Bull. Sec. Roy. Lund (1938-39) p. 9-40 y Die wahre Lehre dir Culsos: ibid. (1941-42) p. 391-431.

El lector, pues, a quien interese la exactitud crítica, hallará en las notas los nombres, debidamente abreviados, de los críticos que acabamos de mentar (Bo.= Bohéreau; Del.= Delarue; K. tr.= Koetschau en la versión alemana; We.= Wendland; Wi.= Winter; Wif.= Wifstrand).

VERSIONES

Dicho esto, del texto original de los ocho libros Contra Celso, digamos también algo de las varias traducciones que de él se han hecho. De la más vieja nos habla Delarue en la Praefatio a su propia edición: “La primera edición, en latín solo, de estos áureos libros, vio la luz en Roma, año de 1481, dedicada a Sixto IV, romano pontífice, por el intérprete Cristóbal Persona, natural de Roma y prior de Santa Balbina...” (PG 11 p.26). Delarue desestima la traducción de Persona; Koetschau la tiene por valiosa por el hecho de haberse fundado en el Cod. A, cuya historia cuenta el mismo Koetschau en la introducción a su versión origeniana ya mencionada (p. XIV). Con todas sus deficiencias, la versión de Persona fue ávidamente arrebatada (palabras de Delarue), por Merlino, que la insertó íntegra en su edición de las obras de Orígenes, año de 1512. Mejor hubo de ser la de Segismundo Gelenio, que David Hoeschel opuso al texto griego de su editio princeps del año 1605, arriba mencionada. Gelenio (1497, Praga; † 1554, Basilea), amigo de Erasmo, inició por su versión de las obras de Orígenes el movimiento humanista, que puso en buen latín ciceroniano tantos tesoros de la patrística griega (el que esto escribe tuvo hace poco la fortuna de tener en la mano el tomo de obras de Orígenes traducido por Gelenio, con fecha de 1515 y el infortunio de no poderlo comprar).

Pero tampoco la interpretación de Gelenio, no obstante, los altos elogios que le tributan Valesius y Huet, plugo, a la larga, a Delarue, que encomendó una nueva versión a su amigo Vicente Thuillier. Este superó todas las dificultades que la empresa le ofreciera, gracias a la preclara sagacidad de su ingenio, a la suma pericia en las lenguas latina y griega y al ardiente deseo de aliviar el trabajo de su amigo” (PG 11,28). Las altas cualidades que Delarue atribuye a la labor de su amigo, las puede comprobar quien quisiere en el tantas veces mencionado tomo undécimo de la Patrología griega de Migne. Sin embargo, aun admitidas todas sus excelencias, dadas las deficiencias del texto griego en que se funda, no puede ya servirnos de guía universal segura (como no puede servir ninguna traducción).

De las hechas a lenguas modernas, ya hemos aludido a la de Elias Bohéreau, que lleva por

título: Traité d'Origène contre Celse y apareció en Ámsterdam, año de 1700 (de su autor no me ha dado noticia ninguno de los diccionarios eclesiásticos que he consultado; ello prueba lo poco que se reputa nuestro oficio de traductores, aunque tengamos que habérmolas con un Orígenes). “La versión de Bohéreau —nota Chadwick— conserva su valor no solo por sus notas y varias conjeturas, sino también para la inteligencia de algunos pasajes difíciles” (p. XXX). Debe de ser rara avis en alguna afortunada biblioteca.

Nada nos dice que la versión de Bohéreau fuera conocida y aprovechada por Migne en el tomo primero de sus Démonstrations évangéliques, que contiene las “demostraciones” de Tertuliano (Apologético y De la prescripción de los herejes), Orígenes (Contra Celso) y Eusebio de Cesárea (Preparación evangélica). De la obra total (18 fuertes tomos de textos, más dos preliminares: uno de introducción y otro de conclusión), dice el editor Migne, “ser igualmente necesaria a los que creen, a los que no creen y a los que dudan”. Pero para leer la obra entera haría falta una fe, no que traslade, sino que soporte encima montañas; para la versión del Contra Celso, condenarse, como me condeno yo, a leer toda versión anterior a la mía. Esta de las Démonstrations évangéliques está hecha con admirable facilidad, que sin duda permitían por aquellas fechas (1843) los cánones vigentes de optimo genere interpretandi. Hoy se nos pide (o nos imponemos) más rigor y una servidumbre a la letra que permite pocas brillanteces de estilo, con grave riesgo de aburrimiento del lector.³ En fin, no desdeñemos la puntual noticia que nos da Migne, al final de una muy breve “Vie d'Origène” (o.c., p.8): “Tenemos actualmente una edición completa de las obras de Orígenes en cuatro volúmenes en folio. Esta edición fue comenzada por el padre Charles Delarue, benedictino, muerto en 1739 y continuada por su sobrino dom Charles-Vincent Delarue, que publicó el cuarto y último volumen (París 1759), con notas sobre varios pasajes de los Origeniana de Huet”. Confieso con harta pena mía, no haber llegado a mi conocimiento, ninguna versión francesa moderna del Contra Celso. Para mí hubiera sido del mayor interés manejar la que, con alguna vaguedad, se cita en Quasten (Patrología, ed. BAC, p.357) de A. Génoude, Les Peres de

3 El traductor francés del Contra Celso profesa, sin embargo, muy exactas ideas acerca del arte y oficio de traducir, que no me resigno a dejar de transcribir aquí:

Quant à la traduction, voici les principes qui nous ont dirigé. Nous croyons qu'une bonne traduction doit rendre non seulement le sens principal et accessoire avec une religieuse exactitude, mais représenter encore l'esprit et la manière de l'original, en copier fidèlement l'ordonnance, le dessein, le coloris même avec de couleurs semblables, quoi-qu'elles ne puissent être les mêmes. Nous nous sommes sans doute attaché principalement à la valeur des termes j noua pensons néanmoins qu'il est aussi à propos, si l'on vise à la perfection, de n'en multiplier le nombre qu'autant que le prescrit la différence des idiomes. On jugera si cette règle est praticable à la rigueur, dans la traduction d'un écrivain tel que le nôtre. Nous croyons, en un mot, qu'il faut qu'une traduction réunisse à la fidélité d'une copie, l'aisance et la liberté d'un original. Nous concluons de là que, si une excellente traduction d'un excellent auteur n'est pas un ouvrage de génie, c'est du moins un chef d'œuvre de goût, de patience et de connaissance de deux langues. Nous sommes bien éloigné de nous flatter d'avoir atteint un but si élevé; nous avons fait tous nos efforts pour en approcher”.

l'Église.

De las traducciones alemanas ya queda mencionada la de Koetschau en la BKV (1926-1927). Koetschau tuvo antecesores de que hace mérito en la Einleitung: Johann Lorenz Mosheim (Hamburg 1745) y J. Röhm (1876-77), “buena y exacta en general, pero demasiado libre e infiel en pormenores”. Y para legitimar la buena costumbre de apoyarnos en nuestros predecesores, he aquí las últimas frases de la Einleitung de Koetschau (p. XVI): “Para mi traducción he aprovechado especialmente la de Röhm, al igual que he revisado una vez más cuidadosamente el texto y añadido un buen número de observaciones crítico-textuales, que sirvan para complemento y corrección de mi edición”. Nobles palabras.

Los ingleses, confirmando su bien probado amor a los Padres de la Iglesia, poseen más de una traducción del Contra Celso. La más reciente —y supongo que la mejor— no la enumera aún Quasten (la Patrología es de 1951); Origen, Contra Celsum, translated with an introduction et notes by Henry Chadwick, Fellow and Dean of Queen's College, Cambridge (Cambridge, At the University Press, 1953). Juez tan competente como C. Andressen, no solo califica de excelente (vorzügliche Übersetzung) la traducción de Chadwick, sino que afirma que la importancia principal de su trabajo, está en “la abundancia de observaciones científicas que tocan los múltiples problemas que plantea el estudio de Orígenes y de Celso”.⁴

Efectivamente, tras una introducción de IX-XXIII páginas y una bibliografía de XXXV-XL, un simple vistazo basta, para percatarse de la riqueza de anotación con cuantas referencias acertara a desear el más ingenioso en la materia. Ya hemos dicho que de él hemos tomado las más recientes, que son hilo conductor necesario, para quien quiera tomar en sus manos el texto griego del Contra Celso. La anotación la hemos también aprovechado con frecuencia. Pero la ayuda principal nos la ha procurado la versión misma para penetrar el sentido, tantas veces difícil, del texto griego. Con ello no he hecho sino continuar mi vieja y elemental creencia, de que es necio traducir mal en castellano lo que ya está bien traducido en cualquier otra lengua a nuestro alcance. Por lo demás, así he seguido el ejemplo de Koetschau, que se apoyó en Röhm y del mismo Chadwick, que se apoya en Bohéreau y en Koetschau, como él mismo confiesa (p. XXII). En la república literaria rige el proverbio griego (que tan rara vez se cumple en la república de la vida): koiná tá

4 Carl Andressen, *Logos und nomos. Die Polemik. des Celsos wider das Christentum* (Berlín 1955).

philón. *Fundándome en él, quiero hacer mío —para deleite y orientación del lector— el primer párrafo de la introducción de Chadwick:*

“Acaso haya pocas obras de la primitiva Iglesia, que compitan en interés e importancia con la que aquí traducimos. El Contra Celso se destaca como la culminación de todo el movimiento apologético de los siglos II y III. La Iglesia apostólica no contó entre sus miembros con muchos sabios ni muchos poderosos y cuando la cristiandad se difundió, era natural que se hiciera algún ensayo para convertir esta fe oriental, que no tenía tras sí el mérito de una gran antigüedad, en un credo que pudiera aparecer aceptable para mentes pensadoras. Los apologetas miraban a dos blancos estrechamente relacionados entre sí. Esperaban asegurar a las autoridades romanas, que los cristianos no eran una minoría perniciosa y enemiga de la patria, de tendencias sediciosas y ritos inmorales; y deseaban presentar el cristianismo a las clases educadas, como algo intelectualmente respetable. En la obra de Orígenes es primario y dominante este último deseo. Lo que se nos da en el Contra Celso, no es puramente la refutación punto por punto de un adversario notablemente bien informado. La apología nos ayuda también a comprender, los argumentos o razones que usaría Orígenes en sus discusiones con gentiles cultos de Alejandría o Cesárea y el modo con que él mismo hubo de convencerse, en su propia mente, de que el cristianismo no era una credulidad sin razón, sino una profunda filosofía”.

Con todos estos auxilios, ¿no fuera bien afirmar que ofrezco a los lectores de lengua española, no solo la primera versión de los ocho libros de Orígenes Contra Celso, sino una versión perfecta y cabal? A ello hay que contestar, primeramente, que una traducción no es nunca perfecta, no está nunca acabada. Es esencialmente una interpretación que tiene, sin duda, límites objetivos, pero también ancho campo subjetivo, como la interpretación de una obra musical; tanto más ancho el campo cuanto más genial sea la obra. Y, en segundo lugar, mi experiencia justamente en el arte y oficio de traductor, me veda semejante afirmación. Chadwick achaca a Koetschau alguna “mistranslation” (p. 386 n. 5); yo creo haber encontrado también alguna, rarísima, en Chadwick (IV 3 v. finem, en que “blame” no me parece tener sentido);⁵ en la revisión de la mía he dado con más de una. ¿Quién me asegura que he dado con todas? ¿Errata tamen quis animadvertit? Doy,

5 En III 57, *initio*, Koetschau lee θεῶς y traduce, consiguientemente, por “Schauspiele” (espectáculos); pero Chadwick hubo de leer θεῶς y traduce por “Goddesses” (diosas). Migne (Delarue) está con Koetschau θεῶς = spectacula). Por lo menos habla que haber advertido la variante. Yo seguí primero a Chadwick; luego, por respeto al texto, corregí mi versión según Koetschau. El caso es que me parece mejor el sentido de Chadwick.

pues, solo unas primeras “pruebas”, diligentemente compuestas, revisadas y vueltas a revisar; pero pruebas al cabo. A todo el que benévolamente me señale un error, mi gratitud anticipada.

En mis Apologistas griegos del siglo II (BAC, 1954) tuve mi primer encuentro con Celso y, basándome en la reconstrucción de R. Bader (Berlín 1940), traduje casi íntegro su Alēthēs lógos.⁶ Allí traté solo de reproducir, por los textos más importantes del discurso de Celso, el ambiente de hostilidad de las clases cultas, que, unido al de burdas calumnias de las clases populares, formaba, en el siglo II, una atmósfera de tormenta que podía explotar —y de hecho explotó más de una vez— en persecución cruenta. Casi era deber mío, ya que entonces solo hice hablar a Celso, oponerle ahora la refutación de Orígenes. “Flaca fuera la fe de quien se conmoviera por los argumentos de Celso”, escribí entonces; pero grande es el fortalecimiento de nuestra fe, al ponerse en contacto inmediato con el alma prócer y señera —por su fe incommovible y su amor ardiente a Jesús— “del más grande cristiano del siglo III”.⁷ Deber, desde luego; pero, sobre todo, deseo ardiente, que ahora cumplo.

CELSEO

Oponer ahora, los dos rivales que se enfrentan en esta palestra de dos mundos, de dos concepciones distintas del mundo, de una filosofía teñida de religión y de una religión que se da por la más alta filosofía; entrar en un análisis a fondo de la obra de Celso y de la refutación de Orígenes, requeriría un volumen aparte y no de pequeña extensión.⁸ Aquí solo podemos permitirnos algunas indicaciones periféricas, unas vueltas en torno a la ciudad de Jericó, cuyas murallas,

6 Tuve, pues, el honor, bien menguado, por cierto, de ser “traductor de Celso”. Ahora bien, en la obra de A. Ehrhward, *Urkirche und Fruhkatholizismus* (Bonn 1951) p. 151, al hablar de Porfirio y sus quince libros “contra los cristianos”, se recuerda que tuvo un antecesor literario, un siglo antes aproximadamente, en Celso. Y ahora nos dice el traductor español: “Pero mientras este (Celso) disparate, pues *dieses*, neutro, se refiere a *Werk* = obra) podía ser reconstruido gracias a la traducción de Orígenes...” ¡Orígenes, pues, habría sido el traductor de Celso! ¿De qué lengua a cuál otra? He aquí el texto alemán: “Während aber dieses (= la obra de Celso) aus der Widerlegung des Orígenes rekonstruiert werden konnte...”. El dislate pudiera pasar por un lapsus si otros del mismo o parecido calibre no afearan casi cada página de la obra...

7 W. S. Barnes, *The Thirt Century and its graeter Christian, Origen*: ExpT 44 (1932-33) 295-300. Por desgracia, el *Expository Time* sufre una interrupción (¡república española!) en la biblioteca de Oña y no me ha sido dado leer ese ensayo, cuyo título es la verdad misma.

8 Como tal puede considerarse la obra de C. Andressen, *Logos und nomos*, Die Polemik des Celsos wider das Christientium (Berlín 1955). Lo sustancial de la tesis de Andressen creo está recogido por Karl Baus en el tomo primero del *Manual de Historia de la Iglesia* (Herder, Barcelona 1966) p. 262ss. Los cristianos, atajo de gentes necias que exaltan la locura, son ajenos al *lógos* griego; innovadores en materia religiosa contradicen al *nómos*. Merecen, pues, el exterminio. Una introducción excelente, sin la extensión de un libro, a la lectura del *Contra Celso* la ofrece P. de Labriolle en su hermosa obra *La Réaction païenne* (París, 1950) p. 111-169. De introducción puede servir también el ensayo de G. Bardy, En lisant les Péres de l’Église. *La Contra Celsum d’Origéne*: Rev. prat. d’Apol. 28 (1918) 751-762; 29 (1919) 39-54; 93-98. Pero justamente este ensayo, colección de notas y observaciones muy estimables, tomadas al hilo de la lectura, me ha hecho sentir la insuficiencia de toda introducción. Como no hay sustitutivo de la victoria —Mac Arthur *dixit*—, no lo hay tampoco de la lectura directa de un texto. Solo él nos da el latido del alma que lo dictó, ¡y con qué pasión aquí de uno y otro lado! De todos modos, sobre Celso pueden verse los artículos correspondientes de Bareille, DTC y el de RACH. Un amplio estudio le dedica también R. Aubé, *Histoire des persécutions de l’Église* (París 1878) P. 158ss.

sin embargo, tendrá que asaltar por sí mismo el lector.

Y digamos, ante todo, del rival pagano.

De Celso solo sabemos el nombre y su odio feroz a Cristo, al cristianismo y a los cristianos. El nombre (que no estará de más notar que es latino) era regularmente común. “Dos Celsos epicúreos sabemos que han vivido: uno, bajo Nerón y este, bajo Adriano y más adelante”. A un Celso epicúreo “que escribió contra los magos”, dedicó Luciano su Alejandro o el falso profeta; pero toda identificación del Celso rival de Orígenes, con un epicúreo cae por su base.⁹ Celso es platónico.¹⁰

Todos los esfuerzos de Orígenes por hacerlo ver epicúreo, fallan también.¹¹ Estos esfuerzos están inspirados por un interés polémico. Un epicúreo, negador de la Providencia y para quien el placer es el bien supremo, se refutaba por sí mismo. ¡Viva hubo de ser la lucha cuando un espíritu superior, como Orígenes, no se atemorizó ante la injusticia con el contrario! Sin embargo, aunque con gusto lo hubiera admitido, jamás lo afirma rotundamente y la imputación de epicureísmo se va haciendo cada vez más rara, según avanza la refutación. Orígenes se va percatando de que tiene ante sí a un platónico, aunque ponga polémicamente en duda, la firmeza y fervor de su platonismo. En conclusión, se puede afirmar que Orígenes no sabía a ciencia cierta, quién fuera aquel enemigo feroz —“muerto ya hacía tiempo” (Prólogo 4)— de Cristo, del cristianismo y de los cristianos.

Enemigo de Cristo. No sé, que se hayan pronunciado en los siglos posteriores, blasfemias más atroces contra “nuestro Jesús”, como dice Orígenes, que las que lanza Celso en su Discurso de la verdad. Esto hubo de hacérsele profundamente odioso a Orígenes, como se nos hace a nosotros; y el no haberlas omitido delata un temple de alma superior, que no se espanta por los gritos de un energúmeno. Jesús nace —blasfema Celso— del adulterio de un soldado romano con la Virgen

9 Aubé (O.C., p. 171) defiende la identificación del Celso origeniano con el amigo de Luciano: “Le Celse ami de Luden et le Celse auteur du Discours véritable ne font pas deux personnages, mais un seul”. La demostración no convence. La caracterización de Celso anticristiano como hombre «suave y enamorado de la verdad es falaz; la coincidencia en describir los tiempos egipcios magníficos por fuera y con ridículos animales dentro como objetos de adoración es un lugar común que Celso no tuvo que tomar de Luciano (*Imagines 11*). Bareille (art. *Celso*, en DTC) admite también la identificación. Después de todo, el amigo de Luciano sigue siendo también una sombra.

10 Sentada mi afirmación, fruto de la lectura directa de los fragmentos de Celso, la hallo posteriormente confirmada por P. de Labriolle (o.c. p. 155): “Que Celse ait pour Platon un véritable cuite, c’est ce que tout son livre proclame. Sa conception de Dieu est platonicienne, sa conception du monde l’est également: la démonstration a été faite de façon convaincante par M. O. Glockner. *Die Golieth- und Weltanschauung des Celsus*, dans le *Philologus*, Bd LXXXII (1926-1927) p. 329-352, II déclare p.329-352. Il déclare p. 329 “Celsus ist Platoniker in seiner ganzen physikalischen und metaphysischen Einstellung, auch in seinen Spekulationen”. Voir aussi p. 338 et 349. Glöckner admet quelque influence du (¿stolelame?) sur Celse; mais, pour l’essentiel, est a Platon qu’il se rattache. Eugene de Faye (Origène 1,2 p. 42) écrit: “A partir da ile siècle de l’ère chrétienne, tout le monde, philosophes, gnostiques, savants, théologiens chrétiens au Dieu de Platon».

11 Tomo de Aubé (o.c., p. 163) esta lista de pasajes en que Orígenes llama epicúreo a su adversario: I, 10, 21; II, 60; III, 34, 48, 79; IV, 54, 75; V, 3. Estas referencias confirman la impresión que doy en el texto.

seducida, trabaja de jornalero en Egipto, donde aprende las artes mágicas, con cuyos trucos, vuelto a su patria, logra más adelante proclamarse Dios o Hijo de Dios. En su vida pública anda errante con una pandilla de marinos y cobradores, padres muy indulgentes de la ignominia, mendigando ignominiosamente el sustento. Pero el gran escándalo fue su pasión, prueba patente de que nada divino había en él. Si era Dios, ¿por qué no aniquiló a los que lo fueron a detener? ¿Por qué se dejó clavar en la cruz y no desapareció súbitamente de ella? ¡Y su resurrección! Cuento puro —prosigue Celso— al que pueden oponerse tantas y tantas resurrecciones, de que nos habla la literatura griega. Su misma persona no fue tampoco irreprochable; fue un fanfarrón y en todo caso, un puro hombre, sin nada que lo haga descollar entre tantos hombres de virtud superior, entre los que pudieran haber escogido los cristianos para adorarlos y no a este hombre de sepulcro y ya ni hombre siquiera.

Y ¿qué decir de estos y su doctrina? Son, ante todo, un bando de gentes sediciosas, que se separan del resto de la sociedad en que viven. Se niegan a tomar parte en las fiestas y culto tradicional, con el pretexto de no contaminarse con el trato de los démones, como si estos no lo llenaran todo, no lo gobernarán todo y no estuvieran benéficamente presentes en el pan que comemos, en el agua que bebemos y hasta en el aire que respiramos. Pero son, sobre todo, un hatajo de tontos, necios, ignorantes, bobalicones e incultos (apaideutoi), excremento de la peor sociedad, cardadores, zapateros y bataneros, que se infiltran por las casas para embaucar a gentes de su clase —niños y mujerzuelas insensatas— y tienen el atrevimiento de proclamar, que solo ellos conocen el misterio de la vida feliz, aquí y en la eternidad y alardean de haber descubierto, lo que estuvo oculto a los más altos genios de la sabia antigüedad. Y es el caso que, para ellos, la sabiduría es abominable y la ignorancia un bien. El pecado parece ser también para ellos y para sus dios, una prerrogativa. Su culto, como el de Dioniso, es una serie de fantasmagorías para aterrar a los iniciados. Su enseñanza, tergiversaciones de antiguas y venerables tradiciones y, sobre todo, malas inteligencias de doctrinas platónicas. Si algo les queda a ellos o a su maestro, es la rudeza de la expresión o estilo. Como cuando dice, que, si te hieren en una mandíbula, presentes también la otra. ¡Qué contraste con el Critón platónico, en que bellamente se enseña que nunca debe devolverse mal por mal! Sus predicadores mismos no se diferencian para nada de los charlatanes, que en las públicas plazas exhiben sus artes más abominables y así hacen su agosto entre el corro de bobos que se les acercan. Porque a bobos buscan como oyentes y a malvados para iniciarlos

en sus misterios, como cualquier capitán de bandidos que hace reclutamiento de gentes facinerosas...

Estamos citando de memoria y un poco al azar, sin referencia alguna, pues solo queremos tener a mano material que nos permita formular la doble pregunta: Quien así piensa y habla, ¿puede calificarse de filósofo y hombre religioso? De filósofo, en modo alguno. Orígenes le echa con frecuencia en cara, que sustituye las razones por insultos o blasfemias. Explicar los milagros de Jesús por simple magia, es de una increíble ligereza. De unos trucos de charlatanes no pudo salir la transformación de infinitas almas, le replica Orígenes (aparte, observa también Orígenes, que mal podía salir de la magia, una religión que prohíbe la magia). Un filósofo no puede negar ni afirmar nada sin prueba alguna y Celso, que jamás se detiene a probar, cae en lo que más repugna a la filosofía: la calumnia. Orígenes se lo echa con frecuencia en cara: katapseúdetai. Ligereza también imperdonable, que pueda comparar la resurrección de Jesús, fundamento de la fe cristiana, con los cuentos de resurrecciones antiguas, en que pudo complacerse la labia irrefutable y deliciosa de un Heródoto. ¡Como si de las andanzas de un Aristeas de Proconeso, se hubiera seguido algo que remotamente pudiera compararse con la obra de Jesús!

Celso profesaba, naturalmente, su filosofía, fundamentalmente platónica. El platonismo era por aquellos tiempos, aire que se respiraba. En el Alēthēs lógos, hay a veces destellos y fulguraciones que parecen venir del lógos platónico, como en este nos parece fulgurar a veces el Logos “que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Pero las escuelas se aproximaban todas más o menos y así ha podido tenerse a Celso por estoico; y un buen conocedor de la materia ha reconocido que Celso “está imbuido hasta la médula del espíritu de Epicuro”.¹² Orígenes le atribuye alguna vez que, para él, el placer es el bien y el dolor el mal supremo. No profesar entonces una filosofía, hubiera sido juntar a la incultura el ateísmo, la barbarie pura. Pero la mente de Celso no es filosófica. Ante el hecho del cristianismo, que ya nadie podía eludir a mediados o finales del siglo II, tenía que haber interrogado, como interrogó Justino, filósofo también y futuro testigo cruento de su fe. Interrogar, no afirmar sin examen y menos insultar y maldecir.

Tampoco lo podemos calificar de espíritu verdaderamente religioso.¹³ El misterio de Jesús le

¹² E. De Faye, Origène, sa Vie, son Oeuvre, sa Pensée t.2 (Paris 1927) p. 186, citado por Labriolle, o.c, p. 136.

¹³ Mucho menos asentiremos a U. von Wilamowitz-Moellendorff, para quien Celso supera en “auténtica piedad” a los defensores del cristianismo. He aquí el texto alemán del famoso helenista: “Die erste antichristliche Polemik, die ein Platoniker Celsus in schlichter Form und versonlichem Sinne schrieb (die Zeit bleibt innerhalb 180-220 zu fixieren), war diesen Angriffen der Verteidigung in jeder Hinsicht überlegen, am meisten an echter Frömmigkeit”.

estuvo de todo en todo velado. Si Jesús era verdadero Hijo de Dios, ¿cómo se dejó detener y clavar en la cruz y no desapareció de ella súbitamente? Nada más vulgar y superficial; y de superficialidad acusa a menudo Orígenes a su rival pagano. Pero nada tampoco más lógico (para una mentalidad vulgar). Ahora bien, lógico es sinónimo de racional y lo lógico y racional es la supresión del misterio y la supresión del misterio es la supresión de la religión. ¿Qué hay de adorable en un teorema matemático? ¿Pero en la cruz! La traducción de “misterio” a la lengua de la razón es “locura” y a San Pablo le hicieron los griegos esa traducción: “Los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría; mas nosotros predicamos un Mesías (Cristo) crucificado, escándalo para los judíos y locura para los griegos” (1 Co 1,22-23). Celso no parece haber leído a San Pablo y ello es un enigma para Orígenes. La mera lectura no nos autoriza a suponer, que se le revelara el misterio de la muerte y resurrección del Señor, verdades primeras de la predicación cristiana (en prōtois, las predicaba San Pablo: 1 Co 15,3). Pero pudiera haberle infundido alguna reverencia ante el misterio y no quererlo disolver en la sinrazón de la razón.

Ni filosófica, ni religiosamente, tenía derecho Celso a pronunciar aquel panta oida, “lo sé todo”, que tantas veces le ridiculiza Orígenes, como fanfarronada indigna de un filósofo —sobre todo de quien haya tenido algún trato con Sócrates, que tenía conciencia de no saber nada (sabio, a lo más, sería el sofista; Sócrates es puro filósofo, amador del saber)—. Orígenes, que era realmente un philomathēs y se había entregado de por vida al estudio del misterio y verdades cristianas, no se atrevía a decir que lo sabía todo. Y religiosamente, del misterio no se sabe nunca nada. Al cabo de una larga indagación, con auténtico espíritu religioso, exclama Pablo: ¡Oh profundidad de riqueza y sabiduría y ciencia de Dios...! (Rm 11,33). La exclamación es expresión de adoración y la adoración es la auténtica actitud ante el misterio, la actitud religiosa.

¿CONCILIACIÓN O EXTERMINIO?

¿Qué movió entonces a Celso al odio feroz contra el cristianismo? ¿Qué intentó en definitiva con su Discurso de la verdad? Barty se hace esta misma pregunta al final del estudio antes citado.¹⁴ El sabio patrólogo se responde, que lo que a Celso inquietaba, era la propagación intenable del cristianismo. Ahí está Plinio, a comienzos del siglo II, que denunciaba a Trajano esa

¹⁴ En lisant les Pères. Le “Contra Celsum” d’Origène: Rev. prat. d’Apol. 29 (1919) 92s.

propagación, como un contagio, por la provincia del Ponto y Bitinia.¹⁵ Ahí está, hacia fines del mismo siglo, la arrogante afirmación de Tertuliano, que es siempre grato releer: “Somos de ayer y hemos llenado todo lo vuestro (hesterni sumus et vestra omnia implevimus): ciudades, islas, guarniciones, municipios, aldeas, vuestros mismos campamentos, distritos, decurias, el palacio, senado y foro. Solo os hemos dejado los templos” (Apol. 37,4). Por las mismas fechas aproximadamente, hubieron de aparecer el Alēthēs lōgos de Celso y el Apologético de Tertuliano. Celso habría buscado una componenda con el cristianismo, cuya fuerza no se podía ya desconocer. En el campo filosófico, el terreno estaba preparado por un eclecticismo que él practicaba, lo mismo que la mayor parte de sus contemporáneos; en el político-religioso, por el sincretismo, que permitía la coexistencia pacífica de las más variadas divinidades, entre otras —¡de capital importancia!— la del Kyrios kaisar, cuyo culto era símbolo y garantía de la lealtad al imperio. A la postre, pues, el intento de Celso habría sido político: reducir a los cristianos al culto y servicio de la causa común del imperio, que era, en definitiva, la causa de la civilización y hasta de su propia religión. El final de la Doctrina de la verdad parece dar plenamente razón a esta explicación. Celso habría sido (así lo califican Aubé y Wilamowitz en textos citados) un espíritu de conciliación y paz. No hay sino leer el patético llamamiento que dirige el filósofo pagano a los cristianos (VIII 75; cf. 55. 63. 68). Pero hay que suscribir plenamente el juicio de Labriolle: “Il n’est guère d’intelligence moins unifiée que l’intelligence de Celse”.¹⁶ Digámoslo más claro: inteligencia incoherente y contradictoria. Ese deseo de conciliación, ese llamamiento a la colaboración política, para sostener un imperio que se desmoronaba a ojos vistas, es desde todo punto de vista incompatible, con el grito lanzado poco antes por que desaparezca, sin dejar rastro, de la faz de la tierra, esa ralea de gentes. Era un claro llamamiento al poder romano, a emprender o proseguir una persecución de exterminio. Y todo el empeño de su obra se dirigía a exterminarlos en el campo de las ideas. Celso comete aquí una enorme inconsecuencia consigo mismo. Quiere un convenio en el terreno político con los mismos que ha tratado de desacreditar, no solo con supuestas razones filosóficas, sino hasta con el insulto, la calumnia y la blasfemia, en todos los otros terrenos. Si la persecución había de hacer mártires (y en este sentido fecundaría con su sangre la semilla del cristianismo), Celso quiso hacer apóstatas, soñando (de sueño no puede pasar) en destruirlo.

¹⁵ Cf. mi s Actas de los mártires (BAC> 1951) p. 244. La carta de Plinio es de 211-212.

¹⁶ O.c., p. 131.

No, la pluma (o estilo) de Celso, está afilada principalmente por el orgullo herido de un intelectual antiguo. Siglos de altísima especulación intelectual, sobre los más graves problemas que se plantea la mente humana, quedaban de pronto descalificados, anulados y hasta hechos objeto de mofa por un hatajo de estúpidos que fanfarronean —a voz en cuello o tácitamente— saber más que Heráclito y Platón, más que cuantos sabios en el mundo fueron. La necedad se proclamaba un bien y la ciencia un mal. ¡Ese era ahora el escándalo para los griegos! Religiosamente, el cristianismo (y su tronco o raíz, el judaísmo) era un amasijo de absurdos en pugna con la razón y la filosofía. Y todos esos absurdos había que aceptarlos a ciegas, bajo el imperativo “Cree y no indagues”. Motivo para rechazar semejante religión, era precisamente que a ella se precipitaran las masas ignorantes, la basura de la sociedad”.¹⁷ Esto tenía que soliviantar tremendamente a aquella aristocracia intelectual, cuyo desprecio por el vulgo, por los polloí, de Platón acá, no conocía límites. Aristócrata del espíritu era también Orígenes; pero Orígenes era además cristiano y si bien distingue al creyente sencillo, que realmente se contenta con la fe y no indaga las razones o profundidades de ella y al intelectual o inteligente (gnóstico, en la lengua de entonces) que se consagra a penetrar el misterio de su fe, su espíritu cristiano le veda despreciar a un hermano que, en su fe sencilla, esté acaso más cerca de Dios por la pureza de su vida, que el intelectual. Históricamente, Celso y su Alēthēs lógos, pueden tomarse como ejemplar y símbolo de todos los griegos que pedían a Pablo —y siguieron pidiendo a la Iglesia— sabiduría; y Pablo y la Iglesia les predicaban un Mesías (¡con la pretensión nada menos de ser Dios, Hijo, Verbo y Sabiduría de Dios!) ignominiosamente crucificado. ¡Resucitado también! La resurrección trazaba la línea divisoria. Era el gran signo dado de antemano por Jesús mismo. Pero el orgulloso racionalista se desdeñaba de acercarse a la línea y de mirar al signo y lo despachaba todo con un cuento tomado de Heródoto.

Ahora bien, que toda esa complejidad y lucha de ideas y sentimientos de un alma pagana, ante el hecho del cristianismo casi en sus momentos aurales, la podamos percibir en los mismos textos, con las mismas ideas y razonamientos, palpitantes de pasión, con que un día fueron escritos, se lo debemos al gran Orígenes, el rival cristiano del sañudo aborrecedor de Cristo, del cristianismo y de los cristianos.

¹⁷ Aubé (o.c., p. 309) cita aquí, sin referencia, el dicho de Séneca: *Argumentum pessimi turba*. La idea de Celso, en III 73.

ORÍGENES

Eusebio de Cesárea dedica a Orígenes la mayor parte del libro sexto de su Historia de la Iglesia y comienza diciendo, que “de Orígenes parecen dignos de rememorarse los hechos aun de su infancia” (literalmente, “de sus pañales”). La frase no tiene por qué inquietarnos, pues es mera hipérbole de la admiración por su héroe; admiración que le venía del que fue su amo y maestro, el mártir Pánfilo. Nacido alrededor de los años 184-185, probablemente en Alejandría, pudo vivir a la edad de diecisiete años en su propia familia, la terrible y gloriosa constante que era entonces —y será siempre— en la Iglesia, el martirio. En la persecución de Septimio Severo¹⁸ fue decapitado su propio padre, Leónidas, aquel que iba a descubrirle siendo un niño el pecho y se lo besaba reverentemente —sebasmos— como templo que era del Espíritu Santo. Su padre lo inició también en el conocimiento de la Sagrada Escritura, a cuyo estudio se entregó ya de niño, con un ardor que turbaba a su propio progenitor y presagiaba al gran exégeta posterior, maestro (para bien o para mal) de todos los exégetas por venir. Al ser encarcelado su padre —que sin duda infringió el edicto de Septimio Severo de no hacer propaganda en favor del cristianismo—, un ardor arrebatado por el martirio se apoderó del joven Orígenes y su madre tuvo que apelar a la estratagema de ocultarle los vestidos, para retenerlo así en casa. Entonces, el que más adelante, por el año 235, en la persecución de Maximino Tracio escribiría el Protrepitíkós lógos pros martyrion, la Exhortación al martirio, dirigida a sus amigos, el diácono Ambrosio y el presbítero Teoctisto, redacta una carta en los más altos tonos de exhortación al martirio, de la que solo nos ha conservado Eusebio esta frase escalofriante dicha a su padre: “Guárdate de sentir de otro modo (es decir, de apostatar) por causa nuestra”. ¡Que ni mujer ni hijos pasaran por la mente del padre en el momento de confesar la fe! Muerto el padre, o dicho con el fuerte lenguaje cristiano de entonces, “llegado el padre a la perfección por el martirio” y confiscados sus bienes por el Estado, prosigue el martirio de la madre con los seis hijos, el mayor de los cuales era el mismo Orígenes. La Providencia le depara una noble señora, que lo acoge en su casa; pero allí había antes acogido a un hereje, de buena labia, por cierto, antioqueño de origen y de nombre Pablo. Eusebio aprovecha la ocasión —y nosotros la aprovechamos también— para hacer ver la aversión que desde niño tuvo el maestro alejandrino por toda herejía, pues nada pudo hacer para que el joven Orígenes

18 Por edicto, cuya fecha se pone en 200-202, Septimio Severo prohibió hacerse judío o cristiano: *Iudaeos fieri sub graui poena uetuit; ídem etiam de christianis sanxit* (Spartianus, *Vita Seueri* XVII). Cf. Actas de los mártires (BAC) p. 399.

tomara parte en las oraciones del hereje, cuya buena parla había incluso atraído a algunos católicos ortodoxos. “De esta manera guardaba, ya desde niño, la regla de la Iglesia y abominaba, como él dice en alguna parte, las enseñanzas de los herejes” (Eus., HE VI, II 14). Digamos rápidamente, por si alguien lo necesita saber, que este espíritu de fidelidad a la regla de la Iglesia, lo mantuvo Orígenes a lo largo de toda su vida. Pudo errar y erró —como maestro—; pero jamás fue rebelde a la Iglesia, que es lo que constituye al hereje. Dada la importancia de este punto y la niebla que aún envuelve el nombre de Orígenes en la mente de quienes no lo conocen, he aquí el autorizado testimonio del padre Daniélou:

“Orígenes es el primer pensador cristiano, que intentó llevar el esfuerzo de la inteligencia humana a sus límites extremos en la investigación del misterio. Estos límites los pasó más de una vez; pero ello era tal vez necesario para que se los pudiera fijar exactamente. En una época en que no estaban aún determinados, probó para ver hasta dónde podía llegar la inteligencia humana. Ello constituye la grandeza de su tentativa. Por otra parte, lo hizo siempre con espíritu de obediencia a la regla de la fe y si algunas de sus opiniones fueron posteriormente condenadas, él mismo no fue nunca formalmente hereje, pues se referían a cuestiones que la Iglesia no había aún zanjado”.¹⁹

Proseguimos. Protegido por la noble señora y dedicándose a la enseñanza de la gramática (entendida en sentido mucho más amplio que el que ahora damos a la palabra griega), Orígenes socorre a las necesidades de su madre y hermanos. ¡Santa pobreza, hermana del martirio!

Un hecho decisivo ocurre ahora en la vida de Orígenes, que marca para siempre el rumbo de ella. El obispo Demetrio lo pone al frente del didascaleo o escuela catequética de Alejandría. Orígenes se entrega en cuerpo y alma a su nueva función, vende incluso su preciosa biblioteca (¿cómo la adquirió y cómo la libró de las uñas de los confiscadores de los bienes paternos?) y abandona la enseñanza de las letras profanas, “como inútiles y contrarias a las enseñanzas sagradas” (HE VI, III 8).

19 J. Daniélou, Origène (París 1948) p. 8. Aunque sin grandes esperanzas de que el interesado se entere de esta nota, contaré que allá por los alrededores de la noble villa de Cuéllar (Segovía), junto al santuario de la Virgen del Henar, me presentaron ante un buen párroco de aquellos contornos, al que, con suprema ironía, hubieron de decirle que yo era un sabiazo.
- La ciencia no vale para nada —me espetó inmediatamente el buen párroco.
- ¡Hombre! —le dije—, lo mismo que decían en tiempo de Orígenes.
- ¿Orígenes? ¿No fue un hereje?
Era todo lo que mí interlocutor, hombre por lo demás todo simpático, sabía —y no muy a ciencia cierta— del gran alejandrino.

La renuncia a las letras profanas, va acompañada de una práctica heroica de la ascesis cristiana. No solo cercena el sueño para consagrar las noches al estudio de las Escrituras divinas, sino que duerme sobre la dura tierra, ayuna, anda los pies descalzos y se reduce voluntariamente a la extrema pobreza. “Creía él que deben guardarse las enseñanzas evangélicas del Salvador sobre no tener dos túnicas, ni preocuparse de lo por venir” (VI, III 10). Consagrado a la enseñanza cristiana, que era una forma de predicación. Orígenes, de acuerdo con el dicho antiguo: οἶος ὁ λόγος τοῖος ὁ βίος (cual la doctrina, tal la vida), quería predicar no solo de palabra, sino también con el ejemplo. Y esta fue también otra constante en la vida del gran alejandrino.

En otra racha de persecución contra los cristianos, el maestro dio pruebas temerarias de su amor a los testigos de la fe y solo una providencia especial lo libró del furor, mil veces excitado, de las turbas paganas. Él mismo era un entrenador de mártires. Muchos de los que pasaron por su escuela sellaron con su sangre la profesión de su fe.²⁰ Y volviendo a la ascesis heroica, hay que mencionar el tólmema (acto audaz), hijo, junto a la inexperiencia y fervor, cometido por Orígenes al tomar a la letra (una letra que materialmente mata), el dicho evangélico de los eunucos que se castraran a sí mismos (Mt 19,12). El hecho tuvo graves consecuencias, pues más adelante el obispo Demetrio, a quien Eusebio marcó con un anticipado “humano, demasiado humano” ἀνθρώπινόν τι πεπονηθώς en su trato con Orígenes, tomó de ahí pie para impugnar la ordenación presbiteral de Orígenes, lo excomulgó de la Iglesia alejandrina y lo depuso de su dignidad sacerdotal (deposición que sería una especie de suspensio a divinis). Pero estas flaquezas de la miseria humana, aun en los que ordenan y mandan en la Iglesia de Dios (a las que alguna vez alude Orígenes en el Contra Celsum: III 30), hubieran sido blanco del sarcasmo de un Celso y nos parecen hoy minucias despreciables ante la gran obra de refutar a este temible adversario del cristianismo. Orígenes supo, sin duda, distinguir entre las personas y lo que representan y ello mantuvo serena su alma y no embotó sus energías para el trabajo.

A dichosa gran obra se estaba providencialmente preparando. Se preparó, sin duda, en Alejandría, con el estudio de la filosofía griega y de la cultura helenística en general. Seguramente se desengañó pronto de que las letras profanas fueran inútiles y hasta contrarias a las enseñanzas sagradas. De haberlo pensado así, firme y definitivamente (lo que hubiera sido retroceder al sirio

²⁰ Actas de los mártires (BAC 1951) p. 460ss.

Taciano), no hubiera jamás abierto un diálogo platónico, que es una de las desgracias que en esta vida pueden acontecer a un apaideutos, a un inculto, aunque ande cargado de técnica. Pero no conocer a Platón, en su tiempo, hubiera sido tanto como no respirar la atmósfera espiritual en que alentaban las almas más nobles. En plena actividad docente de su parte, Orígenes frecuentó las lecciones de Ammonio Saccas, fundador del neoplatonismo.²¹ Aquí no tratamos de estudiar per se la filosofía de Orígenes.²² Solo queremos dejar bien sentado, que estaba bien apercebido para responder a quien creyó atacar victoriosamente al cristianismo en nombre de la filosofía platónica. Cuanto de bello y luminoso pudiera alegar Celso, de diálogos o cartas platónicas, se lo sabía Orígenes tan bien como él —y de primera mano— y podía mejor que Celso, proclamarlo a los cristianos. Tanto o más que su rival, había tenido el trato antiguo y constante con el común maestro, que lo era por igual, aunque por diversos títulos, de gentiles, judíos y cristianos. Sobre este trato constante con Platón (y con otros filósofos), hay un testimonio de primer orden de un sucesor justamente de Celso, en su antipatía y ataque contra el cristianismo: aquel Porfirio que fue la pesadilla de los Padres de la Iglesia del siglo IV. Lo vamos a reproducir íntegro, por el solo placer de oír a un contemporáneo de Orígenes (relativamente más joven, pues la vida de Porfirio va de 233 a 305), sin entrar en los graves problemas que el texto ha planteado a los eruditos o estos se han inventado sobre el texto. Después de condenar la interpretación alegórica de las escrituras judaicas, prosigue Porfirio:

“Este método absurdo procede de un hombre con quien traté yo mismo de muy joven; hombre muy célebre en su tiempo y que lo sigue aun siendo por las obras que dejó. Se trata de Orígenes, cuya fama es grande entre los maestros de estas doctrinas. Y es así que, habiéndose hecho discípulo de Ammonio, el que tanto éxito en filosofía obtuvo en nuestro tiempo, Orígenes se aprovechó grandemente de su maestro en orden a la pericia en los discursos; respecto, en cambio, del recto

21 Sobre Ammonio Saccas, maestro de Orígenes, había escrito ya en 1949 el P. Eleuterio Elorduy, S. I. *Orígenes, discípulo de Ammonio*: Las Ciencias 12.4 (1949) 897-9J2. Fruto de nuevas y pacientes indagaciones es el libro, que formará época: Ammonio Sakkas I. La doctrina de la creación y del mal en Proclo y el Ps. Areopagita (Oña, Burgos). La firma del P. E. Elorduy lleva también el artículo *Neuplatonismus* de la nueva edición del LThK t. 7 col. 917-919. El que solo conozca al P. Elorduy por sabios libros y eruditos y densos artículos no sabe que su persona es la bondad, amabilidad y sencillez encarnada. Yo no le hallo más flaco sino que se proclame a sí mismo celtíbero y celtíberos haga a los más ilustres españoles que en la historia han sido y entre ellos meta a un Insignificante Ruiz Bueno. Nada me importaría de no haber conocido a celtíberos de cierta tierra, con quienes no quisiera tener ascendencia común alguna. ¡Antes seripío!

22 El tema por lo demás, ha sido recientemente tratado, en obra especial, por un conocedor eminente del maestro alejandrino: H. Crouzel, *Origène et la philosophique* (París, 1961). En su artículo *Origène*, en DTC t. 11 col. 1511-1514, trata Bardy de la filosofía de Orígenes y afirma la influencia fundamentalmente platónica: “Su enseñanza era cristiana, pero los términos en que se expresó son en muchos casos los que habían sido ya empleados en los diálogos platónicos”. En su *Ammonio Sakkas* toca también el P. Elorduy el tema de la filosofía origeniana.

propósito de la vida, echó por senda contraria a aquél. En efecto, Ammonio, educado como cristiano por padres cristianos, apenas gustó de la reflexión filosófica, retornó a una conducta de acuerdo con las leyes; Orígenes, en cambio, formado como griego en las letras griegas, vino a parar a la temeridad bárbara. Entregado a ella, traficó consigo mismo y su talento para las letras, viviendo, desde luego, en su vida como cristiano y contra la ley, pero helenizando en sus opiniones sobre las realidades y lo divino y aplicando fraudulentamente lo helénico a fábulas extrañas. Y es así que tenía trato continuo con Platón y frecuentaba también las obras de Numenio y Cronio, de Apolófanes, Longino y Moderato, de Nicómaco y los más ilustres pitagóricos. Tenía igualmente a mano los libros del estoico Queremón y Cornuto, de quienes aprendió la interpretación alegórica de los misterios griegos, adaptándola a las escrituras judaicas” (Eus., HE VI, XIX 5-8).

Eusebio corrige la plana a Porfirio respecto de la formación “griega” o pagana de Orígenes, de la que se habría pasado a la temeridad bárbara, no menos que los pasos inversos que habría dado Ammonio. Los modernos han achacado a Porfirio un quid-pro-quo más gordo, que sería haber confundido a un Orígenes pagano, con el más grande cristiano del siglo III. Nosotros nos atenemos a la tesis del Orígenes único, victoriosamente defendida por el padre Elorduy.²³ El Orígenes que “convivía” (synēn) con Platón, es el doctor cristiano que un día tendrá ante sus ojos, bellos textos e ideas platónicas, con que se pretendería impugnar la fe que había inspirado toda su vida e impulsado su titánico trabajo intelectual. No todo lo platónico es para él dogma de fe filosófica, ni menos de fe divina. No puede decirse sin exorbitancia, que Orígenes sienta por Platón más entusiasmo que el que le inspira Moisés, los profetas y Jesús mismo.²⁴ También a Platón se le oponen de cuando en cuando graves reparos; pero, si se comparan los ataques a las otras Escuelas —la de Epicuro es, a todas luces, la más abominable—, la Academia sale, sin duda, la mejor parada.

Y, sin embargo, hay que dar la razón al padre Elorduy, que verbotenus, me da la misma opinión que hallo confirmada en Crouzel: “Orígenes no es filósofo ni por su finalidad ni por su método. Un puro filósofo saca de su propia razón, todas las respuestas a los problemas que se

²³ E. Elorduy, o.c., p. 356ss.

²⁴ Es afirmación de M.me Miura-Stange, citada por Labriolle, o.c., p. 155. “C’est beaucoup dire”, apostilla Labriolle. No ha llegado a mis manos el libro de la señora Miura-Stange, “discípula de Harnack”, *Celsus und Orígenes*, deu Gemeinsame threr Weltanschauung (Giessen 1926). El P. Daniélou (o.c., lo califica de “très curieux” y resume su tesis de la identidad de mentalidad de Celso y Orígenes. Luego el mismo Daniélou pone los puntos sobre las fes. Decir que ambos rivales tenían la mentalidad de su tiempo, o es no decir nada, o es decir una perogrullada. Todos respiramos el mismo aire y, sin embargo, ¡qué diferencia va de cara a cara o de pulmón a pulmón! El platonismo —ya lo hemos dicho— era atmósfera que todos respiraban; pero cada uno a su manera.

*plantea; es decir, las saca de la experiencia más profunda que halla en sí mismo, la del ser, de pensar y del obrar”.*²⁵

TEÓLOGO Y EXÉGETA

Ciertamente, no era la filosofía, es decir, el esfuerzo de la propia razón ante los problemas eternos, la experiencia más profunda que Orígenes hallaba en su alma. La raíz de su vida era la fe, que florecía en caridad y era sostén (hypóstasis, substantia) de su bienaventurada esperanza (y de su actual existencia). Una fe sin la más leve vacilación en su alma, pero, en su fondo y en sus fuentes mismas, envuelta en la densa nube del misterio, como aquella del Sinaí, escondrijo de Dios, a la que solo fue dado entrar a Moisés.²⁶ Levantar tantico el velo del misterio o penetrar con Moisés en las tinieblas de la nube, morada de Dios, fue el empeño de toda la vida de Orígenes, imposible, desde luego, pero cumplido con admirable fidelidad a una vocación interior. En mil partes de sus obras y señaladamente a todo lo largo del Contra Celso, aparece la distinción de las dos categorías de cristianos: los sencillos, que pueden y deben contentarse con adherirse a la fe que se les predica —adhesión que lleva consigo la total entrega a Dios, esencia que es del cristianismo— y los inteligentes (gnósticos, perfectos), que de la simple fe pasan a aquella sabiduría que San Pablo dice predicar entre los perfectos (1 Co 1,6). No todos los creyentes pueden renunciar a todo negocio de la vida y ni, aunque renunciaran, tendrían todos capacidad para consagrarse a profundizar los misterios de la fe; pero hay quienes renuncian a todo y se consagran a inquirir la razón de su fe, el lógos de lo que nos dijo el Logos. Uno de ellos, de manera eminente y ejemplar, fue Orígenes. Fuera o no un sistemático,²⁷ él fue el fundador de la teología y exégesis

25 H. Crouzel, o.c., p. 11. “Según E. de Paye y Hal Koch —escribe Crouzel—, Orígenes habría yuxtapuesto paradójicamente en sí mismo, un filósofo griego a un cristiano ferviente, a un celoso hombre de Iglesia. Es un eco del inicio del neoplatónico Porfirio en su libro *Contra los cristianos* (texto de Eusebio antes transcrito). Lo mismo viene a decir Wilamowitz-Moellendorff, en la página que dedica a Orígenes, a renglón seguido de Plotino, en su *Die griechische Literatur des Altertums* (p. 271): “Al que una vez le haya llegado Plotino al corazón, sabe la locura y pecado que es dividir a los hombres de este tiempo en cabritos y ovejas, en cristianos y gentiles. Su contemporáneo, el cristiano Orígenes, demuestra lo mismo. A este, ya en vida, el odio de la incultura cristiana lo desterró de su patria Alejandría, pero él creó en Cesárea, capital de Palestina, un foco de ciencia cristiana que irradió extensamente. También Jerusalén recibió una preciosa biblioteca... Para los filósofos helénicos de su tiempo, Orígenes era un colega estimado que silo representaba una doctrina distinta. Entonces un cristiano podía muy bien ocupar una cátedra científica y ser oído no solo de cristianos, como lo sabemos, por ejemplo, de Anotolio, discípulo de Orígenes”. Habría sido, pues, una noche del espíritu, en que todos los gatos habrían sido pardos: pero el caso precisamente de Orígenes prueba que, dentro de la piel parda, las diferencias internas eran profundas e irreductibles.

26 Hans von Balthasar. *Le mystère d'Origène*: RScR 26 (1936) 514-562; 27 (1937) 38-64. “La introducción más penetrante para entender a nuestro autor” (Daniélou, o.c., p. 15).

27 El estudio de O. Crouzel *Origène est-il systématique*, publicado en 1959 en “Bulletin de Littérature ecclésiastique” (Toulouse), está ahora reproducido en su obra citada; *Origène et la philosophie* (p.179ss).

*bíblica, que, en su mente y en su obra, formaban una unidad indisoluble. Al servicio de esta inteligencia del misterio (o, si se prefiere, de su formulación inteligible) está puesta la filosofía y en general, toda la cultura profana. Es la ancilla theologiae, como dirá tras él toda la Edad Media. A su antiguo discípulo Gregorio, que lleva en la posteridad el sobrenombre de Taumaturgo, lo exhorta a que prosiga el estudio de la Sagrada Escritura y solo como de auxiliar o propedéutica se valga de la filosofía: “Tu talento natural puede hacer de ti un cabal jurisconsulto romano o un filósofo griego de cualquiera de las famosas escuelas. Mas yo quisiera, que, como fin, emplearas toda la fuerza de tu talento natural en la inteligencia del cristianismo; pero como medio para ese fin, haría votos porque tomaras de la filosofía griega, las materias que pudieran ser como iniciaciones o propedéutica para el cristianismo; y de la geometría y astronomía, lo que fuere de provecho para la interpretación de las Escrituras Sagradas. De este modo, lo que dicen los profesores de la filosofía, que tienen la geometría y la música, la gramática y retórica y hasta la astronomía por auxiliares de la filosofía, lo podremos decir nosotros de la filosofía misma respecto del cristianismo”.*²⁸

La actividad exegética y teológica de Orígenes, iniciada, en sus años de docencia en Alejandría (de esta época es el periarchòn [De principiis], su obra teológica capital), se prolongó con crecida intensidad en el período de residencia en Cesárea de Palestina, que se inicia el año 230 y duró hasta su muerte. Si el mecenazgo de Ambrosio comenzó en Alejandría, es de suponer continuara en Palestina. Como quiera que sea, he aquí el importante texto de Eusebio de Cesárea:

“A partir de este momento, también Orígenes (ese también alude, sin duda, a la actividad exegética de Hipólito de Roma) comenzó a componer sus comentarios a las Escrituras divinas, por incitación de Ambrosio, que no solo lo exhortaba y animaba de palabra, sino proveyéndole con la mayor generosidad de todo lo necesario. Y así, cuando dictaba, tenía Orígenes a su disposición más de siete taquígrafos, que se relevaban a debido tiempo, otros tantos copistas, al igual que de muchachas diestras en caligrafía. A todos ellos proveía copiosamente Ambrosio de todo lo necesario para su subsistencia. Además, les inspiraba indecible fervor y así, sobre todo, lo incitaba a la composición de los comentarios” (VI, XXIII 1-2).

Cualquier patrología nos dará la lista imponente de las obras exegéticas de Orígenes, que,

28 PG 11, 87. En apéndice damos esta carta de Orígenes.

aun después de tantas pérdidas, llenan gruesos volúmenes de Migne o del Corpus de Berlín.²⁹ No cabe decirse que esta ingente labor fuera, ni consciente ni inconscientemente, preparación para enfrentarse con su rival pagano, pues este no lo iba a atacar en el campo, digamos, técnico de la exégesis. Celso no cree que las Escrituras judías y cristianas admitan siquiera la alegoría (el sistema de interpretación alegórica lo profesan uno y otro). Son un tejido de patrañas y absurdos. Celso ve bien que, desacreditado el judaísmo y sus Escrituras, cae por su base el cristianismo, que no niega ni reniega (como quería Marción) de sus orígenes; y negada la veracidad de los evangelios, sobre todo en el punto capital de la resurrección de Jesús, los cristianos no pasarían de charlatanes que cuentan prodigiosas historias, como tantos otros que sacan de ello provecho en las públicas plazas. Pero su ataque es puramente negativo, brutal, pudiéramos decir, sin asomo de seriedad científica. Esto estaba reservado a sus sucesores modernos. Aun así, por cualquier página que se abra el Contra Celso, nos delata al gran maestro de la ciencia bíblica, cuya letra llevaba en su memoria (de memoria parece citar aquí efectivamente) y cuyo espíritu nutría su espíritu. Orígenes remite con frecuencia a trabajos exegéticos anteriores (muchos de ellos perdidos) y parece sentir a veces como pena de que el tema y fin de su obra apologética, no le permita entrar a fondo en la exégesis de pasajes torcidamente entendidos por su contrario.

Un aspecto de la actividad de Orígenes en Cesárea, que nos interesa también en esta introducción al Contra Celso, es su predicación. El que a sí mismo se llamó (o lo llamamos nosotros) homo ecclesiasticus, por su fidelidad en guardar la regla de fe de la Iglesia, lo es también por su amor al pueblo creyente, por humilde que sea, al que quiere transmitir el fruto de su trabajo científico, muy elaborado, desde luego y acomodado al paladar de sus oyentes. El desprecio de un aristócrata de la inteligencia (o que por tal se tenía), por las masas populares que abrazaban el cristianismo era tal que —ya lo hemos dicho—, esa mera afluencia era motivo para rechazarlo (como si fuera de rechazar la medicina porque todo el mundo la usa). Orígenes tiene contra ese desprecio palabras magníficas y serenas. La Iglesia se abre a todos; el maestro o predicador cristiano, como Pablo apóstol, se siente deudor de griegos y bárbaros, sabios e ignorantes. Ni en el orden moral tienen preferencia, como se imagina Celso, los pecadores, ni en el intelectual los tontos e ignorantes. Al pecador se le llama para que se limpie de sus pecados y emprenda vida

²⁹ Remito nuevamente a la carta 33 de San Jerónimo y, como *Patrología*, a la de Quasten (BAC, 1961) p. 347-353.

santa y al ignorante para que deje de serlo por el conocimiento de la verdad. Orígenes predicaba todos los días, si bien la gente, ni en Cesárea ni en ninguna parte, está para sermón diario. Él se queja de que solo acudan a oírle los domingos, como si todos los días no fueran fiesta (Hom. in Gen. X, 3).³⁰ Según la cuenta de Bardy, se nos conservan sobre diversos libros sagrados, un total de 204 discursos completos, a los que hay que añadir fragmentos más o menos extensos. Tanto más preciosos, cuanto que nos dan la palabra viva del gran maestro alejandrino:

“Entonces (a la muerte de Heraclas y al tercer año de emperador Felipe el Árabe), cuando, como era natural, se multiplicaba la fe y nuestra doctrina se predicaba con libertad por todas partes y Orígenes había pasado los sesenta años, dueño de un hábito grandísimo, adquirido por su larga preparación, dicen que permitió a los taquígrafos que tomaran las homilias que predicaba al pueblo, cosa que no había consentido antes”. (Eus., HE VI, XXXVI, 1).

Bardy espiga una serie de textos interesantes, para conocer el alma del predicador o la situación del pueblo a quien predica. Nosotros solo recogeremos uno, que nos delata una actitud profunda de Orígenes: su ansia por el martirio. Se lamenta el predicador, de cómo se ha enfriado la caridad y decaído la fe en muchas iglesias, como si se cumplieran los signos de la consumación: “Cuando viniere el Hijo del hombre, ¿hallará fe sobre la tierra?” Y a fe que, si juzgamos las cosas por la verdad y no por las muchedumbres, si juzgamos por el espíritu y no por ver a muchos reunidos, veremos que ahora no somos creyentes. Entonces había creyentes, cuando se daban aquellos gloriosos martirios; cuando, después de acompañar a los mártires, volvíamos de los cementerios a nuestras reuniones y se juntaba, sin turbarse, toda la Iglesia y los catecúmenos se instruían para dar testimonio de su fe y morir, como los que confesaban la verdad hasta la muerte, sin turbarse ni agitarse en su fe en el Dios vivo. Entonces había pocos fieles, pero eran fieles de verdad, que caminaban por la vía estrecha y angosta que lleva a la vida”.³¹

“CONTRA CELSO”

A renglón seguido de la noticia que nos da Eusebio, sobre la predicación de Orígenes, añade, que “por aquel tiempo compuso también los ocho libros contra el titulado Discurso de la verdad,

³⁰ Sobre este tema muy importante para nuestros días postconciliares, de la predicación de Orígenes puede verse G. Baady *Un prédicateur populaire au IIIe siècle*: Rev. prat. d'Apol. 45 (1927) 513ss 679ss; y la *Introduction* del P. de Lubne a las *Homilias sobre el Génesis*: Sources chriennes (1945) Noticia y copiosa bibliografía en Quasten, o.c., p.347ss.

³¹ Hom. in ler., ed. E. Klostermann. p. 25.

que escribió contra nosotros el epicúreo Celso”.

Efectivamente, a un hombre así preparado, hijo de un mártir y entrenador de mártires, que aun en tiempos de paz vivió la mística del martirio, cuyo valor incitante y purificador echaba de menos; a un hombre que, como nadie en su siglo y como muy pocos en los por venir, vivió del misterio cristiano y trató de escrutarlo con todas las fuerzas de su mente poderosa y con todos los medios que su tiempo le ofrecía; a un hombre que vivió la mística de Jesús con tal intensidad, que anuncia de lejos a los grandes amadores del Señor de siglos posteriores: a Agustín, Bernardo, Francisco de Asís y Buenaventura”; a un hombre, en fin, amador ardiente de la Iglesia y del pueblo creyente, a cuyo servicio consagró su vida; a un hombre así le llega un día, de Alejandría, el año 248, de parte de su amigo Ambrosio, un libro no muy breve, con el arrogante título Doctrina verdadera, que apunta, por mero contraste, a que el cristianismo, en él ferozmente atacado, es doctrina falsa. Cuanto él había amado y venerado, era allí objeto de insultos y blasfemias. Jesús quedaba rebajado a un hechicero; los mártires eran forajidos que no merecían ni compasión; los cristianos en general, una banda de sediciosos. La Iglesia, refugio de gentes estúpidas y de la peor calaña. Ambrosio pide a su amigo que refute el atroz libelo. Orígenes vacila en cumplir la orden de su amigo, pues tendrá que detenerse en aquella sarta de absurdos y calumnias y responder despacio a la irrestañable rociada de improperios. Era mandarle respirar por largo trecho aire infecto de odio y mentira. La mejor refutación fuera el silencio. ¿No calló Jesús ante acusadores y calumniadores? Allí estaba su vida sin mácula como la mejor defensa; allí estaba también ahora la vida de los discípulos de Jesús, que vale por toda refutación de la calumnia. Copiemos un texto de suprema verdad y belleza:

“Todavía se le siguen levantando a Jesús falsos testimonios y mientras exista la maldad entre los hombres, no habrá momento en que no se le acuse. Y por lo que a Él atañe, también ahora calla y no responde con su voz; pero es defendido por la vida de sus genuinos discípulos, que es el más fuerte clamor, más poderoso que todo falso testimonio para refutar y echar por tierra los falsos testimonios y acusaciones” (Prólogo 2).³²

Ya que se decide a obedecer a la orden o ruego de su amigo, Orígenes se cree en el deber de

32 Para la idea de que la mejor defensa es la vida intachable, pudo rondarle a Orígenes por la memoria lo que cuenta Jenofonte en la Apología de Sócrates (si es de Jenofonte este escrito). Viéndolo su amigo Hermógenes cómo hablaba de todo menos del juicio que le esperaba, le dijo que pensara en su defensa. A lo que contestó Sócrates: “¿No te parece que he estado toda mi vida estudiando mi defensa?” “¿Cómo?”, insistió Hermógenes. “Porque jamás en mi vida he cometido acción injusta y esta me parece ser mi mejor defensa.” Los atenienses, sin embargo, le condenaron a muerte (¡a sus setenta años!), con lo que le quitaron unos años de vida y le dieron la inmortalidad.

advertir que, en la refutación de Celso, no mira a los fuertes, sino a los débiles en la fe, a los que solo creen pros kairón (Lc 8,13) o a los que no han gustado en absoluto el cristianismo (Prólogo 4. 6). ¡No quiera Dios que haya nadie que, después de experimentar en sí tal amor, como el que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús, pueda conmoverse por las palabras de un Celso (que ni siquiera vive ya la común vida humana) ni de ninguno de sus congéneres! Entre las muchas cosas que enumera Pablo (Rom 8,35) capaces de separar del amor de Cristo y del amor de Dios en Cristo Jesús, no pone la razón o razonamiento (lógos). “Yo no sé en qué categoría habría que poner al que necesite de razonamientos escritos, para deshacer las acusaciones de Celso contra los cristianos, reparar la sacudida que por ellas haya recibido en su fe y estar otra vez firme en ella” (Prólogo 4). No ya un cristiano perfecto que haya leído el escrito de Celso; un creyente cualquiera en Cristo despreciará cuanto en él se escribe; y lo despreciará con razón por la gracia del Espíritu Santo que hay en él (Prólogo 6, v. finem).

Esta actitud del apologista cristiano es del más alto interés. No solo está él seguro de su propia fe, sino también de la fe de sus hermanos firmes en la fe. Ninguna razón o razonamiento la podrá conmover. Las razones de Celso (caso que las diere) no le merecen más que desprecio. ¡Y no digamos sus calumnias, insultos e injurias! ¡No digamos sus blasfemias contra Jesús! Contra las razones no se oponen ante todo y sobre otras razones (que las hay), ni menos se responde con insultos a los insultos ni con blasfemias a las blasfemias. A todo eso se opone la gracia del Espíritu Santo, la gracia misma de la fe. Atacar la fe por la razón, por las razones o razonamientos es (si se nos permite la imagen cinegética) disparar a una pieza que salta volviéndose de espaldas a ella. El estampido acelerará su carrera. La fe, como no es producto de la razón, no puede tampoco ser destruida por la razón. Ninguna de las profundas realidades humanas es producto de la razón. A una pareja de enamorados no habrá razón ni razonamiento que los convenza, de que el amor es un absurdo (aunque, desaparecido el amor, así se lo parezca a la fría razón). Creemos movernos, al hablar así, dentro del pensamiento de Orígenes, siquiera no nos dirijamos ya a Celso, “de muy atrás muerto”, sino a sus sucesores que aún viven y no morirán mientras haya maldad en el mundo. Los sucesores de Celso pudieran, sin embargo, ahorrarse el trabajo de disparar al aire (como cohetes en fiesta mayor de pueblo) razones contra la fe, que tiene su hontanar en la vida profunda del espíritu humano (fe natural) y en la del Espíritu divino, en el Espíritu de Jesús y del Padre, que se ha derramado en nuestros corazones.

Sin embargo, hay también débiles en la fe, por los que es bien que miremos conforme al precepto del Apóstol (Rom 14,1); puede ser muy bien que, entre la muchedumbre de los creyentes o que parecen creer, haya quienes se conmuevan y hasta caigan derribados por los escritos de Celso y se recobren por su refutación (Prólogo 4); hay almas a las que pueden dañar las mentiras de Celso y a ellas hay que oponer razonamientos que las arranquen de raíz (IV, 1); nada sería más grato al apologista, que penetrar en las almas y curar la herida que el dardo envenenado de Celso ha podido producirles, por lo que han venido a perder la sanidad en la fe (V, 1). Todo ello quiere decir que, si la razón no produce la fe, la sinrazón la puede dañar, debilitar y herir. Acaso no a ella directamente, pero sí a lo que pudiera fomentarla y fortalecerla. Hay una absoluta solidaridad en las operaciones del alma. No hay en ella compartimientos impenetrables; aquí la fe, allí, pared en medio, la razón; más allá... lo que el discreto lector guste de poner. Orígenes hubo de ver, según avanzaba en su lectura, la malignidad del escrito de Celso y el mal que podía hacer y toda vacilación sobre si refutarlo o no desapareció de su espíritu.

Eso respecto de los débiles en la fe. Respecto de los que no habían aún gustado en absoluto del cristianismo, el caso era aún más urgente. “Un pagano culto que, sin conocimiento personal del cristianismo, leyera el libro de Celso, en el que, con pretensiones de extensa erudición, se pintaba la amenaza a los bienes sagrados de la helenidad, difícilmente podía mostrar interés positivo alguno por una religión de tan baja calidad.

En muchos hubo de afianzarse más fuertemente la convicción de la necesidad, de que el Estado interviniera duramente contra un movimiento tan peligroso...”³³

LA ÚLTIMA PALABRA

Al final de su obra, muy en armonía con su prólogo, dice Orígenes:

“Y aquí tienes, santo Ambrosio, cumplido, según mis fuerzas, lo que por ti me fue mandado. En ocho libros he comprendido todo lo que me ha parecido conveniente responder, al que Celso tituló Discurso de la verdad. Al lector de su escrito y de nuestra réplica, toca ahora juzgar cuál de los dos respira más del verdadero Dios, de la manera como haya de dársele culto y de la verdad

³³ H. JEDIN, *Manual de historia de la Iglesia I: De la Iglesia primitiva comienzos de la gran Iglesia*, por Karl Baus, p. 266; páginas más adelante (p. 349-357) se traza un bello retrato de Orígenes, se estudia su obra exegética y teológica, pero nada se dice de su apologética. La obra está traducida por mí y solo lamento la orgía ortológica por la que me hacen decir *protreptico* y *didascalo* y no digamos exegeta, del que me eliminan con rigor implacable el acento que yo pongo siempre, porque siempre he pronunciado exégeta (esdrújulo, por si aquí también me quitan el acento). “Escribo como hablo”, dijo Juan de Valdés; yo acentúo como pronuncio.

de aquellas sanas doctrinas que inducen a los hombres al mejor género de vida” (VIII 76).

*Ante su obra acabada (probablemente escrita de un tirón), el apologista afirma haber respondido al discurso o Doctrina de la verdad, presuntuosamente titulado así por su adversario; pero deja al juicio del lector que decida por dónde sopla el espíritu de Dios, dónde se le profesa culto más puro, dónde se enseña una verdad que conduzca a los hombres a una vida más alta. El lector es aquí la posteridad. La posteridad diría la última palabra. Y la posteridad ha dado la razón a Orígenes o, por mejor decir, a la causa defendida por Orígenes y, más concretamente, a la Iglesia, que sigue impávida su marcha y cumple su misión de traer la vida divina a los hombres. No hay razón o razonamiento contra esta vida (ni contra ninguna vida). Ella se la da a sus mismos impugnadores. Sin la refutación de Orígenes y, sobre todo, sin su generoso método de refutarlo por sus mismas palabras (¡y hay que ver lo que cuesta transcribir algunas!), Celso y su Alēthēs lógos hubieran desaparecido sin dejar rastro. Escrito hacia el año 178, ningún autor del siglo II o III lo menciona hasta el momento en que Ambrosio se lo manda (épempas. Prólogo 4) a su maestro y amigo Orígenes con ruego de que lo refute. La obra, en cambio, del maestro alejandrino, aunque escrita primeramente para sostener la fe de los sencillos, fue leída, como él mismo presintiera (V 28), por quienes eran capaces de estimar su valía. “Los ocho libros Contra Celso —dice Bardy, resumiendo la vida póstuma de la obra de Orígenes— fueron siempre leídos y estudiados con provecho por los autores cristianos. Los conoció Eusebio de Cesárea; los santos Basilio y Gregorio de Nacianzo insertaron largos extractos en su Philocalia; San Juan Crisóstomo y San Jerónimo citan por ellos lo que saben de Celso y su obra. Muchos otros los aprovecharon y habría que emprender un estudio detallado para seguir la historia de la apología contra Celso a través de los siglos. A falta de otros argumentos, el gran número de manuscritos que nos quedan de ella es testimonio suficiente de la difusión y del favor que halló siempre en los círculos cristianos. Aun después de que Orígenes fue condenado en el quinto concilio (año 553), aun después que dejó de copiarse el texto de la mayor parte de sus obras y se perdió en el polvo de las bibliotecas, se continuó leyendo los libros Contra Celso, que son hoy, entre las obras del gran doctor, los únicos que nos han llegado en su texto original íntegro”.*³⁴

Ya que se ha aludido aquí a la supervivencia del Contra Celso, digamos, entre paréntesis, que

34 Rev. Prat. d'Apol. 29 (1919) 98.

el haber llegado a Occidente se debe al papa Nicolás V, amante de las letras y fundador de la Biblioteca Vaticana. Por indicación de Teodoro Gaza, constantinopolitano, Nicolás V mandó a Constantinopla quien comprara el códice y se trajera a Roma el preciado tesoro. El hecho lo cuenta el propio Teodoro Gaza, en carta al que fue primer traductor latino del Contra Celso, Cristóforo Persona (PG 11,25). El Papa dijo a Gaza (o Gazino): Velle se ei quidvis praemii polliceri qui latinum hunc faceret. Ya por las fechas en que escribe, afirma Gaza (por experiencia) no haber príncipes tan generosos como Nicolás V que ofrezcan premios a un traductor del griego... La obra, acaba diciendo, es difícil; pero tanto mayor será la gloria de haberla llevado a cabo; Age Romanum virum et animo ingenti difficultates omnes pervade. Son como voces de aliento que nos llegaran del fondo remoto de los siglos...

ÚLTIMO TESTIMONIO

Acabada la obra de refutación del Alēthēs lógos de Celso, poco le quedaba ya a Orígenes para poder decir las palabras del Apóstol: He acabado mi carrera, he guardado la fe (2 Tim 4,7). Iba a acabar su carrera, había guardado y defendido la fe y pronto se le ofrecería la ocasión de confirmarla con el martirio, siquiera no consumado. Todavía escribe en los años de paz de que gozó la Iglesia bajo el mando del emperador cristiano Felipe el Árabe; pero Orígenes presiente que la paz puede acabar de un momento a otro, pues la insensatez pagana seguía atribuyendo a los cristianos la culpa de todas las calamidades del imperio. Ellos la tenían ahora de “la actual sedición que tanto se ha propagado” (III 15). Es decir, de que Felipe el Árabe tuviera, por los años 248, no menos de tres rivales, de oscuros nombres para nosotros: Jotapianus, Pacatianus y Uranius Antoninus.

El año 250 estalla, en efecto, la persecución, sistemática y general, con la diabólica consigna de hacer antes apóstatas que mártires: Máxime cum cupientibus mori non permittebatur occidi.³⁵ Esta consigna explica una frase, aparentemente enigmática, del fragmento de Eusebio que vamos a transcribir, sobre el empeño que puso el juez en que se atormentara a Orígenes, pero sin quitarle la vida:

35 Cf. Actas de los mártires (BAC, 1951) p. 492.

“Ahora bien: cuáles y cuántas cosas sucedieron a Orígenes en la persecución y qué fin tuvieron, dado caso que el demonio perverso había porfiadamente armado contra él a todo su ejército y cayó sobre él con más furia que sobre cuantos entonces combatía; cuánto tuviera que sufrir aquel gran hombre por la palabra de Cristo, cadenas y tormentos en su cuerpo y torturas por el hierro y sufrimientos en los más hondos calabozos de la prisión; cómo pasó muchísimos días con los pies extendidos en el cepo hasta el cuarto agujero; las amenazas de quemarle vivo y todos los otros suplicios que los enemigos de la fe le infligieron y cómo terminaron todos estos martirios, pues el juez puso particular empeño en que no se le quitara en modo alguno la vida; qué exhortaciones dejó después de todo esto, llenas de utilidad para quienes necesitan ayuda, todo se contiene en las numerosas cartas suyas, tan sinceras como exactas”.

El verano del año 251 murió Decio en el campo de batalla, e inmediatamente se abrieron las cárceles rebosantes de cristianos, a quienes no se quiso matar a pesar de su deseo de morir. Orígenes fue uno de ellos. No consumó el martirio. Su corona hubiera dejado en la sombra aspectos doctrinales que dividieron a la posteridad. Lo que dijo San Agustín de San Cipriano: “Si en esta viña feraz había algo que podar, el Padre celestial lo purificó por el martirio”, se hubiera podido aplicar también al didáscalo alejandrino, su contemporáneo. Pero si mártir es el testigo, rubrique o no su testimonio con la sangre vertida, pocos testigos de fe tan honda, tan firme y fielmente vivida puede presentar la historia del cristianismo como este hijo de un mártir y educador de mártires. Pocos defensores tampoco tan ardientes de la fe como este triunfador del primer adversario de talla intelectual que tuvo el cristianismo.

Fuente

Daniel Ruiz Bueno

Oña (Burgos), 23 de octubre de 1966, fiesta de San Antonio María Claret.



CONTRA CELSO

PROLOGO

1. Jesús callaba

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo calló cuando se le levantaban falsos testimonios y nada respondió cuando era acusado, pues estaba persuadido que su vida entera y cuanto hiciera entre los judíos, eran más fuertes que toda palabra para refutar el falso testimonio, más eficaz que todo discurso para defenderse de las acusaciones. Tú, en cambio, piadoso Ambrosio,¹ no sé por qué razón, has querido que componga yo una apología contra los falsos testimonios que Celso ha levantado a los cristianos y contra las acusaciones a la fe de las iglesias que consigna en su libro. ¡Como si la realidad misma no ofreciera una clara refutación y razonamiento superior a todo lo escrito, que deshace todo falso testimonio y no deja a las acusaciones apariencia de probabilidad para que puedan lograr su intento! Ahora bien, sobre que Jesús callara al levantársele falsos testimonios, basta de momento citar el texto de Mateo, ya que Marcos escribió cosa equivalente. Helo aquí: *Pero el sumo sacerdote y el sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús, a fin de darle muerte; pero no lo encontraban, a pesar de haberse presentado muchos falsos testigos. Por fin, se presentaron dos que dijeron: Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. Y levantándose el sumo sacerdote le dijo: ¿Nada respondes a lo que estos atestiguan contra ti? Jesús, en cambio, callaba (Mt 26,59-63).* Y sobre que Jesús no respondiera al ser acusado, he aquí lo que está escrito: *Pero Jesús compareció delante del gobernador, que le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices. Y como le acusaran los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Le dijo entonces Pilato: ¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra ti? Y no le respondió a palabra alguna, de manera que el gobernador quedó muy maravillado (Mt 27,11-14).*

1 *Ambrosio*: Fue convertido por Orígenes de la secta valentiniana a la ortodoxia de la Iglesia (Eus., *HE VI*, XVIII, 1); luego animó al maestro al trabajo y se hizo su mecenas generoso (Eus., *HE VI*, XXIII, 1-2): “Desde entonces comenzó también Orígenes a componer sus comentarios a las divinas Escrituras, a lo que le incitaba Ambrosio no sólo con exhortaciones de discursos y palabras, sino proveyendo con la mayor generosidad a todo lo necesario. Y es así que tenía a su disposición, cuando dictaba, no menos de siete taquígrafos, que se turnaban a sus tiempos; otros tantos copistas, amén de muchachas diestras en caligrafía. Para todo lo cual proveía Ambrosio copiosamente de los medios necesarios y, lo que es más, con su estudio y fervor por oráculos divinos, le infundía a Orígenes un ánimo indecible y así señaladamente lo incitó a la composición de los comentarios”. Ambrosio dedicó también Orígenes sus libros *Exhortación al martirio* (Eus., VI, XXVIII) y *De oratione*.

2. Jesús sigue callando

En verdad, digno fuera de maravilla para quienes sean capaces de discurrir moderadamente, que pudiéndose defender y demostrar que no era reo de culpa alguna, pudiendo hacer un elogio de su propia vida y de los milagros que realizara como venidos de Dios, a fin de mostrar al juez el camino de una sentencia más benévola en su favor, nada de eso hiciera, sino que despreció a sus acusadores y magnánimamente los desdeñó. Ahora bien, que, de haberse Jesús defendido, lo hubiera puesto el juez sin demora en libertad, es evidente por lo que de Él se escribe que dijo: *¿A quién de los dos queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que es dicho el Cristo?* Y por lo que prosigue diciendo la Escritura: *Sabía, en efecto, que por envidia lo habían entregado* (Mt 27,17-18).

Todavía se le siguen levantando a Jesús falsos testimonios y mientras exista la maldad entre los hombres, no habrá momento en que no se le acuse. Y por lo que a Él atañe, también ahora calla y no responde con su voz; pero es defendido por la vida de sus genuinos discípulos, que es el más fuerte clamor, más potente que todo falso testimonio, para refutar y echar por tierra falsos testimonios y acusaciones.

3. La razón no puede separar al creyente de su fe

Es más, me atrevería a decir que la defensa que me pides, debilitará la apología de la realidad y oscurecerá el poder de Jesús, que salta a los ojos de quienes no sean insensatos. Sin embargo, para no dar la impresión de que rehúso cumplir lo que me mandas, he procurado responder, según mis fuerzas, a cada uno de los puntos que escribe Celso, lo que, a mi entender, echa por tierra sus razonamientos, incapaces ciertamente de conmover a ningún creyente. ¡No quiera Dios que haya nadie que, después de recibir tal caridad de Dios en Cristo Jesús, sienta sacudirse en su propósito por lo que diga Celso o cualquiera de los de su clase! Y es así, que Pablo traza una larga lista de cosas que suelen separar de la caridad de Cristo o de la caridad de Dios en Cristo Jesús, cosas todas que vence la caridad en Él; pero no puso entre ellas la razón o el discurso. Atiende, en efecto, que primeramente dice: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo: la tribulación, la estrechez, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la espada?* Como está escrito: *Por causa tuya se nos mata cada día; hemos sido reputados como ovejas del matadero* (Sal 43,23). *Pero en todo esto vencemos con ventaja por Aquel que nos ha amado.* Y, en segundo lugar, pone otro orden de

cosas que, por su naturaleza, separarían a los poco firmes en la religión y dice: *porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni las virtudes, ni lo alto ni lo profundo, ni otra criatura alguna podrá separarnos de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rm 8,35-39).

4. Puede haber débiles en la fe

En verdad, bueno fuera que nosotros nos gloriáramos de que ni la tribulación, ni todo lo demás que le sigue en la lista, nos separe de la caridad; pero no Pablo, ni los apóstoles, ni quienquiera se parezca a ellos; pues el que dijo: *En todo esto vencemos con ventaja* (que es más que vencer simplemente) *por Aquel que nos ha amado*, está muy por encima de todas esas cosas. Pero si también los apóstoles hubieran de gloriarse, de que no se separan de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús, se gloriarían de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni nada de lo que sigue, los puede separar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro. De ahí que no pueda yo sentir simpatía por quien, habiendo creído en Cristo, deja que su fe se conmueva por un Celso, que no vive ya ni siquiera la común vida humana, sino que está desde muy atrás muerto; por un Celso, digo, o por cualquier elocuencia de discurso. Y no sé en qué categoría deba ponerse al que necesite de razonamientos consignados en un libro, para deshacer las acusaciones de Celso contra los cristianos, reparar la sacudida que por ellas ha recibido en su fe y fortalecerle en ella. Sin embargo, pudieran darse entre la muchedumbre de los que se suponen creyentes, algunos de fe tan débil que se dejan conmover y hasta derribar por los escritos de Celso y que pudieran ser curados por la apología contra ellos, en caso de que lo que digamos tenga la fuerza para refutar a Celso y afirmar la verdad. De ahí que me decidiera a obedecer a tu mandato y refutar el escrito que me has mandado; escrito, por cierto, que nadie, por poco avanzado que esté en la filosofía, convendrá que es, como lo tituló Celso, “Doctrina verdadera”.

5. Celso no merece nombre de filósofo

Ahora bien. Pablo, comprendiendo que en la filosofía griega hay cosas que no son despreciables, que son persuasivas para el vulgo, pero que presentan la mentira como verdad, dice sobre ellas: *Mirad no os seduzca nadie por medio de la filosofía y de un engaño vano, según la tradición de los hombres y los elementos de este mundo y no según Cristo* (Col 2,8). Y viendo que en los

discursos de la sabiduría del mundo aparece alguna grandeza, dijo que las razones de los filósofos son “conforme a los elementos del mundo”. Pero nadie que tenga una migaja de inteligencia afirmará que la obra de Celso esté escrita “según los elementos de este mundo”. Las doctrinas de la filosofía, por tener en sí algo engañoso, las llamó el Apóstol “engaño vano”, acaso para distinguirlo de cierto engaño que no es vano, aquel que Jeremías tenía ante los ojos cuando se atrevió a decirle al Señor: *Me engañaste, Señor y fui engañado; fuiste más fuerte y prevaleciste* (Jr 20,7). La obra de Celso, en cambio, es evidente para mí que no contiene engaño alguno y, por ende, tampoco engaño vano, como las doctrinas de quienes han fundado escuelas filosóficas y en ellas mostraron no vulgar inteligencia. Nadie llamará sofisma a cualquier disparate en los teoremas de la geometría, ni lo describiría para ejercicio de quienes en esto entienden; de modo semejante, para que una obra pudiera llamarse engaño vano, según la tradición y los elementos de este mundo, tendría que ser parecida a las ideas de quienes fundaron escuelas filosóficas.

6. Orígenes no escribe para cristianos de fe firme

Después de refutar punto por punto lo que Celso dice, hasta el momento en que introduce a un judío que habla con Jesús (I, 28ss), se me ocurrió anteponer al comienzo este prólogo, a fin de que el futuro lector de mi refutación de Celso tropiece con él inmediatamente y se percate que mi libro no está escrito para quienes tienen fe cabal, sino para quienes no han gustado en absoluto la fe en Cristo o para aquellos que el Apóstol llamó “flacos en la fe”, en el texto que dice: *Haceos cargo del débil en la fe* (Rm 14,1). Me sirve también de excusa este prólogo, de haber respondido a Celso por un método al comienzo y por otro en lo que sigue. Y es así, que, primero había decidido tratar solo los puntos capitales y una breve refutación de ellos y dar luego cuerpo a mi razonamiento; pero luego, el tema mismo me sugirió ahorrar tiempo y respecto del comienzo, contentarme con lo así respondido; pero en lo que sigue, aprestarme a combatir en mi obra, según mis fuerzas, las acusaciones que lanza Celso contra nosotros. Por eso pedimos perdón, al comienzo, de lo que viene tras el prólogo. Pero, si tampoco las refutaciones que siguen se mueven de manera cabal, por ellas te pido igualmente perdón; y, si todavía quieres tener resueltos por escrito los argumentos de Celso, te remito a los que son más sabios que yo y pueden, de palabra y por escrito, echar por tierra sus acusaciones contra nosotros. Sin embargo, mejor es quien, aun leído el libro de Celso, no necesita

de apología contra él, sino que desprecia todo lo que contiene, como lo desprecia con razón cualquier creyente en Cristo, por obra del Espíritu que mora en él.

LIBRO PRIMERO

1. Leyes de los escitas

El primer capítulo con que Celso quiere calumniar¹ al cristianismo, es que los cristianos forman entre sí asociaciones secretas contra la ley; pues “de las asociaciones, dice, unas son públicas y se forman conforme a la ley; otras, secretas, que van contra lo legislado”. Y quiere calumniar el amor de unos con otros, como lo llaman los cristianos, que, según él, “proveniría del común peligro y es más fuerte que todo juramento”. Ya que, tanto habla sobre la ley común y afirma que contra esta son las asociaciones de los cristianos, respondamos a este punto. Si uno se encontrara entre los escitas, cuyas leyes van contra la ley divina y no tuviera posibilidad de escapar, sino que se viera obligado a vivir entre ellos, con razón afirmarí, por amor de la verdad, que para los escitas es ilegal la alianza con quienes sintieran como él contra lo que aquéllos tienen por ley; y así, ante el tribunal de la verdad, las leyes de los gentiles acerca de las estatuas y del impío politeísmo son leyes de escitas y si cabe, más impías que de escitas. No es, consiguientemente contra la razón, formar asociaciones que van contra la ley, pero que están a favor de la verdad. Si unos cuantos se conjuraran secretamente para matar al tirano que se apoderó de la ciudad, obrarían lícitamente; así, ni más ni menos, ocurre con los cristianos, cuando al que llaman ellos el diablo y la mentira que lo tiranizan todo, forman asociaciones contra el diablo, contraviniendo la ley del diablo; y las forman para salud de otros a quienes puedan persuadir para que se aparten de la ley, como de escitas y tiránica (cf. V 37; VIII 65).

1 Calumniar: Celso prosigue la obra de tantos contemporáneos suyos que calumnian al cristianismo. La refutación de esas calumnias llena la apologética del siglo II (véanse mis *Apologistas griegos del siglo II*, BAC 1954). He aquí una refutación general dada por Justino Mártir: “Y es así que yo mismo, cuando seguía la doctrina de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero, al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor de los placeres. Porque ¿qué hombre amador del placer, qué intemperante y que tenga por cosa buena devorar carnes humanas, pudiera abrazar alegremente la muerte, que ha de privarle de sus bienes y no trataría más bien por todos los medios de prolongar indefinidamente su vida presente y ocultarse a los gobernantes; cuánto menos, soñar en delatarse a sí mismo para ser muerto? (o.c., p. 274s).

Sin embargo, hay que hacer honor a Celso de que en toda su “doctrina verdadera” no alude a las burdas calumnias populares que envenenaban el ambiente del siglo II y que Atenágoras resume así: “Tres son las acusaciones que se propalan contra nosotros: el ateísmo, los convites de Tiestes y las uniones edípeas” (Athen., *Leg. pro christianis* 3; o.c., p. 651). Celso, en cambio, insiste, desde este primer “capítulo”, sobre el carácter sedicioso del cristianismo, al que define como una *stasis* (sedición). La *agape* de los cristianos es para él forma de sedición (cf. Tertull., *Apol.* 39. 7).

2. El origen “bárbaro” del cristianismo

Luego dice que nuestra doctrina es, desde sus orígenes, “bárbara”, aludiendo evidentemente al judaísmo, del que depende el cristianismo. Y denota inteligencia al no recriminar a nuestra doctrina sus orígenes bárbaros, antes alaba a los bárbaros como capaces de inventar teorías; aunque añade a renglón seguido, que “valen más los griegos en orden a juzgar, confirmar y aplicar a la práctica de la virtud, lo que inventan los bárbaros”. Ahora bien, de esto que dice Celso, resulta para nosotros una defensa de la verdad de lo que se afirma en el cristianismo y es que, si uno se pasa de las doctrinas y prácticas helénicas al Evangelio, no solo lo puede juzgar como verdadero, sino, al ponerlo en práctica, lo demostraría, supliendo lo que pudiera faltar a la demostración helénica. Lo cual sería una buena demostración del cristianismo. Pero hemos de decir, además, que hay otra demostración propia de nuestra doctrina, más divina que la que se toma de la dialéctica griega. Esta demostración más divina la llama el Apóstol *la demostración de espíritu y de fuerza* (1 Co 2,4); de espíritu, primeramente, por razón de las profecías capaces de persuadir a quienes las leen, señaladamente en lo que atañen a Cristo; de fuerza, en segundo lugar, por los milagros y prodigios que puede demostrarse que sucedieron, entre otros muchos argumentos, por el hecho de que aún se conservan rastros de ellos entre quienes viven conforme a la voluntad del Logos (cf. I, 46; II, 8; VII, 8).²

3. Los cristianos bajo amenaza de muerte

Luego habla de que “los cristianos practican sus ritos y enseñan sus doctrinas a la sombra del tejado” y dice que “no sin razón lo hacen así, pues tratan de eludir la pena de muerte que les amenaza”; y compara ese peligro “con los que hubieron de afrontar los filósofos, por ejemplo, Sócrates”. Y pudiera haber añadido a Pitágoras y otros filósofos. A esto hay que decir, que, con respecto de Sócrates, los atenienses se arrepintieron inmediatamente de su crimen (Diog. Laert., II, 43) y no le guardaron en adelante ningún resentimiento; y lo mismo respecto de Pitágoras. Por

2 Uno de los rastros o huellas de los milagros que aún se daban entre los cristianos era la expulsión de los demonios. Así dice Justino Mártir, *Apología* II, 5 (6) 5-6; “Porque, como antes dijimos, el Verbo se hizo hombre por designio de Dios Padre y nació para la salvación de los creyentes y destrucción de los demonios. Y esto lo podéis comprobar por lo que ahora mismo está sucediendo ante vuestros ojos. Porque por todo el mundo y en vuestra misma ciudad imperial, muchos de los nuestros, es decir, cristianos, conjurándolos por el nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, han curado y siguen aún ahora curando a muchos endemoniados que no pudieran serlo por todos los otros exorcistas, encantadores y hechiceros y así destruyen y arrojan a los demonios que poseen a los hombres” (o.c., p. 267) Cf. también, en lenguaje muy enérgico, Tertull., *Apol.* 23, 4-6).

lo menos los pitagóricos siguieron manteniendo sus escuelas en Italia y en la llamada Magna Grecia. Los cristianos, en cambio, han sido combatidos por el senado romano, por los emperadores que se han ido sucediendo, por el ejército y el pueblo y hasta por los parientes de los fieles. Y se hubiera suprimido su doctrina, vencida por tamaña conjura de asechanzas, de no haberla sostenido y levantado una virtud divina, hasta el punto de vencer al mundo entero conjurado contra ella.

4. El alma naturalmente cristiana

Veamos también, cómo se trata de desacreditar nuestra doctrina moral por el hecho de ser “común” y que, “en comparación con los otros filósofos, nada tiene de enseñanza venerable y nueva” (II, 5). A esto hay que decir que, para quienes admiten el justo juicio de Dios, quedaría cerrada la puerta para el castigo de los pecados, en caso de que, en virtud de las nociones comunes,³ no tuvieran todos previo y sano conocimiento de los principios morales. De ahí que no sea de maravillar, que el mismo Dios haya sembrado en las almas de todos los hombres, lo mismo que enseñó por los profetas y el Salvador. De este modo, nadie tiene excusa en el juicio divino, pues *tiene escrito en su propio corazón el sentido de la ley* (Rm 2,15). Es lo mismo que la palabra divina dio misteriosamente a entender en el relato que los griegos tienen por mítico, al hacer a Dios escribir con su propio dedo los mandamientos y dárselos a Moisés. Luego los hizo pedazos la maldad de los que fabricaron el becerro de oro (cf. Ex 32,19), que es como si dijera que los borró la inundación del pecado. Por segunda vez, en piedras que labrara Moisés, los escribió Dios y se los dio de nuevo, como si la palabra profética hubiera dispuesto al alma, después del primer pecado, para recibir el segundo escrito de Dios.

5. “El que habla con las paredes”

En cuanto a la doctrina sobre la idolatría, la presenta como propia de los que siguen al Logos y hasta la confirma diciendo: “No creen que sean dioses lo que es obra de las manos, pues no es razonable que sea Dios lo que fabrican los artífices misérrimos y de malas costumbres, hombres a menudo también inicuos” (cf. III, 76). Pero, seguidamente, queriéndola reducir a lugar común y no hallada primeramente por el Logos, aduce el siguiente dicho de Heráclito: “Los que se acercan

³ Las “nociones comunes”, κοινὰ ἔννοιαι son una idea de la filosofía estoica: cf. Cic., *De leg.* 1, 6, 18; Philo, *Quod omnis prob.* 46 (Chadwick). Orígenes percibe el parentesco de esta doctrina con la paulina sobre el sentido ingénito de la ley moral.

a cosas sin alma como si fueran dioses, obran como quien se pusiera a charlar con las paredes de su casa” (Diels, frag. 5; cf. *infra* VII, 62-65). Ahora bien, también acerca de este punto hay que decir, que, de modo semejante al resto de los principios morales, hay ingénitas nociones en los hombres, por las que Heráclito u otro cualquiera de entre los griegos o bárbaros supo demostrar esa verdad. Porque todavía trae a colación a los persas, que piensan lo mismo, citando a Heródoto que lo narra (1, 131). A todo lo cual añadiremos nosotros lo que dice Zenón de Citio en su *República*: “No hay necesidad alguna de construir templos, pues nada ha de tenerse por sagrado, ni por muy estimable y santo, mientras sea obra de albañiles y artesanos” (*Stoic. Vet.* frag.1, 265). Se sigue pues, evidentemente, que también acerca de esta doctrina, está escrito en los corazones de los hombres, con letras de Dios, lo que deben hacer.

6. El tema de la magia

Luego, movido por no sé qué motivo, afirma Celso que la fuerza que parecen tener los cristianos se la deben a ciertos nombres de démones y fórmulas de encantamiento (cf. VI, 40; VIII, 37). Con ello alude, según pienso, a los que conjuran y expulsan a los démones. Ahora bien, parece calumniar evidentemente nuestra doctrina, pues “la fuerza que parecen tener los cristianos” no se la deben a encantamientos, sino al nombre de Jesús y a la recitación de las historias que de Él hablan. Y es así que pronunciar ese nombre y recitar esas historias, ha hecho con frecuencia alejarse a los démones de los hombres, señaladamente cuando los que las dicen lo hacen con espíritu sano y fe sincera. Y es tanto el poder del nombre de Jesús contra los démones, que a veces logra su efecto aun pronunciado por hombres malos. Que es justamente lo que enseña Jesús mismo cuando dice: *Muchos me dirán aquel día: En tu nombre arrojarnos a los demonios e hicimos milagros* (Mt 7,22). No sé si Celso omitió esto adrede y por malignidad o porque lo ignoraba. Lo cierto es, que en lo que sigue, ataca también al Salvador, atribuyendo “a magia el poder con que parecía hacer sus milagros. Y como previó que otros habrían de conocer sus mismos trucos y hacer lo que Él hacía y que presumirían de obrar por poder de Dios, Jesús los expulsa de su propia república”.⁴ Y ahora lo acusa por este razonamiento: “Si los expulsa con justicia, siendo Él mismo reo de lo mismo, es un malvado; pero si Él no es un malvado al hacer eso, tampoco lo son los que

4 “Expulsar de su república”, puede aludir a Platón, que expulsa de la suya a Homero (Bader, Chadwick).

hacen lo mismo que Él”. Sin embargo, aun cuando pareciera imposible demostrar cómo hizo Jesús sus milagros, lo evidente es que los cristianos no se valen de fórmulas mágicas de ninguna especie, sino del nombre de Jesús y de otros relatos en que se tiene fe de conformidad con la Escritura divina.

7. El cristianismo no es doctrina secreta

Luego, como Celso califica tan a menudo de “oculta” nuestra doctrina, también en este punto hay que refutarlo, ya que casi el mundo entero conoce la predicación de los cristianos mejor que las sentencias de los filósofos. Pues ¿quién ignora que Jesús nació de una virgen, fue crucificado, resucitó —verdad en que creen muchos— y proclamó el juicio, en que se castigará a los pecadores según lo que merecen y se galardona debidamente a los justos? Y el misterio mismo de su resurrección, que por no ser entendido es traído y llevado y objeto de mofa entre los incrédulos. Siendo esto así, llamar “oculta” nuestra doctrina es desde todo punto de vista absurdo. Por lo demás, que haya puntos más allá de lo exotérico, que no llegan a los oídos del vulgo, no es cosa exclusiva del cristianismo, sino corriente también entre filósofos, que tenían sus doctrinas exotéricas, pero otras esotéricas. Así, solo unos oían sobre Pitágoras: “Él lo dijo”; otros eran secretamente iniciados en doctrinas que no merecían llegar a oídos profanos y aún no purificados”.⁵ Y en cuanto a los misterios que se practican por toda Grecia y tierras bárbaras, aun siendo ocultos, no los ataca Celso; por eso, en vano trata de desacreditar lo que hay de oculto en el cristianismo y que él no entiende puntualmente.

8. El martirio cristiano

Pero parece ser que Celso defiende con elocuencia, hasta cierto punto, a los que dan testimonio del cristianismo hasta morir por él, diciendo: “Y no es que yo diga que quien ha abrazado una doctrina buena, aunque por ella venga a correr peligros entre los hombres, haya de apostatar de ella, o fingir que ha apostatado, o negarla”. Realmente, al decir que “quien profesa una doctrina no debe fingir que ha apostatado de ella ni negarla”, condena a quienes abrazan la religión cristiana, pero fingen no profesarla o efectivamente lo niegan. Pero hay que demostrar que Celso se

⁵ Es interesante saber que del mismo Aristóteles había escritos exotéricos y esotéricos (cf. Clem. Alex., *Strom.* V, 95,1). Entre los pitagóricos, los había *akoustikoi* (oyentes, los legos de la liga) y *mathematikoi* (discentes o científicos, los padres) (Aulus Gell., 1, 9, 3ss).

está contradiciendo a sí mismo. Efectivamente, por otros escritos suyos se conoce que fue epicúreo; aquí, en cambio, por parecerle que sería más consecuente acusar nuestra doctrina no confesando la filosofía de Epicuro, finge creer que “hay en el hombre algo superior a lo terreno, emparentado con Dios” y dice: “Quienes esta parte (es decir, el alma) conservan sana, tienden en todo a lo que les es congénito (es decir, a Dios) y siempre desean⁶ “oír algo y acordarse de Dios” (cf. VIII, 63). Ahora bien, se debe ver lo espurio de su alma, pues habiendo dicho que “quien ha abrazado una doctrina buena, aunque por ella corra peligro entre los hombres, no debe apostatar de ella ni fingir que apostata ni negarla”, él cae en todo lo contrario. Sabía en efecto, que, de confesarse epicúreo, no tendría crédito alguno su acusación contra quienes, de un modo u otro, introducen una providencia y atribuyen a Dios el gobierno de las cosas. Ahora bien, por tradición sabemos que ha habido dos Celsos epicúreos: el primero, bajo Nerón y este, que vivió bajo Adriano y después.⁷

9. La razón y la fe sencilla

Seguidamente nos exhorta a que sigamos, para aceptar doctrinas, “a la razón y a un guía racional”, pues “quien de otro modo se adhiera al primero con que se topa, ha de caer desde todo punto de vista en el engaño”. Y compara a los que irracionalmente creen “con los mendigantes de Cibele y agoreros, con los sacerdotes de Mitra y Sabacio y con cualquiera con quien uno se topa, que se dan por apariciones de Hécate o de otro demon o démones. Porque, “a la manera”, dice, “que, entre gentes de esa índole, hombres malvados abusan de la idiotez de los crédulos y les traen y llevan donde quieren, así acontece también entre los cristianos”. Y añade, que algunos que no quieren dar ni recibir razón sobre lo que creen, echan mano de su principio: “No inquieras, sino cree” y del otro: “Tu fe te salvará” (VI, 11-12). Y afirma que dicen: “Mala cosa es la sabiduría del mundo; buena, la locura o necedad”.

He aquí la respuesta a todo esto. Si fuera posible que todos abandonaran los negocios de la vida para dedicarse tranquilamente a la filosofía, no habría que seguir otro camino que ese, pues en el cristianismo no se hallará menor tarea —para no decir algo fuerte— que en alguna otra parte:

⁶ Sobre la afinidad del alma con Dios, cf. Plat., *Tim.* 90a *et passim*.

⁷ Dos Celsos: Por este importante pasaje se ve claro que ni el mismo Orígenes identifica ya con certeza a su adversario. La incertidumbre prosigue entre los modernos. De Celso, viene a decir Koetschau (prólogo a su versión del *Contra Celsum*), no se conoce más que el nombre y, naturalmente, los fragmentos de su obra conservados por Orígenes. Filosóficamente este lo tiene por epicúreo; pero “su filosofía, dice Chadwick, es la del platonismo medio y no delata afinidad alguna con el epicureísmo” (prólogo a su versión del *Contra Celsum* p. XXV).

el examen de las verdades de la fe, la interpretación de los enigmas de los profetas, de las parábolas evangélicas y de infinitas cosas más acontecidas o legisladas simbólicamente. Pero eso es imposible, ya sea por razón de las necesidades de la vida, o también por la flaca inteligencia de los hombres, pocos de los cuales se entregan con ahínco a la reflexión. Y en este caso, ¿qué mejor camino pudiera hallarse para bien de las gentes que el enseñado por Jesús a las naciones? No hay, sino que preguntar sobre la muchedumbre de los creyentes, limpios ahora del aluvión de maldad en que antes se revolvían: ¿Qué es mejor para ellos: haber creído sin buscar la razón de su fe, haber ordenado como quiera sus costumbres, movidos por su creencia sobre el castigo de los pecados y el premio de las buenas obras, o dilatar su conversión por desnuda fe hasta entregarse al examen de las razones de la fe? Es evidente que, en tal caso, fuera de unos poquísimos, la mayoría no habrían recibido lo que han recibido por haber creído sencillamente y habrían permanecido en su pésima vida. Así, pues, si hay algo que prueba que la humanidad del Logos (Tt 3,4) no vino sin disposición divina a habitar entre los hombres, a esa prueba hay que juntar esta otra. Un hombre piadoso no creerá que, sin disposición divina, venga a una ciudad o nación un médico que devuelve la salud a muchos enfermos (I, 26), pues ningún bien acaece entre los hombres sin disposición divina. Pues, si el que cura o mejora corporalmente a muchos, no lo hace sin disposición divina, ¿cuánto más el que ha curado, convertido o mejorado las almas de muchos y las ha unido con el Dios sumo y enseñándoles a dirigir toda acción al agrado del mismo y evitar cuanto le desagrede hasta en la más mínima palabra, acto y pensamiento?

10. Se nace platónico o peripatético

Pero ya que tanto se habla acerca de la fe, digamos que nosotros, porque la tenemos ciertamente por provechosa para las gentes, enseñamos a creer, aun sin inquirir la razón de la fe, a quienes no puedan abandonarlo todo y entregarse a la inquisición de tales razones; ellos, en cambio, aunque no lo confiesan, hacen lo mismo que nosotros. Efectivamente, el que se convierte a la filosofía y se mete, como por suerte en una secta filosófica, o porque topó con un maestro de la misma, ¿por qué otra razón da ese paso sino porque cree que esa escuela es la mejor? El que se decida a ser estoico, platónico, peripatético o epicúreo, o de cualquier otra escuela filosófica, no espera a oír las doctrinas de todos los filósofos o de las distintas escuelas filosóficas, ni cómo se refutan unas y se demuestran otras; no, un impulso irracional —aunque no lo quieran confesar— los lleva a

practicar, digamos, la doctrina estoica, dejando de lado a las demás; o la platónica, desdeñando, por inferiores, las otras; o la peripatética, como más humana y que en grado mayor que las otras escuelas valora inteligentemente los bienes humanos. Y hay quienes, turbados en su primer encuentro con el tema de la providencia, fundados en lo que sucede sobre la tierra a buenos y malos, se abalanzaron precipitadamente a decir que no hay en absoluto providencia y abrazaron la doctrina de Epicuro y Celso.

11. Todo pende de la fe

Ahora bien, si como ha demostrado mi razonamiento, hay que creer a uno solo de los que, entre griegos o bárbaros, han fundado escuelas filosóficas, ¿con cuánta más razón será que creamos al Dios sumo y al que nos enseñó que a Él solo se debe adorar y despreciar todo lo demás, como si no fuera y en caso que lo sea, tenerlo desde luego por digno de estima, pero no de adoración y culto? El que no solamente crea todas estas cosas, sino que tenga también talento para contemplarlas teórica y racionalmente, nos dirá las demostraciones que de suyo se le ocurran y las que encuentre en su tenaz inquisición. Todo lo humano pende de la fe; ¿no será, pues, más razonable creer a Dios que a los fundadores de escuelas filosóficas? Porque, ¿quién navega, o se casa, o engendra hijos, o arroja las semillas a la tierra, sino porque cree que las cosas saldrán bien, cuando es posible que salgan mal y de hecho han salido a veces mal? Sin embargo, la fe en que las cosas saldrán bien y a pedir de boca, hace que los hombres se aventuren y se abalancen a lo incierto que puede acaecer como no se espera. Pues si en toda acción de resultado incierto, la esperanza y la fe en un porvenir mejor sostienen la vida, ¿cuánto más razonable no será que abrace esa fe —más que quien navega por el mar, o siembra la tierra, toma mujer, o emprende otro negocio humano— el que cree en Dios que todo eso ha creado y en Aquel que, con tan superior alteza de espíritu y con divina magnanimidad, osó asentar esta doctrina por todo lo descubierto de la tierra, aun a costa de grandes peligros y de una muerte tenida por ignominiosa, que Él sufrió por amor de los hombres? Él, que enseñó también a los que al comienzo se decidieron a ponerse al servicio de su enseñanza, a que despreciando todos los peligros y cualquier género de muerte que en todo momento les amenazaba, marcharan audazmente por todo lo descubierto de la tierra para la salud de los hombres.

12. «Todo lo sé»

Seguidamente, dice literalmente Celso: “Si quieren, por fin, responderme, no como a quien busca información, pues lo sé todo, sino como a quien se interesa por igual por uno y otro bando, la cosa iría de perlas; pero, si no quieren, sino que me vienen como de costumbre, con su estribillo: “No inquieras”, etc., “no tendrán otro remedio —dice—, sino explicarnos⁸ qué es lo que dicen y de qué fuente brotara”, etc. A ese “lo sé todo”, hay que decir que es una enorme fanfarronada que se ha permitido Celso. Si hubiera leído señaladamente los profetas, que todo el mundo confiesa estan llenos de enigmas y de discursos oscuros para el vulgo; si hubiera pasado los ojos por las parábolas del Evangelio y por el resto de la Escritura, en que se contiene la ley y se narra la historia de los judíos y hubiera prestado oído a las voces de los apóstoles; si, leyendo inteligentemente, hubiera querido penetrar en el sentido de las palabras, no se hubiera propasado de ese modo al decir: “Lo sé todo”. Nosotros mismos, que nos hemos pasado la vida en estos estudios, no nos atreveríamos a decir que lo sabemos todo, pues amamos la verdad (cf. III, 15). Ninguno de nosotros dirá: “Sé todo lo que enseña Epicuro”, ni osará afirmar que conoce enteramente la filosofía de Platón, cuando tamañas discrepancias existen entre quienes la interpretan. ¿Quién será tan petulante para decir: “Sé todo lo que enseñan los estoicos, o todo lo que dicen los peripatéticos”? A no ser que Celso oyera, por lo visto, ese “lo sé todo”, de algunos de esos estúpidos que no se dan cuenta de su propia ignorancia y creyera que, con tales maestros, se lo sabía todo. Me parece que ha hecho Celso como quien se va a Egipto, donde los sabios del país filosofan, según escritos tradicionales, largo y tendido sobre las cosas que entre ellos se tienen por divinas; el vulgo, en cambio, solo oye unos cuantos mitos, cuyo sentido no entiende, lo que no impide presumir de ellos. Celso, digo, hizo como quien creyera conocer todo lo referente a los egipcios, por haberse hecho discípulo de esas gentes vulgares, sin haber tratado con sacerdote alguno, ni aprendido de ninguno de ellos los misterios de los egipcios. Y lo que digo de sabios y vulgo entre los egipcios, cabe igualmente decirlo acerca de los persas, entre los cuales hay iniciaciones que sus eruditos interpretan racionalmente, pero que solo como signos externos reciben los que entre ellos son vulgo y gentes superficiales. Y dígase lo mismo de los sirios e indios y de cuantos pueblos poseen mitos y

8 Chadwick da una traducción, fundado en Wifstrand, *Wahre Lehre* p. 402, en que αὐτούς se entiende como complemento de διδάξαι. El sentido sería que Celso les va a enseñar a los cristianos cuál es su doctrina y de qué fuente manara. Por cierto que Chadwick, por inadvertencia, omite aquí la versión del inciso: ἀλλ'ὡς παντὶν κηδομέμφ.

al lado, escritos que los interpretan.

13. Sabiduría de Dios y sabiduría del mundo

Celso asentó como cosa dicha por muchos cristianos: “Mala es la sabiduría de la vida; buena, la necedad (o locura)”. A esto hay que decir que falsea la palabra divina al no citar el texto tal como se encuentra en Pablo, que dice: *Si alguno se imagina entre vosotros ser sabio en este mundo, hágase necio para venir a ser sabio; porque la sabiduría de este mundo es necedad para Dios* (1 Co 3,18-19). Por donde se ve que el Apóstol no dice lisamente que “la sabiduría sea necedad delante de Dios”, sino “la sabiduría de este mundo”; ni tampoco, “Si alguno se imagina entre vosotros ser sabio, hágase, sin más, necio, sino *hágase necio en este mundo para venir a ser sabio*”. Ahora bien, llamamos sabiduría de este mundo, que, según las Escrituras, es destruida por Dios (1 Co 2,6), a toda falsa filosofía; y decimos buena la necedad, no así absolutamente, sino cuando uno se hace necio para este siglo. Es como si dijéramos que un platónico, que cree en la inmortalidad del alma y en lo que se dice de su reencarnación, acepta una necesidad respecto de los estoicos, que se mofan de semejantes creencias; o de los peripatéticos, que no se cansan de hablar de los gorjeos de Platón (Arist., *An. post.* 1, 22; 83 a 33; II, 12); o de los epicúreos, que tachan de supersticiosos a los que introducen una providencia o atribuyen a Dios el gobierno del universo. Pero hay que añadir a todo esto, que según el beneplácito del Logos mismo, hay mucha diferencia entre aceptar nuestros dogmas por razón y sabiduría o por desnuda fe; esto solo por accidente lo quiso el Logos, a fin de no dejar desde todo punto de vista desamparados a los hombres, como lo pone de manifiesto Pablo, discípulo genuino de Jesús, diciendo: *Ya que el mundo no conoció, por la sabiduría, a Dios en la sabiduría de Dios, le agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación* (1 Co 1,21). Por aquí se pone evidentemente de manifiesto, que debiera haberse conocido a Dios por la sabiduría de Dios; pero, como no sucedió así, le agradó a Dios, como segundo remedio, salvar a los creyentes, no simplemente por medio de la necedad, sino por la necedad en cuanto tiene por objeto la predicación. Se ve efectivamente al instante, que predicar a Jesús como Mesías crucificado es la necedad de la predicación, como bien se dio cuenta de ello Pablo cuando dijo: *Nosotros, en cambio, predicamos a Jesús, Mesías crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los griegos; pero para los llamados mismos, judíos y griegos, el Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1 Co 1,23-24).

14. Los judíos, excluidos por Celso del concierto de los pueblos sabios

Opina Celso que hay un parentesco entre muchos pueblos que profesan la misma doctrina; pero, al enumerar a todas las naciones que desde sus orígenes mantuvieron esa común doctrina, no sé por qué, solo calumnia a los judíos, no poniendo su nación en el catálogo de las restantes, en el sentido de que hubiera colaborado y sentido como ellas o hubiera profesado en muchos casos dogmas parecidos. Vale pues la pena preguntarle, por qué razón del mundo da fe a las historias de bárbaros y griegos, acerca de las antigüedades de los pueblos que nombra y solo tacha de falsas las historias del pueblo judío. Si todos narraron sus cosas con amor a la verdad, ¿por qué solo a los profetas de los judíos hemos de negarles credibilidad? Y si Moisés y los profetas escribieron mucho acerca de lo que entre ellos aconteciera, con intento de favorecer su propia doctrina, ¿por qué no decir cosa semejante de los escritores de las otras naciones? Cuando los egipcios, en sus propias historias, maldicen a los judíos, son fidedignos en lo que de ellos cuentan; ¿mentirán los judíos, cuando dicen lo mismo de los egipcios y narran lo mucho que hubieron de sufrir injustamente de parte de ellos y cómo por eso fueron castigados por Dios? Y no digamos esto solamente respecto de los egipcios, pues también entre asirios y judíos hallaremos colisiones que se narran en las antigüedades de aquellos; y de modo semejante, los escritores de los judíos (escritores, digo, no parezca voy prevenido llamándolos profetas) narraron que los asirios fueron enemigos de su pueblo. He ahí pues, la parcialidad de quien presta fe a unas naciones, que se imagina sabias y condena a otras como desde todo punto de vista insensatas. Oigamos, en efecto, las propias palabras de Celso: “Hay una antigua tradición, desde los orígenes, en que han convenido siempre las naciones más sabias, las ciudades y los hombres sabios”; pero no quiso llamar a los judíos nación sapientísima, ni siquiera a semejanza de los “egipcios, asirios, indios, persas, odrisas, samotracios y eleusinos”.

15. Juicios más benévolos

¡Cuánto más equitativo con los judíos es el pitagórico Numenio, que, por sus escritos, se ve que fue doctísimo y habiendo examinado muchos sistemas, de ellos reunió lo que le pareció ser verdadero! Numenio, pues, en el libro primero *Sobre el bien*, hablando de las naciones que concibieron a Dios como incorpóreo, entre ellas contó a los judíos y no vacila en alegar en su escrito

palabras de los profetas, que él interpreta figuradamente.⁹ Se dice también que Hermipo, en el libro primero *Sobre los legisladores*, cuenta cómo Pitágoras llevó a los griegos su filosofía tomada de los judíos.¹⁰ Y del historiador Hecateo circula un libro *Sobre los judíos*, en que los exalta hasta tal punto como nación sabia, que Herennio Filón, en su escrito sobre los judíos, duda primero que la obra sea del historiador y dice luego que, si es del mismo, es probable que se dejara arrastrar de la elocuencia propia de los judíos y se adhirió a su doctrina.¹¹

16. Moisés, excluido del catálogo de los sabios

Yo me admiro de ver cómo Celso puso entre “las naciones sapientísimas y antiquísimas, a odrisas y samotracios, eleusinos e hiperbóreos” y no se dignó contar a los judíos ni entre los pueblos simplemente sabios y antiguos. Y eso que, entre egipcios, fenicios y griegos, corren escritos que atestiguan su antigüedad. Por mi parte, tengo por superfluo citarlos, pues todo el que quiera puede leer lo que escribe Flavio Josefo en sus dos libros *Sobre la antigüedad de los judíos*, donde se aporta gran copia de escritores que atestiguan esa antigüedad.¹² Y de Taciano,¹³ que vivió posteriormente, corre el *Discurso contra los griegos*, en que, con gran alarde de erudición, se cita a los historiadores que han hablado de la antigüedad de los judíos y de Moisés. Parece, pues, que, al hablar así, no se mueve Celso por amor a la verdad, sino por odio, apuntando a desacreditar los orígenes del cristianismo, que se enlazan con los judíos. Es más, de “los mismos galactófagos de Homero (*Ilíada* 13, 6), los druidas de los gálatas y los getas, dice que son naciones sapientísimas antiguas que admiten doctrinas emparentadas con las de los judíos” (de las que yo no sé se conserven escritos); solo los hebreos, en cuanto de él depende, quedan excluidos de la antigüedad y sabiduría. Y luego, una vez más, trazando el catálogo de hombres antiguos y sabios que fueron en vida útiles a sus contemporáneos y por sus escritos a la posteridad, excluyó de la lista de sabios a

9 Fragm. 9a Thedinga; fragm. 9b Leemans. Numenio fue probablemente contemporáneo de Marco Aurelio. Sobre su sincretismo, cf. Eus., *Praep. ev.* IX, 7, 411C, donde cita el pasaje a que alude probablemente Orígenes.

10 Josephus, *Contra Ap.* 1, 92, 163-5 y 183ss.

11 Herennio Filón, natural de Biblos, en Fenicia, vivió aproximadamente entre 50-130, sin que se lo pueda fechar más exactamente. De su *Historia fenicia* cita un fragm. Eus., *Praep. ev.* 1, 10, 42, 40B. Hecateo de Abdera o de Teos fue contemporáneo de Alejandro Magno (cf. Diod. Sic., XL, 3).

12 Son los llamados libros *Contra Apión*, que había escrito cinco libros de historia egipcia. Como nota Orígenes, los libros de Josefo contra Apión son de fácil lectura. Están editados modernamente en la colec. Budé.

13 De Taciano dice Eus., *HE* IV, XXIX, 7: “Este dejó un gran número de escritos, entre los que muchos citan el célebre discurso *Contra los griegos*. En este, rememorando los tiempos antiguos, afirmó que Moisés y los profetas son más antiguos que todos los hombres famosos entre los griegos. Este discurso parece ser, de entre todos sus escritos, el más bello y útil”. Nosotros lo comentamos y vertimos en *Los apologistas griegos del siglo II* (BAC) p. 549-628.

Moisés. A la cabeza de sus hombres antiguos y sabios puso Celso a Lino, de quien no se conservan leyes ni discursos que hayan convertido y curado a pueblo alguno; las leyes, en cambio, de Moisés, las observa un pueblo entero esparcido por toda la tierra habitada. He ahí, pues, cómo fue malignidad pura haber excluido a Moisés del catálogo de los sabios y decir que Lino, Museo, Ferecides, el persa Zoroastro y Pitágoras, disertaron acerca de estas cosas y consignaron sus doctrinas en libros que se conservan hasta el día de hoy.

17. Moisés y la mitología

Y diestramente pasó por alto el mito, compuesto principalmente por Orfeo, acerca de los supuestos dioses a los que atribuye pasiones humanas;¹⁴ pero de seguido, tratando de desacreditar los libros de Moisés, acusa a los que los interpretan figurada y alegóricamente. Sería del caso preguntar a este excelentísimo señor, que rotuló su propio libro, *Doctrina verdadera*, ¿cómo es, amigo, que tus dioses, que cayeron en las calamidades que describen tus sabios poetas y filósofos, practicaron uniones infames, hicieron la guerra a sus propios padres y les cortaron sus miembros viriles, cómo es, digo, que tienes por sagrados esos mitos que se escriben sobre audacias, acciones y sufrimientos de tus dioses y pienses que Moisés extravía y engaña a los que se someten a su ley, siendo así que nada semejante cuenta él, no ya de Dios, ni siquiera de los santos ángeles y cosas mucho menores de los hombres (nadie, en efecto, se atrevió, según él, a hacer lo que Crono contra Urano, ni lo que Zeus contra su padre, ni cohabitó nadie con su propia hija, como “el padre de los hombres y los dioses”? (*Ilíada* I, 544 *et passim*). Me parece que hace Celso algo parecido a lo del *Trasímaco*, de Platón, que no le permite a Sócrates definir, como quería, la justicia, sino que le dice: “Cuidado con decir que lo justo es lo útil o lo necesario o cosa por el estilo” (Plat., *Pol.* 336CD). Así Celso, después de acusar, según él se imagina, las historias de Moisés y de censurar a los que las interpretan alegóricamente, siquiera lo haga tras tributarles alguna alabanza en el sentido de que son “los más moderados” (cf. IV, 38), parece querer impedir, censurándolos a su talante, a los que son capaces de defenderlas, explicando las cosas como son.

14 Wifstrand pone coma después de Ὀρφέως, para que siga la frase. Ello ha hecho modificar el comienzo del capítulo (Chadwick).

18. Comparar libros con libros

Bien pudiéramos provocar a Celso para que compare libros con libros y decirle: Ea, amigo, trae aquí los poemas de Lino, Museo y Orfeo y el escrito de Ferecides¹⁵ y confróntalos con las leyes de Moisés, contraponiendo historias a historias y preceptos morales a leyes y mandatos. ¿Cuáles tienen más fuerza para convertir, aun instantáneamente, a los oyentes y cuáles los corromperían? Y considera que tu escuadrón de escritores se preocupó muy poco de los lectores sencillos y por lo visto, solo compusieron esa que tú llamas su filosofía, para quienes fueran capaces de entenderla figurada y alegóricamente. Moisés, en cambio, escribió en sus cinco libros a la manera de un excelente orador, que estudia cuidadosamente la forma y presenta dondequiera el doble sentido de la dicción; así, a la muchedumbre de los judíos que se puso bajo su ley, no les dio ocasión alguna de daño en materia moral, ni tampoco, por otra parte, dejó de ofrecer a los pocos que pueden leer con mayor inteligencia, una escritura que se presta sobradamente a la especulación para quienes sean capaces de inquirir su sentido. Además, de esos tus sabios poetas no parece que se hayan conservado ni siquiera los libros, que, a buen seguro, se conservarían de haber hallado en ellos provecho sus lectores; en cambio los escritos de Moisés han movido a muchos, aun ajenos a la educación judaica, a creer que, según consta en ellos mismos, fue Dios, creador del mundo, quien dio esas leyes y se las confió a Moisés. Y en honor a la verdad, era cosa conveniente que el creador del universo, que impuso leyes a todo el mundo, diera a sus preceptos la fuerza capaz de dominar dondequiera. Y digo esto, sin entrar por ahora en la cuestión de Jesús; solamente hablo de Moisés, que está muy por debajo del Señor, pero que, como mi discurso demostrará, descuella mucho por encima de tus sabios poetas y filósofos.

19. ¿Mundo eterno o mundo creado?

Luego, queriendo disimuladamente atacar la cosmogonía de Moisés, según la cual el mundo no tendría aún diez mil años, sino muchos menos, se adhiere, aunque disimulando su propio sentir, a los que afirman que el mundo es increado. Efectivamente, afirmar que “desde la eternidad hubo muchas conflagraciones y diluvios y que el último de estos ocurrió bajo Deucalión, poco menos que en nuestros días”, claramente da a entender para quienes sepan entenderlo, que según Celso el

15 Cf. H. Diels, *Fragmente der Vorsokratiker* I 1, 27 (Orfeo y Museo); 43-51 (Ferecides).

mundo es increado (cf. IV, 79). Pues díganos ahora el que recrimina la fe de los cristianos, qué argumentos apodícticos le forzaron a él a admitir que se han dado muchas conflagraciones y muchos diluvios, el último de los cuales habría acontecido bajo Deucalión y la última conflagración bajo Faetonte. Y si nos alega los diálogos de Platón que tratan de esto (cf. *Tim.* 22CD), le responderemos que también a nosotros nos es lícito creer que, en el alma pura y piadosa de Moisés, que se levantó por encima de todo lo creado y se unió con el creador del universo, moró un espíritu divino, más lúcido que Platón y todos los sabios griegos y bárbaros, para darle a conocer las cosas de Dios. Y si Celso nos pide razones de esa fe, que las dé él primero acerca de lo que ha afirmado gratuitamente y luego demostraremos nosotros que así es lo que decimos.

20. La antigüedad del mundo

Por lo demás, aun contra su voluntad, vino Celso a atestiguar que el mundo es más reciente y no tiene aún diez mil años, pues dice que, “si los griegos tienen eso por antiguo, es porque, a causa precisamente de las conflagraciones y cataclismos, no pudieron ser testigos de cosas anteriores ni las recuerdan” (Plat., *Tim.* 23C). Pero enhorabuena sean maestros de Celso en ese mito de las conflagraciones e inundaciones, los según él, sapientísimos egipcios, que nos han dejado rastro de su sabiduría en el culto que dan a animales irracionales y en los discursos que tratan de presentar como razonable, recóndito y misterioso, semejante culto de Dios. Y es el caso que, cuando los egipcios, muy orgullosos de sus animales, dan una razón de su teología, son unos sabios; pero cuando un judío que sigue su ley y a su legislador, lo refiere todo al Dios único, creador del universo, ese tal, para Celso y sus congéneres, es reputado muy por debajo de quien degrada la divinidad, no solo a animales racionales y mortales, sino a los mismos irracionales; absurdo mayor que la fabulosa reencarnación del alma, que caería de las bóvedas del cielo y vendría a parar no solo en animales mansos, sino también en los más salvajes (Plat., *Phaidros* 246BD). Y es igualmente el caso, que cuando los egipcios narran o comentan sus mitos, se les cree que están filosofando por enigmas y misterios; pero cuando Moisés escribe historias y deja sus leyes a todo un pueblo, se trata de “mitos vacuos, de discursos que no admiten ni la interpretación alegórica”. Porque así le parece a Celso y a los epicúreos.

21. Moisés debería su gloria a doctrinas que no le pertenecen

“Ahora bien —dice Celso—, habiendo Moisés oído esta doctrina, que era corriente entre las naciones sabias y los hombres ilustres, adquirió un nombre divino.¹⁶ Digamos a esto que sí; concedido es que Moisés oyó doctrina más antigua y se la transmitió a los hebreos. Si oyó doctrina falsa y no sabia y venerable, la aceptó y la enseñó a los suyos, entonces fuera digno de culpar; pero si como tú mismo dices, se adhirió a dogmas sabios y verdaderos y por ellos educó a los suyos, ¿qué hizo en eso, por tu vida, de que se le pueda acusar? ¡Ojalá hubieran oído esa doctrina un Epicuro y hasta un Aristóteles,¹⁷ que es poco menos impío que Epicuro contra la Providencia y los estoicos que dicen que Dios es un cuerpo! No estaría el mundo lleno de una doctrina que destruye la providencia o la limita, ni de esa otra que introduce un principio corporal corruptible, según el cual, Dios mismo es para los estoicos un cuerpo. Estos no se hartan de decir que Dios es variable, que puede desde todo punto de vista cambiar y transformarse (cf. III, 75) y ser sencillamente destruido si hubiera quien lo destruyera. Suerte tiene de no ser destruido, pues no hay nada que lo destruya. En cambio, la doctrina de judíos y cristianos, que mantiene la invariabilidad e inmutabilidad de Dios, es reputada como impía, por no entrar en el coro impío de los que impiamente sienten de Dios. Según ella, le decimos a Dios en nuestras oraciones: *Mas tú eres siempre el mismo* (Sal 101,28) y creemos que Él dijo de sí mismo: *Yo no me mudo* (Ml 3,6)

22. La circuncisión y Abrahán

Después de esto, si bien Celso no censura la circuncisión practicada entre los judíos, dice, sin embargo, que “les vino de los egipcios”.¹⁸ Así da más crédito a los egipcios que a Moisés, que afirma que fue Abrahán el primer hombre que se circuncidó (Gn 17,28). En cuanto al nombre de Abrahán, no es solo Moisés quien lo escribe, haciéndolo amigo de Dios, sino que muchos conjuradores de demonios emplean en sus fórmulas la frase: “El Dios de Abrahán”, para lograr algún efecto mágico por el nombre y la familiaridad de Dios con aquel justo. Echan mano, digo, de la

16 ὄνομα δαιμονίων: pudiera significar un nombre con poderes mágicos. Como mago era tenido Moisés entre griegos y romanos (cf. Plin., *Nat. hist.* XXX, 11; Apul., *Apol.* 90). Sobre su sabiduría, cf. Strabo, XVI, 11, 35 (p. 760s).

17 *Aristóteles*: El haber puesto Aristóteles límite a la providencia divina fue escándalo para la antigüedad cristiana. Así, Taciano, *Orat. contra Graecos* 2, 1: “¿Qué habéis producido que merezca respeto? ¿Quién de los que pasan por más serios estuvo exento de arrogancia?... Aristóteles, que puso neciamente límite a la providencia y definió la felicidad por las cosas de que él gustaba...” (o.c., p. 574).

18 Los modernos dan la razón a Celso (cf. *Diccionario de la Biblia* (Herder, Barcelona 1963, s.v.): “La práctica de la circuncisión (que se da entre las razas primitivas africanas, americanas y australianas, pero no entre los indoeuropeos y mongoles) la tomaron probablemente los israelitas de los egipcios, entre quienes era ya conocida en el imperio antiguo...” (p. 331). Celso sigue a Heródoto (II, 104). Orígenes no desconocía la circuncisión egipcia (*Hom. in Ier.* V 14).

frase: “El Dios de Abrahán”, sin saber quién sea Abrahán. Lo mismo debe decirse de los nombres de Isaac, Jacob e Israel, que, no obstante ser notoriamente hebreos, se insertan frecuentemente en conjuros egipcios para fines mágicos.¹⁹ No es este el momento de interpretar la razón de la circuncisión que comenzó en Abrahán y fue prohibida por Jesús, pues no quiso que sus discípulos hicieran lo mismo. No tratamos ahora de eso, sino de impugnar y echar por tierra las acusaciones de Celso contra la doctrina de los judíos. Celso pensaba, efectivamente, que el camino más corto para demostrar la falsedad del cristianismo era atacar sus orígenes, que, por enlazarse con la doctrina judaica, quedaban, por el mismo caso, convictos de falsedad.

23. El monoteísmo de “cabreros y pastores”

Seguidamente dice Celso: “Un atajo de cabreros y pastores que siguieron a Moisés como a su caudillo, engañados por rústicos embustes, se imaginaron que Dios es uno” (cf. V, 41). Pues si “unos cabreros y pastores se apartaron, sin razón —como él piensa—, del culto de muchos dioses”, que nos haga ver Celso, cómo es capaz de demostrar que lo son la muchedumbre de los que griegos y bárbaros tienen por tales. Háganos ver la existencia y realidad de Mnemosine, de la que Zeus engendró las musas; o de Temis, de la que nacieron las horas; o demuéstrenos que las Carites (o gracias), siempre desnudas, pudieran tener alguna realidad. Pero, fundándose en la realidad no será capaz de demostrar que son dioses las fantasías de los griegos que parecen encarnar abstracciones. Porque, ¿qué razón hay en el mundo para que los mitos de los griegos acerca de los dioses sean más verdaderos, que, por ejemplo, los de los egipcios, que no conocen en su lengua a Mnemosine, madre de las nueve musas; ni a Temis, que lo es de las horas; ni a Eurínome, una de las gracias; ni los otros nombres de estas? ¡Cuánto más luminoso, cuánto mejor también que todas esas fantasías es convencerse, por el espectáculo de las cosas visibles, del orden del mundo y dar culto al artífice de él, que es uno, como su obra es una! Todo en Él concurre al todo y por eso no pudo hacerse por muchos artífices, como tampoco puede el cielo entero conservarse por muchas almas que lo movieran. Una sola basta para mover, de oriente a occidente, la esfera fija y comprender dentro de sí

¹⁹ Cf. también IV, 33-34; V, 45; Justino, *Dial. con Trifón* 85: “Y, en efecto, todo demonio se somete y es vencido si se le conjura en el nombre de este mismo Hijo de Dios y primogénito de toda la creación, que nació de la Virgen y se hizo hombre pasible, fue crucificado por vuestro pueblo bajo Poncio Pilato y murió y resucitó de entre los muertos y subió al cielo. Mas si vosotros lo conjuráis en el nombre de cualquiera de vuestros reyes, justos, profetas o patriarcas, ninguno de los demonios se os someterá. Tal vez se os sometan si los conjuráis por el nombre del Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Sin embargo —añadí—, ya vuestros exorcistas se valen de los mismos artificios que los gentiles y usan inciensos y amuletos” (O.c., p. 453).

todo lo que el mundo necesita y no es en sí perfecto. Todo, en efecto, son partes del mundo, pero ninguna parte del todo es Dios, pues Dios no debe ser incompleto, como toda parte es incompleta. Y acaso un razonamiento más a fondo demostrará que Dios, propiamente, como no es parte, tampoco puede ser todo, pues el todo se compone de partes; y ninguna razón nos convencerá de que el Dios sumo se componga de partes, cada una de las cuales no puede lo que pueden las otras.

24. Sobre los nombres divinos

Después de esto dice: “Los cabreros y pastores creyeron en un solo Dios, ya le den el nombre de Altísimo, de Adonai, de Celeste y Sabaoth; ya llamen como mejor gusten a este mundo²⁰ y nada más lograron entender”. Y seguidamente añade: “¿Qué más da llamar al Dios supremo por el nombre de Zeus, corriente entre los griegos, o por el que le dan, por ejemplo, los indios o egipcios?” Sobre esto hay que decir que el tema de la naturaleza de los nombres es profundo y misterioso. ¿Se deben los nombres, como piensa Aristóteles (*De interpr.* 2,16-27), a la convención²¹ o como opinen los estoicos, a la naturaleza? Según los estoicos, las voces primigenias imitarían las cosas a que se refieren los nombres y esto explica que introduzcan ciertos principios de etimología. ¿O se deben, como enseña Epicuro (si bien en sentido distinto que los estoicos), a la naturaleza, porque los primeros hombres habrían emitido determinados sonidos según las cosas? (*Ep. fragm.* 334 Usener). Ahora bien, si pudiéramos exponer en un estudio especial, la naturaleza de los nombres eficaces de que se valen los sabios de entre los egipcios, o los eruditos de entre los magos persas, o los bracmanes o samaneos, filósofos de la India y así sucesivamente de las demás naciones; si lográramos demostrar que la llamada magia no es cosa desde todo punto inconsistente, como opinan los secuaces de Epicuro y Aristóteles, sino, como demuestran los entendidos, algo muy coherente, pero cuyas razones alcanzan muy pocos; en ese caso habríamos de decir que los nombres de Sabaoth, de Adonai y otros que con gran reverencia se han transmitido entre los hebreos, no se le dan a cualesquiera cosas creadas, sino a cierta teología misteriosa que se refiere al creador del

20 Identificación del mundo con Dios; reminiscencia de Plat., *Tim.* 28b (cf. *Epinomis* 977b; *Nomoi* 821a); Séneca, *Nat. Quaest.* II, 45,3: “Vis illum (sc. Iovem) vocare mundum; non falleris, ipse enim est hoc quod vides totum, partibus suis inditus, et se sustinens et sua”. Nuestro P. Granada, dependiendo de Séneca: “¿Qué cosa es Dios? Mente y razón del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo lo que vemos, porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia... Y si Él solo es todas las cosas, Él es el que dentro y fuera sustenta esta grande obra que hizo” (*Símbolo de la fe* c. 1).

21 He aquí la definición de Aristóteles: “Nombre es una voz significativa, por convención (κατὰ συνθήκην), sin tiempo, ninguna de cuyas partes es significativa separadamente” (*De interpr.* I, 2). Y poco después: “Lo de ‘por convención’, porque, por naturaleza, ningún nombre existe sino cuando se hace signo (όύμβολον)”. Platón trató el tema en el *Kratylos per totum*.

universo. De ahí que estos nombres, dichos en cierto contexto que les es natural, pueden emplearse para determinados efectos; otros, pronunciados según la fonética egipcia, sobre ciertos démones que solo pueden eso; otros, según la lengua de los persas, sobre otras potencias y así sucesivamente conforme a cada una de las naciones. Y así se hallará que los nombres de los démones que moran en la tierra y a quienes han cabido en suerte distintos lugares, se emplean de conformidad con las lenguas peculiares de lugares y naciones. En conclusión, quien haya adquirido en esta materia una inteligencia más excelente, siquiera sea en menor cuantía, se guardará bien de aplicar los nombres de unas cosas a otras, no le pase como a quienes dan erróneamente nombre de Dios a la materia inanimada, o trasladan la denominación de “bueno”, de la causa primera o de la virtud y de lo bello, a la “ciega riqueza” (Plat., *Leges* 631C), a la buena proporción de carnes, sangre y huesos que se da en la salud y bienestar, o a la supuesta nobleza de nacimiento.

25. Poder evocador de un nombre.

Los cristianos mueren antes que dar a Dios el nombre de Zeus

Y acaso no sea menor el peligro de aplicar el nombre de Dios o del bien a lo que no se debe, que el invertir los nombres que tienen una razón secreta y aplicar los nombres de lo inferior a lo superior y los de lo superior a lo inferior. Y nada digo ahora de que, al oír el nombre de Zeus, se nos sugiere inmediatamente que es el hijo de Crono y Rea, marido de Hera, hermano de Poseidón, padre de Atenea y Artemis y que tuvo comercio carnal con su hija Perséfone (o Proserpina). Y al oír el nombre de Apolo se nos sugiere que fue hijo de Leto y Zeus (*Ilíada* I, 9), hermano de Artemis y por parte de padre, también de Kermes (cf. IV, 48); y todo lo demás que traen los sabios padres de los dogmas de Celso y los antiguos teólogos de los griegos. Porque, ¿qué distinción puede hacerse para que se diga propiamente el nombre de Zeus y no se piense que su padre fue Crono y su madre Rea? Y lo mismo ha de hacerse al nombrar a los otros dioses. Pero la misma culpa no toca para nada a quienes, por una razón misteriosa, aplican a Dios el nombre de *Sabaoth*, el de *Adonai* o cualquiera de los otros. Y quienquiera que esté versado en la arcana filosofía de los nombres, hallará también, seguramente, mucho que especular sobre la denominación de los ángeles de Dios, de los que uno se llama Miguel (*Michael*), otro Gabriel y otro Rafael, nombres que

convienen a los ministerios, que por voluntad del Dios de todas las cosas, desempeñan en el universo.²² Y la misma filosofía de los nombres hay que aplicarla a nuestro Jesús, cuyo nombre se ha visto claramente, que ha expulsado de almas y cuerpos a démones innumerables, obrando sobre aquellos de quienes fueron expulsados.

Y todavía hay que decir sobre este tema de los nombres, lo que cuentan los entendidos en el uso de las fórmulas mágicas; a saber: que el mismo conjuro dicho en la lengua propia puede producir el efecto que promete; pero si se traslada a otra lengua cualquiera, se ve cómo pierde todo su vigor y fuerza (cf. V, 45; VIII, 37). Así, no es el sentido de las cosas, sino las cualidades y propiedades de las voces, las que encierran en sí poder mágico para este u otro efecto. Y por aquí podemos defender a los cristianos, que luchan hasta la muerte antes que dar a Zeus el nombre de Dios o nombrarlo en cualquier otra lengua. Y es así que, o confiesan de modo indeterminado el nombre común de Dios o le añaden los títulos de artífice del universo, creador del cielo y de la tierra, que envió al género humano estos o los otros sabios. Y es de ver cómo, al juntar el nombre de Dios al de estos sabios, opera entre los hombres cierta virtud prodigiosa (cf. IV, 33-34). Mucho más pudiera decirse sobre el tema de los nombres, contra quienes piensan que es indiferente el uso que de ellos se haga. Y si se admira a Platón porque dijo (*Filebo* 12C): “Mi reverencia, ¡oh Protarco!, para con los nombres de los dioses no es pequeña” (*Conf.* IV, 48), ya que Filebo, interlocutor de Sócrates, había llamado dios al placer, ¿cuánto más de loar no será la cautela de los cristianos, al no tomar ninguno de los nombres que aparecen en la mitología para aplicárselo a Dios, creador del universo? Pero basta ya, por ahora, sobre este punto.²³

26. La obra de Jesús, prueba de su misión divina

Pues veamos ahora cómo este Celso, que alardea de saberlo todo, calumnia a los judíos diciendo que “dan culto a los ángeles y practican la magia en que los iniciara Moisés”. Díganos el

22 Cf. *De princ.* 1, 8, 1; *Hom. in Iesu Nave* XXIII, 4; *Hom. in Num.* XIV, 2. Según Orígenes, los ángeles no solo guardan las almas de los hombres, sino que están también al frente de las cosas o fenómenos terrenos: “Yo, por lo que a mi opinión personal se refiere, pienso debe decirse decididamente también de los poderes que han recibido los ministerios de este mundo no haberlos recibido al azar. No es azar que uno de ellos presida a las germinaciones de la tierra o de los árboles; otro alimente abundantemente a las fuentes y ríos; otro, las lluvias; otro, los vientos; uno esté al frente de los animales marinos, otro se cuide de los terrestres, o de todo lo que puede producir la tierra; y que en todo esto hay misterios inefables de la dispensación divina, de suerte que todas las cosas, por su orden propio y conveniente, se administren por cada uno de aquellos poderes. Y es así que el mismo apóstol Pablo dice: *¿No son todos espíritus al servicio de Dios, enviados para ministerio de los que han de heredar la salud eterna?* (Hb 1,14)” (*Hom. in Iesu Nave* XXIII, 3; cf. *Contra C.* VIII, 31). El texto es importante para compararlo con la demonología de Celso.

23 En la *Didascalia* Ap. 21 se prohíbe recitar poemas paganos para evitar nombrar los dioses gentílicos.

que presume de saber todo lo que a cristianos y judíos atañe, en qué pasaje de los escritos de Moisés enseña el legislador el culto de los ángeles.²⁴ Y en cuanto a la magia, ¿cómo darse entre los que siguen la ley de Moisés, cuando en ella leen este mandato: *No acudáis a encantadores para no mancillaros con ellos?* (Lv 19,31). Luego promete hacer ver “cómo erraron los judíos engañados por su ignorancia”. En verdad, si hubiera descubierto la ignorancia de los judíos acerca de Jesús, el Mesías, por no haber entendido las profecías que hablaban de Él, hubiera hecho verdaderamente ver cómo erraron los judíos; pero en esto no quiere ni pensar, e imagina errores de los judíos que no son tales.

Pero, dejando para más adelante el tema de los judíos, se pone Celso a hablar primeramente de nuestro Salvador, como fundador que fue de la sociedad por la que nosotros somos cristianos. Dice pues Celso, que Jesús “introdujo esta doctrina hace muy pocos años (cf. 11, 4; VI, 10; VIII, 12) y es tenido por los cristianos como hijo de Dios”. Sobre eso de que Jesús viviera hace pocos años quiero decir lo siguiente: En esos años quiso Jesús sembrar su doctrina y enseñanza y ha mostrado tal poder, que por muchas partes de la tierra que habitamos, a su religión se han convertido no pocos griegos y bárbaros, sabios e ignorantes, dispuestos a luchar por el cristianismo hasta la muerte antes que renegar de él, cosa que no se cuenta haya hecho nadie por alguna otra doctrina”.²⁵ Ahora bien, ¿ha podido suceder eso sin disposición divina? Yo no trato de lisonjear mi propia religión, sino que intento examinar por pura razón las cosas y digo que ni los mismos que curan los cuerpos enfermos logran, sin disposición divina, devolverles la salud (cf. I, 9). Pues si alguien fuera capaz de sacar también a las almas de la ciénaga de la maldad, de sus disoluciones, iniquidades e indiferencia para lo divino y nos diera por prueba de tamaña hazaña haber mejorado a cien almas (baste como ejemplo este número), nadie afirmaría tampoco razonablemente que pudo ese, sin disposición divina, infundir en aquellas cien almas una doctrina que libera de tamaños males. Todo el que inteligentemente considere estas cosas, convendrá en que nada superior acontece entre los hombres sin disposición divina. Pues, ¿con cuánta mayor seguridad afirmará otro tanto acerca de Jesús, quien compare la manera de vivir de muchos que han abrazado su doctrina antes y des-

24 Sobre el culto judío de los ángeles, cf. Col 2,18; Clem. Alex. *Strom.* VI, 41. 2; Orígenes., *Comment. in Ioh.* XIII 17; Arístides, *Apol.* 14 (siríaco); *Apol. griegos del siglo II* p. 144). Véase J. Daniélou, *Théologie du Iudeochristianisme* (1958) p. 167ss.

25 Orígenes parece hacer suyo el pensamiento más concreto de Justino Mártir. “Porque a Sócrates nadie le creyó hasta dar su vida por esta doctrina; mas a Cristo, que en parte fue conocido por Sócrates —pues Él era y es el Verbo que está en todo y Él fue quien por los profetas predijo lo por venir y quien, hecho de nuestra naturaleza, por sí mismo nos enseñó estas cosas—; a Cristo, decimos, no solo le han creído filósofos y hombres cultos, sino también artesanos y gentes absolutamente ignorantes, que han sabido despreciar la opinión, el miedo y la muerte. Porque Él es la virtud del Padre inefable y no vaso de humana razón”. (*Apol. griegos del s. II* p. 273).

pués que la abrazaran? Considérese en qué intemperancias, en qué iniquidades y avaricias vivía cada uno de ellos “antes de ser engañados”, como dice Celso y los que piensan como él y abrazar “una doctrina”, que, según esos mismos, “corrompe la vida de los hombres”. Pero desde el momento en que abrazaron la doctrina de Cristo se puede ver cómo se hicieron más moderados y firmes, hasta el punto de que algunos de ellos, por amor de una más alta pureza y para dar más limpiamente culto a la divinidad, se abstienen aun de los placeres de la carne permitidos por la ley.²⁶

27. No por predominar el vulgo entre los cristianos, es su doctrina vulgar

Quienquiera que examine estos hechos, reconocerá que Jesús acometió cosas que están por encima de la naturaleza humana y lo que acometió lo llevó a cabo. Y es así que, desde los orígenes, todo se conjuró para que su doctrina no se diseminara por toda la tierra habitada. Se conjuraron los emperadores que se fueron sucediendo, los prefectos y generales a las órdenes de ellos, todos, en una palabra, cuantos gozaban de alguna autoridad, amén de los gobernadores de las ciudades, soldados y plebe. Pero todo lo venció; pues como palabra de Dios, era tal que nada ni nadie pudiera impedir su carrera. Victoriosa pues, de tan poderosos adversarios, ha dominado a toda Grecia y la mayor parte de las tierras bárbaras y ha convertido a incontables almas a la religión que ella enseña. Ahora bien, dentro de la muchedumbre de los que han sido dominados por el Logos, como quiera que entre ellos son más los vulgares y rústicos que los instruidos, era forzoso que los primeros predominaran numéricamente sobre los más inteligentes. Pero Celso no quiere reconocer este hecho y piensa que la humanidad o amor a los hombres del Logos, que alcanza a toda alma de la salida del sol,²⁷ es cosa vulgar; y por vulgar y que no tiene en modo alguno su fuerza en los razonamientos, solo ha conquistado a gentes vulgares. Sin embargo, ni el mismo Celso afirma, que

26 La castidad perfecta o virginidad, tema apologético: cf., por ejemplo, Just., *Apol.* I, 15, 6: “Y entre nosotros hay muchos y muchas que, hechos discípulos de Cristo desde niños, permanecen incorruptos hasta los sesenta y setenta años y yo me glorio de poderlos mostrar de entre toda raza de hombres” (o.c., p. 196). Un caso especial en *Apol.* I, 29, 2. Orígenes, *Hom. 6 in Num.*: Aun en el matrimonio legítimo, en el acto de la generación, no se da la presencia del Espíritu (ed. Sources chrét., p. 130).

27 “... a toda alma salida del sol” El texto se me hace oscuro. ¿Limita Orígenes la humanidad o amor del Logos a los hombres de Oriente? Sobre la propagación del cristianismo primitivo, he aquí un texto de Tertuliano, no tan conocido como los del *Apologético* (37, 4: *hesterni sumus et vestra omnia implevimus*): “Porque ¿en quién otro han creído todas las naciones sino en Cristo, que ya ha venido? Los partos y medos y elamitas y los que habitan la Mesopotamia y Armenia, Capadocia y los que viven en el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia: los que ocupan Egipto y habitan las regiones de África, que está más allá de Cirene —romanos y forasteros—, además de los judíos de Jerusalén y las demás naciones: las variedades de los gétulos y muchos confines de los moros y los términos todos de España y las diversas naciones de las Galias y los lugares de los britanos, inaccesibles a los romanos, pero sometidos a Cristo; los sármatas y dados y germanos y escitas, muchas gentes ocultas y provincias e islas para nosotros ignoradas, que no podemos enumerar” (*Adv. Iudaeos* VII, 4; *Corpus Christ.* II, 1347: cf. la nota preliminar sobre la autenticidad de la obra).

solo gentes del vulgo hayan sido ganados por el Logos para la religión enseñada por Jesús, pues confiesa que hay entre ellos algunos “moderados, equilibrados e inteligentes, que están dispuestos a explicar sus creencias alegóricamente”.

28. La prosopopeya del judío: ejercicio de chiquillo en clase de retórica

Ahora comete Celso una prosopopeya, imitando en cierto modo a un chiquillo que se ejercita en la clase de un retórico, e introduce a un judío que habla con Jesús verdaderas niñerías, indignas de las canas de un filósofo. Vamos pues, a examinar también según nuestras fuerzas ese punto y arguyamos ante todo a Celso, que ni siquiera mantiene siempre constante en lo que dice, a la persona del judío.

Después de esto introduce a un fingido judío²⁸ que habla con Jesús mismo, a quien arguye, según él se imagina, sobre muchas cosas. Y, en primer lugar, “de que se inventara el nacimiento de una virgen”. Le echa igualmente en cara que “proviniera de una aldea judaica y de una mujer lugareña y mísera que se ganaba la vida hilando”; y añade que “esta, convicta de adulterio, fue echada de casa por su marido, carpintero de oficio, anduvo ignominiosamente errante y a la sombra de tejado, dio a luz a Jesús”. En cuanto a este, “apremiado por la necesidad, se fue a trabajar de jornalero a Egipto y allí se ejercitó en ciertas habilidades de que se jactan los egipcios;²⁹ vuelto a su patria, hizo alarde de esas mismas habilidades y por ellas se proclamó a sí mismo por Dios”. Yo no puedo dejar en el aire nada de lo que digan los incrédulos, sino que quiero examinar las cosas desde su raíz; así, todo eso me parece conspirar para demostrar que Jesús fue digno de la predicción, según la cual era hijo de Dios.

29. Jesús, menos que un seripio

Efectivamente, la familia de padres ilustres y eminentes, la riqueza de quienes criaron al hijo y pudieron gastar a manos llenas para su educación, una patria, en fin, grande y gloriosa, cosas son que contribuyen a que uno se haga famoso y conspicuo entre los hombres y a que sea celebrado su nombre. Pues demos por un hecho que las circunstancias sean totalmente contrarias e imaginemos

28 El doble comienzo se debe sin duda a que Orígenes escribió el primero antes del prefacio general (cf. *Prefacio* 6) y olvidó luego que lo tenía ya escrito. Ello se explica porque dictaba.

29 Sobre la magia egipcia, cf. Luciano, *Philopseudés* 31: “Tengo muchos libros egipcios sobre magia”.

que uno, superando todos los obstáculos, se hace conocido y conmueve a sus oyentes y es celebrado y conspicuo por toda la tierra, que dice de él cosas sin igual; ¿cómo no admirar por el mero hecho a un carácter así y tenerlo por magnánimo y nacido para cosas grandes y dotado de no vulgar intrepidez? Y si examináramos aún más a fondo la vida de ese hombre, ¿cómo no inquirir de qué modo quien se criara en pobreza y miseria, sin haber recibido formación universitaria alguna, sin haber aprendido elocuencia y filosofía con que pudiera hablar elocuentemente a las muchedumbres y ponerse al frente del pueblo y atraerse a muchos oyentes, se lanza a predicar nuevos dogmas e introduce en el género humano una doctrina que, aun manteniendo la autoridad sagrada de los profetas, destruye las costumbres de los judíos y deroga las leyes de los griegos, señaladamente las que atañen a lo divino? ¿Cómo un hombre así y así educado; un hombre que, como confiesan los que lo blasfeman, nada que valga la pena aprendió de los hombres, pudiera decir tales cosas acerca del juicio de Dios y de los castigos de lo malo y premios de lo bueno y decirlas de forma no vulgar, de suerte que su palabra ha ganado no solo a gentes rústicas e ignorantes, sino también a no pocos de superior inteligencia, capaces de penetrar en lo oculto de cosas que al parecer solo prometen algo ordinario, pero contienen, en su interior, algo, digámoslo así, más misterioso?

Aquel seripio de que habla Platón (*Pol.* 329E) que le echaba en cara a Temístocles, el que se hizo famoso por su mando del ejército, no deber su gloria a sus propias dotes, sino a la fortuna de haber tenido la patria más gloriosa de toda Grecia, oyó de Temístocles, que era inteligente y comprendía que también su patria había contribuido con lo suyo a su gloria, esta respuesta: “Ni yo, de haber sido seripio, hubiera venido a ser tan glorioso, ni tú, de haber tenido la fortuna de nacer ateniense, hubieras venido a ser Temístocles”.³⁰ Nuestro Jesús, en cambio, a quien se le echa en cara provenir de una aldea que ni siquiera es helénica y de una nación que no es de notoriedad entre las gentes; nuestro Jesús, a quien se quiere difamar de ser hijo de una mujer pobre, que se ganaba la vida hilando y que tuvo que abandonar por pobreza su patria y poniéndose a trabajar de jornalero en Egipto; Él, que (para seguir con nuestro ejemplo) no solo fue un seripio, oriundo de la isla más minúscula y desconocida, sino, digámoslo así, el más innoble de entre los seripios, ha sido capaz de conmover al orbe entero, no solo más profundamente que el ateniense Temístocles, sino más también que Pitágoras y Platón y cuantos otros sabios, reyes y generales en el mundo han

30 La anécdota se cuenta también en Cic., *De senectute* III, 8; Plutarch., *Vita Themist.* XVIII, 3; Mor. 185c. Aparece en versión algo distinta en Herod., VIII, 125. *Seriphos* es una isla insignificante de las Cícladas.

sido.

30. La gloria de Jesús, aun en lo humano, es única y señera

Así, pues, quien indague y no de pasada, la naturaleza de las cosas, no podrá menos que admirar profundamente a Jesús, que pudo vencer y saltar por encima de todo lo que pudiera convertir una gloria en infamia y dejó atrás a cuantos han sido gloriosos en el mundo. Y es de notar que han sido raros entre los hombres gloriosos, los que fueron capaces de ganar renombre por más de un concepto. Unos han sido admirados y se han hecho gloriosos por su ciencia; otros por el arte de la guerra; algunos bárbaros por los prodigios obrados en virtud de sus fórmulas mágicas; otros, en fin, por otros motivos, que nunca han sido muchos a la vez. Jesús, en cambio, es admirado entre otras cosas, por su sabiduría, por sus prodigios y por su don de mando. Y es así que no persuadió a los suyos, como persuade un tirano, a que, como él, se aparten de las leyes, ni como arma un forajido a sus bandas contra los hombres, ni como un ricachón que provee a cuantos se le acercan, ni como otro alguno de los que, por universal censura, merecen reprobación. No, Jesús habló como maestro de la doctrina acerca del Dios supremo, del culto que se le debe y de toda la materia moral, que puede unir con el Dios de todas las cosas a quienquiera que viviera como Él enseña. Y añadamos que, en Temístocles y demás hombres gloriosos, no hubo nada que se opusiera a su gloria. Jesús, en cambio, aparte de todo lo dicho, que bien pudiera oscurecer en la ignominia el alma del hombre mejor dotado, sufrió la muerte de cruz, que era tenida por infame y era capaz de desvanecer toda su gloria anterior y hacer que los antes por Él engañados (como piensan los que no siguen su enseñanza) se desengañaran de todo en todo y condenaran al que los había engañado.

31. La predicación de los apóstoles, obra también maravillosa

Habría además que preguntar, de dónde les vino a los discípulos de Jesús, que según los que lo blasfeman, no lo vieron resucitado de entre los muertos ni estaban persuadidos que hubiera en Él nada de particularmente divino, que no temieran correr la misma suerte que su Maestro, sino que se lanzaran intrépidamente al peligro y abandonaran sus patrias para enseñar, conforme al mandato de Jesús, la doctrina que Él les confiara. En mi opinión, nadie que examine inteligentemente las cosas podrá decir, que los apóstoles se entregaron a esta vida tan azarosa por razón de la doctrina de Jesús, sin una profunda convicción que Él les infundió, enseñándoles no solo a

conformarse ellos íntimamente con sus enseñanzas, sino a trabajar por que también se conformaran los otros; y se conformaran a sabiendas de que por lo que a la vida humana atañe, todo el que dondequiera y entre quienes quiera se atreve a innovar, tiene la perdición a la vista y no puede contar con la amistad de quienes mantienen las viejas creencias y costumbres. ¿Acaso no vieron eso los discípulos de Jesús, cuando se atrevieron no solo a demostrar a los judíos por las profecías que Él era el profetizado, sino también a proclamar entre las otras naciones que el que había sido crucificado, aceptó voluntariamente ese género de muerte por la salvación del género humano, de igual manera que quienes murieron por sus patrias para librarlas de una peste asoladora, de una mala cosecha o de una tormenta? Porque verosímil es que haya en la naturaleza de las cosas, según razones secretas y difíciles de captar por el vulgo, no sabemos qué causas por las que un solo justo, muriendo voluntariamente por el bien común, aleja a los malos espíritus, que son los que producen las pestes y malas cosechas, tormentas y calamidades semejantes (cf. VIII, 31). Díganos, pues, los que se niegan a creer que Jesús muriera en la cruz por los hombres, si tampoco aceptarían las muchas historias que corren entre griegos y bárbaros, sobre el hecho de que han muerto algunos por el bien común a fin de librar a ciudades y pueblos de los males que les sobrevinieran. ¿O habrá que creer que sucedió eso, pero que no hay nada que persuada que haya muerto el que era tenido por un hombre, para acabar con un gran demon y príncipe de los demonios, que había subyugado todas las almas de los hombres venidas a este mundo?

Viendo, pues, los discípulos de Jesús estas cosas y muchas más que es probable oyeran secretamente de Jesús, llenos además de fuerza singular (pues no fue una fingida virgen la que les infundió ánimo y valor, sino la verdadera inteligencia y sabiduría de Dios), se apresuraron “a descollar entre todos”, no solo entre los argivos, sino entre todos los griegos y bárbaros juntos “y la más alta gloria conquistarse” (*Ilíada* 5,1-3).

32. El nacimiento de Jesús tuvo que ser extraordinario

Pero volvamos a la prosopopeya del judío, en que este cuenta cómo la madre de Jesús, encinta, fue echada de la casa por el carpintero que la había desposado, convicta de adulterio y cómo dio a luz un hijo tenido de cierto soldado por nombre Pantira”.³¹ Pues veamos si los que inventaron el

31 Sobre este repugnante tema, v. la larga nota de Chadwick, p. 31. Sobre toda la leyenda calumniosa de Jesús, forjada por la literatura judaica posterior al cristianismo, emite su veredicto el P. L. de Grandmaison: “Probatorios contra la hipótesis extravagante de un *mito de Cristo* (porque

cuento del adulterio de la Virgen con el Pantira y del carpintero que la echa de casa, no se imaginaron todo eso a ciegas para destruir la concepción milagrosa por obra del Espíritu Santo. Pudieron, en efecto, haber forjado su mentira de otro modo, dado que la historia resulta demasiado prodigiosa y no, como sin querer, venir a confesar que Jesús no nació de un matrimonio corriente entre los hombres. Era, desde luego lógico, que quienes no aceptan el nacimiento milagroso de Jesús, se inventaran una mentira; pero no supieron mentir con habilidad. Por el hecho de mantener el punto de que la Virgen no concibió de José a Jesús, quedaba patente la mentira para quienes saben entender y argüir fantasías. ¿Era en efecto razonable, que quien llevó a cabo tamaña hazaña en favor del género humano, como hacer, en cuanto de Él dependía, que todos los griegos y bárbaros, ante la expectación del juicio divino, se apartaran del mal y lo ordenaran todo al agrado del creador del universo, no tuviera un nacimiento milagroso, sino el más ilegítimo y vergonzoso que cabe imaginar? Voy a hablar como quien habla a griegos y señaladamente a Celso, que, sintiéndolas o no, cita sentencias o ideas de Platón. El que de lo alto envía las almas a los cuerpos de los hombres, ¿había de dar el origen más feo de todos al que tan altas cosas llevó a cabo, a tantos hombres enseñó y a tantos sacó de la ciénaga de la maldad? ¿No había siquiera de introducirlo en la vida humana por el legítimo matrimonio? ¿No es más razonable que cada alma, según ciertas secretas razones (y hablo ahora de acuerdo con Pitágoras, Platón y Empédocles, a quienes cita Celso con frecuencia), al ser infundida en el cuerpo, lo sea según su dignidad y anteriores costumbres? Luego, verosímil es también, que esta alma, que, al venir al género humano, le fue más provechosa que otros muchos (y no digo “todos” para no parecer elaborado), necesitó de un cuerpo no solo distinguido entre los cuerpos humanos, sino el mejor de todos los cuerpos (cf. VI, 74).

33. Especulaciones fisionómicas

Puede darse el caso de que un alma no sea desde todo punto de vista, merecedora de morar en el cuerpo de un irracional, pero tampoco puramente en el de un racional y así, entra en un cuerpo monstruoso, de suerte que quien así nace no puede realizar cumplidamente la función racional, por tener la cabeza desproporcionada con el resto del cuerpo y ser demasiado corta; otra asume un

no se odia, no se desfigura, no se persigue por sistema a un ser legendario), e indispensables, por lo demás, para la inteligencia del mensaje de Jesús, los otros documentos de origen judío no tienen ningún derecho a figurar entre las fuentes de su vida” (*Jesus Christ* I p. 8). El mismo P. Grandmaison cita el texto de San Justino Mártir en que acusa altivamente a los dirigentes judíos de que “sus sacerdotes y rabinos han hecho que el nombre de Jesús sea profanado y blasfemado por toda la tierra; sucias vestiduras —vuestras blasfemias— que vosotros echáis sobre todos los que del nombre de Jesús traen su origen de cristianos” (cf. *Apol. griegos del s. II* p. 505s).

cuerpo que le permite ser un poco más racional que el otro; y otra todavía más, según la naturaleza del cuerpo, corresponde más o menos a la función de la razón. Siendo esto así, ¿por qué no habrá un alma que tome un cuerpo del todo prodigioso, que tenga desde luego algo en común con los hombres a fin de poder convivir con ellos, pero algo, a la vez, de excelente y señero, a fin de que el alma pueda permanecer sin mácula de maldad? Si son además exactas las teorías de los fisionomistas, trátase de un Zópiro,³² de Loxo o Polemón o de otro cualquiera que haya escrito sobre este tema y proclame saber cosas maravillosas, todos los cuerpos son acomodados a las costumbres de las almas. Ahora bien, a un alma que había de venir prodigiosamente al género humano y realizar tan altas cosas, ¿era correcto que se le diera un cuerpo nacido, como se imagina Celso, de un adúltero Pantira y de una virgen seducida? De uniones de parejas impúdicas, lo natural es que naciera algún insensato, pernicioso para los hombres y maestro de intemperancia, de injusticia y demás vicios; no un maestro de templanza, justicia y demás virtudes. No, según lo predijeron los profetas, Jesús tenía que nacer de una virgen, la cual, según la promesa del signo, daría a luz al que llevaba un nombre conforme a la realidad y significaba que, con su nacimiento, Dios estaría con los hombres (cf. *infra*).

34. El signo de la virgen que concibe

Por lo que dice el fingido judío, me parece oportuno oponer la profecía de Isaías, según la cual, Emmanuel había de nacer de una virgen. Celso no la alegó, porque la ignorara —el que pretende saberlo todo—, o porque leída, la calló adrede, para no dar la impresión de que, aun sin querer, confirma lo que va contra su propósito. Como quiera que sea, he aquí el texto: *Y continuó el Señor hablando con Acáz y le dijo: Pide para ti un signo de parte del Señor, Dios tuyo, en lo profundo o en lo alto. Y respondió Acáz: No lo pediré, pues no quiero tentar al Señor. Y dijo: Escuchad ahora, casa de David: ¿Os parece poco contender con los hombres, que contendéis también con mi Dios? Por eso, el Señor mismo os dará un signo. Sabed que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emmanuel, que se interpreta “Dios con nosotros” (Is 7,10).* Ahora bien, que Celso no citara esta profecía por malignidad, me parece evidente por el hecho de

32 Un diálogo de Fedón, a quien inmortalizó Platón en el otro diálogo que lleva su nombre, se titulaba Zópiro (Dioc. Laert., II, 105). Cicerón (*Tusc. disp.* IV, 37, 80 y *De foto* V, 10) cuenta que Zópiro, el fisiognómico, que profesaba conocer las costumbres y carácter de los hombres por su cuerpo, ojos, rostro, frente, dictaminó que Sócrates era un estúpido y lerdo...; añadió también que “mujeriego”, “a lo que se dice haber soltado Alcibiades la carcajada”.

que alega muchas cosas del evangelio de Mateo, como la estrella que saliera al nacer Jesús y otros milagros; de la profecía de Isaías sin embargo (cf. Mt 1,23), no se acordó para nada. Pero si el judío nos viene con triquiñuelas sobre que el texto no dice: “Sabed que una virgen”, sino: “Sabed que una muchacha joven”, le responderemos que la palabra *aalma*, que los Setenta trasladaron por *parthénos* (virgen) y otros por *neanis* (muchacha joven), se halla, según dicen, también por “virgen”, en el Deuteronomio, en este texto: *Si una joven virgen está desposada con un hombre y, hallándola otro en la ciudad, yace con ella, los sacaréis a los dos a la puerta de la ciudad y los apedrearéis hasta matarlos: a la joven, porque no gritó estando en la ciudad; al hombre, porque deshonoró la mujer de su prójimo. Y prosigue: pero si el hombre halla a la joven desposada en el campo y la fuerza y yace con ella, solo mataréis al hombre que yació con la joven; a esta, en cambio, no le haréis nada; no hay en ella crimen de muerte (Dt 22,23-26).*³³

35. Engendrar una joven no sería signo

Pero no quisiéramos dar la impresión de que por una expresión hebraica, queremos sugerir a los que no comprenden si deben o no aceptarla, que dijera el profeta que nacería de una virgen Aquel a cuyo nacimiento se diría: “Dios con nosotros”. Vamos pues a demostrar lo que decimos sobre el texto mismo. Dice la Escritura que le dijo el Señor a Acaz: *Pide para ti un signo de parte del Señor Dios tuyo en lo profundo o en lo alto. Y seguidamente el signo dado: Sabed que la virgen concebirá y dará a luz un hijo. Ahora bien, ¿qué signo fuera que una muchacha no virgen dé a luz?*³⁴ ¿Y a quién conviene más concebir al Emmanuel, es decir, al Dios con nosotros: a la mujer que ha tenido comercio carnal y ha concebido por pasión femenina, o a la que es aún virgen, pura y casta? A esta sin género de duda, le conviene engendrar un hijo, a cuyo nacimiento se dice: Dios con nosotros. Pero si el judío insistiera aun diciendo habersele dicho a Acaz: “Pide para ti un signo de parte del Señor Dios tuyo”, nosotros preguntaremos: ¿Quién nació en tiempo de Acaz, a cuyo nacimiento se le dijera: *Emmanuel*, es decir, Dios con nosotros? No se hallará a nadie; lo cual demuestra que lo dicho a Acaz fue dicho a la casa de David, como quiera que, como está escrito, *de la descendencia de David nació el Salvador según la carne* (Rm 1,3). Además, de este signo se dice que es “en lo profundo o en lo alto”, pues *el que bajó es el mismo que subió sobre todos los*

33 El texto masorético no favorece a Orígenes (Chadwick). El tema fue tratado también por San Justino Mártir. *Dial. cum Tryph.* 43. 66s.

34 El mismo razonamiento en Justin., *Dial.* 84; cf. también Tertull., *Adv. iud.* 9; *Adv. Marc.* III, 13.

cielos para llenarlo todo (Ef 4,10). Estoy hablando como se debe hablar con un judío que cree en las profecías. En cuanto a Celso o cualquiera de sus congéneres, díganos con qué espíritu dice el profeta acerca del futuro estas y otras cosas que están escritas en las profecías. ¿Las dice con espíritu profético con respecto del futuro, o no? Si con espíritu profético del futuro, entonces los profetas tenían espíritu divino. Si con espíritu no profético del futuro, explíquenos entonces Celso el espíritu de quien así se atreve a hablar del futuro y tanta admiración se granjea entre los judíos por su profecía.

36. Los profetas judíos

Pero ya que hemos venido a hablar de los profetas, lo que vamos a añadir no solo será de provecho para los judíos, que creen haberles aquéllos hablado por espíritu divino, sino también para los griegos que juzguen discretamente. A estos les diremos que, si los judíos debían mantenerse en las leyes que se les habían dado, creer en el Creador tal como se les enseñara y (en cuanto de la ley dependía) no debían tener pretexto para pasarse al politeísmo de los gentiles, es necesario admitir que también ellos tuvieron profetas. Tratemos de probar esta necesidad. *Las naciones*, como se escribe en la ley misma de los judíos, *consultan a hechiceros y adivinos* (Dt 18,14); pero a aquel pueblo se le dice: *Pero a ti nada de eso te permite el Señor Dios tuyo* (ibid.). Y luego se añade: *El Señor Dios tuyo te suscitará un profeta de entre tus hermanos* (18,15). El hecho es, pues, que los gentiles practicaban la adivinación, ya fuera por oráculos, augurios y auspicios, o por medio de ventrílocuos, o acudiendo a los que profesan la ciencia de los sacrificios, o a los caldeos que dan sus horóscopos; y todo eso les estaba vedado a los judíos. Ahora bien, si por ningún lado les quedara el consuelo que trae el conocimiento del futuro, acuciados por el mismo apetito humano de saber el futuro, hubieran despreciado a sus propios hombres, imaginando que no hay en ellos nada de divino y después de Moisés, no hubieran prestado atención a ningún profeta ni hubieran consignado por escrito sus oráculos. Como desertores de su religión, se hubieran pasado a los oráculos y templos de los gentiles, o hubieran intentado establecer algo parecido entre ellos mismos. De ahí que nada tenga de extraño, que para consuelo de quienes lo deseaban, profetizaran sus profetas acerca de cosas corrientes, como Samuel acerca de las borricas perdidas (1 S 9,20), o el otro de quien se escribe en el libro tercero de los Reyes (1 R 14,1-18), sobre la enfermedad de un niño regio. ¿Cómo, en otro caso, pudieran reprender los representantes de la ley a quien quisiera

acudir a la adivinación de los ídolos?, como se ve haberle reprendido Elías a Ocozías cuando le dijo: *¿Es que no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baal, (señor de) las moscas, dios de Acarón?* (2 R 1,3).

37. Otros casos de partenogénesis

Me parece pues, que queda suficientemente demostrado, no solo que nuestro Salvador nacería de una virgen, sino también que hubo profetas entre los judíos, los cuales predijeron no solo cosas generales, por ejemplo, lo referente a Cristo mismo, a los imperios del mundo, a los acontecimientos de Israel y a las naciones que creerían en nuestro Salvador y otras muchas cosas acerca del mismo, sino también sucesos particulares, por ejemplo, cómo se encontrarían las borricas perdidas de Gis o la enfermedad que aquejó al hijo del rey de Israel o algún otro caso semejante que esté escrito.

En cuanto a los griegos que no creen que Jesús naciera de una virgen, hay que decirles, además, que en la generación de varios animales demostró el Creador, que, si quería, le era posible hacer en los mismos hombres lo que hace en uno que otro animal. Se hallan en efecto, algunas hembras de animales que no se aparean con los machos, como de los buitres³⁵ escriben los zoólogos; y, sin embargo, este animal, sin necesidad de unión sexual, conserva la sucesión de su especie. ¿Qué tiene pues de extraño, que queriendo Dios enviar al género humano un maestro divino, le hiciera nacer de un modo distinto al ordinario de transmitirse la razón seminal por la unión del varón con la mujer? Y aun según los mismos griegos, no todos los hombres han nacido de varón y mujer. En efecto, si el mundo es creado, como place incluso a muchos griegos, es forzoso que los primeros hombres no nacieran de comercio sexual, sino de la tierra, es decir, de ciertas razones seminales que existen en la tierra. Cosa que por cierto tengo yo por más prodigiosa, que el que haya nacido Jesús solo a medias como los demás hombres. Y puesto que hablamos a griegos, no estaría fuera de lugar que nos aprovechemos de las historias griegas, para que no parezca que somos nosotros los únicos que admitimos esta prodigiosa historia. Ha habido en efecto algunos —y aquí no se trata de cosas antiguas y del tiempo de los héroes, sino de acontecimientos, como quien dice, de ayer o

35 Cf. Tertull., *Adv. Valent.* 10; Plutarch., *Mor.*, 286c. San Ambrosio (*Exahem.* 1.5 c.20) comparte esa creencia y argumenta como Orígenes: “Hemos hablado de la viudez de las aves y cómo de ellas tomó principio esta virtud. Ahora digamos de la integridad (o virginidad) que en muchísimas se afirma darse de forma que aun en los buitres se niegan a todo concubito y a unirse por cierto uso conyugal y cópula nupcial... ¿Qué dicen los que suelen reírse de nuestros misterios cuando oyen que una virgen engendró y tienen por imposible el parto de la mujer soltera, a la que no manchó trato alguno con varón? ...” Huelga advertir que la partenogénesis de los buitres es pura fábula.

anteayer—, que creyeron poder consignar como posible que Platón nació, desde luego, de Anfictione, pero a Aristón se le prohibió acercarse a ella hasta que diera a luz al que fuera engendrado por Apolo (cf. VI, 8). Pero estos son verdaderamente cuentos que se forjaron sobre un hombre, a quien por su sabiduría y poder, se tenía por superior al común de los hombres y se supuso, consiguientemente, que había de recibir el principio de la constitución de su cuerpo de gérmenes superiores y más divinos, como decía, con sus dotes más que humanas.

Por lo demás, introducir Celso al judío que habla con Jesús y burlarse de su pretensión (como él se imagina) de que nació de una virgen, para lo que trae a cuento las fábulas sobre Dánae, Melanipa, Auge y Antíope, son cosas que van bien con un farsante, pero no con quien toma en serio el tema de que trata.

38. Magia y milagros

Además, aunque toma del evangelio de Mateo la historia que allí está escrita (Mt 1, 13ss), sobre la marcha de Jesús a Egipto, no cree en los milagros que en este caso se dieron, ni que se debió al oráculo de un ángel, ni le pasa por la mente el misterio que pudiera significar el hecho de que Jesús abandonara Judea y se fuera a vivir a Egipto. Celso prefiere inventarse otro cuento, en que reconoce hasta cierto punto los milagros que Jesús obró y por los que persuadió a muchos a que lo siguieran como a Mesías, pero trata de desacreditarlos como realizados por arte de magia y no por virtud divina. Dice en efecto que, “criado a escondidas, se puso de jornalero en Egipto y después de ejercitarse en ciertas artes mágicas, volvió de allí a su patria y por ellas se proclamó a sí mismo Dios” (*ut supra* I, 28). La verdad es que yo no comprendo cómo un mago pudiera tener empeño en predicar una doctrina, que enseña a hacerlo todo pensando que Dios ha de juzgar a cada uno por cuanto hiciere, e inspirar ese mismo espíritu en los discípulos de que había de valerse como ministros de su predicación. Porque, pregunto: ¿Aprendieron los discípulos de Jesús a hacer milagros como su maestro y convencían así a sus oyentes, o no hicieron tampoco ellos milagros? Decir que no hicieron milagro de ningún linaje, sino que, creyendo a ciegas, sin persuasión alguna de razonamiento a la manera de la ciencia dialéctica de los griegos, se entregaron a enseñar, por dondequiera viajaban, una doctrina nueva, es cosa del todo absurda. Porque, ¿qué les daba ánimo para enseñar una doctrina que era toda una novedad? Pero, si también ellos hicieron milagros, ¿en qué cabeza cabe que unos magos se abalanzaran a tantos peligros a cambio de implantar una doctrina

que prohíbe la magia?

39. Blasfemias de un truhan

No me parece que valga la pena rebatir lo que seguidamente dice Celso, no ciertamente en serio, sino en son de burla: “¿Es que era bella la madre de Jesús y por bella se unió Dios carnalmente con ella, Dios que, por su naturaleza, no puede enamorarse de un cuerpo corruptible? ¿No es más bien inverosímil que se enamorara Dios de ella, pues no era rica ni de regia estirpe, ni la conocía nadie ni aun entre sus vecinos?” Y sigue bromeando cuando dice que, “aborrecida y echada de la casa por el carpintero, no la salvó una potencia divina ni discurso elocuente. Nada de esto, por tanto, dice, tiene que ver con el reino de Dios” (cf. III, 59; VI, 17; VIH, 11). ¿Qué diferencia hay en este lenguaje al de quienes se insultan por las esquinas de las calles y no dicen cosa que merezca tomarse en serio?

40. Celso procede sin orden ni inteligencia

Luego toma del evangelio de Mateo (3,16 par.) y puede que también de los otros evangelios, lo que se cuenta de la paloma que voló sobre nuestro Salvador al ser bautizado por Juan y trata de desacreditarlo como una invención. Pero después de burlarse, según él se imagina, del nacimiento virginal de nuestro Salvador, no expone lo que a este sigue por su orden, pues la ira y el odio no saben lo que es orden. Los que se alteran y odian, lanzan contra los que odian todo lo que les viene a la boca, pues la pasión no les permite decir sus recriminaciones serenamente y en debido orden. De haber guardado Celso el orden, debiera haber tomado el evangelio, que se proponía impugnar y atacada la primera historia que cuenta, pasar por sus pasos contados a la segunda y así sucesivamente a las otras. Pero este Celso, que se jacta de saber todo lo nuestro, tras impugnar el nacimiento virginal, se mete con el Espíritu Santo, aparecido en figura de paloma en el bautismo de Jesús; luego niega que fuera profetizado el advenimiento de nuestro Salvador; y ahora se vuelve atrás, a lo que se escribe que siguió al nacimiento de Jesús: la aparición de la estrella y la venida de los magos de Oriente a adorar al niño. Tú mismo, con que lo observes poco, puedes hallar muchas cosas dichas confusamente por Celso a lo largo de su libro; lo cual, para quienes saben guardar y buscar el orden, es un argumento más de que fue harto audaz y arrogante, al dar a su libro el título de *Doctrina verdadera*. Ninguno de los ilustres filósofos hizo nada semejante. Así Platón dice

(*Phaidon*, 114D) que no es de hombre inteligente, afirmar nada acerca de estas cosas y otras más oscuras; y Crisipo, que expone siempre las razones que a él lo mueven, nos remite a quienes halláremos que hablan mejor que él. Este, en cambio, que es más sabio que Platón y Crisipo y que el resto de los griegos, era lógico que, pues lo sabía todo, rotulara su libro: *Doctrina verdadera*.

41. La aparición del Espíritu Santo en figura de paloma (Mt 3,16ss)

Pero no queremos dar la impresión, de que por no tener a mano una respuesta, nos saltamos de buena gana los puntos que opone Celso. Por eso hemos decidido resolver, según nuestras fuerzas, cada una de sus objeciones, sin preocuparnos del contexto y consecuencia natural de las cosas, sino tomándolas por el orden en que están escritas en su libro. Veamos pues, lo que dice para desacreditar que el Salvador viera, con apariencia corporal, al Espíritu Santo en figura de paloma. Y sigue siendo el judío quien le dice a Jesús, a quien nosotros confesamos por Señor: “Cuando te bañabas —dice— junto a Juan, afirmas que voló hacia ti del aire, un fantasma de pájaro”. Luego el fingido judío pregunta: “¿Qué testigo digno de crédito vio esa aparición, o quién oyó la voz del cielo que te adoptaba por hijo de Dios, si no es que tú lo dices y citas solo a uno de los que fueron, lo mismo que tú, castigados de muerte?”

42. Advertencias metodológicas

Digamos antes de comenzar nuestra defensa, que el intentar demostrar como realmente sucedidas casi todas las historias, por más que sean verdaderas, de manera que se logre sobre ellas una certeza completa (VIII, 43), es de las cosas más difíciles y en algunos casos, imposible. Supongamos que alguien se atreviera a decir que no existió la guerra de Troya, fundándose sobre todo en que con ella se entreteje la leyenda imposible de cierto Aquiles, que sería hijo de la diosa marina, Tetis y del hombre Peleo, o Sarpedón de Zeus, Ascálafo, Jálmeneo de Ares y Eneas de Afrodita. ¿Cómo demostraríamos el hecho, apurados sobre todo por esa mezcla enmarañada de fantasía, con la opinión dominante entre todos de que hubo realmente, en Ilio, una guerra entre griegos y troyanos? Supongamos, por el mismo caso, que alguien no crea en la leyenda de Edipo y Yocasta y los dos hijos que nacieron de ellos, Eteocles y Polinices, pues también con ella se entreteje cierta esfinge semi-virgen. ¿Cómo demostrar la historicidad de tal leyenda? Dígase lo mismo de los Epígonos, aunque nada semejante se entreteje en su leyenda, o de la vuelta de los Heraclidas y de

infinitas cosas más. Pero el lector inteligente de esas historias, que no quiere dejarse engañar por ellas, sabrá discernir qué cosas podrá aceptar simplemente, qué otras explicar figuradamente, indagando la intención de quienes inventaron tales leyendas; sabrá, en fin, a qué cosas negará todo crédito, como escritas para agradar a determinadas gentes.

Todo este prólogo a la historia entera de Jesús que se cuenta en los evangelios, hemos antepuesto aquí, no para invitar a hombres de mayor pericia a una fe desnuda y sin razón, sino para advertir a los futuros lectores que tendrán necesidad de mucha inteligencia e indagación y adentrarse, como quien dice, en la mente de los escritores, a fin de hallar en qué sentido secreto fue escrita cada cosa.

43. Jesús merece más fe que Ezequiel e Isaías

He aquí, pues, lo primero que decimos: Si el que niega crédito a la aparición del Espíritu Santo en figura de paloma, se presentara diciendo ser un epicúreo, democríteo o peripatético, tendría alguna congruencia lo que se dice con la persona en cuya boca se pone. Pero tampoco aquí vio el sapientísimo Celso, que atribuye parejo razonamiento a un judío, que, por las escrituras de sus profetas, cree cosas mucho más prodigiosas que lo de la figura de paloma. Al judío que no cree en la aparición y se imagina poderla desacreditar como pura invención, cabe preguntarle: Y tú, buen hombre, ¿serías capaz de demostrar que dijo el Señor Dios a Adán y Eva, a Caín y Noé, a Abrahán, Isaac y Jacob, lo que está escrito que les dijo? Y comparando una historia con otra, yo le diría a ese judío: También tu Ezequiel escribió estas palabras: *Se abrieron los cielos y vi una visión de Dios* (1,1.28). Y, después de narrarla, añade: *Esta es la visión de la semejanza de la gloria de Dios y me dijo (ut supra)*. Ahora bien, si lo que se escribe de Jesús es mentira, porque no podemos, como tú supones, demostrar con toda evidencia su verdad, dado que solo por Él fue visto y oído y, según tú crees haber observado, por uno que fue también ajusticiado, ¿no diremos con más razón que Ezequiel cuenta historias monstruosas cuando dice: “Se abrieron los cielos”, etc.? E Isaías a su vez dice: *Vi al Señor Sabaoth, sentado sobre un trono excelso y elevado y los serafines estaban en torno suyo; seis alas tenía el uno y seis alas el otro*, etc. (Is 6,1). ¿Y cómo demostrar que lo vio efectivamente? Y es así que tú, judío, crees que todo eso es verdad y que no solo lo vio el profeta por obra de espíritu divino, sino que, por inspiración del mismo, lo dijo y consignó por escrito.

Ahora bien, ¿quién merece más fe: Ezequiel e Isaías, que dijeron respectivamente que se les abrieron los cielos y oyeron una voz y vieron al Señor Sabaoth, sentado sobre un trono excelso y elevado, o Jesús? No se sabe de esos dos profetas obra alguna que pueda compararse con la de Jesús; pero la gran hazaña de Jesús no se limitó al tiempo en que vivió sobre la tierra. No, el poder de Jesús sigue obrando hasta ahora la conversión y mejora de los que por Él creen en Dios. Y la prueba evidente de que esto se hace por su poder, es que, a pesar de no haber, como Él mismo dice (Mt 9,37), obreros que cultiven el campo de las almas, es tanta la cosecha de las que se recogen y congregan en las eras de Dios por doquiera esparcidas, que son las iglesias.

44. El Espíritu Santo, inspirador de la Escritura

Pero al hablar así al judío, no es porque yo, que soy cristiano, niegue fe a Ezequiel e Isaías; lo que intento es persuadirle, por lo que en común creemos, que merece Jesús más crédito que ellos cuando dice que vio esas cosas y como es verosímil, cuando contara a sus discípulos la visión que vio y la voz que oyó. Otro tal vez diga que no todos los que pusieron por escrito lo de la paloma y la voz del cielo se lo oyeron contar a Jesús mismo; en todo caso, el Espíritu que dictó a Moisés una historia más antigua que el historiador, empezando por la creación del mundo hasta Abrahán, padre suyo, ese mismo enseñó a los que escribieron el Evangelio, el milagro acontecido en el momento del bautismo de Jesús.

Por lo demás, el que esté adornado del carisma que se llama palabra de sabiduría (1 Co 12,8), podrá explicar por qué se abrieron los cielos y por qué el Espíritu Santo se apareció a Jesús en figura de paloma y no de otro animal. El tema presente no pide que expliquemos ese punto, pues solo nos hemos propuesto demostrar la incongruencia de Celso al atribuir al judío, con tales razones, la falta de fe en una cosa más verosímil que las que él mismo cree.

45. Recuerdo personal

Me acuerdo que una vez, en cierta disputa con unos judíos (cf. 55; II, 31) que se dicen sabios, ante un auditorio que había de juzgar sobre nuestras razones, me valí de este argumento: “Decidme, señores: Dos personajes han venido al género humano, de los que se escriben cosas prodigiosas y que están por encima de la naturaleza humana: Moisés, vuestro legislador, que escribió sobre sí

mismo y Jesús, nuestro maestro, que nada dejó escrito sobre sí mismo,³⁶ pero es atestiguado por sus discípulos en los evangelios. ¿Qué distinción es esa que hace que se crea a Moisés como veraz, a pesar de que los egipcios lo calumnian de mago y afirman que por arte de magia obró sus aparentes milagros y no dar crédito a Jesús, porque vosotros lo acusáis? A los dos los atestiguan naciones: A Moisés los judíos; en cuanto a los cristianos, sin negar la profecía de Moisés, antes demostrando por ella a Jesús mismo, aceptan como verdaderos los milagros que de Él escriben sus discípulos. Y si nos pedís razón sobre Jesús, dádnosla vosotros sobre Moisés, que fue antes que Él y luego os la daremos nosotros sobre Jesús. pero si os zafáis y rehusáis demostrar la misión divina de Moisés, lo mismo haremos de momento nosotros y no os daremos demostración. Confesad, sin embargo, que no tenéis prueba sobre Moisés y escuchad las pruebas sobre Jesús que ofrecen la ley y los profetas. Y lo paradójico es que las pruebas que la ley y los profetas ofrecen sobre Jesús, demuestran que Moisés y los profetas eran profetas de Dios.

46. Los milagros de Jesús y de los apóstoles prueban la verdad del Evangelio

Ahora bien, la ley y los profetas están llenos de milagros semejantes al que se escribe de Jesús, al bautizarse, sobre la paloma y la voz del cielo. Yo tengo por prueba, que el Espíritu Santo fue entonces visto en figura de paloma, los milagros obrados por Jesús, por más que Celso, para desacreditarlos, diga que aprendió a hacerlos entre los egipcios. Y no alegraré solo esos, sino también, como es natural, los que obraron los discípulos de Jesús. Y es así que, sin obrar milagros y portentos, no hubieran movido a sus oyentes a abandonar, por nuevas doctrinas y dogmas nuevos, su religión tradicional y abrazar las enseñanzas de ellos aun con peligro de la vida. Y todavía se conservan entre los cristianos huellas de aquel Espíritu Santo que fue visto en figura de paloma. Ellos expulsan demonios, realizan muchas curaciones y según la voluntad del Logos, tienen algunas visiones sobre el futuro. Y aunque se burle Celso, o el judío que introduce, sobre lo que voy a decir, no dejaré de decirlo y es que muchos han venido al cristianismo como contra su voluntad, pues cierto espíritu, apareciéndoseles en sueños o despiertos, mudó súbitamente su mente y de odiar al *Logos*, pasaron a morir por Él. De muchos de estos casos hemos sido testigos; sin embargo,

³⁶ Orígenes o no conoció o tuvo por apócrifa la carta de Jesús al rey Abgar, que trae Eus., *HE* I, 13. También San Jerónimo opina que nada escribió Jesús: “De ahí que el Salvador no dejó libro alguno de su doctrina, como fingen los delirios de muchos apócrifos, sino que cada día habla al corazón de los creyentes por el espíritu del Padre y suyo” (*In Ez.* XLIV, 29).

de ponerlos por escrito, daríamos que reír a carcajadas a los incrédulos, los cuales, como suponen que otros se inventan todo eso, así creerían que nos lo inventamos también nosotros. Pero testigo es Dios de nuestra conciencia, que no quiere recomendar la enseñanza divina de Jesús por mentirosas narraciones, sino por múltiple evidencia.

Pero ya que es un judío quien pone dificultades, sobre lo que se escribe del Espíritu Santo que descendiera sobre Jesús en figura de paloma, sería del caso preguntarle: Dime, amigo, ¿quién es el que dice en Isaías: *Y ahora me ha enviado el Señor y su Espíritu?* (48,16). En el texto queda ambiguo si fue el Padre y el Espíritu Santo los que enviaron a Jesús, o fue solo el Padre quien envió a Cristo y al Espíritu Santo. La verdad es esto último. Ahora bien, como fue enviado primero Jesús y luego el Espíritu Santo para que se cumpliera la profecía; como, por otra parte, ese cumplimiento debía ser conocido de la posteridad, de ahí que los discípulos de Jesús pusieron por escrito lo sucedido.

47. El testimonio de Josefo

Pero ya que Celso introduce a ese judío, favorable hasta cierto punto a Juan Bautista, que bautizó a Jesús, quisiera decirle cómo un escritor no muy posterior al mismo Juan y a Jesús, dejó consignado que existió un Juan Bautista, que bautizaba para la remisión de los pecados. Efectivamente, en el libro dieciocho de las *Antigüedades judaicas* (5,2 [116-119]), Josefo da testimonio de Juan como de un bautista que prometía la purificación a los bautizados. Josefo no cree que Jesús sea el Mesías; y así, indagando la causa de la caída de Jerusalén y de la destrucción del templo, cuando debía haber dicho que la causa fue la conjura contra Jesús y la muerte que dieron al Mesías profetizado, no lo dice; si bien, acercándose un poco, como sin querer, a la verdad, afirma que aquellas calamidades les acaecieron a los judíos para vengar a Santiago, el Justo, hermano que era de Jesús, el llamado Mesías; pues siendo hombre justísimo, le dieron la muerte.³⁷ A este Santiago, dice Pablo, el genuino discípulo de Jesús, que lo vio (Ga 1,19) y lo llama “hermano del Señor”, no tanto por el parentesco de la sangre o la común crianza, cuanto por las costumbres y el espíritu. Ahora bien, si dice Josefo que la desolación de Jerusalén les aconteció a los judíos por causa de

³⁷ Una síntesis de la cuestión, muy debatida, de “Josefo y el cristianismo primitivo” la ofrece el citado P. L. de Grandmaison: *Jésus Christ I* p. 189 (antes, p. 7, se alega su famoso texto sobre Jesús). Sobre la no existencia, en tiempos de Orígenes, de ese texto parece aquí convincente el argumento *ex silentio*.

Santiago, ¿no fuera más razonable afirmar que fue por causa de Jesús, que es el Mesías? Testigos de su divinidad son tantas iglesias, que se componen de hombres, que, salidos de la ciénaga de los vicios, viven unidos a su Creador y todo lo enderezan al agrado del mismo.

48. Explicación de las visiones proféticas

Ahora pues, aunque el judío no defenderá a Ezequiel e Isaías, al identificar nosotros lo que se cuenta de que a Jesús se le abrió el cielo y oyó la voz consabida con cosas semejantes que hallamos escritas en Ezequiel, en Isaías o en cualquier otro profeta, vamos por lo menos nosotros a fundar, en lo posible, nuestra razón diciendo lo siguiente: Para todos los que admiten una Providencia es cosa axiomática que muchos tienen sus visiones, entre sueños, que les anuncian cosas divinas, o acontecimientos por venir de la vida diaria, ya con claridad, ya por enigmas. ¿Qué tendrá entonces de extraño que la fuerza que impresiona la mente entre sueños, pueda también impresionarla durante la vigilia, para bien y provecho de quien recibe la impresión o de quienes se lo oyeren referir? Y como nos figuramos entre sueños que estamos oyendo y que se impresiona nuestro oído sensible y que vemos por nuestros ojos, siendo así que ni los ojos corporales ni el oído sensible se impresionan, sino que todo eso sucede pasivamente en el alma; así, nada tendría de extraño que lo mismo aconteciera en los profetas, cuando se escribe que vieron cosas prodigiosas, que oyeron palabras del Señor y que contemplaron los cielos abiertos. Personalmente, no me imagino que para escribir Ezequiel lo que escribe, fuera necesario que el cielo sensible se abriera y se dividiera su masa, al abrirse, en dos partes. ¿Por qué pues, no se ha de suponer algo semejante respecto del Salvador, quien prudentemente lea el Evangelio? A riesgo, eso sí, de escandalizar a los demasiado simples, que justamente por su demasiada simpleza ponen al cosmos en movimiento, partiendo por gracia en dos, por muy compacto que esté, tamaño cuerpo como el cielo entero.

Pero el que examine más a fondo este punto, dirá que hay, cómo dice la Escritura, un sentido general divino que solo el bienaventurado encuentra ya en esta vida, según se dice en Salomón: *Hallarán un sentido divino* (Pr 2,5). De este sentido existen varias especies: de visión, que naturalmente ve cosas superiores a los cuerpos, entre las que hay, evidentemente, que contar a querubines y serafines; de oído, que percibe voces que no tienen su consistencia en el aire; de gusto, que saborea *el pan vivo que bajó del cielo y da la vida al mundo* (Jn 6,33); de olfato, igualmente, que huele cosas por las que Pablo dice *ser buen olor de Cristo para Dios* (2 Co 2,15); de tacto, según

el cual dice Juan *que palpó con las manos al Verbo de la vida* (1 Jn 1,1). Ahora, pues, los bienaventurados profetas, que hallaron ese sentido divino, ven divinamente, oyen divinamente, gustan de igual modo; huelen, por así decir, con sentido no sensible y tocan por la fe al Logos, de quien les viene una emanación que los cura y así veían lo que escriben que vieron y oían lo que dicen que oyeron, les pasaban cosas parecidas a las que escriben, como el comerse el volumen de un libro que se les daba (Ez 3,2). De modo semejante olió también Isaac los vestidos espirituales de su hijo y con bendición espiritual dijo: *He aquí el olor de mi hijo, como de campo lleno, al que bendijo el Señor* (Gn 27,27). De modo semejante a estos, más bien espiritual que sensiblemente, tocó también Jesús al leproso (Mt 8,3), a fin de limpiarlo, a mi ver, doblemente, librándolo no solo, como entiende la gente, de la lepra sensible por el toque sensible, sino también de la otra por toque suyo verdaderamente divino. Así, en fin, dio Juan testimonio, diciendo: *He visto al Espíritu bajar del cielo, como una paloma y posarse sobre Él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre el que vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ese es el que bautiza en Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios* (Jn 1,32ss).

También a Jesús se le abrieron los cielos y si bien es cierto que no se escribe que hubiera entonces quien, fuera de Juan, que viera los cielos abiertos, sin embargo, el Salvador mismo predice a sus discípulos que verían un día los cielos abiertos, diciéndoles: *En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y bajan sobre el Hijo del hombre* (Jn 1,51). Y de este modo Pablo, por ser discípulo de Jesús, fue arrebatado al tercer cielo, que antes viera abierto. Ahora, explicar por qué dice Pablo: *Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe* (2 Co 12,1), no es cosa de este lugar y momento.

Todavía voy a añadir a mi razonamiento lo que piensa Celso, sobre que fue Jesús mismo quien contara lo de la apertura del cielo y la bajada sobre Él del Espíritu Santo en figura de paloma junto al Jordán. Pero por la misma Escritura no consta que Jesús mismo haya dicho que tuvo esa visión. No se percató el excelentísimo señor, que esto no se armoniza con quien dijo a sus discípulos, con ocasión de la aparición del monte: *A nadie contéis la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos* (Mt 17,9), contar a sus discípulos lo que junto al Jordán fue visto y oído por Juan. Ello es de ver también por el carácter mismo de Jesús, que evita dondequiera hablar de sí mismo y por eso dice: *Si yo hablo de mí mismo, mi testimonio no es verdadero* (Jn 5,31). Y como evitaba hablar de sí mismo y quería demostrar, más por obras que por palabras, ser el Mesías, le

dicen en una ocasión los judíos: *Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente* (Jn 10,24).

Pero ya que es un judío a quien Celso pone en la boca, contra la aparición del Espíritu Santo en figura de paloma, aquello de: “Si no es porque tú lo dices o aduces a uno solo de los que fueron castigados de muerte contigo”, hay que advertirle que tampoco acertó en atribuir esas palabras a su fingido judío, pues los judíos no asocian a Juan con Jesús, ni relacionan el suplicio de Juan con el de Jesús. Un punto más en que se demuestra que este fanfarrón, que alardea de saberlo todo, no supo qué palabras contra Jesús había de poner en boca de su ficticio judío.

49. Nueva incongruencia de Celso

Luego, no sé por qué Celso se pasa adrede por alto, el argumento capital en favor de la autoridad de Jesús, que es haber sido anunciado por los profetas judíos, por Moisés y los que le siguieron y hasta por los anteriores a Moisés; y se lo pasa por alto, según mi opinión, porque no puede rebatir la razón de que ni los judíos, ni cuantas sectas heréticas existen, niegan que el Mesías fue profetizado. Tal vez ni conocía las profecías sobre Jesús. En otro caso, de haber comprendido lo que dicen los cristianos, sobre que fueron muchos los profetas que predijeron el advenimiento del Salvador, no hubiera puesto en boca del supuesto judío lo que se ajustaría mejor con un samaritano o un saduceo; ni el judío de su prosopopeya hubiera dicho: “Pero antaño dijo un profeta en Jerusalén, que vendría un hijo de Dios para juzgar a los santos y castigar a los inicuos”. Porque no fue un solo profeta (cf. II, 4,79) el que predijo acerca del Mesías. Y aun cuando samaritanos y saduceos, que no reciben más que los libros de Moisés, digan que en ellos está profetizado el Mesías, no dirán que la profecía se dijo en Jerusalén, cuyo nombre no se conocía aún en tiempos de Moisés. ¡Ojalá todos los que acusan nuestra doctrina no ignoraran hasta ese punto, no ya solo las cosas de la Escritura, sino el simple tenor de su texto! En tal caso, sus discursos no tendrán la más mínima fuerza para apartar, no diré de la fe, sino de la poca fe, a los poco firmes y que *creen de momento* (Lc 8,13). Un judío de verdad, jamás confesaría que algún profeta haya predicho la venida de un hijo de Dios. Lo que los judíos dicen es que vendrá el Mesías o Ungido de Dios. Y es frecuente que los judíos nos vengan de pronto con preguntas acerca del Hijo de Dios, que ellos no creen exista ni que fuera profetizado. Y no es que nosotros afirmemos que no haya sido profetizado un hijo de Dios; lo que decimos es que no es acorde poner en boca de un judío, que no confiesa nada de hijos de Dios, aquello de: “Dijo antaño un profeta en Jerusalén que vendría un hijo de Dios”.

50. Fantásticos “hijos de Dios”

Luego, como si solo se hubiera profetizado de Cristo, que “juzgaría a los santos y castigaría a los inicuos” y nada se hubiera predicho sobre el lugar de su nacimiento, ni de la pasión que sufriría por obra de los judíos, ni de su resurrección, ni de los milagros maravillosos que obraría, pregunta Celso: “¿Por qué has de ser tú, con preferencia a infinitos otros que han venido después de la profecía, el sujeto de quien eso fue profetizado?” Y no sé cómo ni por qué, queriendo aplicar a otros la posibilidad de suponer que fueron el objeto de la profecía, dice que “también los que están fuera de sí (extáticos) y los mendicantes dicen ser hijos de Dios venidos de lo alto”. No sabemos que se confiese que nada de eso haya sucedido entre los judíos.

Digamos, pues, primeramente, que han sido muchos los profetas que, de mil modos, predijeron las cosas de Cristo, unos por expresiones enigmáticas, otros por alegorías o de otro modo y algunos también con palabras propias. Y, ya que más adelante (II, 28), dice Celso por boca del fingido judío a los que han creído de su propio pueblo, que “las profecías referidas a Cristo pueden aplicarse también a otras cosas”, lo cual solo astuta y malignamente puede decir, vamos nosotros a exponer, de entre muchas, unas pocas, para cuya refutación diga, el que quiera, algo realmente convincente y capaz de apartar de la fe aun a los que inteligentemente creen”.

51. La profecía sobre el lugar de nacimiento

Pues ya, acerca del lugar de su nacimiento, se dice que de Belén saldría el caudillo, con estas palabras: *Y tú, Belén, casa de Efratá, no eres la más pequeña para estar entre los miles de Judá, pues de ti me saldrá el que será príncipe en Israel; y las salidas de él desde el principio, desde los días eternos* (Mi 5,1). Ahora bien, esta profecía no puede acomodarse a ninguno de los que dice el judío de Celso, a extáticos y mendicantes que dicen que vinieron del cielo, a no ser que se demuestre con toda evidencia que nacieron en Belén o, como diría otro, que salieron de Belén para ser caudillos del pueblo. Pero si, aparte de la profecía de Miqueas y la historia escrita por los discípulos de Jesús en los evangelios, se quiere otra prueba de que haya nacido Jesús en Belén, basta considerar que, en armonía con lo que en los evangelios se cuenta, en Belén se muestra la cueva³⁸ en

38 La cueva es mencionada por San Justino, testigo de excepción por ser palestino (Dial. 78,5: “se alojó en una cueva cerca de la aldea”). Cf. también *Diálogo* 70; Protoevangelium Iacobi 18ss; Eus., *Dem. ev.* III, 2,97c; VII, 2, 343b; *Vita Const.* III, 42s; Epiph., *Panarion* L I, 9, 6; Hieronym., *Epist.* 58, 3; 147, 4.

que nació y, dentro de la cueva, el pesebre en que fue reclinado envuelto en pañales. Y lo que en aquellos lugares se muestra es famoso aun entre gentes ajenas a la fe; en esta cueva, se dice, nació aquel Jesús a quien admiran y adoran los cristianos.

Yo pienso que, aun antes del nacimiento de Cristo, los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo enseñaban ya, dada la claridad y evidencia de la profecía, que el Mesías nacería en Belén. Y esta tradición se extendió incluso entre el vulgo de los judíos y así se explica lo que se escribe de Herodes, que preguntó a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo y cómo estos le contestaron que el Mesías nacería en Belén de Judea, de donde era David (Mt 2,5). Además, en el evangelio de Juan se dice que los judíos dijeron que el Mesías nacería *en Belén, de donde era David* (Jn 7,42). Pero después del advenimiento de Cristo, hubo quienes se empeñaron en destruir la idea de que se hubiera profetizado desde antiguo su nacimiento y desterraron tal doctrina de entre el pueblo. Algo similar hicieron cuando sobornaron a los soldados de la guardia del sepulcro, que lo vieron resucitar de entre los muertos y propalaban la noticia, dándoles dinero y diciendo a los que lo vieron: *Decid que, durante la noche, mientras nosotros dormíamos, lo robaron sus discípulos; y si la cosa llega a oídos del gobernador, nosotros lo persuadiremos y os libramos de todo cuidado* (Mt 28,13-14).

52. Fuerza de la educación y prejuicios

Dura cosa es la porfía y prevención que hace cerrar los ojos a la evidencia, a fin de no abandonar doctrinas con que uno se ha habituado y dan como tinte y calidad al alma. Y es de notar que con más facilidad dejará el hombre otros hábitos, por muy apegado que esté a ellos, que no los referentes a la religión. Si bien tampoco se desprenden fácilmente de lo otro quienes están hechos a ello. Así, vemos que quienes antes se han aficionado a ellas, no quieren abandonar de buena gana sus casas, ciudades y aldeas y gentes conocidas. Ahora bien, esta fue la causa por la que muchos judíos cerraran entonces los ojos a la evidencia de las profecías, de los milagros que hizo y de lo que se escribe sufrió Jesús. Y que algo así sea accidente propio de la naturaleza humana, lo verá claro quien considere cómo los que, una vez que se han formado en las tradiciones de sus padres y conciudadanos, por vergonzosas y absurdas que sean, no se pasan fácilmente a otras. Por lo menos, nadie persuadirá fácilmente a un egipcio para que desprecie lo que ha aprendido de sus padres, hasta el punto de no tener por dios a ese bruto animal y no se abstenga, aun bajo pena de

muerte, de comer las carnes del mismo (cf. III 36).

Ahora pues, si nos hemos detenido un tanto en el examen de este punto y explicado largamente lo de Belén y la profecía que a esta ciudad se refiere, creemos que hemos hecho lo necesario para defendernos de los que pudieran decirnos: Si tan claras eran las profecías sobre Jesús entre los judíos, ¿cómo es que, una vez venido, no aceptaron su enseñanza, ni se pasaron al superior género de vida que Él les mostraba? Reproche semejante no podrá hacer nadie a los que creemos en Él, pues vemos que no son despreciables las razones que abonan la fe en Jesús y que nos presentan los que saben predicarla.

53 La profecía de Jacob (Gn 49,10)

¿Será necesario aducir otra profecía que nos parece referirse claramente a Jesús? Pues expon- gamos la que fue consignada por Moisés, muchos, muchísimos años antes del advenimiento de Jesús. Dice en efecto Moisés, que, estando Jacob a punto de salir de esta vida, profetizó a cada uno de sus hijos y a Judá, entre otras cosas, le dijo: *No faltará príncipe de Judá, ni caudillo salido de su muslo hasta que vengan las cosas que le están reservadas* (Gn 49,10). Quien leyere esta profe- cía, que, en honor a la verdad, es más antigua que Moisés, pero que algún incrédulo supondría dicha por Moisés mismo, no podrá menos de admirarse de cómo pudo predecir Moisés que, siendo doce las tribus de Israel, de la tribu de Judá precisamente nacerían los reyes de los judíos y que ellos gobernarían al pueblo (de ahí que el pueblo entero se llamen judíos, por nombre de la tribu reinante). Y no dejará tampoco de admirar en segundo lugar, el que atentamente leyere la profecía, cómo, ya que dijo que de la tribu de Judá saldrían los príncipes y caudillos del pueblo, fijó también el término de su mando diciendo: *No faltará príncipe de Judá ni caudillo salido de su muslo hasta que vengan las cosas que le están reservadas y Él será la expectación de las naciones (ut supra)*. Vino en efecto, Aquel para quien estaban reservadas las cosas, el Ungido de Dios, el príncipe a quien se refieren las promesas de Dios.³⁹ Y evidentemente, solo Él, de entre todos los que le pre- cedieron y sin miedo puedo decir, de entre todos los que le siguieron, fue la expectación de las

³⁹ Cf. Justin., *Dial.* 120, 3; “Dice, en fin, en la bendición de Judá: *No faltará príncipe de Judá ni caudillo de sus muslos hasta que venga a quien está reservado. Y él será la expectación de las naciones*. Es evidente que esto no se dijo por Judá, sino por Cristo; porque nosotros, gentes de todas las naciones, no esperamos a Judá, sino a Jesús, que fue quien también sacó a vuestros padres de Egipto. Por el advenimiento de Cristo, en efecto, anunció la profecía: *Hasta que venga Aquel a quien está reservado y Él será la expectación de las naciones*. Jesús, pues, ha venido, como largamente hemos demostrado y otra vez es esperado que venga sobre las nubes. Jesús, cuyo nombre vosotros profanáis y hacéis que sea profanado por toda la tierra” (*Apol. griegos del s. II* p. 511).

naciones. Y es así que de todas las naciones han creído por Él en Dios y como dice Isaías, en su nombre han esperado los pueblos: *En su nombre, dice, esperarán los pueblos* (Is 42,4). Él fue también el que dijo a los que estaban entre cadenas —pues cierto es que cada uno está atado por las cuerdas de sus pecados (Pr 5,22)—: “Salid afuera” y a los que estaban en la ignorancia: “Venid a la luz”; pues también esto fue profetizado con estas palabras: *Te he puesto por alianza de las naciones para que restaures la tierra y heredes la herencia del desierto y digas a los que están entre cadenas: Salid afuera y a los que están entre tinieblas: Salid a la luz* (Is 49,8-9). Y hay que ver cómo, el advenimiento de Jesús se cumplió en quienes, por todo el orbe, creen con fe sencilla la otra parte de la profecía: *Y se apacentarán por todos los caminos y en todas las sendas habrá pastos* (Is 49,9).

54. La profecía del siervo paciente (Is 52s)

Pero ya que Celso, que fanfarronea saber todo lo que a la palabra divina se refiere, le echa en cara al Salvador, el “no haber sido ayudado por su Padre en la pasión ni haberse podido ayudar Él a sí mismo”, a eso hay que responder que su pasión fue de antemano profetizada, juntamente con la causa de ella, el bien que a los hombres reportarían su muerte y las heridas a que fue condenado. Predicho fue igualmente que lo conocerían los gentiles, entre los que no vivieron los profetas y que aparecería entre los hombres con figura sin gloria. He aquí el texto:

Mirad que mi siervo entenderá y será exaltado y glorificado y levantado sobremanera. Al modo que muchos quedarán atónitos sobre ti, así tu figura será sin gloria entre los hombres y de entre ellos desaparecerá tu gloria. Así muchas gentes se maravillarán sobre Él y los reyes cerrarán su boca, pues lo verán aquellos a quienes no fue anunciado y entenderán los que no oyeron. Señor, ¿quién creyó a lo que de nosotros oyera? Y el brazo del Señor, ¿a quién fue revelado? Lo hemos anunciado como un niño pequeño delante de ti, como raíz en tierra sedienta. No tiene forma ni gloria; lo vimos y no tenía forma ni hermosura. Su forma era deshonrosa y la más mísera entre los hombres. Hombre que sufre azote y sabe lo que es sufrir enfermedad, cuyo rostro está torcido; fue deshonrado y no considerado. Él carga con nuestros pecados y por nosotros soporta dolores. Y nosotros consideramos que estaba en trabajo, en azote y maltratamiento; pero fue llagado por causa de nuestros pecados y maltratado por nuestras iniquidades. La disciplina de nuestra paz pesa sobre Él y por su llaga hemos sanado nosotros. Todos nos descarriamos como ovejas, cada

uno se descarrió por su camino y el Señor lo entregó por nuestros pecados y Él, al ser maltratado, no abrió su boca. Como oveja fue llevado al matadero y como un cordero está mudo ante el que lo trasquila, así tampoco Él abrió su boca. En su humillación fue alzado su juicio: ¿Quién contará su generación? Porque su vida es arrebatada de la tierra, por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte (Is 52,13-53,1).

55. Discusión de Orígenes con los rabinos

Me acuerdo que una vez, en una discusión con los que entre los judíos se llaman sabios, me valí de estas profecías. Según el judío, esto fue profetizado sobre el pueblo entero, como si fuera un solo individuo.⁴⁰ El pueblo habría sido dispersado y azotado, a fin de que, con ocasión de la dispersión de los judíos entre muchas naciones, muchos se hicieran prosélitos y en este sentido explicaba el paso: *Tu forma será sin gloria entre los hombres; y lo otro: Lo verán aquellos a quienes no fue anunciado y lo de: Hombre que sufre azote.* Muchas cosas dije yo entonces en la discusión, para demostrar que no tenían razón de referir al pueblo entero lo que fue profetizado sobre un solo individuo. Así, les preguntaba qué persona decía: *Este carga sobre sí nuestros pecados y sufre dolores por nuestras iniquidades.* Y lo otro: *Él fue llagado por nuestros pecados y maltratado por nuestras iniquidades.* ¿Y qué persona dice: *Por su llaga hemos sanado nosotros?* Eso lo dicen, evidentemente, por boca del profeta, que lo vio de antemano y por inspiración del Espíritu Santo y son exclamaciones que serán pronunciadas por los que, enfermos antes por sus pecados, fueron sanados por la pasión del Salvador, ya sea que procedieran de aquel mismo pueblo o de la gentilidad. Pero lo que a mi parecer los puso en mayor aprieto, fue el texto que dice: *Por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte.* Porque si, como ellos dicen, el pueblo es el objeto de la profecía, ¿cómo puede decirse haber sido conducido este hombre a la muerte por las iniquidades del pueblo de Dios, de no ser distinto del pueblo de Dios? ¿Y quién es este hombre sino Jesucristo, por cuyas llagas hemos sanado los que creemos en Él? *Él, que despojó a los principados y potestades que nos dominaban y las expuso a la ignominia sobre el madero (Col 2,15).*

Ahora, declarar punto por punto la profecía y no dejar nada sin averiguar, no es tema para este momento. Ya lo dicho se ha dilatado un tanto, forzosamente, a lo que creo, por razón del texto

⁴⁰ Esta interpretación de los rabinos con quienes discutió Orígenes se ha mantenido hasta los tiempos modernos. Los argumentos con que se refuta no difieren mucho de los del maestro alejandrino (cf. *Diccionario de la Biblia* [Hender, Barcelona 1953], s. v. *siervo de Yahweh*).

alegado del judío de Celso.

56. El salmo 44

Pero a Celso y al judío que por él habla se le pasó por alto, como se les pasa a cuantos no creen en Jesús, que las profecías hablan de un doble advenimiento de Cristo: el primero, sujeto a los padecimientos humanos y humilde; en este, conviviendo Cristo con los hombres, tenía que enseñarles el camino que lleva a Dios y no dejarle a nadie de este mundo una posible excusa, en el sentido de ignorar el venidero juicio de Dios. El segundo será glorioso y solo divino, sin que a la divinidad le afecte sufrimiento humano alguno. Ahora bien, citar todas las profecías sería cosa demasiado larga. Baste de momento invocar el salmo 44, que se titula ser, entre otras cosas: “Cántico sobre el amado” y en que claramente se lo proclama Dios con estas palabras:

*Tus labios de la gracia están bañados,
así Dios te bendijo para siempre.
Pues ciñe ya tu espada, ¡oh Poderoso!,
tu prez y tu hermosura.
Con próspera ventura monta el carro,
por la fe y la justicia,
y tu diestra te enseñe claros hechos.
Tus flechas son agudas, ¡oh Potente!,
los pueblos se te rinden y, de miedo,
¡desfallecen del rey los enemigos! (v.3-6).*

Atiende cuidadosamente a lo que sigue, en que se le llama Dios:

*Y durará tu trono, ¡oh Dios!, por mil edades,
cetro justo es el cetro de tu reino.
Amas lo justo y bueno,
y aborreces lo inicuo.
Por eso te ungió Dios, el que es Dios tuyo,
con óleo de alegría, con ventaja
sobre tus pares (v.7-8).*

Y considera que, hablando el profeta con Dios, cuyo trono es por los siglos de los siglos y tiene

por cetro de su reino la vara o cetro de justicia, este Dios dice haber sido ungido por el Dios que era Dios suyo; y fue ungido porque, con ventaja sobre sus compañeros, amó la justicia y aborreció la iniquidad. Yo recuerdo haber puesto completamente en aprieto al judío reputado por sabio con este texto; no sabiendo cómo desentenderse de él, dijo por fin lo que se ajustaba a su judaísmo, a saber, que las palabras: *Y durará tu trono, ¡oh Dios!, por mil edades, cetro justo es el cetro de su reino*, se dijeron por el Dios del universo; por Cristo, en cambio, estas otras: *Amas lo justo y bueno y aborreces lo inicuo; por eso te ungió Dios, el que es Dios tuyo, etc.*

57. Filiación sin par de Jesús

El judío por cuya boca habla Celso, le dice además al Salvador: “Si dices que todo hombre que nace por disposición de la providencia divina, es hijo de Dios, ¿en qué te diferencias tú de cualquier otro?” A esto le diremos, que ciertamente todo el que, en expresión de Pablo, no se guía ya por el temor, sino que abraza el bien por el bien mismo, es un hijo de Dios; mas Jesús se diferencia mucho y muchísimo de quien quiera recibe, por razón de su virtud, nombre de hijo de Dios, pues Él es como la fuente y principio (Plat., *Phaidros* 245c; cf. IV, 44,53; VIII, 17) de los que son tales. He aquí el texto de Pablo: *Porque no habéis recibido otra vez espíritu de servidumbre para temer, sino espíritu de filiación, por el que gritamos: ¡Abba! Padre* (Rm 8,15). “Pero habrá miles”, como dice el judío de Celso, “que disputarán a Jesús afirmando, que se dijo sobre ellos lo que de Él fue profetizado”. Realmente no sabemos si Celso conoció a algunos que mientras vivieron, quisieron hacer algo semejante a Jesús, proclamándose a sí mismos hijos de Dios o poder de Dios (Hch 8,10). Mas, como quiera que estamos examinando por amor a la verdad cada punto, diremos que, antes del nacimiento de Jesús, apareció entre los judíos un tal Teudas que afirmaba de sí mismo ser hombre grande (Hch 5,36); pero, apenas murió, se dispersaron los que habían sido por él engañados. Después de este, en los días del empadronamiento, cuando ocurrió el nacimiento de Jesús, un tal Judas de Galilea arrastró tras sí a muchos del pueblo judío, dándoselas de hombre sabio y en parte revolucionario. Sin embargo, cuando también este sufrió el rigor de la justicia, se deshizo su enseñanza, que solo se mantuvo en muy pocos y hasta poquísimos (Hch 5,36-37). Después de los días de Jesús, el samaritano Dositeo quiso persuadir a sus paisanos acerca de que era él el Mesías profetizado por Moisés y al parecer atrajo a algunos a su predicación. Mas no será irracional alegar aquí el dicho de aquel Gamaliel, de quien se escribe en los Hechos de los Apóstoles,

para mostrar que todos esos fueron ajenos a la promesa y no son ni hijos de Dios ni poderes del mismo. Jesucristo, en cambio, fue verdaderamente Hijo de Dios. Dijo, pues, allí Gamaliel: *Si este consejo o esta doctrina es de los hombres, él mismo se deshará, como se deshicieron los planes de todos aquéllos una vez que murieron; pero si es de Dios, no podréis acabar la doctrina de este y debéis temer, no parezca hacéis la guerra a Dios* (Hch 5,38-39).

También el samaritano Simón el Mago, quiso engatusar a algunos con su magia y entonces, efectivamente, los engañó; pero ahora no creo se pueda hallar en todo el orbe una treintena de simonianos y acaso me exceda en el número. En Palestina son escasísimos y en el resto de la tierra, por donde Simón quiso esparcir su gloria no se le conoce ni de nombre. Entre quienes aún lo pronuncian, lo toman de los Hechos de los Apóstoles y son cristianos quienes hablan de él. En fin, la evidencia misma ha demostrado que nada divino había en Simón.

58. Magos y caldeos

Luego, el judío de Celso, en lugar de los magos de que habla el Evangelio (Mt 2,1ss), dice que unos caldeos, “según relato de Jesús mismo, se habrían puesto en camino, cuando él naciera y vinieron a adorarlo como a Dios, siendo aún infante y se lo comunicaron al tetrarca Herodes.⁴¹ Este habría mandado gentes para que mataran a cuantos habían nacido por el mismo tiempo, pensando envolver a este en la general matanza; no fuera que, a su debido tiempo, se alzara por rey”.

Se debe ver en todo esto el disparate de no distinguir entre magos y caldeos y no haber visto la diferencia de sus profesiones, falseando así la escritura evangélica. Tampoco me da la razón para saber, por qué se calló Celso el hecho que movió a los magos a ponerse en camino y no dijo que fue por la estrella que vieron en Oriente, según está escrito (Mt 2,2).⁴² Veamos, pues, qué haya de responderse a todo esto.

Yo creo que la estrella vista en Oriente fue nueva⁴³ y no se parecía a ninguna de las ordinarias, ni a las esferas fijas ni a las de las esferas inferiores. Por su especie, hubo de ser semejante a los cometas que aparecen de cuando en cuando, o a los meteoros, o a las estrellas con barba o en forma de tonel, o como gusten los griegos de llamar a sus diferentes especies. Y voy a demostrar mi

41 Celso confunde al tetrarca Herodes (Lc 3,1) con Herodes el Grande, padre suyo (Mt 2,1-3).

42 Celso, sin embargo, conocía el texto evangélico sobre la aparición de la estrella, como lo afirma el mismo Orígenes (I, 34).

43 Sobre la novedad de la estrella hablaron mucho el mismo Orígenes *Comm. in Ioann.* 1, 26 (24); Clem. Alex., *Except. Theod.* LXXIV 2; Ignat., *Ad Eph.* 19; Juan Crisóst., *Hom. in Matth.* 6, 2 (ed. BAC [1955] p. 106).

opinión de la siguiente manera.

59. La superstición astral

Se ha observado que, en los grandes acontecimientos, en los trastornos mayores de la tierra, nacen estrellas semejantes que anuncian cambios de dinastías, guerras o cuanto puede acaecer entre los hombres, capaz de sacudir las cosas de la tierra. Sin embargo, en el libro del estoico Queremón *Sobre los cometas*, hemos leído que se han dado de algún modo, casos en que los cometas aparecieron también como buen augurio para el futuro y él cuenta algunos de esos casos.⁴⁴ Ahora bien, si al advenir nuevas dinastías o en otras grandes calamidades aparece un llamado cometa u otra estrella semejante, ¿qué tendrá de sorprendente que apareciera una estrella, al nacer Aquel que tamaña novedad venía a traer al género humano e introducir su doctrina no solo entre los judíos, sino también entre los griegos y muchos pueblos bárbaros? Yo diría que de ningún cometa existe profecía, sobre que hubiera de aparecer al advenir este o el otro reino o por este o el otro tiempo; pero del que se levantó al nacer Jesús, profetizó antaño Balaán, según escribió Moisés: De Jacob nacerá una estrella y un hombre se levantará de Israel (Nm 24,17).

Pero si fuera necesario examinar despacio lo que se escribe sobre los magos y la estrella que vieron al nacer Jesús, diríamos lo que sigue, en parte para los griegos; y en parte distinta, para los judíos.

60. Falló a los magos su magia

Digo pues a los griegos, que los magos son gentes que tienen trato con los demonios y los invocan para lo que ellos saben y quieren. Y logran sus efectos mientras no aparece o se pronuncia algo más divino y fuerte que los demonios y el encanto que los evoca; pero, si se produce una aparición más divina, caen por tierra las energías demoníacas, que no pueden resistir a la luz de la divinidad. Ahora bien, es verosímil que también al nacer Jesús, cuando la muchedumbre del ejército celeste (según escribió Lucas y yo lo creo) alabó a Dios diciendo: *Gloría a Dios en lo más*

⁴⁴ Queremón fue tutor o preceptor de Nerón y justamente el año 60 apareció un cometa que suscitó claras esperanzas sobre la muerte de Nerón. Séneca (*Quaest. nat.* VII, 17, 2) dice de él: “qui sub Nerone Caesare apparuit et cometis detrahit infamiam” (cf. *ibid.*, VII, 21, 3: “quem [cometam] nos Neronis principatu laetissimo videmus”). Se ha notado que mientras Tácito y Suetonio miran a este cometa como mal signo, Séneca y Queremón halagan evidentemente a Nerón (Chadwick, a. 1).

alto y en la tierra paz, complacencia entre los hombres (Lv 2,13-14), los demonios, una vez descubierta su embuste y destruida su energía, perdieran por ello todo su vigor y quedaran debilitados. Y fueron derribados, no solo por los ángeles que acudieron a la región de la tierra por razón del nacimiento de Jesús, sino también por la fuerza de Jesús mismo y la divinidad que moraba en Él. Los magos, pues, al querer continuar sus prácticas habituales que antes ejecutaban por medio de encantamientos y hechizos, como no lo lograran, se dieron a inquirir la causa, que conjeturaban había de ser grande; y como vieran un signo divino en el cielo, quisieron saber su sentido. Ahora bien, me parece a mí que los magos hubieron de poseer la profecía de Balaán que consignara Moisés, maestro al cabo, en materia mágica y en ellas encontraron lo de la estrella y lo otro: *Lo veré, pero no ahora; lo tengo por feliz, pero no se acercará* (Nm 24,17).⁴⁵ De ahí conjeturaron que había venido ya al mundo el hombre profetizado por la estrella y juzgando de antemano que era superior a todos los demonios, que a ellos se les solían aparecer y obrar entre ellos, se decidieron a irlo a adorar. Vinieron pues a Judea, persuadidos como estaban de que había nacido un rey y sabiendo el lugar donde había nacido, pero ignorando el reino sobre que reinaría. Y trajeron sus dones, que convenían, si cabe decirlo así, a alguien compuesto, al mismo tiempo, de Dios y de hombre mortal y una vez conocido el lugar de su nacimiento, se los ofrecieron como símbolos: el oro como a rey, la mirra como a quien había de morir y el incienso como a Dios. Mas como el Salvador del género humano, que es superior a los ángeles, ayudadores de los hombres, era Dios verdadero, un ángel premió la piedad de los magos en adorar a Jesús, avisándoles por un oráculo *que no volvieran a Herodes, sino que se marcharan a su patria por otro camino* (Mt 2,12).

61. La realeza de Jesús

Ahora bien, que Herodes atentara contra la vida del recién nacido, aunque el judío de Celso no crea que haya sucedido tal cosa, nada tiene de sorprendente. Porque la maldad es cosa ciega, e imaginándose ser más fuerte que el destino, trata de vencerlo, que es puntualmente lo que le pasó a Herodes: creyó que había nacido un rey de los judíos y tomó una resolución en discordancia con esa creencia. Y es que no vio este dilema: o el recién nacido era absolutamente un rey y por tanto reinaría, o no había de reinar y entonces era vano matarlo (cf. II, 11). Determinó pues, quitarle la

⁴⁵ Cf. Origen., *Hom. in Num.* XIII, 7: "Haec scripta habebant magi apud semetipsos et ideo, quando natus est Iesus, agnoverunt stellam et intellexerunt adimpleri prophetiam".

vida, llevado por ideas en pugna que le inspiraba su maldad y movido por el diablo, ciego y maligno, que, desde el principio, acechaba al Salvador, por imaginar que era y sería hombre grande. Ahora bien, aunque Celso no le crédito al hecho, lo cierto fue que un ángel, que observaba el curso de los acontecimientos, avisó a José que huyera con el niño y su madre a Egipto y Herodes mandó luego matar a todos los niños pequeños de Belén y sus contornos, con la idea de envolver en la matanza al recién nacido rey de los judíos. Es que no veía aquella fuerza, siempre vigilante, que custodia a los que merecen ser custodiados y guardados para la salud de los hombres (cf. VIII, 27-34). Y el primero de todos, superior en todo honor y excelencia era Jesús, futuro rey ciertamente, aunque no a la manera que se imaginaba Herodes, sino como convenía que diera Dios un reino para bien de sus vasallos, a un rey que no les haría, como si dijéramos, beneficios corrientes e indiferentes, sino que los educaría y conduciría con leyes verdaderamente de Dios. Eso lo sabía Jesús puntualmente y así, negando ser rey de la manera que la gente se imagina, pero enseñando al mismo tiempo la excelencia de su propio reino, dice: *Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores hubieran luchado para que no fuera entregado a los judíos; pero la verdad es que mi reino no es de este mundo* (Jn 18,36).

Si algo de esto hubiera comprendido Celso no hubiera dicho: “Si esto hizo Herodes por miedo a que, crecido, reinaras en su lugar, ¿por qué, una vez que creciste, no fuiste rey, sino que, todo un hijo de Dios, anduviste mendigando ignominiosamente, escondiéndote de miedo y consumiéndote de acá para allá?” Pero no es ignominioso sortear prudentemente los peligros y no arrojarse ciegamente a ellos (cf. VII, 44); no por miedo a la muerte, sino para que fuera útil para los demás y bien para todos, el haber venido al mundo. Ya llegaría el momento oportuno en que, quien había asumido la naturaleza de hombre sufriera muerte de hombre para bien de los hombres. Cosa desde todo punto de vista patente, para quien considere que Jesús murió por los hombres. Sobre ello, según nuestras fuerzas, hemos hablado anteriormente (cf. I, 54. 55).

62. Sobre los apóstoles de Jesús

Después de esto, ignorando hasta el número de los apóstoles, dice que “juntando Jesús en torno suyo a diez u once hombres de mala fama, cobradores de impuestos y marinos (cf. II, 46) de vidas hechas trizas, anduvo con ellos errante de acá para allá, mendigando mísera e importunamente para comer”. Vamos a discutir, en lo posible, también estos puntos. Es notorio para quien quiera

que lea los evangelios —que Celso no parece haber siquiera abierto—, que Jesús se escogió doce apóstoles, de entre los cuales Mateo fue cobrador de impuestos. Los que él, confusamente, llama marinos, acaso sean Santiago y Juan, que dejando la barca y a su padre Zebedeo, siguieron a Jesús (Mt 4,22); pues a Pedro y a su hermano Andrés, que se ganaban con la red el necesario sustento, hay que contarlos, conforme al texto mismo de la Escritura (Mt 4,18), no entre los marinos, sino entre los pescadores. Admitamos que también Leví, cobrador de impuestos, siguiera a Jesús; pero no era del número de sus apóstoles, si no según una copia del evangelio de Marcos. De los demás, no sabemos con qué trabajo o profesión se ganaban la vida antes de entrar en la escuela de Jesús.

Respondo pues a todo, que a quien quiera que examine discreta e inteligentemente la historia de los apóstoles de Jesús, ha de resultarle patente que predicaron el cristianismo con virtud divina y por ella lograron atraer a los hombres a la palabra de Dios. Y es así que, lo que en ellos subyugaba a los oyentes, no era la elocuencia al hablar ni el orden del discurso, de acuerdo con las artes de la dialéctica y retórica de los griegos. Y me parece a mí que, si Jesús se hubiera escogido hombres sabios, según los supone el vulgo, diestros en pensar y hablar al sabor de las muchedumbres y de ellos se hubiera valido como ministros de su predicación, se hubiera con toda razón sospechado de Él, pues hubiera empleado el mismo método de los filósofos, cabezas de cualquier secta o escuela (cf. III, 39). En tal caso, ya no aparecería patente la afirmación de que su palabra es divina, pues palabra y predicación consistirían, en la persuasión que pueda producir la sabiduría en el hablar y la elegancia de estilo. La fe en Él, a la manera de la fe de los filósofos de este mundo en sus dogmas, se hubiera apoyado en la sabiduría de hombres y no en el poder de Dios (1 Co 2,5). Ahora, sin embargo, quien contemple a unos pescadores y cobradores de impuestos, que no habían aprendido ni las primeras letras, tal como nos los describe el Evangelio —y Celso cree de buena gana que dice la verdad al presentárnoslos como gentes ignorantes—, no solo hablando animosamente con los judíos sobre la fe en Jesús, sino predicándolo también —y con éxito— entre los otros pueblos, ¿cómo no inquirir de dónde les viniera la fuerza persuasiva? Porque no era ciertamente la que cree el vulgo. ¿Cómo no decir que, por cierta virtud divina, hizo Jesús realidad en sus apóstoles lo que un día les dijera: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres?* (Mt 4,19). Esta virtud encarece Pablo (como arriba dijimos) diciendo: *Y mi palabra y mi predicación no consiste en discursos elocuentes de sabiduría humana, sino en demostración de espíritu y fuerza, a fin de que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios* (1 Co

2,4). Y es así que, según lo dicho en los profetas que de antemano anunciaron la predicación del Evangelio, *el Señor dio palabra a los que dan la buena nueva con gran fuerza, el rey de las potencias del amado* (Sal 67,12), para que se cumpliera la otra profecía que dice: *Con celeridad correrá su palabra* (Sal 147,15). Y vemos de hecho, cómo el sonido de los apóstoles de Jesús *ha llegado a toda la tierra y hasta el cabo del orbe sus palabras* (Sal 18,5; Rm 10,18). Es por esto que quienes oyen una doctrina predicada con fuerza, se llenan a su vez de fuerza, que ellos demuestran luego con su espíritu y su vida y por su ánimo para luchar por la verdad hasta la muerte; si bien hay algunos que, por más que profesen creer en Dios por medio de Jesús, están totalmente vacíos. Son los que no poseen la virtud divina, pues solo en apariencia han abrazado la palabra de Dios. Arriba (I, 43) he recordado un dicho de nuestro Salvador que consta en el Evangelio; mas no por eso dejaré de citarlo también aquí oportunamente, para demostrar no solo la presciencia, puesta de manifiesto de la manera más divina, de nuestro Salvador respecto de la predicación del Evangelio, sino también la fuerza de su palabra, que, sin maestros, por una persuasión de poder divino, se apodera de los creyentes. Dice pues Jesús: *La mies es mucha, pero los obreros pocos; pedid, pues, al amo de la mies que mande obreros a su mies* (Mt 9,37).

63. Los apóstoles, ¿hombres pecadores?

Dijo Celso que los apóstoles de Jesús fueron “hombres infames”, a los que llama “cobradores de impuestos y marinos, padrones de ignominia”. Digamos a esto, primeramente, que según parece, para acusar nuestra doctrina, Celso cree lo que le conviene de lo que está escrito; pero niega crédito a los evangelios, para no tener que aceptar la divinidad que tan claramente afirmada aparece en los mismos libros. Lo natural fuera reconocer el amor a la verdad de los escritores, por el hecho mismo de consignar lo desfavorable y creerlos cuando hablan de cosas más divinas.

Es cierto, pues, que en la carta general de Bernabé (5, 9),⁴⁶ de donde acaso tomó Celso la noticia de que los apóstoles fueron unos infames y padrones de maldad, se dice que Jesús se escogió a sus apóstoles, que eran inicuos sobre toda iniquidad. Y en el evangelio de Lucas (5,8) le dice

⁴⁶ Se trata de la llamada *Epistola Barnabae* (cf. mis *Padres Apostólicos* (BAC, 1950, reimpr. 1962) p. 771ss). La suposición de Orígenes de que la conociera Celso es difícil de aceptar. Como quiera, he aquí el extraño del pasaje: “Y cuando se escogió a sus propios apóstoles, los que habían de predicar su Evangelio, hombres ellos injustos respecto a la ley sobre todo pecado —a fin de mostrar que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores—, entonces fue cuando puso de manifiesto que era Hijo de Dios”.

Pedro a Jesús: *Apártate de mí, porque soy un pecador, Señor.* Y el mismo Pablo, que posteriormente vino a ser apóstol de Jesús, dice en la carta a Timoteo (1,5): *Palabra digna de crédito, que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero.*

Yo no sé por qué se olvidó Celso de decir algo de Pablo, que después de Jesús, fundó las iglesias cristianas. Acaso no le pasó por su mente. Lo probable es viera, que de mencionar a Pablo, tendría que explicar cómo, después de perseguir a la Iglesia de Dios y combatir cruelmente a los creyentes, hasta el punto de querer entregar a la muerte a los discípulos de Jesús, sufrió un cambio tan radical, que de Jerusalén al Ilírico, lo llenó todo del Evangelio de Jesús, teniendo incluso el honor, no llevar la buena nueva donde ya se hubiera puesto ajeno fundamento, sino donde no se hubiera en absoluto predicado el Evangelio de Dios en Cristo (Rm 15,19-20).

En conclusión, ¿qué tiene de extraño que quisiera mostrar Jesús al género humano, cuán grande sea su virtud para curar las almas y se escogiera a “esos infames y padrones de maldad”, levantándolos luego a tal virtud, que fueran modelo de la conducta más pura para quienes abrazaban, por su predicación, el Evangelio de Cristo?

64. Jesús no santificó solo a los apóstoles

Mas si hemos de vituperar por su vida pasada a los que se han convertido a una vida mejor, hora será de que acusemos a Fedón aun después de consagrarse a la filosofía, pues, según cuenta la historia (Diog. Laert., II, 105), Sócrates lo sacó de una casa de mala fama a la profesión filosófica. Y achacaremos también a la filosofía la disolución de Polemón (Diog. Laert., IV 16), que fue sucesor de Jenócrates. Lo natural fuera alabar también aquí la fuerza de ella, pues pudo su doctrina arrancar a los que la creyeron de tamaños males como antes los dominaran. Ahora bien, entre los griegos, solo hubo un Fedón (por lo menos yo no sé si existió otro) y solo un Polemón, que abandonando una vida de disolución y maldad extrema, se consagraron a la filosofía; pero respecto de Jesús, no fueron solo aquellos doce, sino muchos más —y siempre más— los que formando un coro de hombres moderados, dicen acerca de su vida pasada: *Porque también nosotros fuimos un día insensatos, desobedientes, extraviados, esclavos de concupiscencias y placeres varios, que pasábamos la vida en envidia y maldad, hombres aborrecibles, que nos odiábamos unos a otros. Mas cuando apareció la bondad y humanidad de Dios, salvador nuestro, por el lavatorio de la regeneración y de la renovación, obra del Espíritu que derramó copiosamente sobre nosotros* (Tt

3,3-6), vinimos a ser lo que somos. *Porque envió Dios su Verbo y los sanó y los libró de todas sus corrupciones* (Sal 107,20), como enseñó el profeta de los salmos.

Y aún pudiera añadir a lo dicho, que Crisipo en su libro *Sobre la cura de las pasiones*, en cuanto a reprimir las pasiones que aquejan a las almas de los hombres, sin tener en cuenta cuál sea la doctrina de la verdad, trata de curar a los que están dominados por ellas de acuerdo con las diferentes escuelas: “Si el placer es el bien sumo, así han de curarse las pasiones. Mas si hay tres géneros de bienes, no menos han de librarse de sus pasiones, de acuerdo con esta doctrina, los que están dominados por ellas” (cf. VIII, 51). Pero los acusadores del cristianismo, no se detienen a considerar la muchedumbre de pasiones y el torrente de maldad de que libra y en cuántos suaviza, por su doctrina, las costumbres salvajes. Los que tanto alardean de su sentido social, debieran darle gracias de que, por un método nuevo, saca a los hombres de muchos males y atestiguar que en caso de que no traiga la verdad al género humano, le trae ciertamente utilidad.

65. Un recuerdo aristotélico

Enseñó Jesús a sus discípulos que no fueran temerarios, diciéndoles: *Si os persiguen en una ciudad, huid a otra; y si también en esta os persiguen, a otra* (Mt 10,23). Y al tiempo que lo enseñaba, Él mismo se les ofreció como ejemplo de vida serena, no abalanzándose a los peligros a ciegas, intempestiva e irrazonablemente. Pero Celso, malignamente le echa también esto en cara y por boca de su judío le dice a Jesús: “Ibas escapándote de acá para allá con tus discípulos”. Sin embargo, algo semejante a lo que aquí se reprocha a Jesús y a sus discípulos, es lo que se cuenta de Aristóteles. Y fue así que este, viendo que iba a juntarse un tribunal para condenarlo por impío, a causa de ciertos puntos de su filosofía, que los atenienses tenían por impíos, se retiró de Atenas y abrió una escuela en Calcis, dando esta razón a sus discípulos: “Marchémonos de Atenas, para no dar a los atenienses ocasión de cometer un segundo crimen, como el que cometieron con Sócrates y pequen por segunda vez contra la filosofía” (Aelian., *Var. hist.* 3, 36; Diog. Laert., 5, 5-6 *alii*).

Dice, además, que “Jesús anduvo errante con sus discípulos, mendigando vergonzosamente e importunamente su comida”. Díganos de dónde toma esa noticia, de semejante mendiguez vergonzosa e importuna; pues según los evangelios, eran mujeres curadas por Él de sus enfermedades, entre las que estaba Susana (Lc 8,3), las que proveían de sus bienes a los apóstoles. Pero hablando

en general, ¿qué filósofo, consagrado al provecho de sus discípulos, no recibió de ellos lo necesario para la vida? A no ser que digamos que los filósofos hicieron eso decente y hermosamente; pero cuando lo hacen los discípulos de Jesús, ahí está Celso para acusarlos de que mendigan vergonzosa e importunamente la comida.

66. Jesús, ser compuesto

Seguidamente le dice el judío de Celso a Jesús: “¿Qué necesidad había de que infante aún, te llevaran a Egipto para que no fueras degollado? ¡No había razón para que un dios temiera a la muerte! Y tuvo que venir un ángel del cielo para mandarte huir a ti y a los tuyos, no fuera que, detenidos, perecierais. ¿Es que no podía guardarte allí mismo aquel gran Dios, que por causa tuya había enviado ya dos ángeles a ti, digo, su propio hijo?”

En todo esto da a entender Celso, que nada divino había en el cuerpo humano ni en el alma de Jesús, sino que también su cuerpo habría sido algo así, como lo que inventan los mitos de Homero. Por lo menos, burlándose de la sangre de Jesús derramada en la cruz, dice que no fue el *icor*, “la sola sangre que a los dioses felices correr suele” (*Ilíada* 5, 340; cf. *infra* II, 36). Pero nosotros creemos a Jesús, cuando hablando de su divinidad dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6) y afirmaciones suyas semejantes. Y también cuando dice que tenía cuerpo humano: *Mas ahora buscáis cómo matarme, cuando yo os he dicho la verdad* (Jn 8,40). De donde concluimos que fue una cosa compuesta. Y era necesario que quien quería vivir como hombre entre los hombres, no se precipitara intempestivamente al peligro de la muerte. Y así convenía que fuera llevado por los que lo criaban, dirigidos a su vez por un ángel de Dios, que dio primeramente este oráculo: *José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, pues lo que ha nacido en ella procede del Espíritu Santo* (Mt 1,20); y luego este otro: *Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te diga, pues Herodes va a buscar al niño para acabar con él* (Mt 2,13).

Pero en todo esto no me parece a mí que se escriba nada particularmente extraño. Efectivamente, en uno y otro pasaje de la Escritura, se dice que eso lo dijo el ángel a José en sueños; y que a alguien se le manifieste en sueños, que haga esto o lo otro, es cosa que le ocurre a muchos, ya sea por un ángel, o por cualquier otro ser que se aparece al alma. ¿Qué tiene pues de absurdo, que una vez que se encarnara, se portara como humano en cuanto a evitar los peligros? No porque no

fuera posible realizarse de otro modo, sino porque era necesario que, para salvar a Jesús, se ensayara toda ruta y orden que fuera posible. Y en verdad, mejor fue que el niño Jesús eludiera la conjura de Herodes y huyera a Egipto con quienes lo criaban, hasta la muerte de su perseguidor y no que la Providencia que velaba por Él, le quitara a Herodes la libertad y deseo de matar al niño, o ponerle a Jesús el que los poetas llaman “yelmo de Hades” (*Ilíada* 5, 845) o cosa por el estilo, o herir de ceguera, al modo de los habitantes de Sodoma (Gn 19, 11), a los que vinieran a quitarle la vida. Una protección desde todo punto milagrosa y demasiado ostentosa, no convenía a quien quería enseñar, como hombre respaldado por Dios, que había en Él algo más divino que lo que aparecía en su cuerpo humano. Es decir, ser propiamente hijo de Dios, Logos de Dios, fuerza de Dios y sabiduría de Dios, *el llamado Cristo o Mesías*.

Por lo demás, no es este el momento de explicar lo que atañe a la composición, ni de qué elementos se compusiera Jesús hecho hombre, pues este es tema familiar, como si dijéramos, de los que creen en Él.

67. Minucia de las figuras mitológicas

Luego el juicio de Celso, como si fuera un griego erudito, muy en consonancia con la mitología dice así: “Los antiguos mitos atribuyeron origen divino a Perseo y Afión, a Eaco y a Minos y no los creemos; sin embargo, mostraron obras grandes y maravillosas y, a decir verdad, más que de hombres, para que no parecieran indignos de fe. Pero tú, ¿qué has hecho de bello y admirable por obra o por palabra? Nada nos mostraste a nosotros, a pesar de que en el templo te provocamos a que nos presentaras una prueba patente de que eras el hijo de Dios” (cf. Jn 10,24).

A esto hay que decir lo siguiente: Muéstrannos los griegos algo provechoso para la vida, que llevara a cabo alguno de la lista de Celso; alguna obra, digo, brillante y que pasara a las generaciones posteriores, con que pudieran abonar el mito que les atribuye alcurnia divina. Pero no nos ofrecerán nada de esos hombres enumerados por Celso, que pueda remotamente compararse con lo que hizo Jesús; a no ser que, por lo visto, nos remitan los griegos a los mitos y cuentos que corren entre ellos y quieran que los creamos sin razón alguna y a las obras de Jesús, después de tanta evidencia, les neguemos toda fe. Ahora bien, nosotros afirmamos que toda la tierra habitada por hombres conoce la obra de Jesús, donde quiera que sea que viven como forasteras las iglesias de Dios, obra de Jesús, compuestas de hombres que, saliendo de males sin cuento, se pasaron a

ellas. Y aun ahora, el nombre de Jesús libra a los hombres de las perturbaciones del espíritu, expulsa a los demonios y cura las enfermedades; y en quienes han aceptado sinceramente la doctrina acerca de Dios y de Cristo y del juicio venidero, no ficticiamente movidos por necesidades de la vida u otras miras humanas,⁴⁷ infunde una maravillosa mansedumbre y equilibrio de carácter, humanidad, bondad y dulzura.

68. Otra vez el tema de la magia

Seguidamente, sospechando Celso que se le alegrarían las grandes cosas hechas por Jesús, de las que, siendo muchas, solo de unas pocas hemos hablado, aparenta conceder que sea verdad lo que se cuenta, “de curaciones, de alguna resurrección, o de unos pocos panes con que se alimentó toda una muchedumbre y aún sobró mucho, o cuanto, según él piensa, escriben de prodigios fantásticos sus discípulos”; pero añade a todo esto: “demos como válido, aunque no haya certeza, que tú hicieras todo eso”. E inmediatamente identifica las obras de Jesús con las de los hechiceros, que según él, “prometen cosas aún más maravillosas y con las que realizan lo que han aprendido en Egipto; gentes que en las públicas plazas venden⁴⁸ por unos óbolos tan venerables enseñanzas, arrojan de los hombres a los demonios, extraen enfermedades y evocan las almas de los héroes, ponen ante los ojos banquetes espléndidos, mesas, pasteles y platos que no existen, mueven como si fueran animales cosas que no lo son, sino que aparecen tales en la fantasía”. Y concluye: “¿Acaso porque esas gentes hacen todo eso habremos de pensar nosotros que son hijos de Dios? ¿O habrá que decir más bien, que todo eso son ocupaciones de hombres malvados y miserables?”

Por estas palabras se ve que Celso admite la posibilidad de la magia y no sé si fue él mismo el que escribió muchos libros contra ella.⁴⁹ Sin embargo, como vio que era útil para su propósito, compara lo que se cuenta de Jesús con lo que procede de la magia. Y fueran cosas comparables, si se demostrara que Jesús llegó a cosas semejantes a las de quienes practican la magia; pero la verdad es que ningún hechicero invita a sus espectadores, por lo que hace, a que mejoren su vida, ni educa

47 Cf. Lucían., *De morte Peregrini* 12s. En mis *Apologistas griegos del siglo II* (p. 44s) resumo esa obra de Luciano y alego los textos esenciales sobre los cristianos. Peregrino es el mejor ejemplo de aquellos que, con palabra inolvidable, llamó la vieja *Didaché* χριστέμποροι “negociantes” o “traficantes de Cristo” (*Did.* 12, 5). El didaquista añade: “Estad alerta contra los tales”. El aviso no huelga en nuestros tiempos.

48 Un cuadro animado de prácticas de magia lo ofrece Luciano en su *Philopseudés*. Huelga decir que el somosatense la pone en la picota de su implacable sátira. Cf. también Apul., *Metam.* 1, 4; Máximo de Tiro, XIII 3c (Hobein 160, 19), habla de algunos que, en su concepción de los oráculos, se asemejan a gentes que “por dos óbolos los emiten al primero que viene” (citado por Chadwick). Sobre Orígenes y la magia, cf. Bardy. *Rev. prat. d'Apol.* 19 (1928) 127-142; Hier., *Epist.* 9 1,2; Focio, *Bibl.* cód. 117.

49 Nueva prueba de que Orígenes sabía de Celso tan poco como nosotros. Cf. Chadwick, *Introd.* p. XXIV,

en el temor de Dios a los que contemplan embaucados sus artificios, ni trata de persuadirlos que vivan con la idea de que han de ser juzgados por Dios. Y nada de esto hacen los encantadores, puesto que ni pueden ni quieren, pues no van a tener ganas de romperse la cabeza porque los hombres se mejoren, cuando ellos mismos están llenos de los pecados más vergonzosos e infames. Pero por los milagros que hacía, Jesús llevaba a los que contemplaban aquel hermoso espectáculo, a que mejorasen sus costumbres. ¿Cómo no pensar entonces que se ofrecía a sí mismo como ejemplo de la vida más santa, no solo ante sus auténticos discípulos, sino también ante todos los otros? Ante sus discípulos para moverlos a enseñar a los hombres conforme a la voluntad de Dios; ante los otros, para que, enseñados, igualmente,⁵⁰ por la doctrina, vida y milagros cómo habían de vivir, todo lo hicieran con intención de agradar al Dios sumo. Ahora bien, si tal fue la vida de Jesús, ¿con qué razón puede compararlo nadie con la profesión de un hechicero? ¿No es más razonable tenerlo por Dios, que, según la promesa de Dios, apareció en cuerpo humano para beneficio de nuestro linaje?

69. Jesús tuvo cuerpo humano, sin pecado

Luego, revolviéndolo todo y achacando como culpa común a todos los que profesan la palabra divina, lo que dice alguna secta particular, dice Celso: “Un cuerpo de Dios no hubiera sido como el tuyo”. Contra esto decimos nosotros que Jesús asumió, al venir al mundo, un cuerpo humano y sujeto a la muerte humana, como era natural lo recibiera de una mujer. Por eso, entre otras cosas, afirmamos que fue un gran atleta, por razón de su cuerpo humano, *que probado fue en todo a semejanza de los otros hombres; pero no a la manera de los otros cuerpos, con pecado, sino de todo en todo sin pecado* (Hb 4,15). Y es así que para nosotros es evidente que Jesús *no cometió pecado, ni se halló dolo en su boca* (1 P 2,22; Is 53,9); *mas al que no conoció pecado* (2 Co 5,21), Dios lo entregó como víctima pura por todos los que habían pecado.

Luego dice Celso: “Un cuerpo de Dios no hubiera sido engendrado, como tú Jesús fuiste engendrado”. Con lo que daba a entender, que de haber sido concebido como cuenta la Escritura, pudiera en cierto modo su cuerpo ser más divino que el de los demás y en cierto sentido, cuerpo de Dios. Pero Celso no da crédito a lo que está escrito acerca de la concepción de Jesús por obra

50 Yo he traducido la frase *ad sensum*. Literalmente sería: “no enseñados más por la doctrina y la vida que por los milagros...”

del Espíritu Santo y cree que fue engendrado por un tal Pantira que corrompió a la Virgen. De ahí su dicho: “El cuerpo de Dios no podía ser engendrado como lo fue el tuyo”. Pero sobre este punto hemos dicho bastante anteriormente (I, 32).

70. Jesús comió y bebió

Prosigue diciendo Celso: “Tampoco come cosas semejantes el cuerpo de un Dios” (cf. VII, 13). ¡Como si pudiera demostrar por los escritos evangélicos que comió y qué cosas comió! Pero, en fin, sea así. Diga que comió la pascua con sus discípulos y que no solo dijo: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros* (Lc 22,15), sino que, efectivamente, la comió. Diga también que, sediento, bebió junto al pozo de Jacob (Jn 4,6). ¿Qué tendrá que ver todo esto con lo que nosotros decimos sobre el cuerpo de Jesús? Claro aparece también que comió de un pez después de la resurrección (Jn 21,13). Y es así que, según nosotros, asumió un cuerpo, por haber nacido de una mujer (Ga 4,4).

“Pero tampoco, dice, emplea un cuerpo de Dios voz como la tuya, ni semejante modo de persuadir”. Pero también esto es una objeción vil y desde todo punto de vista despreciable, pues se le dirá que también Apolo Pitio, que es creído dios entre los griegos, emplea voz semejante cuando da sus oráculos por boca de la Pitia, o el Didimeo, por la profetisa de Mileto; y no por eso acusan los griegos a Apolo Pitio o al Didimeo de no ser dios, como no acusan a ningún otro dios griego por el estilo asentado en un lugar fijo. Y mucho mejor fue que Dios se valiera de una voz, que, por pronunciarse con poder, producía en los oyentes una persuasión inefable.

71. Dios no aborrece a nadie

Luego este hombre, que por su impiedad y perversas doctrinas es como si dijéramos, aborrecido de Dios, insulta a Jesús diciendo, que “todo es cosa de algún hechicero aborrecido de Dios y malvado”. Pero, a decir verdad, si se examinan con rigor las palabras y las cosas, se verá que es imposible que exista un hombre aborrecido por Dios, pues *Dios ama todo lo que existe y no aborrecida nada de cuanto hizo, pues nada creó por odio* (Sb 11,24). Y si hay expresiones proféticas que dicen algo diferente, han de interpretarse por el principio general, de que la Escritura habla de Dios como si estuviera sujeto a pasiones humanas. Pero, ¿por qué andar defendiéndonos de quien piensa que debe echar mano, en discursos que pretende sean convincentes, de blasfemias e insultos,

hablando de Jesús como si fuera un hechicero malvado? No es este el proceder de quien quiere demostrar, sino de quien se deja llevar de una pasión vulgar e indigna de un filósofo. Su deber fuera más bien proponer su tema, examinarlo inteligentemente y según sus fuerzas, decir lo que se le ocurriera sobre el mismo.

Sin embargo, como ocurre que el juicio de Celso termina aquí su arenga contra Jesús, también nosotros pondremos aquí punto final al primer libro que contra él escribimos. Y si Dios nos hiciera merced de aquella verdad que destruye los discursos embusteros, según la oración que dice; *Por tu verdad destrúyelos* (Sal 53,7), atacaremos seguidamente la segunda presunción, en que introduce al juicio hablando contra los que han creído en Jesús. Es como sigue.

LIBRO SEGUNDO

1. El judío habla a los judíos

Habiendo puesto fin al libro primero, pues había adquirido ya volumen suficiente, en el que respondimos al que Celso tituló *Doctrina verdadera*, en la parte en donde el fingido judío no cesa de hablar con Jesús, determinamos componer este otro, en que respondemos a las acusaciones que dirige contra los que, del pueblo judío, han creído en Jesús. Y lo primero que le oponemos es, por qué, ya que juzgó oportuno introducir un personaje ficticio, no hizo hablar Celso al judío contra los creyentes de la gentilidad, sino contra los venidos del judaísmo, pues ya que su razonamiento va dirigido contra nosotros, hubiera parecido que tendría así mayor probabilidad. Pero es de temer que ese hombre que presume saberlo todo, no supiera lo que conviene atribuir a una persona ficticia. Como quiera que sea, consideremos qué es lo que dice contra los que creen de entre los judíos. Afirma pues, que “habiendo abandonado su ley patria, por haberse dejado seducir por Jesús, fueron ridículamente engañados y se pasaron como desertores, a otro nombre y a otra manera de vida”. Pero Celso no advirtió que los judíos que creen en Jesús, no han abandonado la ley de sus padres (cf. V, 61), pues viven conforme a ella y llevan el nombre derivado de su pobreza, en la interpretación de la ley. Y es así que “pobre” se dice entre los judíos “ebión” y ebiones (o ebionitas) se llaman aquellos judíos que han recibido a Jesús como Mesías.¹ Se ve que el mismo Pedro, por mucho tiempo guardó las costumbres propias de la ley de Moisés, como quien no había aprendido aún de Jesús, a levantarse de la ley según la letra para llegar a ley según el espíritu. Así lo sabemos por el libro de los Hechos de los Apóstoles. Efectivamente, al día siguiente de aparecerse un ángel a Cornelio, mandándole que enviara sus criados a Jope en busca de Simón, por sobrenombre

1 A los ebionitas dedica Eusebio esta noticia (*HE* III, XXVII, 1-6): “A otros, en cambio, a los que el demonio maligno no podía apartar de su amor al Cristo de Dios, los apartó, por fin, hallándolos atacables por otro lado. Se los llamó ya desde el principio ebionitas (o ebionitas), porque sentían pobre y bajamente acerca de Cristo. Y es así que lo tenían por hombre simple y común, como hombre puro justificado por su adelantamiento en la virtud, nacido del comercio carnal de un varón y María; e imaginaban serles de todo punto necesario el culto de la ley, por no creer pudieran salvarse por la sola fe en Cristo y por la vida conforme a la misma fe. Mas, aparte de estos, había otros que aun llevando su mismo nombre, habían escapado a la extraña extravagancia de los susodichos, pues no negaban que el Señor hubiera nacido de la Virgen y el Espíritu Santo. Sin embargo, como tampoco estos confesaban que preexistiera como Dios Verbo y sabiduría, venían a parar en la misma impiedad que los primeros, más que más que, al igual de aquéllos, ponían todo empeño en la observancia del culto corporal según la ley. Estos opinaban deberse rechazar de todo punto las cartas del Apóstol, al que llamaban apóstata de la ley y usaban como único Evangelio el que se llama *según los hebreos* y hacían poco caudal de los restantes. Observaban el sábado y seguían el resto de la conducta judaica, al igual de aquéllos, pero guardaban los domingos, poco más o menos como nosotros, en memoria de la resurrección del Señor. Por razón de pareja actitud recibieron el nombre que llevan, pues la palabra ebionitas es alusión a la pobreza de su inteligencia, pues tal es el nombre con que se designa al pobre entre los hebreos” (ed. *Sources chrétiennes* con las notas de Bardy al c. 27 del 1. 3). Cf. también la nota *ad locum* de Chadwick; ni Bardy ni Chadwick pueden citar a J. Daniélou, *Théologie du Judéo-christianisme* (París 1958); sobre los ebionitas, c. 2 p. 68.

Pedro:

Subió Pedro al piso superior para hacer oración hacia la hora sexta y como tuviera hambre, quería comer.

Mientras le preparaban la comida, cayó en éxtasis y vio el cielo abierto y cierto instrumento, como un gran mantel, que iba bajando y por sus cuatro puntas, se depositaba sobre tierra. En él había toda especie de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y voladores del cielo. Y se dirigió a él una voz: “Levántate, Pedro, mata y come”. A lo que Pedro respondió: “En manera alguna, Señor, pues en mi vida he comido nada profano e impuro”. Y por segunda vez se le dirigió la voz: “Lo que Dios ha purificado, no lo tengas tú por profano” (Hch 10,9-15).

Por ahí se ve cómo Pedro observa aún las costumbres judaicas sobre las cosas puras e impuras. Y por lo que sigue se pone bien en claro, que necesitó de una visión para admitir en la doctrina de la fe a Cornelio y a los suyos, que no eran israelitas según la carne, pues como judío que era aún Pedro, estaba viviendo conforme a las tradiciones judaicas y despreciando todo lo ajeno al judaísmo. Además, en su carta a los Gálatas nos informa Pablo, cómo Pedro, que temía aún a los judíos, al venir a él Santiago, dejó de comer con los gentiles: *Se separó —dice— de los gentiles por miedo a los de la circuncisión* (Ga 2,12). Y lo mismo hicieron los otros judíos y hasta Bernabé.

Y era natural que no se apartaran de las costumbres judías los que eran enviados a la circuncisión, razón por la que *los que parecían ser las columnas, dieron a Pablo y Bernabé las manos en signo de comunión, para ir aquéllos a la circuncisión* (Ga 2,9) y poder estos predicar a los gentiles. Mas ¿qué digo que los que predicaban a los de la circuncisión se alejaron y apartaron de los gentiles, cuando el mismo Pablo se hizo judío con los judíos para ganar a los judíos? (1 Co 9,20). Por eso, como se escribe también en los Hechos de los Apóstoles (21,26), ofreció su ofrenda en el altar, a fin de persuadir a los judíos que no había apostatado de la ley. De haber sabido todo esto Celso, no hubiera fingido al judío, que dice a los creyentes venidos del judaísmo: “¿Qué os ha pasado, ¡oh ciudadanos!, para que abandonarais la ley paterna y seducidos por ese con quien acabo yo de hablar, ridículamente engañados, os hayáis pasado como desertores, a otro nombre y a otra manera de vida?”

2. Un texto joánico comentado

Pero ya que hemos venido a hablar de Pedro y de los que enseñaron el cristianismo a los de la

circuncisión, no tengo por inoportuno alegar unas palabras de Jesús, del evangelio de Juan y dar su explicación. Se escribe, en efecto, que dijo: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis comprenderlas ahora; mas, cuando viniere el Espíritu de la verdad, él os guiará a la verdad entera, pues no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que oiga* (Jn 16,12-13). El problema es aquí, qué cosas fueron las que Jesús tenía que decir a sus discípulos y que estos no podían comprender entonces. He aquí mi sentir: Los apóstoles eran judíos que se habían criado según la letra de la ley de Moisés; Jesús tenía que decirles cuál era la verdadera ley, de qué realidades celestes era figura y sombra el culto que se practicaba entre los judíos (Hb 8,5) y qué bienes por venir contenía, en sombra, la ley sobre comida y bebida, sobre fiestas, novilunios y sábados (Hb 10,1; Col 2,16-17). Todas estas eran las muchas cosas que tenía que decirles; pero bien veía Jesús que sería difícilísimo arrancar del alma doctrinas con que se nace y en que se cría el hombre hasta su mayor edad, persuadido de que son divinas y de que no puede atentarse contra ellas sin cometer una impiedad; difícilísimo era también demostrar, de forma que los oyentes se persuadan, que, en comparación con la eminencia de la ciencia según Cristo, es decir, según la verdad, todo eso es *estiércol y daño* (Flp 3,8). De ahí que diferiera decir esas cosas para un momento más oportuno, el tiempo después de su pasión y resurrección. Y, a decir verdad, inoportuno hubiera sido un auxilio para quienes no podían aún soportarlo, capaz de trastornar la idea que ya se habían formado de Jesús como Mesías e hijo del Dios vivo. Y véase si no tiene sentido aceptable entender así las palabras del Señor: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis comprender por ahora*. Muchas son, en efecto, las cosas de la ley que piden interpretarse y aclararse según el sentido espiritual y los discípulos no podían por entonces entenderlas, pues habían nacido y se habían criado entre judíos.

En mi opinión, por ser figura todo aquel culto y verdad lo que el Espíritu Santo les enseñaría, se dice que *cuando viniere el Espíritu de la verdad, Él os guiará a la verdad entera*. Como si dijera: A la verdad entera de la realidad de las cosas, por las que vosotros, que nacisteis en las figuras, os imagináis tributar a Dios el verdadero culto. Y conforme a la promesa de Jesús, el Espíritu de la verdad vino a Pedro y ante los cuadrúpedos y reptiles de la tierra y las aves voladoras del cielo, le dijo: *Levántate Pedro, mata y come*. Y vino sobre él cuando aún era supersticioso, pues respondió a la voz divina: *¡En manera alguna, Señor, pues en mi vida he comido cosa profana e impura!* Y el Espíritu le enseñó la doctrina sobre las comidas verdaderas y espirituales: *Lo que*

Dios ha purificado, no lo llames tú profano. Y después de aquella visión, el Espíritu de la verdad guio a Pedro a la verdad entera y le dijo las muchas cosas que, cuando Jesús estaba aún con él según la carne, no podía comprender. Pero sobre todo esto, habrá otro momento más oportuno para tratar de la interpretación de la ley de Moisés.

3. Celso no busca la verdad

Pero nuestro propósito por el momento, es poner al descubierto la ignorancia de Celso, cuando su judío dice a sus “conciudadanos” y a los israelitas que han creído en Jesús: “¿Qué os ha pasado para que abandonarais la ley de vuestros padres?” Etcétera. Pero, ¿cómo puede decirse que hayan abandonado la ley de sus padres, quienes reprenden a los que no la oyen y les dicen: *Decidme los que leéis la ley, ¿no oís la misma ley? Porque escrito está que Abrahán tuvo dos hijos, hasta donde dice: Todo lo cual es alegoría?* (Ga 4,21-22). ¿Y cómo han abandonado la ley paterna, los que en sus razonamientos recuerdan continuamente las instituciones paternas y dicen: *¿Acaso no dice eso mismo la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No le pongas bozal al buey que trilla. ¿Acaso se cuida Dios de los bueyes, o se dice absolutamente de nosotros? Por nosotros realmente fue escrito, etc.* (1 Co 9,8; Dt 25,4). El judío de Celso habla confundiéndolo todo, cuando pudiera haber dicho con mayor probabilidad: “Algunos de vosotros habéis abandonado las costumbres, so pretexto de explicaciones y alegorías; otros, aun explicándolas espiritualmente, como decís, no por eso dejáis de observar las instituciones tradicionales; otros, sin explicación alguna, queréis recibir a Jesús como el Moisés profetizado y guardar a la vez, la ley de Moisés según las instituciones tradicionales, pues en la letra creéis tener toda la inteligencia espiritual”. Pero ¿por dónde iba a tener Celso idea clara en este punto, cuando más adelante trae a colación sectas impías y del todo extrañas a Jesús y hasta algunas que han abandonado al Creador, e ignora que hay israelitas que han creído en Jesús sin necesidad de abandonar su ley paterna? Y es que no le interesaba examinar cada tema con amor a la verdad para aceptar lo que encontrara de provechoso, sino que escribió todo eso movido del odio y empeñado del todo en echar por tierra cuanto oyera y apenas lo oyera.

4. No es reprochable que el cristianismo tenga orígenes judaicos

Seguidamente, el judío de Celso dice a los que han creído de su pueblo: “Ayer o anteayer,

como quien dice, cuando nosotros castigábamos a ese mismo porque os embaucaba, habéis apostatado de la ley patria”. Sobre este punto ya hemos demostrado que no sabe exactamente nada de lo que dice. En lo que sigue, en cambio, me parece mostrar alguna mayor habilidad: “¿O cómo es que empezáis por nuestros ritos y más adelante los despreciáis, siendo así que no podéis presentar otro origen de vuestra doctrina que nuestra ley?” Realmente, la primera instrucción de los cristianos se toma de los ritos sagrados de Moisés y de los escritos de los profetas; pero después de la instrucción primera, el progreso de los así iniciados está en su explicación y esclarecimiento, buscando *el misterio de la revelación, que por siglos eternos ha estado oculto, pero que se ha manifestado ahora por las voces de los profetas* (Rm 16,25) y *por la aparición de nuestro Señor Jesucristo* (2 Tm 1,20). Tampoco es verdad lo que se dice más adelante, sobre que los que progresan en conocimiento, desprecian lo que está escrito en la ley. La verdad es que le conceden mayor honor, demostrando la profundidad de las sabias y misteriosas palabras de aquellos escritos, que los judíos no penetran a fondo, leyéndolos superficialmente y atendiendo más bien a lo narrativo.

Pero, ¿qué tiene de absurdo que el comienzo de nuestra doctrina, es decir, del Evangelio, sea la ley? El mismo Jesús, Señor nuestro, dice a los que no creían en Él: *Si creyeráis en Moisés, creeríais también en mí, pues de mí escribió él; pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?* (Jn 5,46-47). Es más, Marcos, uno de los evangelistas, dice: *Comienzo del evangelio de nuestro Señor Jesucristo, como está escrito en el profeta Isaías: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que prepare tu camino delante de ti* (Mc 1,12). Con lo que hace ver el evangelista, que el comienzo del Evangelio depende de las letras judaicas. No tiene entonces sentido, que el judío de Celso diga contra nosotros: “Porque, si alguien os anunció de antemano que vendría, por lo visto, el Hijo de Dios a los hombres, ese fue profeta nuestro y de nuestro Dios”. ¿Qué acusación es contra los cristianos el que Juan, que bautizó a Jesús, fuera judío? Porque por el hecho de que fuera judío no se sigue que todo creyente que abraza el Evangelio, ya sea que venga de la gentilidad, o de los judíos, tenga que guardar, según la letra, la ley de Moisés.

5. Los cristianos poseen la verdad

Luego, aunque Celso repite sobre Jesús, diciendo por segunda vez (cf. supra II, 4) que fue castigado por los judíos como malhechor, nosotros no volveremos sobre nuestra defensa, contentándonos con lo arriba dicho. Luego el judío de Celso denigra como cosas rancias, nuestra doctrina

acerca de la resurrección de los muertos, del juicio de Dios, del premio de los justos y del castigo de fuego de los inicuos: y con decir que “nada nuevo enseñan los cristianos”, se imagina haber derrocado al cristianismo (cf. I, 4). Digamos a todo eso que nuestro Jesús, viendo que los judíos nada hacían digno de las enseñanzas de los profetas, les dio a entender por medio de una parábola (Mt 21,33) que se les quitaría el reino de Dios y se daría a los gentiles. Y así se ha de ver cómo todo lo que creen los actuales judíos son cuentos y charlatanería, pues les falta la luz para entender las Escrituras; los cristianos, por el contrario, poseen la verdad capaz de levantar y elevar el alma y mente del hombre y persuadirle que busque una ciudadanía, no en lugar alguno de la tierra, a semejanza de los judíos, sino en los cielos (Flp 3,20). Y ello se ve patente, en quienes son capaces de penetrar los pensamientos encerrados en la ley y en los profetas y de exponérselos a los otros.

6. Los cristianos no violan la ley

Concedamos que Jesús “siguió todas las costumbres de los judíos y hasta que tomara parte en sus sacrificios”. ¿Qué tendrá esto que ver para que no podamos creer en Él como Hijo de Dios? Sí, Jesús es hijo del Dios que dio la ley y envió a los profetas y nosotros, los que pertenecemos a la Iglesia,² no transgredimos la ley. Hemos dado ciertamente la mano a las fábulas judaicas; pero, por la mística contemplación de la ley y los profetas, nos hacemos sabios y nos educamos. Y es así que los profetas, que no ajustan la inteligencia de sus dichos a la historia que salta a los ojos, ni a la ley tal como suena en las frases y en la letra, dicen unas veces, cuando quieren justamente exponer historias: *Abriré en parábolas mi boca, hablaré enigmas desde el principio* (Sal 77,2); otras veces, rogando por la ley como cosa oscura y que necesita de la ayuda de Dios para ser entendida, dicen en su oración: *Dejar ver a mis ojos y consideraré las maravillas de tu ley* (Sal 118,18).

7. ¿Quién podrá acusar a Jesús de pecado?

Demuéstrese dónde aparece, ni por asomo, un dicho de Jesús proferido con altanería o arrogancia. ¿Cómo pudiera ser arrogante el que dice: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas?* (Mt 11,29). ¿Cómo llamar “altanero” al que,

2 “Los que pertenecemos a la Iglesia”: no así Marción y los suyos, que rechazaban la ley antigua; cf. infra VII, 25.

durante una cena, se quita los vestidos ante sus discípulos, se ciñe una toalla, echa agua en una vasija, les va lavando uno por uno los pies y reprende al que no quiere dejárselos lavar, diciéndole: *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo?* (Jn 13,8). *¿Cómo ser arrogante el que dice: Y yo he estado entre vosotros, no como el que se sienta a la mesa, sino como el que sirve?* (Lc 22,27). Demuestre quien quiera en qué mintió y presente las mentiras grandes o pequeñas y haga así ver las “grandes mentiras” que dijo Jesús. Y todavía hay otro modo de refutar a Celso: Como no hay una mentira que sea más mentira que otra, así tampoco la hay que sea menos, como tampoco hay una verdad que sea más o menos verdad que otra verdad.³ Y cuente quien quiera, en este caso el judío de Celso señaladamente, qué impiedades cometiera Jesús. *¿Acaso es cosa impía abandonar la circuncisión material, el sábado material, las fiestas materiales, los novilunios materiales, las distinciones de lo puro e impuro? ¿Es impiedad volver la mente a la ley digna de Dios, verdadera y espiritual y que el embajador de Cristo (2 Co 5,20) sepa hacerse judío con los judíos para ganar a los judíos y como bajo la ley con los que están bajo la ley para ganar a los que están bajo la ley?* (1 Co 9,20).

8. Sarta de insensateces

Dice, además: “Muchos otros, del aspecto de Jesús, pudieran aparecer ante gentes dispuestas siempre a ser engañadas”. Pues que el judío por cuya boca habla Celso nos presente no ya muchos, ni unos cuantos, sino tan solo uno como Jesús, que, por su propio poder, haya introducido en el género humano una religión y doctrina provechosa para la vida y capaz de sacar al hombre de la ciénaga de sus pecados.

Dice también, que “por parte de los que creen en Cristo, se acusa a los judíos de no haber creído en Jesús como Dios”. Pero a esto respondimos ya anteriormente (I, 67. 69) e hicimos ver en qué sentido lo tenemos por Dios y cómo decimos, al mismo tiempo, que es hombre.

“¿Y cómo nosotros —dice—, que manifestamos a todos los hombres que ha de venir el que castigaría a los malvados, lo íbamos a despreciar una vez que vino?” No me parece razonable responder a semejante simpleza. Es como si otro por ahí dijera: *¿Cómo vamos a cometer un acto de disolución nosotros que enseñamos la templanza? ¿O cómo, predicando la justicia, íbamos a*

3 “Es doctrina estoica la de haber distinción absoluta, sin grados intermedios, entre la virtud y el vicio, la verdad y el error” (Chadwick, que remite a JTS XLVIII [1947] p. 39).

ser inicuos? Pues como cosas tales se dan entre los hombres, así cosa humana fue que quienes dicen creer en los profetas que hablan del advenimiento de Cristo, no creyeran al que vino según estaba profetizado. Y si es conveniente añadir otra cosa, diremos que eso mismo lo habían predicho los profetas. Por lo menos Isaías dice con toda claridad: *Con los oídos oiréis y no entenderéis; y con los ojos miraréis y no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo*, etc. (Is 6,9). Y díganos qué se profetiza a los judíos que oirán y mirarán y no entenderán lo que se les dice, ni verán lo que miren como se debe ver. Pero es evidente que, teniendo ante los ojos a Jesús, no vieron quién era y oyéndole, no entendieron por sus palabras su divinidad, la cual hizo pasar el cuidado que tuviera Dios de los judíos a los gentiles que creían en Él (Mt 21,43). Así es de ver cómo, después de la venida de Jesús, están los judíos del todo abandonados, sin nada de cuanto en lo antiguo tenían por sagrado y no hay signo alguno de que entre ellos haya nada de divino. Y es así que ya no tienen profetas ni se dan entre ellos milagros, cuando entre los cristianos quedan aún en cuantía considerable rastro de ellos y algunos *mayores* (Jn 14,12); y, si se da fe a nuestra palabra, nosotros mismos los hemos visto.

Pero sigue diciendo el judío de Celso: “¿Por qué íbamos a despreciar al mismo que de antemano anunciamos? ¿Acaso para ser castigados más que los otros?” A lo que hay decir que, por no haber creído en Cristo y por las demás insolencias que contra Él cometieron, no solo sufrirán “más que los otros” en el juicio venidero en que creemos, sino que lo han sufrido y sufren ya ahora. Porque, ¿qué nación, sino solo los judíos, es expulsada de su propia metrópoli y del propio lugar del culto tradicional? Y esto han sufrido como las gentes más viles, no solo por sus otros pecados, sino, principalmente, por los crímenes cometidos contra nuestro Jesús.

9. Síntesis de cristología origeniana

Después de esto dice el judío: “¿Cómo íbamos a tener por Dios a este, que, entre otras cosas, como era voz común, nada cumplía de lo que prometía? Y luego, cuando nosotros lo desenmascaramos, condenamos y quisimos conducirlo al suplicio, escondiéndose y huyendo de un lado para otro, fue preso de la manera más ignominiosa y traicionado por los mismos que llamaba sus discípulos. Ahora bien, si era Dios —dice—, no tenía por qué huir ni consentir ser conducido atado y menos aún, ser abandonado y traicionado por los que convivían con él, que con él se comunicaban en todo familiarmente y lo tenían por su maestro; él, creído salvador, hijo del Dios máximo y su

mensajero”.

A esto diremos, que ni siquiera nosotros suponemos que fuera Dios el cuerpo entonces visible y sensible de Jesús. Pero, ¿qué digo del cuerpo? Ni el alma siquiera de la que se dice: *Tristísima está mi alma hasta la muerte* (Mt 26,38). Pero, según la doctrina de los judíos, se cree que es Dios el que dice: *Yo soy el Señor, Dios de toda carne* (Jr 32,27) y aquello: *Antes de mí no hubo otro Dios, ni lo habrá después de mí* (Is 43,10); y se vale como de instrumento del alma y de la boca del profeta. Y Dios es también, según los griegos, el que dice:

“De la arena sé el número, conozco
las medidas del mar; yo entiendo al mudo,
yo escucho la voz misma del que no habla”

(Herod., 1,47),

y por boca de la Pitia habla y es oído. Así, según nosotros, el Dios Logos e Hijo del Dios del universo es el que dijo en Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6) y *Yo soy la puerta* (Jn 10,7) y *Yo soy el pan vivo, que bajó del cielo* (Jn 6,50) y otras afirmaciones semejantes.

Tenemos pues, derecho para acusar a los judíos de no haber tenido a Jesús por Dios, puesto que en muchos pasajes de los profetas está atestiguado como gran poder y como Dios, semejante al que es Dios y Padre del universo. Nosotros afirmamos que fue a Él que le ordena el Padre en la cosmogonía de Moisés: *Hágase la luz y Hágase el firmamento* y todo lo demás que ordenó Dios se hiciera. A Él igualmente le dijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gn 1,3-6; Gn 26). Y el Logos, decimos, que recibió esos mandatos, lo hizo todo según el Padre le ordenara. Y lo decimos no por conjetura propia, sino porque creemos en las profecías que corren entre los judíos, en las que, con las propias palabras, se dice de Dios y sus obras lo que sigue: *Él dijo y fueron hechas, Él lo mandó y fueron creadas* (Sal 148,5). Porque si Dios mandó y fueron hechas sus obras, ¿quién era capaz de cumplir tamaño mandato del Padre, según lo que place al espíritu profético, sino el que es (para llamarlo así) el Logos y la verdad viva? Ahora bien, el que en Jesús dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, no es ni siquiera según los evangelios, alguien que esté circunscrito, de suerte que no exista en ninguna parte fuera del alma y del cuerpo de Jesús (cf. IV, 5. 12; V, 12); y ello resulta evidente por muchos argumentos, de los que solo expondremos estos pocos que siguen. Juan Bautista, profetizando que de un momento a otro vendría el Hijo de Dios, que no estaría solo en aquel cuerpo y alma, sino que se extendería a todas partes, dice sobre Él: *En*

medio de vosotros está uno quien vosotros no conocéis y viene detrás de mí (Jn 1,26). De haber pensado que el Hijo de Dios solo estaría donde estuviera el cuerpo visible de Jesús, ¿cómo hubiera dicho: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis?* Y Jesús mismo, levantando el pensamiento de sus discípulos para sentir altamente del Hijo de Dios, dice: *Donde se juntaren dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20). Y tal es también la promesa que hace a sus discípulos cuando les dice: *Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo* (Mt 28,20).

Sin embargo, al decir esto no intentamos separar de Jesús al Hijo de Dios; porque después de la encarnación, el alma y cuerpo de Jesús se hicieron en grado sumo una sola cosa con el Logos de Dios. Y es así, que si según la doctrina de Pablo que dice: *El que se une al Señor es un solo espíritu* (1Co 6,17), todo el que entiende qué es unirse al Señor y con Él se une, es un solo espíritu con respecto del Señor, ¿cuánto más divina y sublime será una sola cosa, lo que entonces se compuso respecto del Logos de Dios? Y que esa composición era virtud o fuerza de Dios (1 Co 1,18; 24), lo demostró Él ante los judíos por los milagros que hizo, aunque Celso suponga que los hizo por hechicería y los judíos de entonces —no sé con qué fundamento— por poder de Belcebú, cuando dijeron: *Por virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, arroja los demonios* (Mt 12,24). Pero nuestro Salvador los convenció de decir un enorme absurdo, con solo hacerles notar que todavía no había terminado el reino de la maldad. Ello resultará evidente para quien quiera leer discretamente el pasaje evangélico, que no es este momento de comentar.

10. La verdad del Evangelio, comprobada por el martirio de los discípulos de Jesús

Pero que Jesús “prometía y no cumplía sus promesas”, es cosa que Celso tiene que probar y demostrar. Pero no podrá, sobre todo porque se imagina que puede tomar sus cargos contra Jesús y nosotros, de relatos mal entendidos y hasta de sus lecturas del Evangelio o de cuentos judaicos. Pero ya que el judío vuelve a decir: “Nosotros lo desenmascaramos y condenamos y lo tuvimos por merecedor del suplicio”, demuestren cómo lo desenmascararon los que buscaron contra Él falsos testimonios; a no ser que sea una gran prueba contra Jesús lo que dijeron sus acusadores: *Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios y en tres días volverlo a levantar* (Mt 26,61). Pero *Él hablaba del templo de su cuerpo* (Jn 2,21) y ellos, como quienes no sabían entender según la intención del que habla, lo entendieron del templo de piedra, que era el que veneraban los judíos,

más que el que debieran venerar, el verdadero templo de Dios, del *Logos*, de la sabiduría y de la verdad. Diga quien quiera cómo, “escondiéndose de la manera más ignominiosa, fue Jesús escapándose de acá para allá”. Demuestre alguien lo que en Él es digno de reproche.

Pero dice también que “fue detenido”. A lo que podría yo decir que, si el ser detenido es cosa contra la voluntad, Jesús no fue detenido; pues a debido tiempo, no rehusó caer en manos de los hombres, como cordero de Dios, *para quitar el pecado del mundo* (Jn 1,20). *Sabiendo, pues, Jesús todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Y ellos le contestaron: A Jesús de Nazaret. Él les dijo: Yo soy. Estaba también con ellos Judas, que le traicionaba. Así, pues, apenas Jesús dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó Él de nuevo: ¿A quién buscáis? Y de nuevo respondieron: A Jesús de Nazaret. Les replicó Jesús: Ya os he dicho que soy yo. Si, pues, me buscáis a mí, dejad marchar a estos* (Jn 18,4). Es más, al que lo quería defender y asestó un golpe al criado del sumo sacerdote cortándole la oreja, le dijo: *Vuelve la espada a su sitio, pues todos los que espada tomaren, a espada perecerán. ¿O te parece que no puedo rogar a mi Padre, que me mandaría aquí mismo más de doce legiones de ángeles? Pero, entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales es menester que así suceda?* (Mt 26,52).

Pero si alguien piensa que todo esto son ficciones de los autores de los evangelios, ¿no serán más bien ficciones lo que inspira el odio y rencor contra Jesús y contra los cristianos? La verdad, en cambio, solo puede estar en los que han demostrado la sinceridad de su adhesión a Jesús, afrontando todo sufrimiento imaginable por amor de su doctrina. Semejante paciencia y constancia hasta la muerte no les vino ciertamente a los discípulos de Jesús, por las ganas de inventar acerca de su maestro lo que nunca ocurrió; y para todo espíritu inteligente es prueba evidente de que estaban convencidos de lo que escribieron, el hecho de que tales y tantas cosas soportaran por su fe en el Hijo de Dios.

11. Leve defensa de Judas

Con respecto a que Jesús “fue traicionado por los que llamaba sus discípulos”, el judío de Celso toma realmente la noticia de los evangelios, siquiera para dar más énfasis a su acusación, haciendo de Judas uno de los “muchos discípulos”. Y tampoco tuvo curiosidad para mirar todo lo que está escrito sobre Judas. Y es así, que víctima de juicios contrarios y que pugnaban entre sí acerca de

su maestro (cf. 1,61), ni se declaró con toda su alma contra Él, ni guardó tampoco, con toda su alma, la reverencia que un discípulo debe a su maestro. Porque el que lo entregaba dio a la chusma que fue a *detener a Jesús una señal diciendo: Al que yo besare, ese es; agarradlo firme* (Mt 26,48). En lo cual aún guardaba un rastro de reverencia, pues de no guardarla, lo hubiera traicionado con descaro, sin la ficción del beso. Esto ha de persuadir a todos respecto del motivo de Judas, que, junto con la avaricia, perversa razón para traicionar a su maestro, tenía mezclado en su alma algo que le venía de las palabras de Jesús y era, digámoslo así, una especie de residuo de bondad. Está escrito, en efecto: *Viendo Judas, el que lo había entregado, cómo había sido condenado, arrepentido, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Y ellos le con testaron: ¿Qué nos importa a nosotros? Allá te las hayas. Y arrojando las monedas al templo, se retiró; y, marchándose, se ahorcó* (Mt 27,3). Ahora bien, si el avaro Judas, que robaba lo que se echaba en la bolsa por razón de los pobres, devolvió arrepentido, las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, es evidente que las enseñanzas de Jesús, no del todo despreciadas y rechazadas por el traidor, pudieron inspirarle algún arrepentimiento. Y decir: *He pecado entregando sangre inocente*, era confesar el pecado cometido. Y hay que ver cuán grande, cuán ardiente y vehemente fue el dolor, nacido del arrepentimiento de sus pecados, que ya no pudo aguantar la vida misma; y así, arrojado al templo el dinero, se retira, se va y se ahorca. Él mismo se condenó a sí mismo, mostrando cuán grande había sido el poder de la enseñanza de Jesús hasta en el pecador de Judas, ladrón y traidor que no pudo despreciar enteramente lo que de Jesús aprendiera. ¿O es que dirán Celso y su pandilla, que son ficciones todo lo que se pone de manifiesto, de no haber sido total la apostasía de Judas, aun después de la alevosía cometida contra su maestro y solo será verdad que “fue traicionado por uno de sus discípulos”? ¿Es que quieren añadir a lo escrito que lo traicionó con toda su alma? Pero no es cosa que convenza tomarlo todo, en un mismo documento, con espíritu hostil y dar fe a esto y negársela a lo otro.

Pero si es necesario alegar aún sobre Judas, una razón que desde todo punto lo confunda, diremos que, en el libro de los Salmos, el centésimo octavo, entero, contiene la profecía acerca de Judas. El salmo empieza así: *¡Oh Dios!, no calles mi alabanza, que una boca de pecador y de embustero se ha abierto contra mí* (Sal 108,1-2) y en él se profetiza que Judas se separaría, por su pecado, del número de los apóstoles y sería elegido otro en su lugar. Esto se dice claramente en

este pasaje: *Y ocupe otro su oficio* (v. 8). Pero, en definitiva, digamos que fuera traicionado por otro de sus discípulos, peor aún que Judas, que echó de sí, como agua, digámoslo así, cuantas palabras oyera de Jesús. ¿En qué acusaría eso a Jesús o al cristianismo? ¿Con qué razón se alegraría eso como prueba de la falsedad de nuestra doctrina?

Respecto de lo que sigue en Celso, ya hemos respondido anteriormente (II, 10) y hemos demostrado que Jesús no fue detenido en la fuga, sino que se entregó voluntariamente por amor nuestro; de donde se sigue que, si fue detenido, lo fue voluntariamente, enseñándonos a aceptar también nosotros, de pleno grado, lo que hayamos de sufrir por la religión.

12. Discípulos contra maestros

Pueriles me parecen también cosas como estas: “Jamás fue traicionado un buen general, al frente de miles y miles de hombres, ni siquiera un capitán de bandidos, malvado él y al frente de las gentes peores, mientras pareció ser de provecho a sus bandas. Este, en cambio, traicionado por los que estaban bajo su mando, señal es que ni mandó como buen general, ni, engañado que hubo a sus discípulos, supo infundir a los engañados la benevolencia (digámoslo así) que se debe a un capitán de bandidos”. Pueriles, decimos, porque es fácil hallar muchas historias de generales traicionados por sus íntimos y de capitanes de bandidos apresados, porque sus gentes no fueron fieles a los pactos mutuos. Pero demos que ningún general ni capitán alguno de bandidos fuera jamás traicionado; ¿qué quita ni pone contra Jesús el hecho de que uno de sus discípulos le saliera traidor? Pero ya que Celso se las echa de filósofo, pudiéramos preguntarle qué acusación supone contra la filosofía de Platón, el hecho de que después de frecuentar veinte años su escuela, se apartara de ella Aristóteles, negara la doctrina acerca de la inmortalidad del alma y llamara “gorjeos platónicos” la teoría de las ideas (Diog. Laert., 5, 9; *supra* I, 13). ¿Es que, por haber desertado de él Aristóteles, ya no tiene fuerza la dialéctica de Platón, o será este incapaz de demostrar sus pensamientos y serán por aquella deserción, falsos los principios platónicos? ¿No será más bien, que permaneciendo Platón en la verdad, como están prontos a afirmar los que siguen su filosofía, Aristóteles fue un malvado, ingrato para con su maestro? También se ve en muchos pasajes de sus escritos, que Crisipo ataca a Cleantes, exponiendo doctrinas nuevas contra las de Cleantes, maestro suyo en su juventud, cuando se iniciaba aún en la filosofía. Y es de notar que de Aristóteles se dice que frecuentó por veinte años la escuela de Platón y que Crisipo no pasó tampoco poco tiempo

junto a Cleantes. Pero los años que pasó Judas con Jesús, en cambio, no llegaron a cuatro. En fin, por lo que se escribe en las vidas de los filósofos, pueden hallarse ejemplos semejantes al de Judas, por el que acusa Celso a Jesús. Los pitagóricos levantaban una tumba al que, tras haberse convertido a la filosofía, corría otra vez a la vida vulgar (Diog. Laert., VIII, 42; Clem. Al., *Strom.* V, 57, 2-3); pero no por eso se invalidaban la razón y demostraciones de Pitágoras y los suyos.

13. Las profecías de Jesús se están cumpliendo

Después de esto dice el judío de Celso: “Muchas cosas tengo que decir acerca de la historia de Jesús, verdaderas, por cierto, pero no semejantes a las que fueron escritas por los discípulos de Jesús; pero las omito de buena gana”. ¿Qué cosas verdaderas, pero no como las que están escritas en los evangelios, son las que el judío de Celso omite? ¿No será que quiere cometer una imaginaria figura retórica, aparentando tener algo que decir cuando en realidad, nada tenía que alegar fuera de los evangelios; nada, digo, que por su verdad pudiera impresionar al oyente, ni que fuera una clara acusación contra Jesús y su doctrina?

Acusa además a los discípulos, de “haber inventado que Jesús sabía y predijo de antemano todo lo que le sucedió”. Sin embargo, que eso sea verdad, se lo vamos a demostrar a Celso, aunque mal le pese, por otras muchas profecías hechas por el Salvador, en que predijo lo que había de acontecer a los cristianos aun de las generaciones por venir. ¿Quién por lo menos no se maravillará de esta predicción: *Seréis conducidos por mi causa ante gobernadores y reyes en testimonio para ellos y las naciones?* (Mt 10,18). Y dígame lo mismo de otras predicciones acerca de las futuras persecuciones de sus discípulos. ¿Por qué otra doctrina, de cuantas han aparecido entre los hombres, se persigue a nadie? En tal caso, alguno de los acusadores de Jesús pudiera decir, que viendo Él cómo se recriminan las doctrinas impías y embusteras, le pareció bien darse importancia prediciendo que lo mismo se haría con la suya. Y, a decir verdad, si a alguien hubiera que llevar por razón de doctrinas ante gobernadores y reyes, ¿a quiénes mejor que a los epicúreos, que destruyen desde todo punto de vista la providencia y hasta a los mismos del Peripato, según los cuales nada se logra por las oraciones, ni por las víctimas que la gente se imagina ofrecer a la divinidad? (cf. *De oratione* 5,1)⁴

4 Aristóteles, que admitía el sacerdocio en la república, no parece que pudiera negar la oración: “Es, pues, menester primeramente haya alimentos, luego artes (pues la vida necesita de muchos instrumentos) y, en tercer lugar, armas. Porque es necesario que los que forman una comunidad

Alguno dirá que también los samaritanos son perseguidos por causa de su religión; a lo que contestamos que se los mata como a sicarios⁵ por razón de la circuncisión, por suponerse que se mutilan a sí mismos contra las leyes vigentes, haciendo lo que solo está permitido a los judíos. Por otra parte, nadie oirá a un juez que le proponga a un sicario empeñado en vivir según esa supuesta religión, esta alternativa: o dejarla y ser absuelto o, de perseverar en ella, ser condenado a muerte. Basta comprobar la circuncisión, para quitar de en medio al que la ha sufrido. Solo a los cristianos (conforme a lo dicho por su Salvador: *Ante gobernadores y reyes seréis conducidos por causa mía*) los exhortan los jueces hasta el último aliento a que renieguen del cristianismo, sacrifiquen y juren según los usos comunes y vivan así en casa tranquilos y sin peligro.

Y hay que ver la autoridad con que dice estas otras palabras: *Todo el que me confesare delante de los hombres, también yo lo confesaré delante de mi Padre del cielo. Y a todo el que me negare delante de los hombres, etc.* (Mt 10,32). Remóntate, te ruego, con el pensamiento, al punto en que Jesús dice eso y considera que entonces no había aún sucedido lo que se profetiza. Acaso entonces dijeras, negándole crédito, que decía tonterías y hablaba por hablar, pues no se cumplirían sus palabras. Pero si dudas adherirte a su doctrina, si estas palabras se cumplen, si se afirma la enseñanza de las palabras de Jesús, hasta el punto de que gobernadores y reyes se preocupen de matar a los que confiesan a Jesús, dime si, en este caso, no creemos que dice todo eso como quien ha recibido gran autoridad de Dios para sembrar esta doctrina en el género humano y como quien estaba persuadido de que triunfaría. ¿Y quién no se maravillará, remontándose con el pensamiento al punto en que Jesús enseña y dice: *Este evangelio será predicado en todo el mundo en testimonio para ellos y los gentiles* (Mt 24,14), si considera cómo, según lo que Él dijo, el Evangelio de Jesucristo se ha predicado a toda criatura bajo el cielo (Col 1,23), *a griegos y bárbaros, a sabios e ignorantes?* (Rm 1,14). Y es así que la palabra divina predicada con fuerza ha dominado a todo linaje de hombres y no hay género de gentes que haya rehuido aceptar la enseñanza de Jesús.

Y si el judío de Celso no cree que Jesús supiera de antemano lo que le iba a suceder, considere cómo, cuando estaba aún en pie Jerusalén y dentro de sus muros se celebraba todo el culto de los judíos, Jesús predijo los acontecimientos que vendrían bajo los romanos. Porque no van a decir

tenham armas a mano, para imponer la obediencia a los que no quieren obedecer y por razón de los extraños que intentarían un desafuero. Además, ha de haber alguna abundancia de dinero, ora para las necesidades privadas, ora para los gastos de la guerra. Y, en quinto lugar, que es también el primero, el culto de la divinidad, que llaman sacerdocio" (Pol. VII, 8; cf. VII, 9). Quien parece haber prohibido la oración habría sido Pitágoras: "No les permite orar, porque no se sabe lo que conviene" (Diog. Laert., *Pythagoras*).

5 La castración estaba prohibida por la Lex Cornelia de sicariis et beneficiis (cf. Chadwick, *ad locum*).

que los discípulos y oyentes de Jesús, transmitieron la doctrina de los evangelios sin consignarla por escrito, ni que dejaran a los creyentes sin recursos escritos acerca del mismo. Y en efecto, en estos se escribe: *Cuando viereis a Jerusalén cercada de campamentos, entended que está cerca su desolación* (Lc 21,20). No había entonces por ningún lado ejércitos en torno de Jerusalén que la cercaran, circunvalaran ni sitiaran. Todo eso comenzó cuando Nerón era aún emperador y se prolongó hasta el imperio de Vespasiano, cuyo hijo, Tito, asoló a Jerusalén. Según escribe Josefo, por causa de Santiago, el Justo, hermano de Jesús, que se llama Cristo; pero, según demuestra la verdad, por causa de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios (cf. supra I, 47).

14. Ni siquiera adivino

Celso, naturalmente, aun aceptando o concediendo que Jesús conociera de antemano lo que le iba a suceder, pudiera haber aparentado despreciar tal presciencia, como hizo con los milagros diciendo que se debieron a la magia. Aquí pudiera haber dicho, que muchos conocieron lo que les iba a suceder por las diversas maneras que existen de adivinación: por auspicios, augurios, sacrificios y astrología. Pero no quiso concederlo, como cosa mayor y admitió en cambio, hasta cierto punto, que Jesús hizo milagros, si bien cree desacreditarlos achacándolos a la magia. Sin embargo, Flegón, en el libro trece o catorce (creo) de su *Crónica*,⁶ atribuyó a Cristo presciencia de algunos acontecimientos futuros, aunque confunda a Pedro con Jesús y atestigua que aconteció según lo que él dijera. En todo caso, también él, por lo que dice sobre la previsión o presciencia, confirma como sin querer, que la palabra de los padres de nuestra religión no estuvo vacía de virtud divina.

15. Sinceridad de los evangelistas

Dice Celso: “Como los discípulos de Jesús no podían disimular nada en cosas manifiestas, cayeron en la jactancia de decir que Él lo sabía todo de antemano”. Y no advierte, o no quiere advertir, la sinceridad de los escritores sagrados que consignaron las dos cosas: que Jesús dijo a sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizaréis en mi esta noche* (Mt 26,31) y dijo la verdad, pues se escandalizaron. Y que a Pedro particularmente le profetizó: *Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces* (26,34) y que, en efecto, tres veces lo negó. De no haber sido sinceros, sino

6 Flegón fue un liberto de Adriano; Focio (*Bibliotheca* 97) la tiene por obra necia. Parece que relatava los prodigios acaecidos en cada olimpiada y por ello lo censura Focio. Quedan solo fragmentos.

dados (como piensa Celso) a escribir fantasías, no hubieran contado que Pedro negó a Jesús ni que sus discípulos se escandalizaron. Porque aun cuando así hubiera acaecido, ¿quién podía demostrar que así acaeciera? A decir verdad, si se mira con cierta conveniencia, hombres que querían enseñar a los lectores de los evangelios, a despreciar la muerte por la confesión del cristianismo, debieran haber callado esos casos; sin embargo, ellos vieron que la palabra divina se apoderaría con su virtud de los hombres y no tuvieron reparo alguno en consignar tales cosas, que no sé por qué misterio, no habían de dañar a los lectores ni darían a nadie pretexto para negar la fe.

16. La realidad de la muerte de Jesús, supuesto de la realidad de su resurrección

Pero muy falto de razón y de expresión correcta, dice que “los discípulos de Jesús escribieron cosas como esas para excusar lo que había contra Jesús”. “Como si alguien —dice—, afirmando de uno que es justo, nos lo presenta cometiendo iniquidades; y diciendo que es santo, nos lo presenta cometiendo homicidios; y diciendo que es inmortal, nos lo pinta muerto; y a todo esto nos añade que él lo predijo todo”. Salta a la vista la discrepancia del ejemplo de Celso, pues nada tiene de absurdo, que quien se había propuesto ser para los hombres ejemplo de cómo debían vivir,⁷ quisiera también demostrar cómo se debe morir por causa de la religión; para no decir nada de lo provechoso que resultó para todo el universo, que Jesús muriera por los hombres, como lo hicimos ver en el libro precedente (I, 54-55).

Luego opina Celso que toda la confesión de la pasión, lejos de desvanecer su argumento, lo fortalece. Es que ignora la filosofía que Pablo desarrolla sobre este punto y lo que dijeron los profetas. Tampoco se enteró que fue uno de los herejes, quien dijo que Jesús padeció solo aparentemente y no en la realidad (cf. Ignat., *Ad Trall.* X). De haberlo sabido no hubiera dicho: “Y es así que no decís, que fue a hombres impíos a quienes les pareció que Jesús padeció, sin haber padecido, sino que directamente confesáis que padeció”. No, nosotros no admitimos la apariencia de la pasión, para que su resurrección no resulte falsa, sino verdadera. Porque quien murió realmente, en caso de que resucite, resucita realmente; pero quien solo aparentemente muriera, no resucitaría verdaderamente.

Pero ya que los incrédulos se mofan de la resurrección de Jesucristo, alegaremos aquí a Platón

⁷ Acaso reminiscencia de Plat., *Gorgias* 507d.

mismo, que cuenta cómo Er, hijo de Armenio, se levantó a los doce días de la pira y narró sus aventuras en el Hades (*Pol.* X 614-621). Y ya que nos dirigimos a incrédulos, no será inútil para nuestro propósito recordar el caso de la mujer sin aliento, de que habla Heraclides (Plin., *Nat. hist.* VII, 175; Diog. Laert., VIII, 60. 61. 61, *alii*). Y de muchos se cuenta que volvieron de los sepulcros, no solo el mismo día, sino al siguiente. ¿Qué tiene pues de extraño, que quien en vida hizo cosas tan maravillosas y por encima de todo lo humano y tan manifiestas, que quienes no pueden negar que las hizo, tratan de rebajarlas poniéndolas al nivel de las hechicerías; qué tiene de extraño, decimos, que también en su muerte llevara ventaja al común de los mortales y su alma, que dejó libremente su cuerpo, volviera a él cuando lo quiso, después que fuera de él cumplió ciertos hechos de salud? Algo así se escribe en Juan que dijo Jesús mismo: *Nadie me quita mi alma, sino que la dejo de mí mismo. Poder tengo de dejar mi alma y poder igualmente de tomarla* (Jn 10,18). Y tal vez fue por eso se dio prisa en salir del cuerpo, a fin de mantenerlo intacto y no se le quebraran las piernas, como a los ladrones que habían sido crucificados con Él. *Porque al primero le quebraron los soldados las piernas y lo mismo al otro que había sido crucificado con Él; pero, llegados a Jesús y viendo que había expirado, no le quebraron las piernas* (Jn 19,32).

Ya hemos respondido a la pregunta de Celso: “¿Cómo puede, pues, probarse que lo supiera de antemano?” Respecto de esta otra: “¿Cómo puede ser inmortal un muerto?”, sepa quien quiera saberlo que no es inmortal un muerto, sino quien resucita de entre los muertos. Ahora bien, no solo no es inmortal un muerto, sino que Jesús mismo, que une en sí dos naturalezas, no fue inmortal antes de morir, precisamente porque tenía que morir. Es inmortal, sin embargo, cuando ya no morirá más: *Cristo, que ha resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte no tiene ya señorío sobre Él* (Rm 6,9), aunque no lo quieran los que no son capaces de entender en qué sentido se dijeron estas palabras.

17. El alto ejemplo socrático

Sandez grande es también esto: “¿Qué dios, qué demon o qué hombre sensato, sabiendo de antemano que le iba a pasar todo eso, no hubiera tratado en lo posible, de evitarlo y no arrojarse a lo mismo que preveía?” Pues también Sócrates sabía que tenía que beber la cicuta y morir y de haber hecho caso a Critón (Plat., *Crit*, 44-46), podía haberse fugado de la cárcel y no sufrir nada de eso. Sin embargo, según le pareció conforme a la razón, prefirió morir como un filósofo que no

vivir contra la filosofía. Y Leónidas, general de los lacedemonios, sabiendo que fatalmente tenía que morir con los defensores del paso de las Termopilas, no tuvo empeño en vivir ignominiosamente, sino que dijo a sus compañeros: “Vamos a tomar el desayuno para cenar en el Hades” (Cicerón, *Tuse, disp.* I, 42,101; Plutarco, *Mor.* 225D-306D). Y el que tenga gusto en reunir anécdotas semejantes, las hallará en abundancia. ¿Qué tiene pues de extraño que Jesús, “aun sabiendo lo que le iba a acaecer, no lo evitara, sino que se arrojó a lo mismo que preveía?” El mismo Pablo, su discípulo, habiendo oído lo que le iba a suceder si subía a Jerusalén, se arrojó intrépidamente a los peligros y reprendió a los que deshechos en lágrimas lo rodeaban y trataban de impedir su marcha a Jerusalén (Hch 21,12-14). Y muchos de nuestro tiempo sabían muy bien, que confesando el cristianismo morirían y con solo renegar de él, serían absueltos y recobrarían sus bienes; y, sin embargo, despreciaron la vida y aceptaron de buen grado la muerte por su religión.

18. El misterio de la presciencia divina

Seguidamente, el judío de Celso dice otra sandez comparable a la anterior: “Si sabía de antemano que uno lo había de traicionar y otro de negar, ¿cómo es que no lo temieron como a Dios, de suerte que ni el uno lo traicionara ni lo negara el otro?” Pero este sapientísimo Celso no vio la contradicción en que cae. Porque si como Dios lo supo de antemano y no era posible que fallara su presciencia, tampoco lo era que el que había previsto que lo traicionaría no lo traicionara y que el que había previsto que lo negaría no lo negara. Y de haber sido posible que el uno no lo traicionara ni lo negara el otro, de suerte que no se diera ni el traicionar ni el negar, por el hecho de haber sido de antemano advertidos, ya no hubiera salido verdadero el que dijo que uno lo traicionaría y otro lo negaría. Porque en realidad, conocía la maldad de dónde saldría la traición y esa maldad no se destruía por la mera presciencia. Y por el mismo caso, si sabía quién lo había de negar, predijo la negación, porque vio la flaqueza de que procedería la negación; pero esta flaqueza no podía desaparecer, así inmediatamente, por la mera presciencia.

¿Y de dónde sacaría Celso esto otro: “Mas el uno lo traicionó y lo negó el otro, sin tenerle el menor respeto”? Porque respecto de Judas, que lo traicionó, ya hemos demostrado (II, 11) que es mentira que entregara a su maestro sin respeto alguno; y no menos evidente es respecto del que lo negó; pues *yéndose afuera, lloró amargamente* (Mt 26,75).

19. Superficialidades de Celso

Superficial es también esto otro: “Porque es evidente que, si uno se percata de antemano que se acecha contra él, si lo advierte a sus acechadores, estos se apartan y se guardan”; puesto que muchos han armado sus acechanzas aun a quienes las han presentido. Después, como quien saca la conclusión de su razonamiento, dice: “Luego todo esto no sucedió porque estuviera previsto, pues es imposible; antes bien, el que hay sucedido demuestra que es mentira que fuera previsto, pues es desde todo punto imposible que quienes de antemano fueron advertidos persistieran en traicionar o negar”. Pero refutadas las anteriores premisas, refutada queda con ella la conclusión: “Todo esto no sucedió porque estuviera previsto”. Nosotros decimos que sucedió porque era posible; y puesto que sucedió, se demuestra que es verdadera la predicción, pues la verdad de una predicción del futuro se juzga por los sucesos reales. Mentira es, por ende, lo que dice Celso sobre que se demuestra que es mentira que Jesús predijera lo que predijo. Como es si sentido lo otro, de que “es imposible que quienes de antemano fueron advertidos persistieran en traicionarlo y negarlo”.

20. Otra vez el misterio de la presciencia divina

Veamos qué dice seguidamente: “Todo esto —dice—, lo predijo siendo Dios y era forzoso que lo predicho se cumpliera. Un dios, consiguientemente, llevó a sus discípulos y profetas, con quienes él comía y bebía, nada menos que a ser unos impíos y sacrílegos, él, que debiera hacer bien, desde luego, a todos los hombres y señaladamente, a sus propios comensales. A no ser que digamos que quien ha comido a la mesa de un hombre, jamás cometerá contra él una insidia; el que ha comido, en cambio, con un dios, se la armó. Y lo que es aún más absurdo, fue el dios mismo quien se la armó a sus comensales haciéndolos traidores e impíos”.

Ya que quieres que refute también los argumentos de Celso, que para mí son patentemente insustanciales, voy a responder a eso como sigue. Celso opina que una cosa profetizada, acaece precisamente por haber sido profetizada en virtud de una presciencia. Pero nosotros no concedemos tal cosa, sino que decimos, que no es el profeta la causa del hecho futuro porque predijera que iba a suceder; es más bien el hecho futuro que hubiera sucedido predicho y sin predecir, el que procura la causa de que el profeta, que lo conoce de antemano, lo prediga. Y todo esto está en la presciencia del profeta: puede suceder una cosa y puede no suceder; pero de las dos sucederá una

sola. Y no afirmamos que el profeta quite la posibilidad de que una cosa suceda o no suceda y pueda decir, por ejemplo: “Esto sucederá absolutamente y no es posible que suceda de otro modo”. Y esto se da en toda presciencia que toca a nuestro libre albedrío, ya se trate de las Escrituras divinas o de las historias y leyendas de los griegos. Así, el que los dialécticos llaman “razonamiento perezoso”, sofisma como es, no lo sería según Celso; pero, según toda sana razón, es sofisma.

Para que se entienda esto más claramente aduciré, de la Escritura, las profecías sobre Judas o la presciencia que acerca de su traición tuvo nuestro Salvador; y de las leyendas griegas, el oráculo que se dio a Layo, dando de momento por bueno que sea verdadero, pues ello no afecta a nuestro razonamiento. Así pues, sobre Judas se habla, en persona del Salvador, en el salmo 108, que comienza así: *¡Oh Dios!, no calles mi alabanza, porque la boca de un malvado y embustero se ha abierto contra mí* (v. 1). Si se mira bien lo que se escribe en el salmo, se verá que si es cierto que fue de antemano sabido que Judas traicionaría al Salvador, también lo fue que él sería culpable de la traición y merecedor, por tanto, de las maldiciones que por su maldad se le echan en la profecía. Padezca, se dice, todo esto, *porque no se acordó de practicar la misericordia y persiguió a un hombre pobre y mísero* (v. 16). Luego, pudo acordarse de practicar la misericordia y dejar de perseguir al que persiguió. Per pudiendo, no lo hizo, sino que cometió la traición; luego bien merece las maldiciones de la profecía contra él.

A los griegos les citaremos el oráculo que se dio a Layo, que es como sigue, ya sea que se trate de su tenor literal o del trágico que escribiera algo equivalente. Le dice pues, el que sabía bien lo por venir:

“No siembres surco de hijos, contrariando
el querer de los dioses; que si un hijo
engendrades, ha de matarte el engendrado y por un baño
de sangre pasará tu casa entera”.

(Euríp., *Phoin.* 18-20.)

También aquí se ve claro que estaba en mano de Layo “no sembrar surco de hijos”, pues no le iba a mandar el oráculo algo que no pudiera hacer. Podía también sembrarlos y a ninguna de las cosas se le forzaba. Pero, por no guardarse de “sembrar el surco de hijos”, se siguieron los desastres que nos cuenta la tragedia sobre Edipo y Yocasta y los hijos de ambos.

En cuanto al “argumento perezoso”,⁸ que es puro sofisma, es como sigue y se dice, por ejemplo, a un enfermo, disuadiéndole sofísticamente, de que llame al médico para curarse. Se formula así: Si está determinado que te levantes de la enfermedad, llames al médico o no lo llames, te levantarás. Pero si está determinado que no te levantes, llames al médico o no lo llames, no te levantarás. Es así que, o está determinado que te levantes de la enfermedad o está determinado que no te levantes, luego es inútil que llames al médico. Pero a este razonamiento se le puede oponer con gracia este otro: Si está determinado que engendres hijos, los engendrarás tanto si intimas con mujer como si no. Y si está determinado que no engendres hijos, no los engendrarás, tanto si intimas con mujer como si no. Es así que está determinado que engendres hijos o que no los engendres, luego en vano intimas con mujer. Como en este caso es inconcebible e imposible engendrar hijos quien no se una con la mujer y, por ende, no es vana tal unión, así, si la curación de la enfermedad se hace por vía médica, hay que acudir necesariamente al médico y es falso decir: En vano se llama al médico.

Todo esto lo hemos traído a cuento, por lo que sentó ese sapientísimo de Celso diciendo: “Lo predijo como dios y era desde todo punto necesario que lo predicho se cumpliera”. Porque si ese “desde todo punto” lo entiende como absolutamente necesario, no se lo concederemos, pues podía también no haber sucedido; pero si el “desde todo punto” se entiende que sucederá algo que no deja de ser verdad, aunque sea también posible que no suceda, nuestro razonamiento queda intacto; y de que Jesús predijera la traición de uno de sus discípulos y la negación de otro, no se sigue que fuera culpable de una impiedad o de una acción criminal. Porque quien, según nosotros, conoce lo que hay en el hombre (Jn 2,25) y vio el mal carácter de Judas y el crimen que cometería llevado por su avaricia, así como de no tener la fe que debía en su maestro y pudo, entre otras, decir aquellas palabras: *El que mete conmigo su mano en el plato, ese me entregará* (Mt 26,23).

21. Vuelta sobre las tonterías de Celso

Y es de ver también, cuan superficial y palpable mentira es la afirmación de Celso, de que “no

⁸ Cic., *De fato* XII, 28ss: “Si es hado para ti que te cures de esta enfermedad, llames o no al médico, te curarás. Por el mismo caso, si es hado para ti que no te cures de esta enfermedad, llames o no al médico, no curarás y, en uno y otro caso, no hay para qué llamar al médico”. Y prosigue: “Rectegenus hoc interrogationis ignavum afoue iners nominatum est, quod eadem ratione omnis e vita tolletur actio”. El argumento era, originariamente, anti estoico. El sofisma puede trasladarse, dentro de la mentalidad cristiana, a la providencia. De él se hace cargo Orígenes en el *De oratione*.

es posible que quien participa de la mesa de un hombre, atente contra él. Y si nadie atentaría contra un hombre, mucho menos pudiera, quien se ha sentado a un banquete con un dios, atentar contra ese dios". Porque, ¿quién no sabe que muchos, después de compartir "la sal y la mesa", atentaron contra los que les ofrecieron hospitalidad? Llena está la historia de griegos y bárbaros de casos semejantes; y el poeta yámbico de Paros le echa en cara a Licambes, haber infringido los pactos después de "la sal y la mesa" y le dice:

"Violaste el gran juramento, la sal y la mesa".

(Arquílogo, *fragm.* 96, Bergk.)

Y los que se interesan por la erudición histórica y a ella se entregan en cuerpo y alma, abandonando estudios más necesarios sobre cómo se haya de vivir, presentarán muchos más ejemplos de cuántos antiguos comensales atentaron contra quienes les ofrecieron su hospitalidad.

Luego, como quien resume en demostraciones e inferencias conexas su razonamiento, dijo: "Y lo que es más absurdo, el mismo Dios atentó contra sus comensales, haciéndolos traidores e impíos". Pero, ¿cómo pudiera demostrar que Jesús "atentó" contra sus discípulos o "los hizo traidores e impíos", si no es por cierta inferencia que él imaginó, que cualquiera puede refutar con la mayor facilidad?

22. El cuerpo de Jesús fue capaz de padecer

Después de esto dice: "Si todo eso había él aceptado y se sometió al castigo por obedecer a su padre, es evidente que, siendo dios y sufriendo porque quería, no podía serle doloroso ni molesto lo que le venía según su voluntad". Celso no vio que se estaba contradiciendo a las primeras palabras. Porque, si concede que fue castigado, pues así lo había Él aceptado y por obediencia a su Padre se entregó a sí mismo, es evidente que fue castigado y no era posible que los tormentos que le infligieron sus verdugos dejaran de serle dolorosos, pues el dolor está fuera del dominio de la voluntad. Pero si por quererlos, no le eran dolorosos ni molestos los tormentos, ¿cómo admitió Celso que fue castigado? Es que no vio que una vez que Jesús tomó por su nacimiento un cuerpo, lo tomó capaz de los dolores y de las molestias que acaecen a los que tienen cuerpo, si por molestia entendemos lo que no está en nuestra voluntad. Así pues, como voluntariamente asumió un cuerpo no enteramente de otra naturaleza que la carne humana, así, con el cuerpo asumió también los dolores y molestias del cuerpo que no estaba ya en su mano dejar de sentir; en mano, en cambio,

de sus verdugos estaba infligirle dolores y molestias. Anteriormente (II, 10) hemos defendido, que de no haber Él querido caer en manos de los hombres, no hubiera caído. Si cayó fue porque quiso, por razón, como antes demostramos (I, 54-55), del beneficio que de morir Él por los hombres resultaría a todo el mundo.

23. Parcialidad de Celso en sus citas del Evangelio

Luego intenta demostrar haber sido para él doloroso y molesto lo que le avino y que, aunque hubiera querido, no habría podido hacer que no lo fuera y dice: “¿Por qué, pues, se queja y lamenta y ruega que pase por él de largo el miedo de la muerte, diciendo poco más o menos; ¡Oh Padre, si pudiera pasar de largo este cáliz!?” También aquí se puede ver la malignidad de Celso, que, sin llegar a considerar la sinceridad de los autores de los evangelios, que pudieran haber callado lo que según él opina, se presta para acusación, no lo callaron por muchas razones; cosa que en momento oportuno alegrará quien comente los evangelios; así entonces, Celso falsea la frase evangélica, exagerándola y poniendo lo que no está escrito. Y esto es así, porque en ninguna parte se halla que Jesús se lamentara. Además, tergiversa las palabras de Jesús: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz* (Mt 26,39) y omite lo que está inmediatamente después escrito y es de este tenor: *Sin embargo, no como yo quiero, sino como quieras Tú* (ibid.); palabras que ponen bien de manifiesto la piedad para con su Padre y con su propia grandeza de alma. También manifiesta no haber leído esto otro texto: *Sí no puede pasar de mí este cáliz, sino que tengo que beberlo, hágase tu voluntad* (Mt 26,42), que manifiesta igualmente la sumisión de Jesús a su Padre respecto a los sufrimientos que le estaban determinados. Con ello imita Celso a los impíos que leen malignamente la Escritura y *hablan iniquidad contra lo alto* (Sal 72,8). Son los que parecen haber leído: *Yo mataré* y nos lo echan muchas veces en cara; pero no se acuerdan siquiera de la otra parte: *Y yo haré vivir* (Dt 32,39), siendo así que el dicho entero quiere decir, que Dios mata a los que viven para el mal común y obran conforme a la maldad, pero les infunde en su lugar vida superior, lo cual es natural de Dios, a los que mueren al pecado. Leen que se dice: *Yo heriré*, pero ya no ven que lo otro: *y yo curaré* (Dt 32,39), es como lo que dice un médico⁹ que corta las carnes, hace dolorosas heridas, a fin de arrancar lo que daña e impide la salud; y es de ver cómo el médico no se cansa de hacer

⁹ El ejemplo del médico es corriente en Orígenes para explicar amenazas y castigos y, en este contexto, se remonta a Plat., *Gorgias* 480c (Chadwick).

sufrir y cortar, hasta que, gracias a su cura, restablece al cuerpo en la salud que le conviene. Tampoco leen entero el texto: *Porque Él hace la llaga y Él la sana* (Jb 5,18), sino que se quedan con: *Él hace la llaga*. Así, el judío de Celso cita las palabras: “¡Oh Padre, ojalá pudiera pasar de mí este cáliz!”, pero omite las que siguen, que demuestran la prontitud y valor de Jesús para padecer. Pero por lo pronto, omitimos estos puntos que requerirían una larga explicación, dada con aquella sabiduría de Dios, que se concede razonablemente a los que Pablo llama perfectos cuando dice: *Sabiduría, en cambio, hablamos entre los perfectos* (1Co 2,6) y solo brevemente recordaremos lo que viene a nuestro propósito.

24. Breve meditación sobre la oración del huerto

Ya hemos dicho anteriormente (II, 9), que algunos dichos pertenecen al que en Jesús era primogénito de toda la creación (Col 1,15). Así este: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6) y otros por el estilo. Otros dichos en cambio, se refieren al hombre que había en Él, por ejemplo: *“Mas ahora buscáis matarme, a mí, que os he dicho la verdad que oí de mi Padre”* (Jn 8,40). Así pues, también aquí describe Jesús lo que había en su naturaleza humana, lo que había de débil en la carne humana y lo que había de animoso en su espíritu. Lo débil de la carne está en estas palabras: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*; lo animoso del espíritu en estas otras: *Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú quieras (ubi supra)*. Es más, si hemos de mirar también el orden de las expresiones, observaremos que se dice primero lo que atañe, por así decir, a la debilidad de la carne y es un solo dicho; y posteriormente lo de la prontitud del espíritu, que son varios dichos. Un solo dicho es, en efecto, este: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*; más de uno son sin embargo estos: *No como yo quiero, sino como tú*; y este otro: *Padre mío, si no es posible que pase de mí este cáliz, hágase tu voluntad*. Hay que observar que no se dijo: *Pase de mí este cáliz*, sino que se dijo piadosamente y con reverencia el dicho entero: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*.

Conozco también otra explicación para este pasaje, que es como sigue: Como viera el Salvador las calamidades que el pueblo y Jerusalén habrían de padecer, en castigo por los crímenes que contra Él cometerían los judíos, por el solo amor que les tenía y no queriendo que el pueblo padeciera lo que iba a padecer, dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*. Como si dijera: Ya que por beber yo este cáliz de suplicios, toda la nación será abandonada por Ti, te ruego, que, si es

posible, pase de mí este cáliz, a fin de que esta porción tuya (Dt 32,9) no sea enteramente abandonada en castigo por el crimen que cometerá contra mí.

Por lo demás, si como afirma Celso, nada sufrió Jesús en aquel momento, doloroso ni molesto, ¿cómo podían los que estaban por venir, aprovecharse de su ejemplo para soportar las molestias y trabajos por la religión, dado caso que Él no sufriera lo que sufren los hombres, sino que fue todo apariencia?

25. Los apóstoles no mintieron

Dice además el judío de Celso a los discípulos de Jesús, a quienes acusa de haber inventado todo esto: “Ni mintiendo fuisteis capaces de encubrir verosímilmente vuestras ficciones”. A esto respondo, que había un camino fácil para encubrir todo eso y era no consignarlo en absoluto por escrito. En efecto, de no contenerlo los evangelios, ¿quién nos podía echar en cara que Jesús dijera eso en el tiempo de su encarnación? Pero Celso no cayó en la cuenta de que es imposible que los mismos hombres se engañaran sobre Jesús como Dios y Mesías profetizado, e inventaran sobre Él, a ciencia y conciencia, claro está, que no era verdad lo que se inventaban. De donde se sigue que, o no inventaron, sino que así sentían y sin mentir escribieron, o escribieron mintiendo y no sentían eso, ni, engañados, lo tuvieron por Dios.

26. Los que alteran el Evangelio

Luego dice que algunos de los creyentes, “como si, en plena borrachera acometieran contra sí mismos, alteran de su primer texto el Evangelio tres y cuatro y más veces y lo trastornan para poder negar las objeciones que se les ponen”. Yo no conozco quiénes alteren el Evangelio si no son los marcionitas y valentinianos y acaso también los secuaces de Lucano.¹⁰ Pero esto que se dice no es culpa de nuestra doctrina, sino de quienes tienen bastante audacia para falsificar los evangelios. No es culpa de la filosofía que haya unos sofistas o unos epicúreos y peripatéticos o cualesquiera otros que sostienen falsas opiniones; así, no es culpa del verdadero cristianismo que haya quienes trastornan los evangelios e introducen sectas ajenas al sentido de la enseñanza de Jesús (cf. III, 12; V, 61).

¹⁰ Marcionita independiente; cf. Hippol., *Ref.* VII, II; VII, 37, 2; Tertull., *De carnis resurr.* 2.

27. De nuevo el tema de las profecías

Luego, el judío de Celso echa en cara a los cristianos, que “se valgan de los profetas que de antemano anunciaron lo que atañe a Jesús”. A lo dicho anteriormente (I, 49-57), añadiremos ahora, que, si Celso tiene, como dice, “consideración a los hombres”, debiera haber citado las profecías y defendiendo su sentido verosímil, presentar los argumentos que le parecieran capaces de refutar el uso que los cristianos hacen de ellas. De esta manera no daría la impresión de intentar resolver tamaño asunto con unas frasecillas, más aún cuando dice, que “a infinitos otros se le podrían aplicar las profecías con mucha más verosimilitud que a Jesús” (cf. I, 50-57). Deber suyo era, haberse enfrentado cuidadosamente con esta prueba que los cristianos tienen por la más fuerte y exponer profecía por profecía, que “se adaptan más verosímilmente a otros infinitos que no a Jesús”. Pero ni siquiera cayó en la cuenta de que hablar así contra los cristianos, tuviera visos de probabilidad en alguien ajeno a los escritos proféticos; pero lo cierto es que Celso puso en boca de un judío lo que jamás habría dicho un judío. Efectivamente, jamás convendrá un judío en que las profecías se puedan ajustar más verosímilmente a infinitos otros que no a Jesús. No, el judío dará la explicación que a él le parezca más clara y tratará de oponerse a la interpretación de los cristianos. No dirá en absoluto cosas que merezcan fe, pero intentará sin duda hacerlo.

28. La rabia judaica

Ya antes dijimos (I, 56) que fue profetizado que habría dos advenimientos de Cristo al género humano; por eso no hay necesidad de responder a lo que se supone dice el judío: “Los profetas afirman que el que ha de venir será señor de toda la tierra y de todas las naciones y ejércitos”. Y muy al modo judío dijo también, según yo creo y muy de acuerdo con la rabia con que insultan a Jesús sin demostración alguna siquiera probable, que “no predijeron perdición semejante”. Pero ni los judíos, ni Celso, ni nadie demostrará ser una “perdición”, el que a tantos hombres convierte del aluvión de los vicios a una vida conforme a la naturaleza con templanza y demás virtudes.

29. La paz, preparación para la venida de Jesús

Celso añade lo siguiente: “Nadie recomienda a Dios o al Hijo de Dios por tales signos y malas inteligencias y por argumentos tan poco nobles”. Era su deber presentar tales malas inteligencias

y refutarlas; deber era igualmente, demostrar por un razonamiento la poca nobleza de los argumentos; y si el cristiano parecía decir algo razonable, tratar de combatirlo y echar por tierra sus razones. En cuanto a lo que dijo que debía haber acontecido con Jesús, aconteció, en efecto, como con alguien grande; pero Celso no quiso ver que aconteció, por más que la evidencia está en favor de Jesús. “Y es así que como el sol —dice—, al iluminarlo todo, se muestra primeramente a sí mismo, así debiera haber hecho el Hijo de Dios”. Ya hemos dicho que así lo hizo, pues *floreció en sus días la justicia y hubo abundancia de paz...* (Sal 71,7). Lo que se cumplió apenas nacido, pues así quería Dios preparar a los pueblos para su doctrina. Todos estaban bajo un solo emperador romano, pues la incomunicación entre los pueblos que había traído la multiplicidad de reinos, hubiera dificultado a los apóstoles cumplir el mandato que Jesús les diera diciendo: *Marchad y haced discípulos míos en todos los pueblos* (Mt 28,19). Y es bien notorio que Jesús nació bajo el imperio de Augusto, el que igualó (digámoslo así) a muchedumbres de hombres sobre la tierra, por la existencia de un solo imperio. El que hubiera habido muchos imperios, hubiera sido un obstáculo para la propagación de la doctrina de Jesús por todo el orbe, no solo por las razones antedichas, sino porque las gentes, dondequiera, hubieran tenido que salir a campaña y combatir por su patria. El hecho se dio en tiempos antes de Augusto y aún más antiguamente, siempre que, como en la guerra de lacedemonios y atenienses, otros pueblos hubieron de luchar unos contra otros. ¿Cómo, pues, iba a imponerse una doctrina de paz, que no permite ni vengarse de los enemigos, si al advenimiento de Jesús, la situación del orbe no hubiera adquirido en todas partes un carácter más suave?

30. Jesús, Verbo del Padre

Luego acusa a los cristianos “de sofisticar, diciendo que el Hijo de Dios en su propio Logos” y se imagina probar su acusación, pues, “proclamando que el Logos es Hijo de Dios, no presentamos un Logos puro y santo, sino un hombre conducido con la mayor ignominia al suplicio y puesto en un madero”. Ya antes (II, 9) hemos respondido brevemente, a las acusaciones de Celso sobre este punto e hicimos ver cómo *el primogénito de toda la creación* (Col 1,15) tomó cuerpo y alma humana. Allí dijimos que Dios mandó sobre cosas tan grandes del universo y fueron creadas y cómo el que recibió ese mandato fue el Logos Dios. Y ya que es un judío el que dice eso, no estará

fuera de lugar valernos del salmo (106,20): *Envió su Logos y los curó y los libró de sus corrupciones*, texto que ya recordamos arriba (I, 64). Yo, aunque he tratado con muchos judíos que profesan ser sabios, no he oído a ninguno que alabe el dicho de que “el Hijo de Dios es Logos”, como dice Celso, cuando atribuye a su judío estas palabras: “Si el Logos, según vosotros, es el Hijo de Dios, también nosotros lo aceptamos”.

31. La genealogía de Jesús

Ya anteriormente (II, 7) hemos dicho que Jesús no puede ser ni “un fanfarrón” ni “un mago” o hechicero; por eso no es necesario repetir lo dicho, para no contestar a las repeticiones de Celso con otras repeticiones. Ahora, al meterse con la genealogía de Jesús, no dijo una palabra sobre la diferencia de las genealogías, problema que se discute entre los mismos cristianos y que algunos nos presentan como una acusación. Y es que Celso, el verdadero “fanfarrón” que proclama saber todo lo que atañe a los cristianos, no supo buscar inteligentemente las dificultades de la Escritura. Dice, en cambio, que fueron “unos insolentes los que hicieron descender a Jesús del primer hombre y de los reyes de los judíos”. Y se imagina decir algo maravilloso, añadiendo que “la mujer del carpintero no ignoraría venir de tan alta estirpe”. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro tema? Demos por hecho que no lo ignorara. ¿Cómo daña esa falta de ignorancia nuestro propósito? Pero demos por hecho que lo ignoraba. ¿Es que por ignorarlo no venía del primer hombre? ¿No se remontaría por eso su alcurnia a los reyes de los judíos? ¿O es que piensa Celso que es forzoso que los pobres nazcan de gente aún más pobretona y los reyes de reyes? Me parece pues, vano gastar tiempo en este punto, como quiera que es cosa patente haber nacido, aun en nuestros tiempos, de padres ricos e ilustres, hombres más pobres que María; y de padres oscuros, caudillos de pueblos y reyes.

32. Hay que creer, o no creer, al Evangelio entero

“¿Qué hizo Jesús —dice Celso— de noble o insigne como Dios? ¿Despreció a los hombres y se río y burló de lo que le acaeciera?” A quien así pregunta, ¿de dónde, sino de los evangelios podemos responderle, si queremos presentar lo insigne y maravilloso que se dio en lo que le acaeciera? Ahora bien, los evangelios cuentan que la *tierra tembló y se partieron las rocas y se abrieron los sepulcros* (Mc 15,38; Mt 27,51). *Y que el velo del templo se rasgó de arriba abajo y por*

eclipse del sol, se produjeron tinieblas en pleno día (Lc 23,44). Ahora, si Celso cree a los evangelios, de donde se imagina tener ocasión para acusar a Jesús y a los cristianos y les niega crédito en cosas que demuestran su divinidad, tendremos que decirle: Amigo, o niega fe a todo y no pienses ni en acusar, o cree a todo y admira al Logos de Dios que se hizo hombre para hacer bien a todo el género humano. Por lo demás, obra insigne de Jesús es que, hasta hoy, en su nombre, se curan aquellos que Dios quiere que se curen. Sobre el eclipse acontecido en tiempo de Tiberio César, bajo cuyo imperio parece haber sido crucificado Jesús y sobre los grandes terremotos de entonces, escribió Flegón, creo que en el libro trece o catorce de su *Crónica* (cf. II, 14).

33. Jesús sufre porque quiere

Para burlarse de Jesús, según él cree, el judío de Celso escribe que conoce lo que dice el Baco de Eurípides: “El Dios mismo, con solo que yo quiera, me desata” (Eurip., *Bacchae* 498).

Ahora bien, no son los judíos muy amigos de las letras griegas. Pero otorguemos que algún judío lo haya sido hasta ese punto. ¿Se sigue que Jesús, por el hecho de que no se desató estando atado, no se pudiera desatar? Si no, crea por nuestras Escrituras que también Pedro, encadenado en la cárcel, desatándole un ángel las cadenas, salió de ella (Hch12,6-9); y Pablo, juntamente con Silas, atado al cepo en Filipo, ciudad de Macedonia, fue desatado por virtud divina, en ocasión que se abrieron las puertas de la prisión (Hch 16,24-26). Pero es probable que Celso se ríe de todo esto, si no es que ni leyó del todo la historia. Porque seguramente hubiera dicho contra ella que también los hechiceros, con sus encantamientos, desatan cadenas y abren puertas. Y así equipararía los artilugios de los magos con lo que entre nosotros se cuenta.

“Pero ni siquiera el que lo condenó, dice, sufrió nada, como Penteo, que se volvió loco y se despedazó a sí mismo”. Pero Celso no sabe que quien condenó a Jesús no fue tanto Pilato, que *sabía que por envidia lo habían entregado los judíos* (Mt 27,18), cuanto el pueblo judío y este sí que fue condenado por Dios, quedó desgarrado y disperso por toda la tierra, más despedazado que Penteo. ¿Y cómo es que pasó adrede por alto lo que se cuenta de la mujer de Pilato, la cual tuvo un sueño y quedó de él tan impresionada que le mandó decir a su marido: *No te metas con ese hombre justo, pues por él he sufrido hoy mucho entre sueños?* (Mt 27,19).

Y una vez más se calla Celso, lo que pone de manifiesto la divinidad de Jesús y trata de insultarlo por lo que está escrito en los evangelios. Y así trae a cuento a los soldados que “hicieron burla

de él, lo cubrieron de un manto de púrpura, lo coronaron de espinas y le pusieron una caña en la mano”. Ahora bien, ¿de dónde, Celso, has sabido todo eso, sino de los evangelios? Tú has visto que todo eso son cosas ignominiosas; pero los que las pusieron por escrito no consideraron que tú y los que a ti se parecen harían burla de ellas, sino que otros tomarían de ahí ejemplo para despreciar a los que se ríen y mofan de quien muere voluntariamente por la religión. Admira más bien el amor a la verdad de los evangelistas y la nobleza de quien todo eso padeció voluntariamente por los hombres; y todo lo soportó con paciencia y magnanimidad, pues no se escribe que, por haber sido condenado a muerte, se “lamentara” ni pensara o dijera nada innoble.

34. Preguntas viles

Prosigue Celso: “¿Por qué, si no antes, ahora al menos, no muestra algo divino y se libra a sí mismo de esta vergüenza y se venga a sí mismo y a su Padre de quienes los insultan?” A esto hay que decir que tal pregunta, vale tanto como preguntar a los griegos que introducen la providencia y admiten los signos divinos o milagros: ¿Cómo es que Dios no castiga a los que escarnecen a la divinidad y destruyen la providencia? La defensa que sobre este punto aleguen ellos, la alegaremos también nosotros y aún mejor. Por lo demás, algún signo divino se produjo, el eclipse de sol y demás milagros, que pusieron de manifiesto que había en el crucificado algo divino y muy superior al vulgo.

35. La sangre de Jesús

Luego dice Celso: “¿Y qué dice cuando su cuerpo estaba puesto en el palo? ¿Qué *icor* salió de él

“cual a los dioses bienhadados correr suele” (*Ilíada* 5,340.)”?

Celso habla en son de burla, pero nosotros le demostraremos por los evangelios, que fueron escritos en serio, aunque mal le pese, que del cuerpo de Jesús no corrió el *icor* mítico de que habla Homero, sino que, estando ya muerto, *uno de los soldados le hirió con la lanza su costado y salió sangre y agua. Y el que lo vio, lo atestigua y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad* (Jn 19,34). Ahora bien, la sangre de los cuerpos muertos se coagula y no brota de ellos agua limpia; pero la maravilla en el cuerpo muerto de Jesús, fue que del costado del cuerpo muerto saliera sangre y agua. Pero la táctica de Celso es aducir frases de los evangelios, torcidamente

interpretadas por añadidura, para acusar a Jesús y a los cristianos y callar lo que demuestra la divinidad de Jesús; pero si se quiere escuchar los signos divinos, lea el Evangelio y vea cómo el centurión y su gente, que custodiaban a Jesús, viendo el terremoto y los otros fenómenos, temieron sobremanera diciendo: *Verdaderamente este era hijo de Dios* (Mt 27,54).

36. La hiel y el vinagre

Después de esto el judío, que solo toma del Evangelio las frases que cree sujetas a crítica, “le reprocha a Jesús el vinagre y la hiel, como si hubiera sido demasiado propenso a beber y no hubiera sido capaz de resistir la sed, como la resiste muchas veces cualquier otro”. Esto tiene su explicación propia en la tropología; pero aquí es menester dar la explicación ordinaria a la dificultad diciendo que fue predicho por los profetas. Efectivamente, en el salmo 68 se escribe acerca de la persona de Cristo: *Y me mezclaron hiel en la comida y en mi sed me abrevaron con vinagre* (Sal 68,22). Digan los judíos quién es el que esto dice en la profecía y demuéstrennos por la historia quién tomó por comida hiel y fue abrevado en su sed con vinagre. Y si van tan lejos que digan que al Mesías que ellos piensan ha de venir le acontecerán estas cosas, nosotros les replicaremos: ¿Y qué inconveniente hay en que se haya cumplido ya lo profetizado? Y esto que se predijo con tantos años de anticipación, si se junta a las otras predicciones proféticas, es argumento suficiente para mover a quien inteligentemente examine el conjunto de las cosas que se deben admitir y que apuntan a que Jesús es el Mesías profetizado e Hijo de Dios.

37. Recriminaciones contra judíos

Después de esto nos dice a nosotros especialmente el judío: “¿Conque nos recrimináis a nosotros, ¡oh fidelísimos de vosotros!, porque no tenemos a este por Dios, ni convenimos con vosotros en que padeció todo eso en beneficio de los hombres, a fin de que también nosotros despreciáramos los suplicios?” A esto responderemos que, en efecto, recriminamos a los judíos que criados en los pechos de la ley y los profetas que de antemano anuncian a Cristo, ni resuelven los argumentos con que nosotros demostramos que Jesús es el Mesías, resolución que les procuraría alguna excusa para no creer; ni, ya que no los resuelvan, creen en el que fue claramente profetizado y demostró a sus discípulos, aun después del tiempo de su encarnación, que todo eso lo sufrió por amor de los hombres. Y es así, que el fin de su primer advenimiento no fue juzgar las obras de los hombres

antes de enseñarles y darles ejemplo de cómo debían portarse, ni tampoco castigar a los malos y salvar a los buenos. No; el Señor quería primeramente sembrar su propia doctrina milagrosamente y con cierta virtud divina entre todo el género humano, tal como lo habían predicho también los profetas. Les recriminamos, además, que cuando les demostraba la virtud que habitaba en Él no le creyeron, sino que dijeron que, en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, arrojaba del alma de los hombres a los demonios (Mt 12,24 Mt 9,34). Les recriminamos también, que no reconocieran su amor a los hombres en no dejar, no ya una ciudad, ni siquiera una aldea en que no anunciara el reino de Dios, sino que le calumniaron y vituperaron de vagabundo que andaba errante en un cuerpo innoble (I, 61, 69). Porque no es cuerpo innoble el que soportó tantos trabajos por el bien de quienes, dondequiera, pueden oír la palabra de Dios.

38. Mentira patente

Pero, ¿cómo no calificar de mentira patente lo que dice el judío de Celso, acerca de que “Jesús no convenció a nadie mientras vivió, ni siquiera a sus discípulos; fue castigado y sufrió tales ignominias”? Porque, ¿de dónde nació la envidia contra Él de los que entre los judíos eran príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas, sino de las muchedumbres que lo seguían hasta los mismos desiertos, persuadidas y subyugadas no solo por la consecuencia de sus discursos —pues hablaba siempre tal como convenía a sus oyentes—, sino también por sus milagros, con que impresionaba a incluso a los que no creían por la consecuencia de sus discursos? ¿Cómo no tener por mentira patente “que no convenciera ni a sus discípulos”? Ciertamente que, por miedo (pues no estaban aún ejercitados en la fortaleza), sufrieron lo que suelen sufrir los hombres, pero no hasta el punto de perder su fe en Él como Mesías. Y es así que Pedro, después de negarle, al darse cuenta del mal que había hecho, *salió afuera y lloró amargamente* (Mt 27,75). En cuanto a los otros, si es cierto que se desalentaron ante lo que sucedió, aún lo siguieron admirando y luego, al aparecérselos resucitado, se fortalecieron en la fe mucho más que antes, acerca de que Él era Hijo de Dios.

39. Indigno de un filósofo

Algo indigno de un filósofo sufrió Celso, al imaginar que la superioridad de Jesús entre los hombres, no consiste en su doctrina de salud y en su carácter puro: Jesús debiera haber obrado contra lo que pedía la persona que asumiera y habiendo asumido la mortalidad, no morir, o en caso

de morir, no con muerte que pudiera servir de ejemplo a quienes, justamente por ese hecho, sabrían morir por la religión y confesarla francamente ante quienes yerran en materia de religión e irreligión. Son los que tienen a los hombres religiosos por los más irreligiosos y se imaginan ser religiosísimos los que yerran sobre Dios y aplican a cualquier cosa menos a Dios la recta idea de Dios. Lo cual es señaladamente cierto, cuando se abalanzan hasta quitar la vida a quienes se han rendido con toda el alma, hasta la muerte, a la evidencia de un Dios único y supremo.

40. El ejemplo de Sócrates

Celso acusa además a Jesús, por boca del ficticio judío, de que “no se mostró puro de todos los males”. Díganos entonces ese sabio de Celso, de qué males no se mostró puro Jesús. Porque si afirma que no estuvo limpio de los males propiamente dichos, demuestre claramente una sola obra mala en Él. Pero si entiende por males la pobreza y la cruz y las insidias de hombres malvados, es evidente que afirma haberle también sucedido males a Sócrates, que no había podido mostrarse limpio de todo mal.¹¹ Ahora bien, cuán grande sea la muchedumbre de filósofos griegos pobres y que voluntariamente abrazaron la pobreza, el vulgo mismo lo sabe por lo que de ellos se escribe. Así, de un Demócrito, que dejó sus campos para pastos de ovejas; de un Crates, que se liberó a sí mismo haciendo obsequio a los tebanos, de todo el dinero que logró de la venta de todos sus bienes (Diog. Laert., VI, 87). Y Diógenes, por su extrema parquedad, vivía en un tonel y nadie que tenga siquiera mediana inteligencia, dirá que por ello viviera Diógenes entre males (Diog. Laert., VI, 23).

41. La fe en Jesús se acrecienta constantemente

Niega Celso, además, que Jesús “estuviera exento de toda reprensión”. Pues demuéstrenos quién de los que abrazaron su doctrina, consignó por escrito nada verdaderamente reprensible en Jesús. Y si su acusación de reprensible no se funda en ellos, muéstrenos dónde se informó para decir que no fue irreprochable. Jesús hizo creíbles sus promesas por los beneficios que hizo a los que se le adhirieron. Y nosotros, que vemos continuamente cómo se cumple lo que Él dijo antes de que sucediera, que este evangelio se predica en todo el mundo (Mc 13,10), que sus discípulos

¹¹ Pero Sócrates profesa justamente la doctrina de que el solo mal verdadero es el mal moral. Esta idea atraviesa toda la *Apología* platónica, el *Critón* y el *Gorgias* mismo (cf. *infra* VI, 54-55). La doctrina se hizo luego estoica y por la muerte de Sócrates argumentaban los estoicos (cf. Philo, *De prov.* II, 24; Plutarch., *Mor.* 105,1c).

marchan a todos los pueblos y por dondequiera se anuncia su palabra (Mt 28,19) y son llevados ante gobernadores y reyes no por otra causa que su enseñanza (Mt 10,18), lo admiramos atónitos y día tras día fortalecemos nuestra fe en Él. Yo no sé con qué hechos mayores y más manifiestos quería Celso que hiciera Jesús creíbles sus profecías; a no ser que, por lo que se ve, el *Logos, que es Jesús hecho hombre*, no quisiera que sufriera nada humano, ni se convirtiera para los hombres, en noble ejemplo de cómo haya que soportar los acontecimientos adversos. Estos le parecen acaso a Celso la cosa más lamentable e ignominiosa, pues para él el dolor es el mayor de los males y el placer, el bien sumo. Pero semejante opinión no la sostuvo ninguno de los filósofos que creen en la providencia y confiesan que el valor, la constancia y magnanimidad son virtudes. En conclusión, no desacreditó Jesús la fe en Él por lo que sufrió; más bien la fortaleció en quienes están dispuestos a abrazarse con el valor y saben enseñados por Él, que la vida propia y verdaderamente bienaventurada no es de este mundo, sino del que, según sus propias palabras, se llama *siglo presente* (Mt 12,32). El vivir en cambio, en el que se llama *siglo presente* (Ga 1,4) es una desgracia o el primero y mayor combate del alma.

42. El «descensus ad inferos»

Luego se vuelve a nosotros y nos dice: “No diréis, por cierto, que, no habiendo logrado persuadir a los de la tierra, marchó al Hades a convencer a los de allá”. Ahora pues, por muy mal que le parezca a Celso, le diremos que mientras estuvo en el cuerpo, no persuadió a pocos, sino a tantos en número que, por razón de su muchedumbre, se conspiró contra su vida; y cuando vino a ser alma desnuda del cuerpo, conversó con almas desnudas del cuerpo y de ellos convirtió las que quisieron convertirse o las que por las razones que Él sabía, vio que eran más idóneas.

43. Los discípulos de Jesús, crucificados «entre ladrones»

Después de esto, no sé por qué razón, dice algo por extremo tonto: “Si vosotros, inventándoos defensas absurdas sobre cosas en que ridículamente habéis sido engañados, creéis realmente defenderos, ¿qué inconveniente hay en que también otros, que fueron condenados a un fin aún más miserable, sean tenidos por mensajeros de Dios más grandes y divinos que Jesús?” Pero es manifiesto para todo el mundo que Jesús, que padeció lo que de Él se escribe haber padecido, nada tiene

que ver, absoluta y evidentemente, con quienes salieron de este mundo “de manera aún más miserable”, por hechicerías o por cualquier otro crimen. Nadie en efecto, puede presentar una obra de hechiceros, que convierta a las almas de los muchos pecados que se dan entre los hombres y toda la inundación de la maldad.

Además, el judío de Celso, comparando a Jesús con ladrones, dice: “Con atrevimiento semejante pudiera alguien decir de un ladrón y asesino ejecutado: Este no era ladrón, sino un dios, pues predijo a su banda que padecería las cosas que efectivamente padeció”. A esto puede decirse, primeramente, que no es el haber predicho que sufriría lo que sufrió, la razón por la que nosotros tenemos tan alta idea de Jesús, como cuando, por decirlo así, proclamamos con franqueza que vino a nosotros de parte de Dios. En segundo lugar, decimos que esa comparación, fue de algún modo predicha en los evangelios, pues Dios *fue contado* por los inicuos *entre los inicuos* (Mc 15,28); ellos, que prefirieron que se diera libertad a un ladrón que por una sedición y homicidio había sido echado en la cárcel y se crucificara a Jesús, como en efecto lo crucificaron, entre dos ladrones (Mt 20,23; 38). Y todavía sigue Jesús siendo crucificado entre ladrones en sus genuinos discípulos, que dan testimonio de la verdad y sufre de parte de los hombres la misma condenación que los ladrones. Decimos pues que, si quienes aceptan todo tormento y todo género de muerte, por su piedad para con el Creador y a trueque de conservarla sincera y pura conforme a la enseñanza de Jesús, si esos, decimos, tienen algo en común con ladrones, es claro que también Jesús, padre de esta doctrina, es lógicamente comparado por Celso con ladrones. Pero ni Él, que murió por el beneficio común, ni sus discípulos, que padecen por la religión y son los únicos de entre los hombres a quienes se persigue, por causa del modo de honrar a Dios que a ellos les parece mejor, son justamente ejecutados; ni en la conjura contra Jesús hubo rastro de religión.

44. Flaqueza y valor de los apóstoles

SE debe ver también, la superficialidad con que habla de los discípulos que Jesús tuvo en vida, diciendo: “Además, los que en vida convivieron con Él y escucharon su voz y lo tenían por maestro, cuando lo vieron morir entre suplicios, no murieron con Él ni por Él, ni soñaron con despreciar los tormentos. Es más, negaron ser sus discípulos. ¡Y ahora vosotros morís con Él!” Una vez más, para acusar nuestra doctrina cree Celso en el pecado que cometieran los discípulos, apenas aún iniciados y débiles e imperfectos y que se consigna en los evangelios, pero pasa completamente

en silencio, lo que después de su pecado llevaron a cabo: con qué libertad hablaron a los judíos, los infinitos padecimientos que de parte de ellos soportaron y cómo, finalmente, dieron su vida por la doctrina de Jesús. No quiso oír Celso que Jesús le predijo a Pedro: *Pero, cuando seas viejo, extenderás tu mano*, etc. A lo que añade la Escritura: *Esto lo dijo significando con qué género de muerte glorificaría a Dios* (Jn 21,18); ni que Santiago, apóstol y hermano de un apóstol, fue muerto a filo de espada por Herodes por causa de la doctrina de Cristo (Hch 12,2); ni cuánto hicieron Pedro y los otros apóstoles predicando libremente la palabra de Dios y cómo, después de azotados, salieron gozosos de la presencia del sanedrín, porque habían sido tenidos por dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hch 5,41). De ese modo superaban muchas de las cosas que se cuentan entre los griegos, sobre la constancia y valor de los que se consagraron a la filosofía. Así pues, desde el principio se afianzó, sobre todo entre los oyentes de Jesús, su enseñanza sobre el desprecio de la vida que sigue el vulgo y el empeño por vivir una vida semejante a la de Dios.

45. Repeticiones de Celso

Pero ¿cómo absolver de mentira al judío de Celso cuando dice: “Mientras vivió en este mundo, solo pudo ganarse a diez marinos y cobradores, gentes perdidísimas (cf. I, 62) y ni siquiera a todos”? Porque es evidente que los mismos judíos pueden confesar, que no fueron solo diez los que ganó, ni solo cien, ni mil, sino, una vez y de golpe, cinco mil (Mt 14,21) y en otra ocasión cuatro mil (Mt 15,38). Y lo ganó a tal punto, que le siguieron hasta el desierto, único capaz de contener tanta muchedumbre de gentes que creían en Dios por medio de Jesús. Y allí les ofreció no solo discursos, sino también obras. Por lo demás, Celso, al repetirse, nos obliga también a repetirnos, pues queremos evitar que alguien piense, que pasamos por alto acusación alguna de las que nos hace. Y en el punto que tratamos, según el orden que seguimos, dice: “Si viviendo no pudo Él mismo convencer a nadie y una vez muerto, todo el que quiere convence a tantos, ¿no será esto por extremo absurdo?” Pero si hubiera querido hablar consecuentemente, debiera haber razonado así: Si una vez muerto Él, persuade no simplemente todo el que quiere, sino el que quiere y puede a tanta gente, ¿cuánto más razonable no será pensar que, mientras estuvo en vida, persuadió a muchos más por su poderosa palabra y por sus obras?

46. Por qué creemos en Cristo... según Celso

Luego Celso nos hace esta pregunta: “¿Con qué razón os movisteis a creer que este era Hijo de Dios?” Y él mismo se da la respuesta como si fuera nuestra, pues finge que nosotros respondemos “haber sido movidos, porque sabemos que su suplicio fue para destruir al padre de la maldad”. Pero nosotros nos movimos por otros infinitos motivos, de los que hemos expuesto anteriormente una parte mínima y con la ayuda de Dios, expondremos otros, no solo en la refutación que estamos realizando y tenemos entre manos, del que Celso tiene por *Discurso verdadero*, sino en muchos otros lugares. Y como si nosotros dijéramos que tenemos a Jesús por hijo de Dios por haber sufrido suplicio de muerte, dice Celso: “¿Pues qué? ¿No fueron también otros ajusticiados y no menos ignominiosamente?” Por lo que hace Celso, algo semejante para con los más míseros enemigos de nuestra religión, los cuales se imaginan que, por el hecho de contarse Jesús entre los crucificados, es natural que demos culto a todos los crucificados.

47. De nuevo sobre los milagros de Jesús

Muchas veces ya (I, 68.71; II, 32), incapaz de negar los milagros que se escribe fueron hechos por Jesús, trata Celso de desacreditarlos como hechicerías y muchas veces, según nuestras fuerzas, hemos replicado a sus razones. Pero ahora habla como si nosotros respondiéramos, que hemos tenido a Jesús por Hijo de Dios “porque curó a cojos y ciegos”. Y añade: “Y según vosotros decís, resucitó también muertos”. Ahora bien, que curó cojos y ciegos, por lo cual lo tenemos por Mesías Hijo de Dios, es para nosotros evidente por el hecho de que también está escrito en las profecías: *Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos; entonces saltará el cojo como ciervo* (Is 35,5). También resucitó muertos y que tales resurrecciones no sean ficción de los autores de los evangelios, se prueba por esta consideración: de tratarse de una ficción, se hubieran consignado muchos más muertos resucitados y que llevaran más días en los sepulcros; pero como no se trata de ficción, son muy contadas las resurrecciones de que se habla: la de la hija del presidente de la sinagoga, de la que no sé por qué razón dijo Jesús: *No está muerta, sino que duerme* (Lc 8,52), diciendo sobre ella algo que no se ajusta a todos los muertos; y la del hijo único de la viuda, del que tuvo compasión y lo resucitó haciendo parar a los portantes del féretro (Lc 7,11-17) y la tercera, la de Lázaro, que llevaba ya tres días en la tumba (Jn 11,38-44). Y añadiremos al respecto y para los de mejor inteligencia y específicamente para el judío, como *en los días del*

profeta Elíseo había muchos leprosos y ninguno de ellos fue curado, excepto Naamán el sirio; y como había muchas viudas en tiempo del profeta Elías y a ninguna fue Elías enviado, excepto a Sarepta de Sidonia (Lc 4,27-29), pues solo ella, por cierto juicio divino, fue digna del milagro que el profeta obró sobre los panes (1R 17,11-16); de igual manera, había muchos muertos en los días de Jesús, pero solo resucitaron los que el Logos creyó idóneos para la resurrección, a fin de que lo que el Señor hacía no solo fuera símbolo de ciertas cosas, sino que atrajera también por ello a muchos a la admirable doctrina del Evangelio.

Pero yo diría, además, que conforme a la promesa de Jesús (Jn 14,12), sus discípulos hicieron mayores milagros que los que Él hizo en el orden sensible. Y es así que continuamente se abren los ojos de ciegos de alma; y los oídos de quienes estaban sordos a las palabras de la virtud oyen de buena gana hablar de Dios y de la vida bienaventurada en Dios; y muchos cojos de los pies del que la Escritura llama *hombre interior* (Rm 7,22 *et alibi*), ahora curados por el Verbo, no saltan simplemente, sino que saltan como un ciervo, animal enemigo de las serpientes y superior al veneno de las víboras. Y estos cojos, una vez curados, reciben de Jesús la potestad de pisar con los pies de que antes cojeaban, por encima de las serpientes y escorpiones de la maldad y en absoluto, sobre toda la maldad del enemigo (Lc 10,19). Y al pisarlo, no reciben daño, pues también ellos se han hecho superiores a toda maldad y al veneno de los démones.

48. Nuevo ataque a los milagros

Ahora bien, Jesús simplemente no quiso avisar a sus discípulos que no prestaran atención a hechiceros y a quienes quiera prometen milagros por la vía que fuere, pues sus discípulos no necesitaban de este aviso, sino precaverlos más bien contra los que se proclamaran ser el Cristo de Dios y por medio de ciertos aparentes prodigios, trataran de atraerse a los discípulos de Jesús. En este sentido dice una vez Jesús: *Si alguno os dijere entonces: “Mirad, aquí o allí está el Cristo” (o Mesías), no lo creáis. Se levantarán, en efecto, falsos cristos y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios hasta el punto de extraviar, si fuera posible, a los elegidos. Mirad que os lo he dicho de antemano. Si, pues, os dijeren: “Mirad que está en el desierto”, no salgáis; “Mirad que está en los graneros”, no lo creáis. Porque, como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre (Mt 24,23).* Y en otro lugar: *Muchos me dirán aquel día: “Señor, Señor, ¿no hemos comido en tu nombre y en tu nombre hemos bebido y*

en tu nombre hemos arrojado los demonios y hemos hecho muchos milagros?” Y yo les responderé: “Apartaos de mí, porque sois obradores de iniquidad” (Mt 7,22).

Celso en cambio, queriendo equiparar los milagros de Jesús con la magia humana, dice textualmente: “¡Oh luz de la verdad! Con sus propias palabras, según vosotros mismos consignasteis por escrito, anuncia que vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes siendo unos malvados hechiceros”. Y hasta nombra a un cierto Satanás como autor de tales maquinaciones. Así, ni él mismo niega que todo esto no tiene nada de divino, sino que son obras de hombres malvados. Y forzado por la verdad, descubrió los artilugios de los otros y desacreditó al mismo tiempo los suyos propios. Ahora bien, ¿no es cosa miserable tener por las mismas obras, a uno por un dios y a otros por hechiceros? ¿Por qué razón, si a esos hechos nos atenemos, se debe tener por más malvados a los otros que a este, aún más cuando él nos vale de testigo? Él mismo confesó que todo eso “no son signos de naturaleza divina, sino de gentes embusteras y padrones de toda maldad”. Veamos en estas palabras si no queda Celso convicto de tergiversar nuestra doctrina, pues una cosa es lo que dice Jesús sobre los que obrarán milagros y prodigios y otra la que afirma el juicio de Celso. En verdad, si Jesús dijera simplemente a sus discípulos, que se guardaran de los que profesan hacer milagros y no añadiera quiénes dirán que son, tendría acaso algún sentido la sospecha del juicio; pero de quienes quiere Jesús que nos guardemos es de los que afirman ser el Mesías, cosa que no hacen los hechiceros. Como dice, además, que algunos no obstante vivir mal, harán milagros en el nombre de Jesús y arrojarán de los hombres los demonios, más bien se destierra, por decirlo así, por ese mismo pasaje la hechicería y toda sospecha de la misma. Se demuestra en cambio, lo que hay de divino en Cristo y en sus discípulos, pues resulta posible que alguien, valiéndose del nombre de Cristo y movido no sé cómo por cierta potencia, parezca realizar milagros parecidos a los de Cristo para darse él mismo por Cristo; y otros, en el nombre de Jesús, otros parecidos a sus auténticos discípulos.

49. El misterio de la iniquidad

Y Pablo, en la segunda carta a los Tesalonicenses, declara cómo un día se revelará *el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, el que se opone y se levanta sobre todo el que se dice Dios o cosa santa, hasta el punto de sentarse en el templo de Dios y hacer él mismo ostentación de Dios*. Y a los mismos tesalonicenses les dice: *Y ahora ya sabéis lo que lo retiene para que se revele*

en su propio tiempo. Porque ya está operando el misterio de la iniquidad, solo hasta que sea quitado del medio el que retiene. Y entonces se revelará el inicuo, a quien el Señor Dios matará con el aliento de su boca y lo aniquilará con la manifestación de su advenimiento; a él, cuyo advenimiento es según la operación de Satanás en todo poder y signos mentirosos y en todo linaje de embuste inicuo para los que se pierden. Y explicando la causa de que se le permita al inicuo venir al mundo, dice: Por no haber recibido el amor de la verdad para salvarse. Y por eso les envía Dios una operación de error para que crean en la mentira y así sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad (2 Ts 2,1-12).

Pues diga ahora quien quiera, si hay algo en el Evangelio o en el Apóstol, que pueda dar lugar a sospecha de que, en ese pasaje, se preconiza la magia. Y a mano de quien quiera está tomar de Daniel la profecía sobre el anticristo (7,23-26). En conclusión, Celso tergiversa las palabras de Jesús, pues Él no dice que vendrán quienes hagan milagros semejantes, siendo hombres malvados y hechiceros y Celso afirma que eso dice. No, así como la virtud de los hechiceros de Egipto no era semejante a la gracia maravillosa de Moisés (Ex 7,8-12), sino que el final demostró que en los egipcios se trataba de trucos y lo de Moisés era divino, así las obras de los anticristos y de quienes pretenden hacer milagros como si fueran discípulos de Jesús, se dicen ser *signos y prodigios de mentira, que tienen fuerza en todo engaño de iniquidad para los que perecen*; mas las obras y milagros de Cristo y de sus discípulos no dan por fruto el engaño, sino la salud de las almas. Porque, ¿quién con una minucia de razón, dirá que proceda del engaño la enmienda de la vida y la represión, mayor cada día que la maldad?

50. Disquisición origeniana

Algo vio sin duda Celso en la Escritura, cuando le hizo decir a Jesús que “cierto Satanás armaría todas esas maquinaciones”. Pero saca una conclusión precipitada diciendo, que “ni Jesús mismo niega que nada tiene todo eso de divino, sino que son obras de malvados”. Con ello pone en el mismo género cosas que son de género distinto. Como el lobo y el perro, aunque aparentemente se asemejan en la forma del cuerpo y en el aullido, no son de la misma especie, como no lo son tampoco la paloma torcaz y la doméstica; así nada tiene de semejante lo que se hace por virtud divina y lo que procede de la magia.

Pero, además, a las malignas argucias de Celso diremos también lo que sigue: ¿Conque pueden

darse milagros de la magia en virtud de los malos espíritus y no podrá realizarse milagro alguno que proceda de la naturaleza divina y bienaventurada? ¿Conque la vida de los hombres tendrá que soportar lo peor y no le quedará por ningún lado lugar para lo mejor? Según mi parecer, hay que sentar ante todo este principio: Donde quiera que hay algo malo que pretende ser de la misma especie que el bien, allí tiene por fuerza que haber algo bueno que se le oponga. Así, dado que hay cosas que se llevan a cabo por magia, es de absoluta necesidad que haya en la vida cosas que se realizan por operación divina. Y lógicamente, o hay que negar ambas cosas y decir que no se da ni una ni otra, o afirmada una y señaladamente, la mala, hay que confesar también la buena. El que afirmara lo que procede de la magia, pero negara lo que viene de la operación divina, me parecería a mí como el que afirmara que existen sofismas y proposiciones persuasivas, carentes de verdad, no obstante pretender demostrar la verdad, pero no verdad alguna entre los hombres, ni dialéctica con derecho de ciudadanía, opuesta a los sofismas.

Ahora bien, si admitimos que es consecuente que tenga que haber entre los hombres, algo que se opera por virtud divina desde el momento que es una realidad la magia y hechicería operada por malos espíritus, encantados por curiosos encantamientos y obedientes a las órdenes de los magos, ¿por qué no hemos de examinar con diligente examen a los que prometen realizar milagros por su vida y carácter y circunstancias de los milagros y ver si los hacen para daño de los hombres o para corrección de las costumbres? Así averiguaremos quién hace todo eso en servicio de los demonios y quién, estando *en tierra limpia y santa* (Ex 7,8), según alma y espíritu y hasta (opino yo) según el cuerpo delante de Dios, habiendo recibido cierto espíritu divino, realiza esas cosas para bien de los hombres y para incitarlos a creer en el verdadero Dios. Ahora bien, si es necesario indagar sin prejuicios sobre los milagros, quién los hace con buen fin y quién con malo, de suerte que ni los condenemos todos, ni todos los admiremos y aceptemos como divinos, ¿cómo no ha de saltar a los ojos, por las circunstancias que concurrieron en Moisés y Jesús, pues por sus milagros se constituyeron pueblos enteros, haber hecho por virtud divina lo que de ellos se escribe que hicieron? A decir verdad, por maldad y arte de encantamiento no se hubiera constituido todo un pueblo, que no solo abandona los ídolos y templos, obra de hombres, sino que sobrepasa toda la naturaleza creada y se remonta al principio increado del Dios del universo.

51. Paralelo entre Moisés y Jesús

Pero, puesto que es un judío el que habla en el libro de Celso, le podemos preguntar: ¿Cómo es, amigo, que tú crees que son cosas divinas las que tus Escrituras consignan fueron hechas por Dios por medio de Moisés y te esfuerzas en defenderlas contra los que las calumnian y las ponen al nivel de lo que hacen por arte de magia los sabios de Egipto y niegas en cambio, que sea divino lo que tú mismo confiesas hizo Jesús, con lo que imitas a los egipcios, que están contra ti? El resultado, que fue constituirse toda una nación gracias a los milagros operados por Moisés, demuestra evidentemente que fue Dios quien todo eso hizo por medio de Moisés. ¿Cómo no se demostrará lo mismo en el caso de Jesús, que llevó a cabo una obra superior a la de Moisés? Y es así que Moisés sacó de Egipto a un pueblo que, por tradición, como descendencia de Abrahán, guardaba la circuncisión y era celoso de las costumbres del mismo Abrahán, lo que lo disponía grandemente para seguirlo y luego le dio leyes que tú crees son divinas. Jesús en cambio, acometió una obra más audaz, pues introdujo la manera de vida conforme al Evangelio, en modos de vivir mucho antes arraigados y en costumbres tradicionales y en formas de educación que seguían las leyes establecidas. Y como Moisés necesitó de milagros para que le creyeran, no solo el senado (de ancianos), sino también el pueblo —milagros que constan en las Escrituras—, ¿por qué no los había de necesitar también Jesús para ser creído por las gentes del pueblo, acostumbrados a pedir milagros y prodigios? Antes bien, debían ser mayores y más divinos en comparación con los de Moisés, pues tenían que apartar a los creyentes de las fábulas judaicas y de las tradiciones humanas que estaban vigentes entre ellos y hacerles aceptar que quien esto enseñaba y llevaba a cabo era más grande que los profetas. ¿Y cómo no había de ser más grande que los profetas, quien por los profetas había sido pregonado como Mesías y salvador del género humano?

52. Se retuerce el argumento

Por lo demás, todo lo que el judío de Celso dice contra los que creen en Jesús, puede utilizarse en contra de Moisés; de suerte que puede decirse que en nada se diferencian la magia de Jesús y la de Moisés; pues de atenernos a lo que dice el judío de Celso, una y otra se prestan a los mismos reproches. Así, acerca de Cristo, dice el judío de Celso: “¡Oh luz de la verdad! Por sus mismas palabras proclama eso Jesús sin rodeos, según vosotros mismos lo consignasteis por escrito, pues vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes, siendo malvados hechiceros”. Y

sobre Moisés puede decir un incrédulo, sea griego, sea egipcio, sea cualquier otro, dirigiéndose al judío: “¡Oh luz de la verdad! Por sus mismas palabras proclama Moisés sin rodeos, como vosotros mismos lo consignasteis por escrito, que vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes, siendo malvados hechiceros”. Escrito está, efectivamente, en vuestra ley: *Si se levantara en medio de ti un profeta o uno que sueña sueños y te diere una señal o prodigio y se cumpliera la señal o prodigio y te dijere: “Vamos y sigamos a dioses extraños que tú no conoces y adorémoslos, no escucharás las palabras de aquel profeta o soñador de sueños”*, etc. (Dt 13,1-3). El judío, para desacreditar las palabras de Jesús, dice: “Y nombra a cierto Satanás como armador de tales maquinaciones”; mas el que quiera retorcer esto contra Moisés dirá que “nombra a un profeta soñador que arme tales maquinaciones”. El judío de Celso dice sobre Jesús que “ni Él mismo niega que todo esto nada tiene de divino, sino que son obras de malvados”; y por el mismo caso, el que no tenga fe en Moisés dirá, alegando el texto susodicho, que “ni el mismo Moisés niega que en todo esto no hay nada de divino, sino que son obras de malvados”. Y lo mismo hará con estas otras palabras: “Forzado por la verdad, descubrió Moisés a la vez los artilugios de los otros y refutó los suyos propios”. Y al judío que arguye así: “¿Cómo, pues, no es cosa miserable que, por las mismas obras, a uno se le tenga por un dios y a los otros por hechiceros?”, se le podría contestar por el texto citado de Moisés: “¿Cómo, pues, no es cosa miserable que, por las mismas obras, a uno se le tenga por profeta y servidor de Dios y a los otros por hechiceros?” Pero ya que Celso insiste en este punto y añade a lo que ya hemos expuesto, como cosas que pueden aplicarse a una y otra parte: “Porque, ¿qué razón hay, por estos hechos, para tener a los otros por más malvados que a este, cuando lo podemos tomar a él mismo por testigo?”, añadiremos por nuestra parte lo siguiente: ¿Qué razón hay, por estos hechos, para tener por malvados aquellos a quienes prohíbe Moisés dar fe, aunque hagan ostentación de milagros y prodigios, más que al mismo Moisés, por el hecho de que desautorizó a otros en relación a milagros y prodigios? Y machacando sobre lo mismo, como quien urge el argumento, dice: “Todo esto confesó él mismo no ser señales de una naturaleza divina, sino de impostores, padrones de toda maldad”. ¿Quién es, pues, ese “él mismo”? Tú, judío, dices que Jesús; pero el que te eche en cara las mismas faltas aplicará ese “él mismo” a Moisés.

53. Nueva retorsión

Luego el judío de Celso (para guardar el papel que desde el principio se le concede) dice en la

arenga a sus propios conciudadanos que han creído en Jesús, pero apuntando desde luego, a nosotros: “¿Qué os movió a creer, si no es que predijo que resucitaría después de muerto?” También esto, como lo anterior, se puede retorcer contra Moisés. Le preguntaremos, pues, al judío: ¿Qué os movió a creer, si no es haber escrito acerca de su muerte estas palabras: *Y murió allí Moisés, servidor de Dios, en tierra de Moab, por mandato del Señor y lo sepultaron en Moab, cerca de la casa de Fogor. Y nadie, hasta el día de hoy, conoce el lugar de su sepultura?* (Dt 34,5-6). Porque, como el judío toma ocasión de calumniar a Jesús porque dijo que resucitaría después de muerto, a quien así habla le podrá otro replicar que también Moisés escribió en el Deuteronomio (del que es autor), que nadie hasta el día de hoy conoce su sepulcro, con intención de hacerlo más venerable y exaltarlo, como desconocido para el género humano .

54. Celso, contra el argumento de la resurrección

Después de esto dice el judío de Celso a sus compatriotas que creen en Jesús: “Pues sí, vamos a creer que eso se os ha dicho. Pero ¿cuántos otros no nos vienen con prodigios semejantes para persuadir a los bobos que los escuchan, sacando provecho del embuste? Ahí está un Zamolxis, criado por Pitágoras (Herod., 4,94) y el mismo Pitágoras en Italia (Diog. LAERT., VII, 41) y Rapsinit en Egipto, de quien se cuenta nada menos que jugó a los dados con Deméter en el Hades y que subió de allí con un pañuelo de oro como regalo de ella (Herod., 2,122); a los que hay que añadir a Orfeo entre los odrisas, a Protesilao en Tesalia, a Heracles en el Ténaro y a Teseo. Pero lo primero que habría que examinar es si realmente resucitó nadie jamás, de verdad muerto, con su propio cuerpo. ¿O es que pensáis que lo de los otros es puro cuento y así lo parece, pero vosotros habéis hallado un desenlace más verosímil y convincente de vuestro drama: aquel grito que lanzó sobre el madero en el momento de expirar, el terremoto y las tinieblas? ¡Y no veis que vivo, no pudo socorrerse a sí mismo, para que resucitara después de muerto y mostrara las señales de su suplicio y las manos tal como habían sido taladradas! ¿Y quién vio todo eso? Una mujer furiosa, como decís y algún otro de la misma cofradía de hechiceros, ya sea que lo soñara por alguna disposición especial de su espíritu, o que, según su propio deseo, se lo imaginara con mente extrañada; cosa, por cierto, que ha sucedido a infinitas gentes; o, en fin, lo que es más probable, que quisiera impresionar a otros con este prodigio y dar con semejante embuste, ocasión a otros charlatanes mendicantes”.

Ya pues, que es un judío el que dice esto, defenderemos a nuestro Jesús, como si realmente nuestro adversario fuera un judío, retorciendo una vez más el argumento contra Moisés y diciéndole: ¿Cuántos otros nos vienen con prodigios semejantes a los de Moisés, con el solo fin de embaucar a los bobos que los escuchan, sacando provecho del embuste? Y en cuanto a mencionar los prodigios de Zamolxis y Pitágoras, mejor diría con quien no tenga fe en Moisés que con un judío, que no suele tener muchas ganas de saber las leyendas de los griegos. Y más verosímil es que un egipcio, que no cree en los milagros de Moisés, aduzca el ejemplo de Rapsinit. El egipcio afirmará que es más probable que Rapsinit bajara a los infiernos y jugara a los dados con Deméter, le quitara a la fuerza un pañuelo de oro y lo mostrara como señal de haber estado en el Hades y que, en fin, subió de allá, que no lo que escribe Moisés de sí mismo sobre que penetró en la oscuridad donde estaba Dios (Ex 20,21) y que él solo, con exclusión de los otros, se acercó a Dios. Escribió, efectivamente, así: *Y solo Moisés se acercará a Dios, pero los otros no se acercarán* (Ex 24,2). Así pues, nosotros, discípulos de Jesús, diremos al judío que así habla: Tú, que nos acusas de nuestra fe en Jesús, defiéndete ahora a ti mismo y di qué responderás al egipcio o a los griegos si las acusaciones que tú has presentado contra Jesús se retuercen contra Moisés. Y si denodadamente luchas por defender a Moisés, como que en efecto hay razones convincentes y claras en su favor, sin darte cuenta, en lo que alegues en favor de Moisés, demostrarás, aun sin quererlo, que Jesús es más divino que Moisés.

55. La vida y muerte de los discípulos de Jesús, prueba evidente de su resurrección

El judío de Celso tiene por puro truco, los cuentos sobre los héroes los que se dice bajaron al Hades y subido de allí nuevamente. Los héroes, según él, podían haber desaparecido por algún tiempo y sustraerse de la vista de todo el mundo y reaparecer luego como si volvieran del otro (esto parece, en efecto, dar a entender el lenguaje del judío respecto de Orfeo entre los odrisas, de Protesilao en Tesalia, de Heracles en el Ténaro y hasta de Teseo). ¡Enhorabuena! Pero nosotros le vamos a demostrar, que lo que se cuenta acerca de la resurrección de Jesús de entre los muertos, no puede compararse con estas fábulas. Efectivamente, cada uno de esos héroes de que se habla en los diversos lugares, pudo sustraerse a las miradas de las gentes y luego, cuando le pareciera bien, volver a los que antes dejara. Pero Jesús fue crucificado en presencia de todos los judíos y a la vista del pueblo fue su cuerpo bajado de la cruz. ¿Cómo se atreven entonces a decir que él

inventó algo parecido a lo de los héroes, que bajara a los infiernos y de allí subiera de nuevo? Nosotros afirmamos más bien, que justamente por razón de las fábulas de los héroes, que se cree forzaron el camino del Hades y bajado allá, puede alegarse en favor de la crucifixión algo como lo que sigue: si suponemos que Jesús murió de muerte oscura y no patentemente ante todo el pueblo judío y luego resucitara realmente, algún lugar pudiera haber para que de Él se dijera lo que se sospecha de los héroes. Acaso, pues, además de las otras causas por que fue crucificado Jesús, pueda añadirse la de que murió públicamente sobre la cruz, para que nadie pudiera decir que se sustrajo voluntariamente de la vista de los hombres y solo aparentemente habría muerto, no en realidad; y luego, reapareciendo, habría armado la maquinación de su resurrección. Pero en mi sentir, el argumento claro y evidente es el de la vida de sus discípulos, que se entregaron a una doctrina que ponía, humanamente, en peligro su vida; una doctrina que, de haber ellos inventado la resurrección de Jesús de entre los muertos, no hubieran enseñado con tanta energía. A lo que hay que añadir, que, conforme a ella, no solo prepararon a otros a despreciar la muerte, sino que lo hicieron ellos en primer lugar.

56. Incongruencia

Y hay que ver con qué absoluta ceguera habla el judío de Celso, dando por imposible que nadie resucite de entre los muertos con su propio cuerpo: “Pero habría, dice, que examinar si alguien, muerto de verdad, resucitó jamás con su propio cuerpo”. Ningún judío habría dicho eso, desde el momento que cree lo que se escribe en el libro tercero y cuarto de los Reyes, sobre los dos niños, de los que a uno resucitó Elías (1 R 17,21-22) y al otro Eliseo (2 R 4,34-35). Yo pienso que Jesús no vino a otro pueblo sino al judaico, precisamente porque allí estaban acostumbrados a los milagros; así, comparando los milagros que ya ellos creían, con los que Jesús hacía y de Él se contaban, vinieran a convencerse de que este, a quien pasaban cosas mayores y ejecutaba por su parte otras más maravillosas, era superior a todos los otros taumaturgos.

57. La resurrección de los dos niños y la de Jesús

Luego, ya que el judío ha alegado las leyendas de los que armaron la maquinación de su propia resurrección de entre los muertos, dice a los creyentes de entre los judíos: “¿O es que os imagináis

que lo de los otros son cuentos y tales parecen, pero vosotros habéis hallado un desenlace de vuestro drama más congruente y convincente: aquel grito suyo sobre el palo cuando expiró?” Sobre esto responderemos al judío: Esos que tú has alegado, los tenemos también nosotros por cuentos; pero lo que cuentan las Escrituras, que nos son comunes a vosotros y a nosotros y no solo veneráis vosotros, sino por igual nosotros, eso afirmamos que no son en modo alguno cuentos. Por eso no creemos que contaran patrañas los autores que en ellas consignaron resurrecciones de muertos y en la de Jesús creemos como predicha por Él mismo y anunciada por los profetas. Y fue tanto más maravillosa la resurrección de Jesús, respecto de la de los niños dichos, cuanto que a estos los resucitaron los profetas Elías y Eliseo; a Él en cambio, no lo resucitó ningún profeta, sino su Padre del cielo (Hch 2,24). Por eso fueron también mayores los efectos de la resurrección de Jesús que la de aquellos niños. ¿Qué trajo en efecto al mundo, la resurrección de aquellos niños por obra de Elías y Eliseo, que pueda compararse con los bienes de la resurrección de Jesús al ser predicada y por virtud divina, creída?

58. En qué se socorrió, o no se socorrió, Jesús a sí mismo

También tiene por fantasía lo del terremoto y las tinieblas. A esto respondimos ya anteriormente (II, 14,33), según nuestras fuerzas, alegando a Flegonte, que cuenta que acaecieron esos fenómenos al tiempo de la pasión de Jesús. Y prosigue diciendo Celso, que “el que vivo, no se socorrió a sí mismo, ¡muerto iba a resucitar!” Y que Jesús “mostró las señales de su suplicio y cómo tenía taladradas las manos”. Por nuestra parte le preguntamos a Celso, a qué se refiere eso de que “no se socorrió a sí mismo”. Porque si se refiere a la virtud, le responderemos que se socorrió en absoluto, pues nada indecoroso dijo ni hizo, sino que, verdaderamente, *como oveja fue conducido al matadero y como cordero, estuvo mudo ante el que lo trasquila* (Is 53,7); y el Evangelio atestigua que Jesús no abrió su boca (Mt 26,63 Mt 27,12-14). Pero si el “no socorrerse”, lo toma de las cosas indiferentes y corporales, ya hemos demostrado por los evangelios que a ello se entregó de pleno grado.

Luego, ya que ha dicho, tomándolo del Evangelio, que Jesús, resucitado de entre los muertos, mostró las señales de su suplicio y las manos taladradas, pregunta así: “¿Y quién lo vio?” Y, a renglón seguido, calumniando a María Magdalena, de quien se escribe que lo vio, se contesta: “¡Una mujer frenética, como vosotros decís!” Mas como no solo se escribe que ella hubiera visto

a Jesús resucitado, sino también otros, también a estos trata de insultar el judío de Celso diciendo: “O algún otro de la misma banda de embaucadores”.

59. Falsa explicación de Celso sobre la fe en la resurrección

Luego, como si fuera posible que uno se imagine a un muerto como si estuviera vivo, prosigue diciendo Celso como buen epicúreo: “Eso lo soñó alguien por cierta disposición de espíritu o conforme a su deseo, se lo imaginó con opinión extraviada y así lo pregonó; fenómeno, dice, que se ha dado ya en infinitas gentes”. Esto parece decirse con mucha astucia, sin embargo, no prueba menos un dogma necesario, a saber: que el alma subsiste después de la muerte y que, quien ha abrazado este dogma, no cree en vano sobre la inmortalidad del alma, por lo menos en su supervivencia; y así Platón, en el diálogo sobre el alma, dice que fantasmas como sombras se les han aparecido a algunos en torno a las tumbas (Plat., *Phaid.* 81D; cf. *infra* VII, 5). Ahora bien, esas apariciones que se dan en torno a los sepulcros proceden de algo que subsiste, del alma que subsiste en el llamado cuerpo esplendoroso¹². Pero Celso no admite nada de eso, sino que quiere que las gentes sueñen despiertas y se imaginen las cosas, con opinión extraviada, conforme a su deseo. Creer que así suceda entre sueños no está fuera de razón; pero no es verosímil en la vigilia, a no ser que se trate de gentes fuera de sí, que sufren delirio o melancolía. Seguramente, por haber previsto Celso esta objeción, llamó frenética a la mujer. Pero nada de eso indica la Escritura, de donde tomó Celso pie para sus acusaciones.

60. El caso de Tomás

Así pues, en opinión de Celso, también Jesús, después de su muerte, “emitía cierta apariencia de las llagas que se hizo en la cruz, pero no estaba verdaderamente herido”. Pero, como cuenta el Evangelio, algunas de cuyas partes, según le viene en talante, cree Celso, sí le dan pie para censurar y otras no, Jesús llamó a sí a uno de sus discípulos que no creía y tenía el milagro por imposible. Ciertamente también él aceptaba el dicho de la mujer que decía haberlo visto, pues no tenía por imposible que se viera el alma de un difunto; lo que no tenía por cierto, es que Jesús hubiera resucitado en cuerpo semejante al primero. De ahí es que no dijo solamente: *Si no veo, no creo*,

12 Sobre el “cuerpo esplendoroso” se remite Chadwick a sus observaciones en *Harv. Theol. Rev.* XL, 1 (1948) 99s.

sino que añadió: *Si no meto la mano en el lugar de los clavos y no palpo su costado, no creeré* (Jn 20,25). Así hablaba Tomás, porque creía que era posible que un cuerpo de alma puede aparecer a los ojos sensibles, parecido en todo a la forma anterior:

“a ella en talla parecida y ojos bellos
y voz,
en los vestidos
que el héroe infortunado vistió en vida”

(Hom., *Ilíada* 23, 66s).

Llamando pues, Jesús a Tomás, le dijo: *Trae tu dedo aquí y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino creyente* (Jn 20,27).

61. Condición del cuerpo resucitado

Y era consecuente que todo lo que de Él se había profetizado (y en las profecías entra también su resurrección), lo que Él hizo y lo que le aconteció, fuera coronado por este milagro señero. Efectivamente, en la persona de Jesús, había predicho el profeta: *Mi carne descansará con confianza, porque no dejarás mi alma en los infiernos y no permitirás que corrupción tu santo vea* (Sal 15,9-10). Por lo demás, después de su resurrección, se hallaba Jesús en una especie de estado fronterizo entre la solidez del cuerpo antes de la pasión y la aparición de un alma desnuda del cuerpo. Así se explica que, estando reunidos los discípulos y Tomás con ellos, *vino Jesús, a puertas cerradas, se puso en medio de ellos y dijo: La paz sea con vosotros. Y luego dijo a Tomás: Trae aquí tu dedo, etc.* (Jn 20,26-27). Y en el evangelio de Lucas, cuando Simón y Cleofás¹³ iban conversando entre sí sobre todo lo que les había acaecido, Jesús se les juntó en el camino. Y los ojos de ellos estaban cerrados para no reconocerlo; y Él les dijo: *¿Qué conversación es esa que lleváis uno con otro mientras vais caminando?* Y cuando se les abrieron los ojos y lo reconocieron, dice literalmente la Escritura: *Y Él desapareció de su presencia* (Lc 24,31). Así pues, aunque Celso se empeñe en equiparar otras apariciones y otros aparecidos con lo que se escribe de Jesús y de quienes lo vieron después de resucitado, todo el que inteligente y discretamente examine los hechos, verá de manera evidente que se trata de algo más maravilloso.

13 El nombre de Cleofás figura en el maravilloso relato de los dos discípulos de Emaús (Lc 24,13ss), no así el de Simón, que no se sabe de dónde lo tomara Orígenes.

62. Jesús no se apareció a todo el mundo

Después de esto, ataca Celso la Escritura de forma que no debe desdeñarse y dice: “Si Jesús quería realmente hacer ostentación de poder divino, debiera haberse mostrado a los que lo insultaron, al juez que lo condenó a muerte y a todo el mundo en absoluto”. Porque, realmente, también para nosotros es evidente que, según el Evangelio, no fue visto Jesús después de su resurrección de la misma manera que aparecía antes en público y a la vista de todos. Cierto es que en los Hechos se escribe, que, durante cuarenta días, fue visto por sus discípulos y Él les daba instrucciones sobre el reino de Dios (Hch1,3); pero en los evangelios no se dice que estuviera siempre con ellos, sino que una vez se les apareció después de ocho días a puertas cerradas y se puso en medio de ellos (Jn 20,26), otras veces por modos semejantes. Y Pablo, al final de su carta primera a los corintios, da a entender que no se presentaba ya ante el pueblo como antes de su pasión, pues dice así: *Porque yo os he transmitido, en primer lugar, lo mismo que recibí, a saber, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras y se apareció a Cefas y luego a los doce; más tarde se apareció a más de quinientos hermanos juntos, de los que la mayor parte viven aún y algunos han muerto; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles y al último de todos, como a un abortivo, se me apareció también a mí* (1Co 15,3). Ahora bien, poner en claro la causa de por qué Jesús, después de resucitar de entre los muertos, no se manifestó del mismo modo que antes, es punto que encierra grandes y admirables cosas y que superan la comprensión, no ya solamente del vulgo de los creyentes, sino también, en mi opinión, de los muy adelantados. Sin embargo, en una obra que se destina a refutar un discurso contra los cristianos y su fe, veremos, razonablemente, de presentar solo algunos puntos que convenzan a los oyentes de nuestra defensa.

63. Jesús uno y múltiple

Jesús, aun siendo uno solo, ofrecía muchos aspectos a la consideración y no era igualmente visto por todos los que lo miraban. Que ofrecía muchos aspectos a la consideración se ve por dichos como estos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; y Yo soy el pan; y Yo soy la puerta* (Jn 14,6; Jn 36; Jn 10,9) y por otros innumerables. Y que, visto, no aparecía igualmente a todos los que lo miraban, resultará claro a quienes consideren por qué, cuando iba a transfigurarse en el monte elevado, no tomó consigo ni siquiera a todos los apóstoles, sino solo a Pedro, Santiago y Juan. Sin duda, porque solo estos eran capaces de contemplar a Moisés y Elías aparecidos en su gloria, oír

lo que hablaran entre sí y la voz que vendría del cielo (cf. Mt 17,1-5). Yo pienso también, que antes de subir al monte, donde se le acercaron solo sus discípulos, a los que instruyó sobre las bienaventuranzas (cf. Mt 5,1ss), cuando luego estuvo abajo en algún paraje del monte, ya atardecido y curó a todos los que le fueron presentados, librándolos de toda enfermedad y de toda dolencia, no parecía Jesús el mismo a los enfermos que necesitaban de su cura, que a quienes, por su salud, habían sido capaces de subir con Él al monte. Igualmente, cuando explicaba en particular a sus discípulos las parábolas (Mt 13,19), que a las turbas de fuera se decían entre velos, los que escuchaban las explicaciones de las parábolas, tenían mejores oídos que quienes las oían sin explicación; pero también mejor vista, del alma, desde luego y a mi parecer, también del cuerpo. Que no apareciera siempre el mismo, lo pone de manifiesto el hecho de que Judas, cuando lo iba a traicionar, dijo a las turbas que salieron con él como si no lo conocieran: Al que yo besare, ese es (Mt 24,48). Lo mismo creo da a entender el Salvador cuando dice: *Cada día estaba enseñando en el templo y no me detuvisteis* (ibid., 55).

Así pues, teniendo nosotros esa idea de Jesús, no solo en cuanto a su divinidad interior, oculta a las turbas, sino también en cuanto a su cuerpo, que se transfiguraba cuando quería y ante quienes quería, afirmamos que todos eran capaces de ver a Jesús antes de que despojara *a los principados y potestades* (Col 2,15) y antes de *morir al pecado* (Rm 6,10); pero una vez que despojó a principados y potestades y no tiene ya nada capaz de ser visto por las muchedumbres, no todos los que antes lo vieran eran ya capaces de verlo. De ahí que, por consideración a ellos, no se apareció a todos después de su resurrección de entre los muertos.

64. La presencia de Jesús resucitado con sus apóstoles no era continua

¿Qué digo a todos? Ni siquiera con sus mismos apóstoles y discípulos estaba continuamente, ni se les aparecía siempre, pues no podían soportar continuamente su contemplación. Y es así que, una vez acabada su dispensación, el resplandor de su divinidad era más intenso. Este resplandor lo pudo soportar Cefas-Pedro, que era como las primicias de los apóstoles y después de él los doce, agregado Matías en lugar de Judas (Hch 1,26); después de ellos, se apareció a quinientos hermanos juntos, luego a Santiago, luego a todos los otros apóstoles, distintos de los doce, acaso a los setenta discípulos; por último, a Pablo, como a un abortivo que sabía en qué sentido decía: *A mí, el más pequeño de todos los santos, me ha sido dada esta gracia* (Ef 3,8). Y acaso la expresión, *el más*

pequeño, equivalga a *abortivo*. Ahora bien, como nadie puede razonablemente reprochar a Jesús, que no tomara consigo a todos los apóstoles para subir al monte elevado, sino solamente a los tres antedichos, cuando quiso transfigurarse y mostrar la brillantez de sus vestidos y la gloria de Moisés y Elías que hablaron con Él; así nadie tiene tampoco derecho a censurar los discursos apostólicos, según los cuales, después de su resurrección, Jesús no se apareció a todo el mundo, sino solo a los que sabía tenían ojos capaces de contemplar su resurrección.

Yo creo que será también oportuno, para apoyar lo que estamos diciendo, alegar el dicho del Apóstol acerca de Jesús: *Porque Cristo murió y resucitó para ser señor de vivos y muertos* (Rm 14,9). Porque es de notar en este texto que Jesús murió para ser señor de los muertos y resucitó para serlo, no solo de los muertos, sino también de los vivos. Entiende el Apóstol por muertos, de los que es señor Cristo, a los que enumera así en su primera carta a los corintios: *Sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptos* (1 Co 15,52); y por vivos, a ellos y a los que han de ser cambiados, que son distintos de los muertos que han de resucitar. El texto sobre esto dice así: *Y también nosotros seremos cambiados*, que viene seguidamente de este: *Los muertos se levantarán primero*. Además, en la primera carta a los tesalonicenses, establece, con otras palabras, la misma distinción, diciendo ser unos los que duermen y otros los vivos. He aquí el texto: *No queremos, hermanos, que estéis en la ignorancia acerca de los que se duermen, para que no os pongáis tristes a la manera de los otros que no tienen esperanza. Porque, si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios reunirá con Jesús a los que se durmieron en Él. Con palabras del Señor os decimos, en efecto, que nosotros, los que vivimos, los que quedamos para el advenimiento del Señor, no nos adelantaremos a los que se han dormido* (1 Ts 4,13ss). La interpretación que nos pareció mejor para este pasaje, la expusimos en los comentarios que compusimos sobre la carta primera a los tesalonicenses.

65. Dios se apareció a Abrahán, pero no siempre

Y no es de maravillarse que no todas las muchedumbres que creyeron en Jesús vieran su resurrección. Cuando Pablo, escribiendo a los corintios, de los que piensa no son capaces de más, dice: *Por mi parte, juzgué no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo y este crucificado* (1 Co 2,2). Lo mismo viene a decir este otro pasaje: *Porque no erais aún capaces, ni lo sois aún, pues todavía sois carnales* (1Co 3,2-3). De este modo pues la Escritura, que todo lo hace con juicio divino,

consignó acerca de Jesús, que antes de su pasión, se manifestaba sencillamente a todos, aunque tampoco siempre; pero después de la pasión, ya no se manifestó así, sino con cierta selección que medía a cada uno lo que le convenía. Y como se escribe que Dios se apareció a Abrahán (Gn 12,7) o a alguno de los santos (48,3), pero esta aparición no era continua, sino a intervalos y no se concedía a todos, así hay que entender, que se apareció el Hijo de Dios de modo semejante a lo que se dice, de aquéllos sobre aparecerseles Dios.

66. Jesús vino al mundo para manifestarse y estar oculto

Hemos pues, respondido según nuestras fuerzas y en cuanto cabe en obra como la presente, a lo que dijo Celso: “Si quería realmente hacer ostentación de su poder, debiera haberse aparecido a los que lo insultaron, al juez que lo condenó y a todo el mundo absolutamente”. Pero no, no tenía que aparecerse al juez que lo condenó ni a los que lo insultaron; pues Jesús quería justamente evitar que el juez que lo condenó y los que lo insultaron no fueran heridos de ceguera, como lo fueron los de Sodoma, cuando intentaron abusar de la hermosura de los ángeles hospedados en casa de Lot. Este episodio se narra con estas palabras: *Alargando los hombres las manos, tiraron de Lot y lo metieron en casa y cerraron la puerta; pero a los que estaban junto a la puerta de la casa los hirieron, del menor al mayor, de ceguera, de suerte que se cansaron buscando la puerta* (Gn 19,10-11). Quería pues, Jesús, mostrar su propia virtud, que es divina, pero a quienes eran capaces de verla y en la medida que podían verla. Y no hay otra razón por que evitara mostrarse, sino la incapacidad de los que no lo podían contemplar.

Es vano pues, lo que alega Celso: “Porque no iba a temer aún a nadie, una vez que había muerto y siendo, como afirmáis, un dios; ni fue en absoluto enviado para estar oculto”. Fue, efectivamente, enviado no solo para ser conocido, sino también para estar oculto (cf. II, 72; IV, 15.19). Y es así que ni siquiera los que lo conocieron, conocieron todo lo que era, sino que algo de Él se les ocultaba y algunos no lo conocieron en absoluto. Él, ciertamente, abrió las puertas de la luz a los que se habían hecho hijos de las tinieblas y de la noche, pero se esforzaron en hacerse hijos del día y de la luz. Y el Señor salvador vino como buen médico, más bien a los cargados de pecados que a los justos (Mt 9,12-13).

67. Nueva pretensión de Celso

Pero veamos lo que sigue diciendo el judío de Celso: “Pero, como quiera que sea, si tan grande era, debiera, para demostrar su divinidad, por lo menos haber desaparecido súbitamente del madero”.¹⁴ Esto me parece a mí semejante al razonamiento de los que se oponen a la providencia, se pintan a sí mismos las cosas distintas de lo que son, tras lo cual exclaman: ¡Cuánto mejor sería el mundo si fuera como lo acabamos de describir! Porque, cuando pintan cosas posibles, se ve que, en cuanto de ellos depende y por su pintura, hacen el mundo peor de lo que es; y cuando parece que no pintan cosas peores que las de la realidad, se les puede demostrar que quieren lo que repugna a la naturaleza y así, por uno y otro lado, hacen el ridículo.

Ahora bien, que en el caso presente no era imposible, dada su naturaleza divina, que Jesús desapareciera cuando hubiera querido, es cosa que se cae por su propio peso y que se ve además claramente por lo que de Él está escrito, por lo menos para quienes no aceptan solo unas partes de la Escritura con el fin de acusar nuestra fe y tienen otras por ficciones. Se escribe en efecto, en el evangelio según Lucas, que después de su resurrección, *tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a Simón y Cleofás; y, así que ellos tomaron el pan, se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero Él desapareció de su presencia* (Lc 24,30-31).

68. Elevaciones sobre la cruz y el sepulcro

Pero nosotros vamos a demostrar, que el haber súbitamente desaparecido corporalmente del madero, no hubiera sido tan provechoso según el fin general de su encarnación. Lo que se escribe haber acontecido a Jesús, no agota su verdad entera en la mera letra e historia. Hay más que contemplar. Y es así, que se puede demostrar cómo cada uno de esos acontecimientos, es símbolo de otra cosa para los que con mayor inteligencia leen la Escritura. Ahora bien, el haber sido crucificado significa la verdad que se expresa al decir: *Estoy crucificado con Cristo*; y lo que significan estas otras palabras: *¡Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!* (Ga 2,20; 6,14). Y su muerte fue necesaria por lo que dice el Apóstol: *Porque, en cuanto al morir, de una vez murió al pecado* (Rm 6,10). Y

¹⁴ Esta pretensión de Celso o de su judío, parece eco de las palabras de los que insultaban a Jesús sobre la cruz diciendo: *Si es rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en él* (Mt 27,42). Celso quisiera que Jesús hubiera hecho como Apolonio de Tiana, que desapareció ante Domiciano (Philostr., *Vita Apolonii* VIII, 5). La falta de sentido religioso de estos hombres que piden “trampantojos” o *signos del cielo* (Mt 16,1) es absoluta.

por lo que se dice el justo: *Configurado a su muerte* (Flp 3,10) y por lo otro: *Si con Él hemos padecido, con Él también viviremos* (2 Tm 2,11). Pues, por el mismo caso, su sepultura se extiende a los que se han configurado a su muerte y a los que con Él han sido crucificados y con Él han muerto, según lo dice el mismo Pablo: *Porque junto con Él hemos sido sepultados por el bautismo* (Rm 6,4) y junto con Él hemos resucitado.

Por nuestra parte, tenemos el propósito de comentar lo que se escribe sobre su sepultura y su sepulcro y sobre quién lo sepultó en momento más oportuno, con más por menor y en una obra cuyo objeto principal sea ese. Por ahora baste mencionar la sábana limpia, en que debía ser envuelto el cuerpo puro de Jesús y el sepulcro nuevo que excavó José en la roca, donde nadie había aún yacido o como dice Juan, en que nadie había sido aún puesto (Jn 19,41). Y es de considerar si esa armonía de los tres evangelistas, que tuvieron cuidado de notar que el sepulcro había sido cavado o labrado en la roca, no podrá mover a alguno a examinar las razones o sentido oculto de lo que está escrito y contemplar algo digno de cuenta sobre esos puntos, no menos que sobre la novedad del sepulcro, que notaron Mateo y Juan y sobre la observación de Lucas y Juan de no haber sido allí puesto aún ningún cadáver (Mt 27,60; Jn 19,41; Lc 23,53). Convenía efectivamente, que quien no era semejante a los otros muertos y hasta en su cadáver dio señales de vida en el agua y la sangre que brotó de su costado (cf. supra II, 36), convenía, digo, que quien era, por decirlo así, muerto nuevo estuviera en sepulcro también nuevo. Y como su nacimiento fue más puro que todo otro nacimiento, pues no nació de comercio carnal, sino de una virgen, así su sepultura debía tener la pureza simbólicamente manifestada, por el hecho de que su cuerpo fue depositado en un sepulcro nuevo, no construido por piedras de acarreo y que no tuviera unidad natural, sino cavado y labrado en una sola roca y formando un solo bloque.

Ahora bien, explicar lo que está escrito y como remontarse de la letra a las cosas que la letra significa, es tarea mayor y más divina, que se llevaría más oportunamente a cabo en obra especialmente destinada a ese tema; pero, si nos atenemos a la letra, hay que conceder que, pues Jesús había determinado sufrir siendo colgado de un madero, había de aceptar lo que de su determinación se seguía; y pues, como hombre, había sido ejecutado, morir como hombre y ser sepultado como hombre. Pero es que, además, si supusiéramos que en los evangelios se escribe que Jesús desapareció súbitamente de la cruz, Celso y los incrédulos hubieran también sospechado sobre lo escrito y hubieran formulado así su crítica: “¿Por qué entonces desapareció después de puesto en la cruz

y no lo procuró antes de la pasión?” Ahora bien, si ellos saben por el Evangelio, que “no desapareció súbitamente del madero” y se imaginan criticar lo que dice porque no está inventado como juzgan ellos, en el sentido de que hubiera desaparecido inmediatamente del madero, sino que narraron la verdad, ¿no fuera entonces razonable que también ellos creyeran en la resurrección de Jesús y que cuando quiso, entró una vez a puertas cerradas y se puso en medio de sus discípulos y otra, después de dar pan a dos de sus amigos y de hablarles unas palabras, desapareció de su vista?

69. Jesús no se ocultó

Mas ¿de dónde tomó el judío de Celso que Jesús se escondió? Dice en efecto sobre Él: “¿Y qué mensajero, enviado para dar el mensaje, se escondió jamás cuando su deber era darlo?” Pero no se ocultó o escondió el que dijo a los que fueron a detenerlo: *Cada día he estado enseñando públicamente en el templo y no me detuvieron* (Mt 26,55). Lo que sigue es una repetición de Celso, a la que ya hemos respondido y nos contentaremos, por lo tanto, con lo antes dicho. Escrito queda en efecto anteriormente (II, 63-67), acerca de estas palabras de Celso: “¿O es que tiene algún sentido que, cuando en vida no se le creía, predicaba a todos indistintamente; cuando, en cambio, podía presentar prueba de fe tan fuerte como su resurrección de entre los muertos, solo a una mujerzuela, solo a sus propios asociados se les apareció a escondidas y de pasada?” Pero ni siquiera es verdad que se apareciera “a una sola mujerzuela”, pues en el evangelio de Mateo se escribe así: *Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María de Magdala y la otra María a ver el sepulcro; y de pronto, se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, se acercó y removió la piedra. Y poco después añade Mateo: Y he aquí que Jesús les salió al encuentro* (evidentemente, a las Marías antedichas) *y les dijo: Dios os guarde. Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y lo adoraron* (Mt 28,1-2.9). Sobre lo que dice Celso: “Ajusticiado pues, fue visto por todos, resucitado, solo de unos cuantos”, ya hemos dicho algo anteriormente (II, 63ss), al responder a la objeción de que “no fue visto por todo el mundo”. Sin embargo, diremos también aquí, que lo que en Jesús había de humano era visible a todo el mundo; lo particularmente divino, en cambio (y no hablo de lo que tiene relación con otras cosas, sino de lo distinto en sí), no era aprehensible a todos. Pero veamos cómo Celso se contradice manifiestamente a sí mismo. Efectivamente, después de decir que Jesús se apareció solo a una mujerzuela y a sus propios asociados, a escondidas y de pasada, añade a renglón seguido: “Ejecutado pues, fue visto

por todo el mundo; resucitado, de uno solo; cosa que debiera haber sido al contrario”. Mas oigamos qué entiende por esa necesidad de que pasara lo contrario, de que, al ser ejecutado, fuera visto por todos y resucitado, por uno solo. Si nos atenemos a sus palabras, quería Celso algo imposible y fuera de razón: que, al ser ejecutado, fuera Jesús visto por uno solo; resucitado, por todo el mundo. ¿O qué otra explicación admite eso de que “debiera haber sido al contrario”?

70. La misión de Jesús

Por lo demás, Jesús nos enseñó también quién era el que lo envió cuando dijo: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt 11,27) y: *A Dios no lo ha visto nadie jamás. El Hijo unigénito, que es Dios, que está en el seno del Padre, Él nos los explicó* (Jn 1,18). Él, disertando sobre Dios, reveló a sus verdaderos discípulos la naturaleza de Dios. Rastro de sus palabras hallamos en lo que está escrito y de ellas partimos nosotros para hablar de Dios. Así leemos que una vez se dice: *Dios es luz y no hay en Él tinieblas de ninguna clase* (1 Jn 1,5); y otra vez: *Dios es espíritu y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad* (Jn 4,22). En cuanto a los fines para los que el Padre lo envió, son innumerables y el que quiera puede conocerlos, ya sea por los profetas que de Él hablaron de antemano o por los evangelistas. Y no poco podrá también saber por los apóstoles, señaladamente por Pablo. Además, Jesús ilumina a los piadosos y un día castigará a los pecadores, cosa que no vio Celso cuando dijo: “Para iluminar a los piadosos y compadecerse de los pecadores, arrepíentanse o no.

71. La voz del cielo solo la oye el que tiene oído adecuado

Seguidamente dice: “Si quería permanecer oculto, ¿por qué se oyó la voz del cielo que lo proclamaba hijo de Dios? Y si no quería permanecer oculto, ¿por qué fue ejecutado y por qué murió?” Sin duda se imagina Celso demostrar aquí una disonancia sobre lo que de Jesús se escribe, por no ver que ni quería que todo lo suyo fuera conocido de todo el mundo y del primero que viniera, ni tampoco que todo quedara oculto. Así, la voz del cielo, que lo proclamaba hijo de Dios y dijo: *Este es mi hijo amado, en quien me he complacido* (Mt 3,17), no se escribe haber llegado a los oídos de las turbas, como pensó sin duda el judío de Celso. Y la misma voz que en el monte elevadísimo resonó desde la nube, solo fue oída de los que subieron con Él (Mt 17,5). Y es que la voz divina es de tal calidad, que solo es oída por aquellos que el que habla quiere que la oigan. Y nada digo

por ahora sobre que la voz de Dios de que habla la Escritura, no es en absoluto aire que vibre o percusión del aire o cualquier otra definición que se dé en los libros sobre la voz (cf. *infra* VI, 62);¹⁵ por eso se percibe por un oído superior y más divino que el sensible. Y cuando el que habla no quiere que su voz sea oída por todos, el que tiene oídos superiores oye a Dios; pero el que está sordo del oído del alma, no se da cuenta de que Dios está hablando. Esto vaya contra las palabras de Celso: “¿Por qué se oyó la voz del cielo, que lo proclamaba hijo de Dios?” En cuanto a las otras: “Si no quería permanecer oculto, ¿por qué fue ejecutado o por qué murió?”, basta lo que anteriormente hemos dicho y con extensión, sobre la pasión (II, 23-24.69).

72. Inconsecuencia

Seguidamente, el judío de Celso saca una consecuencia que no es consecuente. Porque de que Jesús “quisiera enseñarnos por los tormentos que sufrió, a despreciar incluso la muerte”, no se sigue que “después de resucitado de entre los muertos, tenía que llamar públicamente a todos a la luz y declarar el fin por el que había bajado del cielo”. Llamarlos a todos a la luz, ya los llamó antes cuando dijo: *Venid a mí todos los que estáis cansados y vais cargados y yo os aliviaré* (Mt 11,28). Y en cuanto a la causa por la que bajó del cielo, escrita está en los discursos bien extensos que pronunció sobre las bienaventuranzas y en los que se consignan seguidamente en las parábolas y en las disputas con los escribas y fariseos. Y el evangelio de Juan nos expone todo lo que Jesús enseñó; por donde se ve que su gran elocuencia no consistía en palabras, sino en realidades; y por los otros evangelios aparece claro, que su palabra era de autoridad y provocaba admiración (Mc 1,27).

73. Los judíos negaron —y siguen negando— fe a Dios

A todo esto, pone como epílogo el judío de Celso: “Ahora bien, todo esto os lo hemos dicho tomándolo de vuestros mismos escritos, fuera de los cuales no necesitamos de otros testigos, pues vosotros os refutáis a vosotros mismos”. Pero ya hemos demostrado, que en lo que el judío dice contra Jesús o contra nosotros, hay muchas tonterías que nada tienen que ver con lo que escriben

¹⁵ La definición de la voz fue por lo visto preocupación de los escritores antiguos. He aquí la larga lista de referencias que ofrece Chadwick *ad locum*: Philo., *Quod Deus sit immut.* 83; Plat., *Timaeus* 67B; Arist., *De anima* II, 8 (420b, 5ss); *Probl.* XI, 23,51 (901b16; 904b, 27); Plutarch., *Mor.* 390B; Diog. Laert., VII, 55; Diels., *Dox.* gr. 407a, 21; 500, 14; 515, 8; 516, 8; 525, 17; Aulus Gellius, V, 15, 6-8; Clem. Al., *Strom.* VI, 57, 4; Lactantius, *Opif.* XV, 1; Augus., *De civ. Dei* XI, 2.

nuestros evangelios. Y yo no pienso que haya logrado demostrar que nos refutamos a nosotros mismos, sino solo que se lo imagina. Y luego añade su judío como principio absoluto: “¡Oh Altísimo y Celeste! (cf. I, 24): ¿Qué dios, venido a los hombres, deja de ser creído?” A esto hay que decir que, según la ley de Moisés, de Dios se escribe haber estado de la manera más clara entre los hebreos, no solo por los milagros y prodigios obrados en Egipto, por el paso del mar Rojo, por la columna de fuego y la nube de luz, sino también cuando se proclamó el decálogo a todo el pueblo; y, sin embargo, no se le prestó fe por los que lo vieron. Porque de haber creído al que vieron y oyeron, no se hubieran fabricado el becerro de oro, *ni hubieran cambiado su gloria por la imagen de un becerro que come heno* (Sal 105,20), ni se hubieran dicho unos a otros ante el becerro: *Estos, Israel, son tus dioses, que te han sacado de la tierra de Egipto?* (Ex 32,4). Y se debe ver si no son los mismos los que, durante toda la travesía del desierto, no creyeron antaño a tan grandes milagros y epifanías de Dios, como se escribe en la ley de los judíos y los que, a la venida maravillosa de Jesús, no se convencieron por sus discursos, dichos con autoridad, ni por los milagros que obró en presencia de todo el pueblo.

74. La vida habitó entre los hombres

Lo dicho me parece suficiente para quien quiera demostrar, que la incredulidad de los judíos respecto de Jesús se da la mano con lo que, desde el principio, está escrito acerca de este pueblo. Porque a lo que dice el judío de Celso: “¿Qué dios, que viene a los hombres, deja de ser creído, sobre todo si se presenta a los que lo estaban esperando? ¿Y por qué, a la postre, no se da a conocer a los que de antiguo lo esperaban?”, responderíamos lo que sigue: ¿Qué vais a responder, amigos, a nuestras preguntas? ¿Qué milagros, a vuestro juicio, aparecen mayores: los que se obraron en Egipto y en el desierto o los que afirmamos nosotros hizo Jesús entre vosotros? Sí, según vosotros, aquéllos son mayores que estos, ¿no se demuestra inmediatamente que va bien con el carácter de quienes no creyeron los milagros mayores que desprecien también los menores? Pues menores se suponen ser los que nosotros atribuimos a Jesús. Pero si los milagros de Jesús son iguales a los que consignó Moisés, ¿qué extraño fenómeno aconteció a un pueblo que no cree en ninguno de los comienzos de las alianzas de Dios? Y es así que con Moisés empezó la legislación, en que están escritos vuestros pecados de incredulidad; y todo el mundo confiesa que, para nosotros, la nueva legislación y alianza comenzó con Jesús. Y, a decir verdad, al no creer en Jesús, daís testimonio

de ser hijos de los que, en el desierto, negaron fe a las divinas apariciones. Y lo que dijo nuestro Salvador, se dirá también contra vosotros que no creísteis en Él: *Así sois testigos de que aprobáis las obras de vuestros padres* (Mt 23,31). Y en vosotros se cumple la profecía que dice: *Vuestra vida estará colgando delante de vuestros ojos y no creeréis en vuestra vida* (Dt 28,66), pues no creísteis a la vida que vino al género humano.

75. Jesús, como los profetas, increpa y amenaza

Al introducir a su ficticio judío, no tuvo Celso la habilidad para poner en su boca, cosas que no se pudieran retorcer contra él por los escritos de la ley y los profetas. Así, le echa en cara a Jesús cosas como esta: “Amenaza y vitupera fácilmente cuando dice: *¡Ay de vosotros! y: De antemano os digo* (cf. Mt 23,13-29; 11,22-25). Con lo que directamente confiesa que no tiene fuerzas para persuadir; y eso, no ya a un dios, pero ni a un hombre discreto le pudiera pasar”. Pues veamos si todo esto no se retuerce directamente contra el judío. Y es así que, en los escritos de la ley y los profetas, Dios amenaza e increpa no menos gravemente que los “ayes” de Jesús en el Evangelio. Así, en estos pasajes de Isaías: *¡Ay de los que pegáis casa con casa y lindáis campo con campo!;* y: *¡Ay de los que madrugáis muy de mañana y bebéis licores fuertes!;* y: *¡Ay de vosotros los que tiráis de los pecados como de una cuerda larga!;* y: *¡Ay de los que decís al mal bien y al bien mal!;* y: *¡Ay de vosotros, que sois fuertes para beber vino!* (Is 5,8.11.18.20.22). Los ejemplos pudieran multiplicarse hasta el infinito. Y semejante a esas amenazas es este otro pasaje: *¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de pecados, raza malvada, hijos pervertidos!*, etc. (1,4). A lo que añade el profeta amenazas que no van a la zaga de las que dice el judío de Celso haber pronunciado Jesús. ¿O no es amenaza grande la que dice: *Vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades incendiadas, a vuestra vista devoran los extraños vuestra tierra y desolada, la devastan pueblos extranjeros?* (1,7). ¿Y no es vituperio contra el pueblo, lo que en Ezequiel le dice el Señor al profeta: *En medio de escorpiones estás tú viviendo?* (Ez 2,6).

¿Será pues cierto, Celso, que te dieras cuenta de lo que ponías en boca del judío cuando le hiciste decir sobre Jesús: “Amenaza y vitupera fácilmente cuando dice: *¡Ay de vosotros! y: De antemano os digo*”? ¿No ves que cuanto tu judío dice para acusar a Jesús, se puede retorcer contra él acerca de Dios? Porque al Dios que habla por los profetas, se le puede directamente acusar de lo mismo que se imagina el judío y pensar que es impotente para persuadir.

Además, a los que piensan que el judío de Celso tiene razón de recriminar eso a Jesús, pudiera yo decirles a este propósito, que en el Levítico y Deuteronomio están consignadas innumerables maldiciones. Pues bien, si el judío, saliendo por los fueros de las Escrituras las sabe defender, también y mejor defenderemos nosotros los vituperios y amenazas que se supone haber pronunciado Jesús. Es más, enseñados como estamos por Jesús a entender más a fondo las letras de la ley que el mismo judío, nosotros sabremos defender mejor que él la ley de Moisés. Pero, en fin, el judío mismo, si se percata de lo que significan los discursos proféticos, podrá también hacer ver que Dios no amenaza ni reprende a la ligera cuando dice: “¡Ay de vosotros!”; y: “De antemano os digo”. Hará ver, digo, cómo Dios dice cosas para la conversión de los hombres, las que Celso opina no diría un hombre discreto. En cuanto a los cristianos, que saben que es un solo Dios el que habló por los profetas y por el Señor, demostrarán lo razonable de las que Celso tiene por amenazas y contumelias y así las llama. Digamos pues, sobre este punto unas palabras, hablando con este mismo Celso, que profesa ser filósofo y fanfarrona saber todo lo nuestro (I, 12): Ven acá, amigo. Cuando en Homero le dice Hermes a Ulises:

“¿Cómo así, infortunado, nuevamente,
por los altos y riscos vas errante?”

(*Odyssea* 10, 281),

¿necesitarás de apología que te diga que el Hermes homérico habla así a Ulises para prevenirle?
Porque el lisonjear y decir cosas al sabor del paladar, estilo es de sirenas,

“que un montón de cadáveres rodea”,

y que dicen:

“Ven acá, Ulises, ven, el muy loado,
¡oh tú, de los aqueos alta gloria!”

(*Odyssea* 12, 45.184)

Ahora bien, si los que yo tengo por profetas y el mismo Jesús emplean la imprecación “¡ay!” y las que tú tienes por contumelias, con el fin de convertir a sus oyentes, ¿no habrá en tal manera de hablar alguna traza y acomodación a los oyentes, a los que tales palabras se aplican como una medicina saludable? A no ser que, por lo visto, quieras tú que Dios o el que participa de la naturaleza divina, mire muy bien cuando habla con los hombres lo que conviene a su propia naturaleza, pero no lo que es bien anunciar a los hombres mismos que su Logos gobierna y guía y cómo haya

de hablarse a cada uno según su carácter. ¡Y qué ridiculez decir que Jesús no fue capaz de persuadir! Celso lo equipara no solamente al judío, que de ello tiene muchos ejemplos en las profecías, sino también con los griegos, entre los cuales ninguno de los que se hicieron famosos por su sabiduría, fueron capaces de persuadir a los que conspiraron contra ellos, a sus jueces o a sus acusadores, a que, abandonando la maldad, emprendieran el camino que, por la filosofía, conduce a la virtud.

76. Jesús, primogénito de entre los muertos

Después de esto, dice su judío —y es evidente que lo dice como si siguiera la doctrina judaica—: “Nosotros esperamos —¡qué duda cabe!— que resucitaremos un día en nuestro propio cuerpo y gozaremos de una vida eterna y tendremos por ejemplo y guía al que nos será enviado, el cual nos mostrará que no es imposible para Dios resucitar a uno en su propio cuerpo”. No sabemos realmente si un judío dirá que el Mesías esperado mostrará en sí mismo un ejemplo de la resurrección; pero pase, demos que eso piensa y dice. Pues respondamos al que ha afirmado habernos hablado por nuestras propias Escrituras: Tú, amigo, ¿has leído aquellos pasajes que te imaginas te prestan materia para acusación y no has pasado los ojos por aquellos en que se cuenta la resurrección de Jesús y donde se dice que es Él el primogénito de entre los muertos? (Col 1,18; Ap 1,5). ¿O es que, porque tú no quieras que esto se haya dicho, ya por eso no se dijo? Pero como quiera que el judío de Celso confiesa y admite la resurrección de los cuerpos, no me parece este momento oportuno para discutir este punto con quien cree y afirma que se da la resurrección. Y para el caso, lo mismo me da que tenga una idea exacta de esa doctrina y sea capaz de dar razón de ella o no lo sea y solo se adhiera a ella ficticiamente.

Todo esto sea dicho contra el judío de Celso. Pero, como tras esto prosigue diciendo: “¿Dónde está pues, para que lo veamos y creamos?”, le responderemos así: ¿Dónde está pues ahora, el que hablaba por los profetas e hizo prodigios para que lo veamos y creamos que sois *la porción de Dios*? (Dt 32,9). ¿O es que a vosotros os es lícito justificar que Dios no se aparezca continuamente al pueblo hebreo y a nosotros no se nos concede esa justificación respecto de Jesús, el cual, una vez resucitado, persuadió a sus discípulos de la verdad de su resurrección? Y hasta punto tal los persuadió, que por lo que sufren, demuestran a todo el mundo cómo, puestos los ojos en la vida eterna y en la resurrección que les fue manifestada de palabra y obra, se ríen de todo lo que en la

vida se tiene por doloroso.

77. La vocación de los gentiles, consecuencia de la incredulidad de los judíos

Seguidamente dice el judío: “¿Acaso descendió del cielo para que no creamos?” A lo que diremos que no vino Jesús para provocar la incredulidad de los judíos. Eso sí, puesto que de antemano la conocía, la predijo y de ella se valió para el llamamiento de los gentiles. Y es así que *la caída de ellos vino a ser salud para las naciones* (Rm 11,11). Sobre estas dice Cristo mismo por boca de los profetas: *Gentes para mí ignotas me han servido, apenas les hablé me obedecieron* (Sal 17,44); y: *Fui hallado por los que no me buscaban, me presenté ante quienes no preguntaban por mí* (Is 65,1). Es además evidente que los castigos que los judíos han sufrido en esta vida, se deben a haberse portado como se portaron con Jesús. Digan pues, lo que quieran los judíos, cuando en acusación de ellos, nosotros decimos: Maravillosa fue en vosotros la providencia y benignidad de Dios, castigándoos y privándoos de Jerusalén y del llamado santuario y del culto veneradísimo. Porque, digan lo que quisieren en defensa de la providencia de Dios, nosotros la demostraremos aún mejor y diremos haber sido maravillosa aquella providencia que se valió del pecado de aquel pueblo para llamar, por obra de Jesús, a su reino a los gentiles, ajenos que eran a los testamentos y extraños a las promesas (Ef 2,12). Y ya los profetas predijeron, que por los pecados justamente del pueblo hebreo, se escogería Dios no ya una nación particular, sino gentes selectas de todas partes; y después de escoger lo necio del mundo (1 Co 1,27), haría que un pueblo insensato poseyera las palabras divinas. El reino de Dios se les quitaría a ellos y sería dado a estos (Mt 21,43). De entre muchos pasajes, baste por el momento, citar la profecía del cántico del Deuteronomio acerca de la vocación de los gentiles, que dice así en persona del Señor: *Ellos me han provocado a celos con dioses que no lo son y me han irritado con sus ídolos; pues yo los provocaré a ellos a celos con un pueblo que no lo es y los irritaré con una nación insensata* (Dt 32,21).

78. Jesús fue más que hombre

Finalmente, como conclusión a todo lo dicho, termina así el judío: “Fue pues, un puro hombre y tal cual lo pone de manifiesto la verdad y demuestra la razón.” Yo no sé si un puro hombre, que se aventure a propagar por todo el mundo su religión y doctrina, es capaz, sin la ayuda divina, de

llevar a cabo su intento y de vencer todo lo que se opone a la difusión de aquella doctrina: emperadores y gobernadores, el senado romano, las autoridades de todas partes y el pueblo mismo. ¿Y cómo es posible que la mera naturaleza de un hombre que no lleve en sí algo superior, convierta a tanta muchedumbre de gentes? Y no fuera de maravillar que se conviertan hombres inteligentes; lo grande es que lo hagan también gentes ajenas a toda inteligencia, sujetas a sus pasiones y que, cuanto más irracionalmente viven, más difícilmente se pasan a una vida más continente. Pero como Jesús era el poder de Dios y la sabiduría del Padre (1 Co 1,24), salió con su empeño y sale todavía, aunque mal les pese a judíos y griegos que no creen en su palabra.

En conclusión, nosotros jamás dejaremos de creer en Dios conforme a las enseñanzas de Jesús y nos esforzaremos de buen grado, por convertir a los que padecen de ceguera en materia de religión; por más que los de verdad ciegos nos dirijan a nosotros el insulto de ceguera; y los que de veras embaucan a los que los siguen, lo mismo entre judíos que entre griegos, nos acusen a nosotros de embaucar a los hombres. ¡Bonito embaucamiento, si en lugar de intemperantes, se tornan temperantes o que tienden a la templanza; y en vez de injustos, justos o que tienden a la justicia; y en vez de insensatos, prudentes o que caminan a la prudencia; y en vez de cobardes y viles y afeminados, valerosos y constantes; cualidades que mostrarán sobre todo en sus combates por la religión del Dios que creara todas las cosas! Vino pues, Jesucristo, de antemano anunciado no por uno solo, sino por todos los profetas. Y fue fruto de la ignorancia de Celso, el haber puesto en boca de su fingido judío, que fue solo un profeta quien predijo al Mesías (I, 49; II, 4).

Esto es lo que finge decir el judío de Celso, como si hablara en nombre de su ley y aquí en realidad acaba su discurso, pues no vale la pena mencionar otras cosas que aún dijo. Yo también acabo aquí mi segundo libro en respuesta a la obra de Celso. Pero si Dios nos hace esa merced y a nuestra alma viene a morar la virtud de Cristo, en el tercer libro nos ocuparemos de lo que seguidamente escribe Celso.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Orígenes - Contra Celso
Introducción, Versión y Notas por Daniel Ruiz Bueno
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1967
Páginas 1-176.

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora

